



Todo por Daniel

Eva Zamora



Una decisión judicial
que cambiará la visión de su amor, y de

Lectulandia

«Una decisión judicial que cambiará la visión de su amor, y de sus vidas.»

Los Servicios Sociales se hacen cargo del pequeño Daniel, de solo quince meses de edad, porque su madre ha fallecido y su padre, agente del CESID, se encuentra en paradero desconocido. Sonia, jefa del departamento de acogidas, queda prendada del desvalido niño y decide quedárselo provisionalmente, a la espera de que su padre aparezca. Pero Ricardo, padre de Daniel, es declarado oficialmente desaparecido, y Sonia adopta al pequeño, que durante ese tiempo se ha convertido en la razón de su vida.

Cuando Daniel cumple ocho años, Sonia recibe una noticia inesperada e inimaginable: el padre de Daniel está vivo y ha regresado. Ricardo ha permanecido amnésico durante casi siete años, víctima de un atentado en su última misión para el CESID, pero ha recobrado la memoria y quiere recuperar lo que le pertenece: su hijo. Sonia no acepta entregárselo porque para ella no hay duda: Daniel es su hijo; lo ha cuidado desde pequeño, y nadie va a separarla de él. Será la justicia quién determine y resuelva la adopción de Daniel, pero lo que Sonia y Ricardo no esperan es la increíble resolución que tomará el juez, una resolución que cambiará sus vidas por completo y para siempre.

Lectulandia

Eva Zamora

Todo por Daniel

ePub r1.0

Titivillus 19.05.2018

Título original: *Todo por Daniel*
Eva Zamora, 2015
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Adrián, mi hijo, mi alma

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todos mis familiares por el apoyo mostrado. A mi madre, por estar siempre a mi lado. A mis suegros, por su afecto y por ser los mejores promotores de mi obra. Y, evidentemente, a mi marido e hijo, puntales imprescindibles en vida, mi refugio.

También quiero dar las gracias a los amigos, tanto a los cercanos como a los que están en la distancia, a todos en general. Agradezco vuestro incondicional aliento, los cafés con tertulia, las largas conversaciones de whatsapp, los paseos por Madrid, las risas, las emociones, los momentos de desahogo, los repetitivos ánimos y vuestras ganas por más de mis novelas.

Y por último, quiero dar las gracias a todos mis lectores por su voto de confianza hacia mi obra. E, incluso, agradecer de antemano a los nuevos lectores que empiecen a leerme con esta novela. Muchísimas gracias a todos.

Admiré por el gigantesco ventanal del salón el espectacular paisaje del mar, de mi Mediterráneo que tanto me cautivaba. Frente a él, reflexioné sobre mi vida, sobre lo que había ocurrido en ella. A todos, de una u otra forma, nos marcan los cambios que se producen en nuestras vidas. Y a todos, en mayor o menor medida, nos cuesta adaptarnos a ellos. Pero esos cambios nos influyen más o menos dependiendo del momento en que acontecen. La vida no se ve igual con ojos infantiles que cuando se alcanza la madurez, porque en la edad adulta la comprensión te ayuda a asimilar y a digerir los cambios, y a sumarlos a tu mundo. La madurez te hace entender las variaciones que siendo un simple mocoso eres incapaz de interpretar debido a la falta de juicio, experiencia o sencillamente de conocimientos.

Quizá también influya mucho, para que la razón ignore algunos asuntos, que la familia no los trate de forma abierta, y que el único momento en que se comentan es cuando se pregunta sobre ellos, porque la curiosidad despierta cuando nace la intención de encontrar explicación a ciertas cuestiones que al pueril y juvenil entendimiento se le escapan. Pero, al menos en mi caso, las respuestas nunca eran las esperadas, siempre resultaban breves, escuetas, y pasaban por el tema de puntillas, sin la intención de profundizar más, sino todo lo contrario.

Igual ese hecho: no querer hablar de ello, silenciar ciertas cuestiones por lo que fuera que ellos creyeran conveniente, quizá por mera protección, me llevó a preguntarme más cosas, a querer saberlo todo. Yo conocía muchos detalles, aunque no la totalidad. Había vivido directamente una parte del todo, y esa nadie me la podía negar u omitir, aunque se intentase hablar lo menos posible sobre ella, pero la otra..., la otra siempre se silenciaba. Tampoco necesitaba una descripción con pelos y señales respecto a los sentimientos de mi familia; esa no era mi intención. Tan solo pretendía rellenar huecos, lagunas, y comprender, compartir, intercambiar nuestras sensaciones... Tan solo quería entender por qué costaba tanto hablar de todo aquello. Si lo hacían para protegerme, para que no me marcara, ya era tarde para ello. Algunas cosas que pasan en la vida dejan siempre una cicatriz, por pequeña que sea, y por mucho que se tarde en dar con ella. Yo encontré la mía con el paso de los años, y eso alimentaba más mis ganas por conocer el final de los hechos, o casi mejor decir el principio, su origen. Así que un día, avalado por un buen pretexto, reuní el valor suficiente para romper el mutismo que envolvía el único tema que nunca se trataba.

Decidí plantarle cara a mi familia y expresar mis sentimientos, a la vez que demandaba los suyos. Había llegado la hora de vaciarnos todos y de una vez.

El sonido de mi móvil me sacó de mi meditación y me anunció una llamada de Olivia, mi novia. Pero no tenía ganas de hablar con nadie en este instante, era un momento de reflexión, de soledad. Una soledad que precisaba pero que a la vez se hundía en mi piel clavándome sus aniquiladoras agujas. Una extraña combinación que trataba de equilibrar sin parar de mirar por el gran ventanal desnudo del salón hacia el horizonte, viendo reflejada la luna en el mar, su destello luminoso y blanquecino en la incipiente oscuridad de la noche.

Tras un largo rato abstrayéndome de toda realidad, me senté en el sofá intentando centrar mi mente en lo único que me había llevado allí: escribir un libro. Me encantaba escribir. Desde mi más tierna infancia siempre me apasionó la literatura, y con los años se había convertido en mi vía de escape, en la salida de mis emociones y hasta en mi trabajo. Soy periodista y escribo en varios periódicos digitales. Pero en mi afán por narrar quise dar un paso más y me planteé escribir una novela. Si bien la obra que estaba a punto de comenzar distaba por completo de lo que yo en principio pensé hacer, puesto que no era ficción; iba a escribir una historia real. Octavio había sido el instigador de tal tarea. Octavio fue uno de mis profesores en la facultad, autor de unas cuantas obras bastante significativas, y desde hacía unos años, un buen amigo.

Al principio tuve mis reservas al respecto, y esas mismas reticencias me llevaron a plantearme muchos inconvenientes, pues hablar de acontecimientos reales conlleva tratar el tema con sus protagonistas y remover el pasado. Un pasado que a veces no se quiere recordar y que permanece enterrado desde hace tiempo. Por no hablar de obtener la autorización para publicar un texto que narrara hechos ocurridos en vidas reales; ese podría ser un gran problema, un gran impedimento para la ejecución del objetivo. De ahí toda mi desconfianza por llevar a buen puerto el proyecto. Porque aunque fuese una historia de dominio público en su momento, lo que Octavio me propuso narrar era precisamente su parte no divulgada, la cara oculta y desconocida para los demás y que a veces, según él y yo compartíamos, era necesario expulsar de uno mismo. Hablar de lo emocional y sensitivo, de lo que interiormente sus protagonistas habían vivido, la cantidad de sentimientos que se habían expuesto. Al final, Octavio y su persuasión se salieron con la suya, y accedí. Y para que no me diese tiempo de echarme atrás, ya tenía hasta una editorial dispuesta a publicar la novela, la editorial de su sobrina.

Reuniendo todo el valor del que disponía me reuní con los involucrados en la historia para exponerles mis intenciones y solicitar su autorización. Me sorprendió su tajante negativa, sus caras de asombro, más bien de estupefacción, al tratar el tema. Ambos coincidieron en decirme que contar al mundo sus intimidades era igual que desnudarse en público. Aunque, en honor a la verdad, y después de una larga y extensa charla, tan solo una de las partes seguía oponiéndose más categóricamente

que la otra. Consciente de que era un tema delicado de tratar, les rogué que lo meditasen durante un tiempo, y al fin aceptaron, si bien el más receloso lo hizo a regañadientes. Semanas más tarde, cuando ya había dado todo por perdido, un día, tras otra dilatada conversación, terminaron dándome su aprobación, aunque con dos condiciones. La primera: ellos lo leerían antes que la propia editorial, estaban en su derecho de primicia. La segunda: el texto se publicaría siempre y cuando ellos aprobasen el manuscrito en su totalidad, si precisaba de algún cambio, yo debía hacerlo o no me darían su beneplácito y, por tanto, nada podría salir a la luz. Me pareció totalmente razonable y justo, al fin y al cabo, trataba de sus vidas, y describirlas era complejo y necesitaba de un gran respeto. Pero yo también les supliqué un requisito indispensable para poder plasmar la realidad: sinceridad. Precisaba de todas las partes, tanto de las directas como de las indirectas, la más absoluta veracidad respecto a todos los sentimientos vividos durante aquella historia. Con la promesa de todos los involucrados en relatarme la verdad y nada más que la verdad, como si de un juramento se tratase, le trasmití a Octavio mi predisposición a escribir el libro, y este, a su vez, se lo comunicó a su sobrina. Y así llegué a este punto, dispuesto a escribir un libro en la soledad y quietud de una casa con vistas al mar, un mar que se convertiría en mi única compañía mientras durase el proceso de escritura.

Me levanté del sofá y conecté el equipo de música; me gustaba escribir escuchando cualquier tipo de melodía. Cuando la música llenó el ambiente, volví a acercarme al gigantesco ventanal cuya única visión de fondo era el mar. Y de nuevo visualicé mi cicatriz, recordé los sentimientos expulsados al fin por mi familia, repasé todas y cada una de las palabras vertidas y cuánto dolor guardaban tan solo procurando mi bienestar. Inhalé aire, una gran bocanada, sin apartar mis ojos del oscuro mar. Y la pena asociada a la soledad del instante terminó incrustándose en mis venas ante mis recuerdos, como siempre. Aunque mejor precisar que ahora mismo esa mezcla de sufrimiento y melancolía por mi parte no era igual que otras veces, sino más intensa que nunca.

Cabizbajo, me acerqué a por el portátil; no debía dilatar más el comienzo de mi obra. Llevaba más de medio día posponiendo ese momento por pensar tanto, y no era momento de meditar sobre mis historias familiares, sino de centrarme únicamente en lo que me había traído aquí: escribir un libro, contar una historia, unos sucesos acontecidos muchos años atrás. Ya no debía cavilar más, sino lanzarme a teclear el portátil sin parar; ese era mi cometido. No me había planteado cuánto tiempo me llevaría escribir el libro, pero estaba claro que cuanto antes empezase, antes acabaría. Me acomodé en el sofá con el portátil encima de mis muslos, estiré brazos y dedos, abrí el documento y escribí el título. Lo tenía pensado desde hacía unos días; no me había costado nada decidirlo, más bien se presentó solo en mi mente y me pareció muy apropiado. Volví a aspirar con fuerza hasta sentir mis pulmones repletos de aire, intenté vaciar mi mente y olvidarme de que aquella historia que iba a plasmar estaba

basada en algo que había ocurrido de verdad, y comencé a escribir.

1

El caso de Daniel Arguelles llenó páginas y páginas de todos los periódicos y horas de radio y televisión. Hasta traspasó las fronteras de nuestro país y se hicieron eco del peculiar suceso en prácticamente todo el mundo. Sí, peculiar, o sea, poco frecuente. Aunque más que su singular historia, lo que le hizo ganarse la fama de especial fue la decisión que tomó el juez Guzmán al respecto. Una sentencia que él mismo denominó insólita. «No quiero crear jurisprudencia con esta decisión, ni mucho menos, sencillamente son medidas desesperadas ante situaciones desesperadas», apostilló al final de su provisional fallo.

Daniel, el principal protagonista de esta historia, nació hace veinticinco años, la fría madrugada del cinco de febrero de 1988. Su madre pasó unas larguísimas horas de parto, dieciséis para ser más precisos, pero todo ese dolor fue compensado al ver la carita de su niño. Al menos eso le contó su padre a Daniel, porque su madre falleció a consecuencia de un ictus cuando él tenía solo quince meses. Apenas recordaba nada de ella, aunque su padre se encargó de contarle toda su vida cuando fue algo más mayor.

Ricardo, el padre de Daniel, era un hombre de treinta y seis años cuando se estrenó en la paternidad. Nunca se planteó casarse ni formar una familia, su vida era una trepidante y arriesgada aventura en la cual no había lugar para nada ni nadie más. Era agente del CESID, espía, y eso más que un trabajo, en realidad era un estilo de vida. En el CESID, actualmente, desde el año 2002, CNI (Centro de Inteligencia Nacional), proteger el interés común primaba por encima de las aspiraciones de sus miembros; algo que Ricardo sabía y tenía asumido, por eso no pensaba en compartir su vida con nadie. Pero todas sus férreas ideas se fueron al traste y dieron un vuelco por completo al conocer a Paula, debido a un golpe fortuito por un frenazo a destiempo en un semáforo. Ocho meses después de aquel pequeño siniestro se dieron el «sí quiero» en una pequeña y casi perdida ermita de un pueblo del interior de Castellón. Un año después, nacía Daniel, el mayor regalo para ambos, lo que les colmó de felicidad.

Cuando Paula falleció, Ricardo estaba en una misión, la que él pretendía que fuera la última. Una misión en la que fue sorprendido por un inesperado acontecimiento y en la cual, después de mucho tiempo de búsqueda, se le dio por desaparecido. El CESID terminó declarándole oficialmente muerto cinco años después de su evanescencia, en 1994.

El pequeño Daniel, que contaba quince meses en ese momento, se encontró en una situación muy difícil, pues no tenía más familia. Su madre se había criado en casas de acogida y nunca supo de quién era hija, si tenía más hermanos, padre, abuelos...; en fin, parentela en general. En cuanto a su padre, era huérfano desde los

seis años, sus progenitores murieron en un accidente de avión junto a ciento ochenta y tres pasajeros. Ricardo se crio con sus abuelos maternos, los únicos que tenía, y ambos fallecieron años antes de que su biznieto naciera. Daniel estaba solo, no tenía a nadie que pudiera hacerse cargo de él.

Los vecinos, alertados por el incesante llanto del niño y asustados porque nadie abría la puerta tras insistir llamando, avisaron a la policía.

—Nos parecía muy extraño escuchar ese llanto sin consuelo y sospechamos que algo ocurría —dijeron a los agentes, que forzaron la cerradura y entraron a la vivienda para comprobar que Paula yacía en el suelo muerta, y el niño, a su lado, no paraba de llorar. Preguntaron a los vecinos por el padre o si conocían algún familiar a quién poder llamar.

—Paula no tenía familia, y Ricardo, su marido, tampoco —añadió una de las vecinas, la señora Manuela—. Él se marchó de viaje por trabajo, y Paula llevaba días sin saber nada de él, estaba muy preocupada.

—Tendremos que avisar a Servicios Sociales —explicó uno de los agentes, y a continuación lo notificó a la central.

Los Servicios Sociales de la Comunidad Valenciana recibieron el aviso de hacerse cargo del pequeño Daniel el siete de mayo de 1989. Sonia, la jefa de ese departamento, acudió en persona junto con otra asistente social a recoger al niño. Era una mujer de treinta y cinco años, soltera, seria hasta el extremo, fría y con un carácter prácticamente inflexible. Sus compañeros la llamaban «la dama de acero», algo que ellos creían que ella ignoraba, aunque Sonia lo sabía perfectamente, si bien no le molestaba. Ella prefería tener esa fama de dura, así ninguno se atrevería nunca a pisarla.

El carácter adusto de Sonia no era así sin más. Su tía, con la que se había criado, fue la encargada de imprimírselo. La madre de Sonia, Azucena, se quedó embarazada con tan solo diecisiete años, algo que enfureció más a su madrastra que a su propio padre. El novio, un marinero asturiano ocho años mayor, nada más enterarse de la noticia puso tierra de por medio, o mejor decir mar en ese caso, y desapareció de su vida. Vivían en un pequeño pueblo de la provincia de Lugo, y en aquella época, por el año 1954, algo así estaba muy mal visto, más aún en un lugar donde todos se conocían. A su madrastra no le apetecía escuchar los cuchicheos de los vecinos por la calle, ni mucho menos que la señalaran. La solución fue tan drástica como eficiente: echarla de casa. «Muerto el perro se acabó la rabia», le dijo a su marido, al padre de Azucena, que se calló la boca y le dejó hacer lo que creyese conveniente.

Estrella, la hermana de Azucena, se marchó con ella. No pensaba dejarla sola ni quería vivir un minuto más con un padre que no tenía voluntad ninguna. Estrella tenía dos años más que Azucena y, desde muy pequeña, siempre se comportó con ella como si fuera su madre, desde que la suya enfermó para posteriormente morir. Estaba acostumbrada a trabajar sirviendo en casas de gente adinerada, pero durante el último año lo había hecho como niñera en casa de la marquesa de Trévez, una joven viuda

ricachona que le pagaba muy bien. Una parte de los pocos ahorros que tenía la empleó en comprar dos billetes de autobús a Valencia, donde empezarían una nueva vida. La otra la guardó para poder pagar la habitación de una modesta pensión mientras encontraban trabajo, o arrendar un pequeño piso, siempre y cuando se lo pudiesen permitir.

El comienzo no fue nada fácil. Azucena, por su embarazo, no estaba en condiciones de trabajar, y además tenía una salud quebradiza, así que Estrella se mataba a limpiar casas para poder comer e intentar pagar el alquiler de un minúsculo y ruinoso piso.

Unos meses después de dar a luz, Azucena falleció de una neumonía; sus pulmones, inflamados e infectados en pus, acabaron con su joven vida. Estrella se hizo cargo de Sonia y le transmitió su duro carácter, su desconfianza hacia los hombres, «el diablo» según ella, y su resentimiento para con la vida. Sonia creció sin amistades y con el recelo continuo que su solterona tía le había inyectado en vena hacia el género masculino. Lo único que hacía con ilusión y pasión era su trabajo. Esa era única y verdaderamente su vida.

El reloj biológico de Sonia venía llamándola a gritos desde hacía un par de años, pero no tenía pareja ni buscaba arrimarse a ningún hombre para satisfacer su instinto materno. Tan solo salió con un hombre en una ocasión, a los veintisiete años, diez meses de noviazgo en los que solo hubo unos castos besos de por medio. Al final, su tía la convenció de que Joaquín, así se llamaba el pretendiente, solo quería aprovecharse de ella y terminaría haciéndole un bombo y abandonándola, como le sucedió a su madre. Sonia lo dejó y no volvió a acercarse a un hombre desde entonces. Sin embargo, para tener un hijo necesitaba uno, al menos su semilla. Pero ella no concebía tener sexo sin más, aparearse como un animal, por eso llevaba meses planteándose la posibilidad de hacerse una inseminación artificial y poder ser madre.

Pero todos esos pensamientos que inundaban su mente continuamente cambiaron de forma, de escenario, aunque no de fondo, en el momento que sus ojos divisaron a Daniel, que continuaba llorando sin parar, revolviéndose continuamente en los brazos del agente que lo sostenía.

—Me permite un momento, por favor —le dijo al agente para poder coger ella al niño.

—Sí, por supuesto. Todo suyo. —Estiró sus brazos para dárselo.

Daniel paró de llorar en cuanto Sonia lo cogió, lo envolvió con sus brazos y empezó a tararear dulcemente una nana. Todos se quedaron asombrados contemplándolo. Se hizo un silencio total, escuchando su sutil tarareo y viendo cómo Daniel la miraba sonriendo.

—Si no lo veo, no lo creo —soltó sin salir aún del asombro el agente que lo había tenido en brazos—. Es cierto eso de que la música amansa a las fieras.

—¡No sea bruto, agente! —exclamó Sonia—. Es un bebé de poco más de un año, no es ninguna fiera. Tan solo estaba asustado al ver a su madre tirada en el suelo sin

moverse. Solo necesitaba un poco de calma, nada más.

Daniel, como si comprendiese la situación, se abrazó fuerte al cuello de Sonia, que lo abrazó con más ganas, estrechándolo contra su pecho, sintiendo pegado a su cuerpo los golpecitos de su pequeño corazón latiendo con fuerza. Después tomó su sedosa carita con su mano y lo miró. En ese momento justo, ni un segundo antes ni uno después, mirándose recíprocamente con sus ojos color bellota, supo que lo quería. Quería a ese niño, se había enamorado de él. Le había cautivado su pelo moreno un poco ondulado, su piel sonrosada, sus mofletes redondos y gorditos y sus encarnados labios de piñón. Era toda una monada. Mirándose fijamente, sin ni siquiera pestañear, Sonia tuvo la certeza de que sus despiertos ojos le pedían amparo, se lo gritaban. No hizo falta nada más, estaba decidido; quería ser su madre, lo necesitaba tanto como él precisaba que lo cuidasen y protegiesen. Sonia volvió a abrazarlo fuerte, sus ojos se velaron al instante, sintiendo el calor del pequeño y de nuevo el palpitar de su corazón latiendo al compás del suyo. En tan solo unos escasos segundos se creó entre ellos un momento mágico, inexplicable. Y el velo que Sonia tenía en sus ojos se transformó en lágrimas que saltaron raudas a sus mejillas.

—¡Estás llorando! ¡Pero si tienes lágrimas! —espetó Encarna, la otra asistente social, boquiabierta—. En los doce años que llevo trabajando contigo no te he visto llorar nunca —afirmó con asombro.

—Y como se te ocurra contárselo a alguien te mato, ¿entendido? —Sonia enjugó rápido su emoción.

—Por supuesto, tranquila.

Sonia y Encarna abandonaron el piso y se marcharon con Daniel hacia su lugar de trabajo en vez de a la casa de acogida correspondiente, tal y como ordenaba el protocolo. Sonia quería hablar con su jefe antes, había tenido una idea, quería acoger ella misma a Daniel hasta que apareciese su padre. Encarna no paró de decir durante todo el trayecto que si lo había pensado bien.

—Es una locura, ¿cómo vas a cuidarlo? ¿Y el trabajo? ¿Qué harás con él mientras estés de servicio?

Sonia no contestó ni a una sola de las preguntas de Encarna, solo miraba obnubilada a Daniel, acariciándolo y besándolo. Pretendía hacerle sentir resguardado y querido, no le importaba nada más en ese momento.

Cuando llegó al despacho de Rafael Escudero, su jefe, y este la vio entrar con el niño en brazos, se quedó patitieso.

—¿Adónde vas con ese niño? ¿Por qué no lo has dejado en la casa de acogida? —preguntó aturdido.

—Porque lo voy a acoger yo. Quiero ser su madre de acogida —contestó seria.

Rafael, que estaba de pie, se dejó caer en su sillón sin dejar de mirarla fijamente, circunspecto, y de pronto comenzó a soplar fuerte, negando a la vez con la cabeza. Su boca disparó al aire todo tipo de preguntas, unas tan solo retóricas y otras con la intención de ser contestadas. Sonia tuvo respuesta para todas y cada una de ellas sin

titubear ni un ligero instante. Estaba decidida e iba a hacer todo lo que pudiese para ser la madre de ese niño, aunque ese hecho solo fuese de forma temporal.

—Sabes que su padre puede aparecer en cualquier momento —le dijo Rafael medio cabreado.

—Lo sé.

—Y no crees que es mejor dejarlo en la casa de acogida hasta entonces. ¿Qué leches te pasa? —Levantó un poco la voz.

Daniel empezó a gimotear, abrazándose más fuerte a Sonia. Esta comenzó a calmarlo y a besarle la cabeza.

—No levantes la voz, por favor, no ves que está asustado —susurró Sonia.

Rafael, en tono comedido, le explicó de nuevo que eso no podía ser, se estaba ligando emocionalmente con ese caso y no era muy profesional por su parte.

—No es el primer niño que vas a recoger y que tienes que llevar a una casa de acogida. ¿Qué te ocurre? —volvió a preguntarle.

—Es muy pequeño, me da pena que se quede allí. Conozco el sistema y cumpla todos los requisitos para acogerlo conmigo. No creo que te moleste.

—Me molesta que te impliqués tanto porque eso te repercutirá a ti. Te encariñarás con él, y cuando su padre aparezca y tengas que devolvérselo, sufrirás.

—Sufriré igualmente si lo deajo allí. ¡No ves que es muy pequeño! ¡Tan solo tiene poco más de un año! Prefiero tenerlo bajo mi custodia hasta que su padre aparezca.

Rafael se levantó del sillón de cuero negro y comenzó a dar vueltas por el despacho sin parar. Sonia no dejaba de mirar los grandes y espabilados ojos de Daniel, vidriosos en ese momento, que la observaban fijos.

—No voy a dejarte, chiquitín. —Le besó una de sus manitas.

—¿Y qué piensas hacer con él mientras estás trabajando? ¿Se lo vas a dejar a la amargada de tu tía? ¿Crees que ella es mejor que la casa de acogida?

—¡Por supuesto que no! —exclamó, malhumorada ante tal insinuación—. Me cogeré unos días o una pequeña excedencia e intentaré buscar a su padre durante ese tiempo.

—¿Bromeas? —preguntó casi irritado—. ¿Quieres acoger al niño y que yo me quede sin una de mis mejores trabajadoras?

Sonia se levantó un poco enojada y le lanzó su mirada de desprecio. Una mirada fulminadora que Rafael desconocía, nunca la había utilizado con él.

—Egoísta —sentenció Sonia con rabia—. Nunca te he pedido nada en todos estos años, y cuando por fin lo hago, solo te preocupas por ti. No sufras, iré a hablar con el director y que él decida. —Se encaminó hacia la puerta.

—¡Para, para! —Rafael la sujetó por el brazo—. Vamos a hacer algo que no es nada habitual y con lo que voy a darte un poco de tiempo, nada más.

—¿El qué?

—Puedo dejarte a su cargo durante una semana, trámites burocráticos a destiempo los llamo yo. En esa semana quiero que, además de estar con el niño,

localices el paradero de su padre y te pongas en contacto con él.

—Vale. ¿Qué sabemos de ese hombre?

Rafael buscó entre los papeles de su mesa y le puso al corriente de lo poco que sabían acerca de él:

—Ricardo Bosco Montalbán, treinta y siete años. Trabaja para el Estado, en el CESID. He hecho algunas llamadas y llevan días sin saber de él. Estaba fuera de España pero no pueden decirme nada más, información clasificada, confidencial. — Chasqueó los labios.

—Entonces, ¿cómo voy a conseguir información yo? —interpeló Sonia, atónita.

—Llamando todos los días y dando la brasa para saber si hay alguna novedad. Tienes armas para persuadir, lo sabes. Intenta chantajearlos emocionalmente con su hijo. Un niño al que solo le queda su padre.

Sonia asintió con la cabeza, sonrió a Daniel y abrió la puerta del despacho para salir.

—Espera —dijo Rafael—. Tómate esta semana a cuenta de tus vacaciones, te empiezan a contar desde mañana. Ahora vete a casa con el niño, tendrás que comprarle comida y pañales.

—Cierto. Gracias —contestó y se marchó.

Sonia vivía en un pequeño piso del centro de Valencia. Se independizó al cumplir los treinta años, no aguantaba más el rancio carácter de su tía ni cómo se metía en todo cuanto ella hacía. A pesar de no ser madre, sabía mucho de niños, entre otras cosas por su trabajo, pero también porque había estudiado psicología infantil. Compró todo lo necesario para alimentar y cuidar a Daniel y, de momento, ambos dormirían en la misma cama. Era una cama grande, de matrimonio, a Sonia siempre le gustó descansar con espacio, así que no tendrían problemas para dormir en ella los dos.

Encarna se había encargado, como era costumbre, de coger algo de ropa del pequeño, y Sonia se lo trajo con ella. Todo estaba bajo control, lo único que debía hacer era darle mucho cariño a Daniel mientras trataba de encontrar a su padre.

Como al diablo siempre le gustaba enredar, esa misma tarde, su tía Estrella se acercó a verla, algo completamente inusual en ella. Cuando vio a Daniel en brazos de Sonia, se quedó estupefacta, igual que si hubiese visto a un fantasma.

—¿Quién es este mocoso? O mejor dicho, ¿qué haces tú con él? —preguntó con su resentido tono de voz.

—Es Daniel, un niño al que he acogido momentáneamente mientras encontramos a su padre. No tiene más familia.

—¡Vaya! Tan mal están las cosas que ahora las asistentes sociales os los tenéis que traer a casa.

—No, tía —le contestó a la defensiva—. Lo he traído porque he querido. Está solo y es muy pequeño.

—Para eso están las casas de acogida, para los niños, grandes y pequeños. ¿A qué juegas? —inquirió a la vez que entraba. Sonia fue tras sus pisadas, y Estrella se sentó en el sofá del salón, esperando una respuesta.

—Mira, tía, no tengo que darte explicaciones de mi vida, soy una mujer adulta.

—¿Adulta? Yo creo que eres una insensata, eso es. —Arrugó el entrecejo.

Sonia no le hizo el menor caso e ignoró sus comentarios, que siempre eran reproches; nada nuevo para ella. Sentó a Daniel al lado de esta, el niño la miraba inmóvil, pero al final sonrió.

—Por favor, cuídale un momento, voy a calentarle un puré para que coma.

Estrella ni abrió la boca, y Sonia se marchó a la cocina a preparar la comida. Cuando regresó, Estrella estaba haciéndole pedorretas a Daniel, que reía sin parar, y Sonia se quedó alucinada viendo aquella escena.

—Si no lo veo no lo creo. Pero si te ha sacado hasta una sonrisa, no sabía que tus labios fueran capaces de lograrlo. Nunca te he visto alegre. —La cara de su tía cambió al instante.

—¿Quién te ha dicho que yo esté alegre? —le preguntó su mal genio.

Daniel volvió a sonreír y emitió un balbuceo sin llegar a comprender qué decía. Y Estrella, la que no estaba alegre, la que no sonreía, volvió a estirar extensamente las comisuras de sus labios. Sonia no quiso hacer ningún comentario más al respecto; sabía que su tía no daría su brazo a torcer y no admitiría que Daniel endulzaba su amargo carácter. Sonia anudó al cuello de Daniel una servilleta, a modo de babero, para que no se manchase mientras le daba el puré.

—¿Vas a saber dárselo? —le preguntó su tía, seria.

—No creo que haya que estudiar una titulación para hacerlo —le respondió, atónita por tal pregunta.

—¿Has comprobado que no queme? Y no llenes mucho la cuchara, luego goteará y se pondrá perdido —escupió su gruñona voz.

—¿Quieres dárselo tú? —Sonia habló un poco ofendida.

—Pues sí, será mejor, trae. —Le quitó el plato de la mano.

Sonia se quedó patidifusa, sin saber qué decir. Sus manos acabaron vacías, y su boca no fue capaz de contradecir a su tía, que ya había empezado a dar de comer a Daniel. Sonia no recordaba haberla visto así de ilusionada nunca, de repente era otra persona, una total desconocida para ella. Y así pasó prácticamente toda la tarde, jugueteando con Daniel, haciéndole carantoñas y hablando con él.

—Bueno, me marcho —dijo Estrella, casi llegando la noche. Se acercó a Daniel, que estaba jugando sentado en una mantita en el suelo, y le dio un beso—. Hasta mañana, pequeñín —se despidió de él.

—¿Cómo que hasta mañana? ¿Vas a venir otra vez? —Sonia realizó la pregunta espantada.

—Por supuesto. Tendré que asegurarme de que cuidas bien de este niño.

—No soy tonta como tú pretendes hacerme sentir. Sé de sobra cuidar de un niño.

—¿Acaso has criado alguna vez a uno? —interpeló su resentimiento—. Que yo sepa no lo has hecho nunca. En cambio yo te crie a ti, y antes lo hice con tu madre. Mi madre estaba enferma y no podía hacerlo. Con solo seis años yo cuidaba...

—Cuidabas de mi madre y aprendiste a cocinar, no tuviste otro remedio —dijo, cortándola y acabando la frase por ella—. Sé que fuiste niñera en casa de una marquesa y luego continuabas ejerciendo ese papel al llegar a la casa de tus padres; ya lo sé, me lo has repetido hasta la saciedad. Y luego, con diecinueve años, te hiciste cargo de mí al fallecer mi madre, y me has sacado adelante tú sola. Me lo sé de memoria, no dejas que lo olvide —le reprochó.

—Y así me lo pagas, no queriendo saber de mí y no queriendo que te ayude con este niño. Eres una desagradecida. En eso no te pareces a tu madre.

—Por favor, vete, tía. No quiero discutir, como de costumbre. Ven a verlo cuando quieras, pero no para mandarme lo que tengo que hacer. Soy mayorcita y esta es mi casa.

Estrella se marchó dando un fuerte portazo y no volvió a aparecer por la vida de Sonia hasta muchos meses después. Hasta que Daniel cumplió los dos años y Sonia, rebajándose como tantas veces, la llamó suplicándole su perdón y rogándole que volviese a tener relación con ella. Al fin y al cabo era su única familia.

Todos los días, Sonia llamaba al Ministerio de Exteriores para ver si sabían algo de Ricardo Bosco. Y todos los días, después de pasarle por varios departamentos, la respuesta era la misma: aún no sabían nada. Así pasó una semana, y otras más, y un mes, y varios más. Y lo que iba a ser una semana de sus vacaciones para poder cuidar de Daniel se convirtió en una larga excedencia al pasar a ser oficialmente madre de acogida.

Las llamadas al ministerio dejaron de ser diarias para pasar a ser semanales y luego quincenales. Pero terminaron cansando, y un día le dijeron que no llamase más, porque en cuanto supiesen algo se lo comunicarían de inmediato. A Sonia, lejos de molestarla el desconocido paradero de Ricardo, la alegraba saber que, por el momento, nadie iba a apartarla de Daniel, e hizo lo que le solicitaron: no importunar más.

El amor que Sonia sentía por el niño crecía día a día igual que una planta con ayuda de agua, oxígeno y sol. Cuando Daniel cumplió dos años, decidió buscar una guardería para llevarlo y volver al trabajo. Bueno, en realidad no fue una decisión de *motu proprio*, más bien se vio presionada por Rafael, que llevaba tiempo insistiendo, sin parar de suplicarle, que volviese al trabajo porque la necesitaban. Cuando Sonia estaba a punto de darse por vencida ante su persistencia, él mismo se encargó de encontrar una con muy buenas referencias y cerca del departamento de Servicios Sociales, así no podría echarse atrás. Y Sonia, sin poder poner ninguna excusa más, retomó su vida. Aunque ahora su vida tenía un aliciente muy especial: Daniel. Antes todo para ella era su trabajo, ahora su todo era él.

El sobrio carácter de Sonia, vestida siempre de traje chaqueta y con su moreno y largo pelo recogido en un moño, se amansó con el paso de los meses. Eso sí, tan solo lo hizo de puertas para adentro de su casa, con Daniel, y dejó entrever algún atisbo de ese cambio a Rafael y un pequeño vislumbre a Encarna. Nada más. A nadie ni en ningún otro lugar mostró esa variación, y mucho menos en su trabajo. La dama de acero continuaba siendo férrea en su despacho, en el papel de jefa, en su división, pero en cuanto abandonaba aquel lugar, toda su vida giraba en torno a Daniel, no había nada más en el mundo para ella, y tampoco lo necesitaba. Él la llenaba plenamente, jamás rio tanto, de ningún modo fue tan feliz, nunca amó tanto ni de esa forma tan pura e incondicional. Antes nunca miraba el reloj buscando la hora para salir del trabajo, y ahora ansiaba que las agujas la marcasen, y en cuanto lo hacían, corría veloz a recoger a Daniel para pasar toda la tarde a su lado, jugando, tirándose al suelo con él como si fuese una niña, disfrutando como no lo había hecho en su vida, ni siquiera cuando era pequeña. Su tía nunca jugó ni un solo segundo con ella, en absoluto perdió un pequeño instante de su tiempo para hacerle sonreír e hizo que

madurase rápido y veloz, perdiéndose por el camino toda su infancia y adolescencia. Pero ella no estaba dispuesta a que eso le ocurriese a Daniel. Él tendría la infancia que ella nunca disfrutó, una infancia llena de recuerdos felices, de sonrisas y juegos.

Los años pasaron, y Sonia se mudó a un piso más grande para tener más espacio. Todo cuanto hacía lo hacía para y por Daniel. Lo quería con locura, y Daniel la quería igual a ella. La relación entre ambos creció y se soldó hasta fundirse, en verdad eran dos personas unidas en una sola alma.

Al llegar el séptimo cumpleaños de Daniel, en 1995, Sonia preparó una fiesta por todo lo alto. Invitó a Rafael, su jefe y único confidente, el único hombre que apreciaba y a quien mostraba afecto. Seguramente se debía a que él nunca le había cuestionado o dicho lo que debía o no hacer, y ella lo respetaba por eso. Y precisamente ese respeto mutuo los había llevado a iniciar una amistad que jamás mezclaban con los asuntos laborales; esa era la clave del éxito de aquella singular relación.

Sonia también invitó a Encarna, compañera de trabajo desde hacía muchos años y con la que tenía buena relación, y a otras dos compañeras más que se habían interesado siempre por Daniel, algo que ella agradecía. Por supuesto, Estrella, su tía, también iba a acudir, porque su relación con Daniel era bien distinta a la que tuvo con Sonia. Con él reía, jugaba e incluso le decía que lo quería, algo que Sonia no recordaba haber escuchado nunca de boca de su tía. Y como no podía ser de otra forma, para que aquel cumpleaños fuese ideal también invitó a los mejores amiguitos de Daniel. Iba a ser una celebración completa, porque Sonia tenía un gran regalo para él.

Cuando ese día acudió al colegio a recogerlo, Daniel, que era muy observador, se percató del cambio en la sonrisa de Sonia, aquel trazo en sus labios al verlo era más inmenso de lo acostumbrado. Ella lo abrazó con mucha fuerza y le dijo que tenía un regalo para él, un increíble regalo, le recalcó. Pero para dárselo, antes él debía decidir si lo quería o no.

—¿Qué es, mamá? —preguntó Daniel completamente ilusionado.

—Vamos andando y te lo cuento, ¿vale?

—Vale, venga, cuéntamelo. —Comenzó a andar, cogido de la mano de Sonia.

—Verás, ya sabes que tú antes de encontrarme tenías una mamá y un papá, ¿cierto?

—Sí, lo sé, ya me lo has contado muchas veces. Pero tú eres mi mamá. Yo te quiero y tú me quieres a mí.

—Por supuesto —contestó Sonia, parándose un momento para darle un gran beso. Después continuaron andando—. Y sabes que esa es la razón por la que tus apellidos no coinciden con ninguno de los míos.

—Sí, también me lo has explicado muchas veces.

—¿Y qué te parecería tener mis apellidos? Te llamarías Daniel Argüelles Langa en lugar de Daniel Bosco Expósito. ¿Quieres? —le preguntó, parándose de nuevo.

—¡Sí, mamá, sí! —exclamó feliz, abrazándose a ella.

—Pues ese es mi regalo —dijo Sonia con la voz emocionada—. Ahora serás mi hijo legalmente. —Lo besó en la cabeza sin parar.

—¿Legalmente? ¿Qué significa eso? —preguntó él extrañado, mirándola sin pestañear.

—Que siempre estaré contigo, nunca me separaré de ti, jamás. ¿Quieres? —volvió a preguntar, sonriendo, mientras una lágrima saltó a su rostro.

—¡Sí, quiero legalmente! —contestó Daniel sin parar de abrazar a Sonia, su madre.

Sonia comenzó a reír al ver y sentir la felicidad de Daniel. Al fin su sueño se hacía realidad, Daniel iba a ser oficialmente su hijo. Tras declarar muerto a su padre, la única familia que tenía, ella podía adoptarlo. El seis de junio de 1995, Daniel cambiaba de apellidos de forma legal por los de su madre, Sonia.

Todo marchaba sobre ruedas y el tiempo corría veloz. Sonia se sentía realizada, no necesitaba ningún hombre en su vida, como algunas de sus compañeras se empeñaban en decirle y muchas otras no paraban de dejárselo caer. Y no sería porque no hubiese hombres interesados por ella. En el trabajo, sin ir más lejos, tenía a dos moscardones revoloteando siempre a su alrededor. La dama de acero era atractiva, a pesar de esconder toda su gran belleza bajo su austeridad, pero ella pensaba que el amor de pareja estaba sobrevalorado, no le hacía falta nadie más que Daniel para ser feliz; él era su príncipe azul, todo cuanto quería, su niño. Y su niño estaba a punto de cumplir ocho años, solo faltaban dos días para la maravillosa fiesta que le tenía preparada.

Pero ese día, el cinco de febrero de 1996, todo cambió de repente. Los invitados eran los mismos del año anterior, y todos estaban ya en su piso. Todos salvo Rafael, algo totalmente inusual en él, que era casi obsesivo con la puntualidad.

—Qué raro que Rafael no esté aquí ya —le comentó Encarna a Sonia, que asintió con la cabeza sin mediar palabra.

Casi media hora después de comenzar la fiesta, Rafael apareció. Su semblante era extremadamente serio y estaba lívido. A Sonia no le gustó su rostro, era la cara de las malas noticias. Ni siquiera felicitó a Daniel. Pasó al salón con una mirada ausente, se acercó a Sonia y, cogiéndola del brazo, se la llevó hasta la cocina, un lugar donde no había nadie en ese momento.

—¿Qué ocurre? Me estás asustando —dijo Sonia mientras Rafael cerraba la puerta.

—Siéntate, por favor. —Su timbre de voz sonó apagado.

—¿Qué pasa? Habla de una vez. —Sonia alzó la voz.

—Ricardo Bosco ha aparecido.

—¿¿¿Qué??? —preguntó incrédula ante lo que acababa de oír.

Las rodillas de Sonia fallaron, y tuvo que apoyarse con fuerza en la silla que estaba a su lado para no caer. Acto seguido se sentó en ella.

—Te dije que te sentases, pero eres siempre tan testaruda... —refunfuñó Rafael.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ha aparecido?

—Hace unos días, aunque a mí me lo han comunicado hace más o menos una hora. Y ya sabes lo que quiere.

—¡¡¡No!!! ¡Eso, no! ¡Es mi hijo! —escupió Sonia con rabia, levantándose de la silla a la vez—. Yo lo he adoptado, lleva mis apellidos. No puede pensar que voy a renunciar a él sin más.

—Sonia, por favor, cálmate. Entiendo tu postura, pero es su hijo, él es su verdadero padre.

—¡Y yo qué! —gritó con fuerza—. Acaso yo no lo he criado, no lo considero mi hijo aunque no lo haya parido. Puedes mirarme a la cara y decirme que no soy su madre. —Le fulminó con la mirada—. Llevo seis años y nueve meses con él, los mejores de toda mi vida, y no voy a consentir que nadie me diga que no es mi hijo.

—Mira, Sonia, yo estoy de tu parte, aunque ahora mismo no lo veas, pero entiendo su postura también. Mañana me reuniré con él y contigo en mi despacho. Hay que buscar una solución a esto.

Sonia volvió a sentarse, intentando contener las lágrimas que sus ojos estaban a punto de derramar. En ese momento, la puerta de la cocina se abrió, y Estrella, su tía, los miró con recelo.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí los dos solos y encerrados?

Sonia pulverizó a su tía con la mirada y prefirió no contestar a su absurda pregunta. Una pregunta que estaba segura era más una insinuación. Mejor guardarse la grosera contestación que pasó por su mente en ese momento.

—Solo hablábamos —respondió Rafael.

Sonia se levantó de nuevo, suspiró fuerte y salió de la cocina, adentrándose en el comedor. Al ver a Daniel jugando con sus amiguitos, sonriendo feliz, no pudo contener por un segundo más las lágrimas. Se las enjugó velozmente, pero Daniel reparó en que a su madre le ocurría algo y se acercó hasta ella.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Estás triste?

—No, todo lo contrario, cariño. —Intentó sonreír—. Estoy muy feliz de ver lo bien que te lo estás pasando. Voy un momento al baño, ahora vuelvo. Tú sigue jugando y disfruta de tu cumpleaños, ¿vale?

—Vale —contestó él, y le dio un beso antes de volver con sus amigos.

Sonia entró en el baño y, presa del pánico, se derrumbó en llanto. Nunca había sentido aquel fuerte dolor que le oprimía el pecho y la dejaba sin aire que respirar. Era espantoso, escocía, quemaba, ardía. Era una desazón infernal, un tormento apabullante y atroz. «No me lo puede quitar, no puede, no es justo, yo lo quiero, es mi niño, es mi hijo», no paraba de repetirse sin dejar de llorar. Y así paso largo rato

encerrada en aquel baño, intentando mitigar un poco el brutal desasosiego que recorría su cuerpo antes de volver a salir de allí y ver de nuevo la cara de su pequeño.

Desde que había sido padre, Ricardo Bosco había cambiado por completo las prioridades en su vida. Por ese motivo habló con sus jefes y solicitó un puesto como preparador de agentes del CESID, algo más monótono a la par que tranquilo, un puesto que lo estaba esperando en cuanto regresase de su concluyente cometido. Para zanzar su último trabajo como espía tuvo que desplazarse hasta Pakistán. Se suponía que esta encomienda le llevaría menos de un mes fuera del país y con ella finalizaría la etapa aventurera y arriesgada de su vida. Viajaba, evidentemente, con otro nombre, Frédéric Lefebvre, y se hacía pasar por periodista de nacionalidad francesa, una lengua que dominaba a la perfección. Tan hábil era con la entonación de su acento, que sus compañeros solían bromear con él diciéndole que se había criado en Lyon y no entre Madrid y Valencia.

Ricardo nació y vivió en Madrid hasta que sus padres fallecieron. Luego se trasladó a vivir con sus abuelos, que residían en Valencia, aunque regresó de nuevo a Madrid para estudiar Ciencias Políticas. Fue así cómo, a través de uno de sus profesores, tuvo contacto con el CESID y se le captó como posible agente. Tras superar con éxito las duras pruebas, tanto físicas como psíquicas, entró a formar parte del CESID.

Esta última misión no era en especial muy peligrosa o difícil, si bien nunca se sabía dónde aguardaba el peligro y nunca se podía bajar la guardia. Esa era la regla más básica que debía cumplir cualquier agente: permanecer siempre alerta.

La situación política mundial era convulsa: la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética venía arrastrándose desde años atrás, Oriente Medio era un hervidero de combates, Afganistán estaba en guerra, los enfrentamientos en Beirut propiciaron la llamada «guerra de liberación» contra Siria y el conflicto de Cachemira daba paso a las armas, puesto que ya se había declarado oficialmente también la guerra. Muchos eran los secretos guardados, y muchos los países implicados a nivel mundial. Y el temor hacia el terrorismo islámico, en pleno desarrollo, se apropiaba de la voluntad de las naciones en silencio. Ricardo estaba en Quetta, capital de provincia de Baluchistán (Pakistán), un territorio cerca de las fronteras de Irán y Afganistán. Se había trasladado allí para reunirse en secreto con un agente del ISI (Servicio de Inteligencia Pakistani). También tenía otras dos reuniones, aún por determinar en qué punto de Pakistán se celebrarían y en qué días, con un agente del KGB y con otro de la CIA. Todos iban a intercambiar informaciones muy importantes. En España, en esa época, 1989, los islamistas radicales, más conocidos a día de hoy como la yihad, también transitaban por ella. España albergaba bases estadounidenses, el enemigo por naturaleza de los islamistas, y por esa razón estaba en su punto de mira.

Unos días después de llegar a Quetta, una tarde que Ricardo tenía libre, decidió coger un vuelo y trasladarse a Islamabad, la capital del país. Quería comprar un regalo para Paula y Daniel, y esa era la zona más turística. Después de recorrer sus céntricas calles se dispuso a entrar en una tienda. Apenas había empezado a observar el escaparate cuando una brutal explosión le atronó los oídos y la onda expansiva le hizo volar por los aires. Un hombre se acababa de inmolar a pocos metros de él. El cuerpo de Ricardo traspasó la vidriera de la tienda y se empotró contra el duro mostrador, prácticamente se abrió la cabeza. Veintiún muertos, un herido grave y siete leves fue el parte oficial de aquel terrible atentado.

El herido de gravedad resultó ser Ricardo Bosco, que estuvo en coma más de un año, aunque nadie comprendía cómo no había muerto también, pues sus heridas eran extremas. Cuando despertó tuvo que sufrir una larga recuperación, aprender de nuevo a andar y casi a hablar. Y lo peor era que no recordaba nada, no sabía quién era. Nunca encontraron su documentación entre el amasijo de destrucción donde había quedado atrapado su cuerpo.

Mientras permaneció en coma, los médicos se plantearon amputarle la pierna derecha porque un trozo de metralla prácticamente se la había deshecho y estaban casi seguros de que se gangrenaría y habría que cortársela. Pero, milagrosamente, cicatrizó despacio, aunque bien, y consiguió salvarla, al igual que su vida. Eso sí, nunca consiguió volver a andar como antes, la acusada cojera quedó como recuerdo de aquel brutal atentado, al igual que alguna que otra importante cicatriz por el cuerpo y una enorme brecha en la cabeza.

Los días se sucedieron, y las semanas, los meses y los años, y Ricardo no tenía el menor recuerdo de nada. Su mente era un lugar totalmente vacío donde no había remembranzas. Por eso mismo se quedó a vivir en Islamabad, dónde ir cuando uno no sabía de dónde venía o procedía, cuando no sabía quién era ni cuál era en realidad su nombre. Lo empezaron a llamar Marzûq, que significa «bendecido por Dios», pues eso era lo que todos pensaban después de haber sobrevivido a aquel espantoso atentado terrorista, que estaba bendecido y por eso salvó la vida.

Durante todo ese tiempo, más de cinco años y medio, Ricardo trabajó como dependiente en una librería. Uno de los médicos que lo atendió, el doctor Abdel Sabûr —un nombre que parecía haber sido elegido para su profesión, pues significaba «sirviente del paciente»—, debido a su empatía hacia él, le consiguió un trabajo en la librería de su hermano y alojamiento en casa de unos amigos. Una habitación de alquiler con derecho a baño compartido. Abdel Sabûr se convirtió en un amigo para Ricardo, una persona leal, la única en quien confiar y apoyarse. Un puntal muy importante dentro de su desmemoriada vida.

Ricardo no paró de pensar durante todo el tiempo cuál era en verdad su procedencia, porque sus rasgos no correspondían con la raza árabe y estaba claro que no pertenecía a ella. Todos los días se preguntaba si alguien lo estaría buscando, si tendría familia, esposa, hijos... y si siempre había vivido allí. Le parecía imposible

haber echado raíces en un sitio así, un lugar con un ambiente tan hostil por culpa de un puñado de radicales que actuaban en nombre de la religión y que hacían padecer a todos.

Y así se pasó todo el tiempo que permaneció allí, cuestionándose su vida, las mismas cosas a cada momento. Vivir así se hacía muy pesado y molesto. Hasta que un día, después de una increíble borrachera de las que últimamente solía coger para intentar soportar su vacío, Ricardo se peleó con dos tipos que le pegaron una severa paliza. Lo patearon todo el cuerpo hasta dejarlo inconsciente y lo abandonaron a su suerte. Un grupo de buenos samaritanos, al verlo tirado en medio de la calle, se apiadaron de él y lo acercaron hasta el hospital. Llegó con tres costillas rotas, múltiples hematomas y lo peor, una patada en la cabeza que le había producido un traumatismo craneal. Había que intervenirle de urgencia para drenar el fluido que le estaba provocando presión en el cráneo.

Ricardo permaneció en coma casi una semana, pero al final despertó, y ese despertar fue muy distinto del primero. Apenas unos minutos después de abrir los ojos y comenzar a reaccionar, su memoria recordó todo: lo vivido con anterioridad y sus largos años en Islamabad sin saber quién era. Todo, absolutamente todo regresó a su mente, y su retentiva, con rapidez, empezó a recapitular: sus padres fallecidos, sus abuelos, sus estudios, su entrada en el CESID, Paula, su bella esposa, y Daniel, su amado hijo. Tuvo que parar un momento para poder respirar, porque la acumulación de recuerdos y sentimientos lo empezó a asfixiar. En último lugar le asaltó su misión, la que iba a ser la última, y el atentado suicida; todos sus recuerdos afloraron, eclosionaron a la vez. Su corazón comenzó a subir velozmente de pulsaciones y el pecho comenzó a dolerle.

—Paula, Daniel, ¿qué ha sido de vosotros? —gritó llorando—. Tengo que volver a casa. Enfermera, tengo que volver a casa, quíteme esto —chilló, mientras se arrancaba la aguja clavada en su mano.

Ante los continuos gritos de Ricardo y las persistentes peticiones para hablar con el doctor Abdel Sabûr, una de las enfermeras decidió llamarlo, y este se acercó corriendo hasta la habitación de su amigo. Ricardo, angustiado y fuera de sí, le contó que recordaba quién era: se llamaba Ricardo Bosco Montalbán, vivía en España, en Valencia, y estaba casado y tenía un hijo, Daniel. Tenía que acudir al consulado y solicitar ayuda para regresar a su país de inmediato. Lo estarían buscando, llevaba casi siete años desaparecido. El doctor, plenamente emocionado debido a la amistad que los había unido, le prometió que en unos días, en cuanto estuviese restablecido por completo, él mismo lo llevaría a la embajada española, que se encontraba en Islamabad.

Así fue. Una semana más tarde, acompañado por Abdel Sabûr, Ricardo habló con el cónsul, haciéndole saber que era un agente del CESID y la cadena de acontecimientos posterior a su llegada a Quetta. Toda la maquinaria estatal se puso en marcha al momento.

Cuando el cónsul, después de hablar él primero, le pasó el teléfono para hablar con Juan José Cobo, su jefe directo en el CESID; Ricardo no pudo contener la emoción y sus ojos se empañaron al momento. Algo parecido le sucedió a Cobo, que no daba crédito al escuchar la voz de Ricardo. Al terminar de contarle todo, le dijo que iba a llamar a Paula.

—Ricardo, espera a estar aquí primero para hablar con ella, habrá que prepararla —le contestó este, intentando convencerlo para que desistiese en su empeño.

—Llevas razón, será un impacto para ella después de tanto tiempo.

—Exacto —afirmó Cobo.

En cuanto todos los papeleos burocráticos, ágiles como en pocas ocasiones, estuvieron finalizados, Ricardo voló a España. El tres de febrero de 1996, Ricardo estaba de nuevo en su país, volvía a pisar su nación.

En el aeropuerto de Madrid lo esperaban Cobo y tres compañeros más, pero no vio a su mujer ni a su hijo por ninguna parte. Eran las personas a quienes con más ansia quería abrazar; sin embargo, no estaban allí. Nada más bajar la escalera, Cobo se lanzó a sus brazos.

—¡Eres tú, Bosco! —exclamó emocionado—. Más viejo y un poco cojo, pero eres tú. No me lo puedo creer. —Lo abrazó sin parar.

—¿Y Paula? ¿Dónde está mi mujer y mi hijo? —preguntó, separándose de él y mirando alrededor.

—Contéstame primero a mí, ¿cómo estás?

—Ni idea, no sé cómo estoy. Solo necesito ver a Paula y a Daniel. Seguramente después me encuentre mejor.

—Primero debemos ir al CESID, allí te lo aclararemos todo —dijo serio.

—¿Qué hay que aclarar? Te lo conté todo por teléfono. ¿Está Paula esperándome allí?

Cobo miró a Ricardo con gesto adusto a la vez que se frotaba la barbilla sin cesar. Ricardo lo conocía bien, a pesar de haber pasado muchos años fuera sabía lo que significaba aquella expresión de circunstancia en su postura; era el precedente a una mala noticia.

—¿Qué pasa, dímelo? —Ricardo levantó un poco la voz, lo hizo porque se sintió asustado.

—Verás, Ricardo, preferiría hablar de esto en un lugar más privado para poder explicártelo.

—No, quiero saber ahora mismo qué ocurre. ¿Por qué mi familia no está aquí? —interpeló, alzando la voz de nuevo.

—Como tú quieras. —Vaciló un momento antes de proseguir—: Paula murió tan solo unos días después de comenzar tu misión. Un ictus.

—¿Cómo? ¿Paula está muerta? —inquirió, con la cara desencajada. Entretanto, un pánico acerbo le recorría el cuerpo.

La pierna sana de Ricardo falló en ese mismo momento. Cobo lo sujetó para que

no cayese al suelo, y los otros compañeros se acercaron deprisa para ayudarlo. Entre todos le metieron en el coche que esperaba para llevarles al CESID. Ricardo estaba en estado de *shock*, no reaccionaba, se quedó paralizado y mudo. Llegando a las instalaciones del CESID, consiguió articular la voz de nuevo.

—Y Daniel, ¿dónde está? ¿Quién se ha hecho cargo de él?

—Daniel fue acogido por una asistente social del Estado. Fue su madre de acogida hasta hace ocho meses. Ahora es su madre adoptiva. Lleva sus apellidos.

—¡Eso no puede ser! —gritó—. ¡Es mi hijo! ¿Lo entiendes? —chilló más—. ¡Daniel es mi hijo! ¡Yo soy su padre!

—Ricardo, tranquilízate, por favor. Sé de sobra que eres su padre, sé lo feliz que te hizo tener un hijo. Ibas a cambiar toda tu vida por ellos, yo me encargué de tramitar tu variación en el trabajo, ¿recuerdas?

—Ella me lo tiene que devolver. Le agradezco mucho todo lo que haya hecho por él en estos años, pero Daniel es mi hijo. Mío y de Paula. Y yo lo quiero conmigo, lo necesito. Llevo casi siete años sin verlo. Pasado mañana es su cumpleaños, cumplirá ocho años, yo solo he estado con él en su primer cumpleaños. Quiero verla, tengo que hablar con ella. Y quiero verlo a él, a mi pequeño. —Una lágrima saltó al rostro de Ricardo—. Estará tan mayor...

—Yo me encargaré de todo, no te preocupes —dijo Cobo—. Llamaré a Servicios Sociales para informarles y para que te reúnas con ella. Debéis arreglar esto, eso está claro. Aunque no sé si será tan sencillo, ten en cuenta que ella lleva siendo su madre casi siete años, para ella es su hijo. Y Daniel es la única referencia familiar que conoce, era muy pequeño cuando Paula murió.

—Aun así, es mi hijo y lo quiero conmigo, a mi lado. Es el lugar que le corresponde.

Cobo asintió con la cabeza, apretó los labios y no dijo nada más.

El vehículo paró y todos se bajaron para entrar en su lugar de trabajo, un sitio al que Ricardo llevaba casi siete años sin acudir, apenas lo recordaba. Cuando entraron en el espacioso y sobrio recibidor de suelos de mármol y pasamanos de madera, Ricardo se disculpó para ir al baño. Al entrar se miró al espejo y comenzó a llorar como jamás lo había hecho, como un niño pequeño desamparado. Su mujer estaba muerta, nunca volvería a verla, y lo único que le quedaba, su hijo Daniel, había sido adoptado y ni siquiera llevaba sus apellidos. «¿Por qué, Dios, por qué? ¿Por qué me haces esto? ¿Qué he hecho tan malo para que me castigues así, Señor?», se preguntó de seguido. Ricardo pasó unos largos minutos llorando y sin parar de hacerse las mismas preguntas una y otra vez, hasta que Cobo entró en el aseo a buscarlo.

—Si necesitas desahogarte puedes contar conmigo, no tienes por qué llevar esta dura carga tú solo.

—¿Qué voy a hacer ahora sin ellos? ¿Qué coño voy a hacer? Yo no puedo vivir así. —Las lágrimas corrieron más deprisa por su semblante.

—A Paula no puedes recuperarla, pero deberás luchar por Daniel. Eso es lo que te

dará fuerzas, ya lo verás, Bosco.

—¿Y mi casa? ¿La tengo o ya no?

—El CESID se hizo cargo de ella, de todos los pagos, hasta que se te dio oficialmente por muerto. Ahora estará sin agua, sin luz y sin gas. Deberás dinero a la comunidad y al Ayuntamiento de Valencia, tendrás que ponerte al corriente con todo.

—Para eso necesitaré dinero, algo que no tengo. ¿Tengo trabajo o tampoco?

—Para eso también quería que vinieses aquí. Chacón, que ahora es el director técnico, quiere hablar contigo sobre eso, quiere ofrecerte algo y que tú elijas.

—¡Vaya! No le ha ido nada mal. Chacón director. Tú te merecías más ese puesto —dijo Ricardo.

—Pues está claro que no todos me ven cualificado. Pero eso no me importa, ahora solo me importas tú. Vayamos a verlo y luego te vendrás a mi casa. Mañana volaremos a Valencia.

—¿Me vas a acompañar?

—Si no te molesta.

Ricardo se acercó a Cobo y se abrazó fuerte a él. Luego, intentando recomponerse, ambos abandonaron el aseo y subieron a hablar con Chacón.

Los años no habían sido generosos con Mateo Chacón, su mata de pelo de antaño se había transformado en una abundante calva digna de una pista de aterrizaje. Cuando Ricardo entró en su despacho, Chacón lo abrazó efusivamente, realmente se alegraba de verlo. Después de charlar un largo rato con él y de decirle en innumerables ocasiones lo feliz que se sentía de volver a verlo, le hizo la pregunta del millón.

—Bosco, ¿quieres jubilarte o prefieres trabajar como asesor de agentes?

Ricardo no dudó ni un segundo. Era muy joven para quedarse en casa sin hacer nada, solo tenía cuarenta y cuatro años, continuaría en activo. Lo único que le pidió fue un poco de tiempo antes de incorporarse, porque debía solucionar antes el tema de Daniel.

—Desde luego, no te preocupes, tómate los meses que te hagan falta. Además, ahora debemos solventar todo el papeleo para devolvarte a la vida, estás oficialmente muerto. —Chacón sonrió—. Y si precisas de cualquier tipo de ayuda, cuenta con nosotros, por favor —añadió.

Tras un fuerte apretón de manos que terminó en otro emotivo abrazo, Ricardo y Cobo abandonaron el despacho y se marcharon a casa de este. Al día siguiente los esperaba un largo y duro día, y había que descansar para coger fuerzas.

Ricardo y Cobo se habían trasladado a Valencia porque al día siguiente Ricardo debía reunirse con Sonia Arguelles, la mujer que había adoptado a su hijo, en el edificio de los Servicios Sociales de la ciudad. El primer lugar al que acudieron, evidentemente, fue a la casa de Ricardo. Para poder acceder a la vivienda tuvieron que llamar a un cerrajero que forzara la cerradura. Como bien le había dicho Cobo, no había ni luz ni gas ni agua. Debía ponerse en contacto con la compañía eléctrica para darse de alta y con el suministrador de agua y gas para hacer lo mismo.

—No te preocupes por todo eso, yo me encargaré —afirmó Cobo a Ricardo, cuyos ojos se colmaron de lágrimas al poner los pies allí.

Ricardo se adentró en el salón para subir las persianas y que entrase la luz. Luego, como un rayo a pesar de su cojera, entró en la que un día fue su habitación y abrió el armario. Toda la ropa, la de Paula y la suya, permanecía colgada, esperando que alguien le diese uso. Ricardo se abrazó a todo el vestuario de Paula, inhalando fuerte su olor, y rompió a llorar. Cobo apoyó su mano en el hombro de Ricardo en un intento por consolarlo, y este comenzó a gritar.

—¿Por qué? ¿Alguien me puede decir por qué? Era una buena persona, joder, una mujer maravillosa y una excelente madre. ¿Por qué, Cobo? ¿Tú lo entiendes? —interpeló, mirándolo con rabia en sus ojos.

Cobo no supo qué contestar, su garganta se había anudado al ver a aquel hombre venirse abajo de esa manera. Solo supo darle un abrazo para confortarlo, nada más.

Al cabo de un rato, Ricardo se separó de él y se dirigió a la habitación de su hijo. Cuando entró, cayó de rodillas al suelo; su cuerpo no podía cargar con más dolor. Cobo lo levantó raudo y se lo llevó con él hasta el salón. Allí lo sentó en un sillón. El polvo arraigado a los tejidos del sofá desde hacía años saltó como un muelle formando una nube de partículas que molestaban en extremo a la garganta. Cobo comenzó a toser una y otra vez, prácticamente se había tragado aquella inmensa polvareda.

—¡Joder, qué de polvo, coño! —exclamó, sin dejar de toser.

—No creo que pueda vivir aquí, es demasiado doloroso —comentó Ricardo con la vista perdida en ninguna parte.

—Eso ya lo había pensado. —Continuó tosiendo.

—Me buscaré algo de alquiler y lo venderé. No puedo permanecer aquí más tiempo, no puedo. Me asfixia, me estoy asfixiando. —Ricardo comenzó a respirar con dificultad, estirándose hasta el extremo el cuello de la camiseta.

Cobo corrió a abrir las ventanas y después se acercó a él.

—Tranquilo Bosco, respira por la nariz y suelta el aire por la boca, con calma, es un ataque de ansiedad.

Ricardo intentó hacer lo que Cobo le había dicho, pero el aire no le llegaba, sus pulmones no querían cogerlo, no querían el oxígeno que necesitaban.

—No... no puedo —dijo casi ahogado. Su piel empezaba a apreciarse un poco azulada. Cobo lo levantó de golpe y lo acercó hasta la ventana.

—Abre la boca, coge una bocanada de aire, joder, Bosco, no me jodas, abre la puta boca —gritó.

Ricardo consiguió inhalar aire, llenar al fin los pulmones, y comenzar a respirar. Al momento, el incipiente tono azulado desapareció y su cuerpo empezó a temblar debilitado. Sacó su torso por la ventana y respiró de seguido unas cuantas veces para oxigenar su sangre y que las células pudiesen así cumplir con su función. Luego comenzó a gritar encolerizado, mientras las lágrimas resbalaban por su cara; tenía que sacar toda la furia que guardaba en su interior, todo el dolor, todo el sufrimiento del que era presa. Aunque el sentimiento de culpabilidad por haber hecho algo impropio era lo que más lo atormentaba. Tenía que despojarse de ese suplicio, quería compartirlo, necesitaba que alguien más supiese de su insensatez. No sabía si podría vivir con ese remordimiento, pero necesitaba desahogarse.

—¡Eso es, escúpelo, sácalo de ti, vamos, Bosco! —exclamó Cobo.

—¡Yo tengo la culpa, joder, yo tengo la culpa! —chilló, sin apartar su vista de él.

—¿Qué coño dices? ¿Deliras?

—¡No, hostias, no! Yo no tenía que estar allí, yo no tenía que haber ido a Islamabad —vociferó su rabia.

—¿Se puede saber de qué leches hablas? —preguntó Cobo sorprendido.

—Te mentí cuando hablé contigo por teléfono, cuando te dije que me encontraba en Islamabad porque se cambió la reunión con el agente del ISI en el último momento.

—¿Qué estás diciendo? Explícate, joder —levantó la voz, mirándolo desconcertado.

—Me desplazé hasta Islamabad para comprarles algo a Paula y a Daniel, es la zona más turística de Pakistán y decidí acercarme hasta allí. Soy un gilipollas, por eso yo soy el responsable de todo. Si no hubiese ido no habría sido una víctima del atentado, no habría perdido la memoria, habría regresado a mi casa, con mi familia —gritó más fuerte e hizo una pausa breve—. Sé que no habría podido evitar lo de Paula, pero mi hijo estaría conmigo, habría crecido con su padre.

—¡¡¡Joder, Bosco!!! ¿Cómo se te ocurrió hacer tal cosa? —gritó alterado—. Sabes que un agente no puede prodigarse por ahí como si tal cosa. Sabes que lo tenéis prohibido, coño. ¡Me cago en la puta! —Metió su mano por entre el pelo y se estiró de él hacia atrás.

—Lo sé, por eso fui con otra documentación. Me hice pasar por un fotógrafo italiano, Luciano Fabricci. Me puse un bigote postizo y unas gafas, como llevaba en la foto del pasaporte, y cogí un vuelo hasta allí.

—¡Joder, la madre que me parió! Tú sabes que eso es un grave incumplimiento de

las normas. ¿Sabes en qué lío puedes meterte si alguien se entera de eso? No puedes cambiar de identidad en una misión salvo que estés en peligro y primero se lo comuniques al CESID y te autorice. ¿En qué coño pensabas, Bosco? —chilló con cólera—. No vais a hacer turismo, sino a proteger a vuestro país con intercambio de informaciones. Y anda que te fuiste al pueblo de al lado, hay casi mil kilómetros de distancia, cojones. —Terminó descargando su furia dando un puñetazo en la pared.

—También lo sé. Sé que la cagué por completo, la jodí a base de bien. —Apretó los dientes, lleno de rabia—. No puedo quitarme el sentimiento de culpabilidad de encima desde que recuperé la memoria.

—¿Sabes que te estuvimos buscando como locos el primer año? Toda la infantería al completo buscando hasta debajo de las piedras. ¿Sabes todo el dinero que eso cuesta? —le preguntó enojado—. Y resulta que tú te habías marchado a otra ciudad, por gusto propio y sin informar a nadie, para comprar una mierda de regalo, para traer una maldita sorpresa. Pues la sorpresa nos la diste tú desapareciendo de la faz de la tierra —chilló de nuevo, después suspiró y apoyó sus manos en las caderas—. Así no te encontrábamos por ninguna parte, no buscábamos a la persona apropiada, nos centramos en buscar a Frédéric Lefebvre, a la persona equivocada. —Sopló fuerte—. Cómo íbamos ni a imaginar algo así, una irresponsabilidad tan grave.

—Cobo, sé que lo hice mal, no te pido que me entiendas, ni yo mismo comprendo por qué actué así. Pero ahora necesito recuperarlo, quiero a mi hijo, a Daniel, es lo único que me queda. Si no lo tengo conmigo moriré por la pena y la culpa. —Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Está bien, está bien..., solo céntrate en eso, en recuperar a tu hijo. —Posó sus manos en los hombros de Ricardo—. Olvida lo que me has contado y no se te ocurra revelárselo a nadie o te verás en serios aprietos. Yo, por mi parte, no recuerdo lo que acabamos de hablar, mi memoria no ha sido capaz de retenerlo. —Lo miró con firmeza—. Ahora salgamos a la calle y busquemos una inmobiliaria para que alquiles un piso. Y de paso iremos a una tienda a comprarte un traje para la reunión de mañana.

—No puedo —contestó serio—. No puedo hacer ninguna de las dos cosas, no tengo dinero.

—No te preocupes por eso, yo te pagaré los dos primeros meses de alquiler, y te regalo el traje.

—Acepto con la condición de devolvértelo en cuanto pueda.

—Te he dicho que es un regalo, quiero hacerlo, joder —protestó.

—Accedo con lo del traje, pero el alquiler será un préstamo.

—Está bien, como quieras. Anda, vamos.

—Gracias, Cobo, gracias por todo.

—Es lo menos que puedo hacer por uno de mis mejores agentes. Sabes que siempre fuiste mi ojito derecho. —Asintió—. Aunque después de lo que me has contado, has perdido puntos. Pero, extraoficialmente te diré, que a lo mejor yo

también habría ido a comprar un regalo a mi mujer e hijo si los hubiese tenido. Yo no he tenido suerte en eso, no he encontrado a nadie, soy un viejo lobo solitario y así moriré. Por eso pienso ayudarte a recuperar a Daniel. Yo no tengo a nadie que llene mi vida ni que después de muerto pueda llorarme, pero tú sí, él es tu legado. Tuyo. Solo tuyo, Bosco.

—Gracias de nuevo. —Ricardo y Cobo se dieron un fuerte abrazo y acto seguido abandonaron el piso.

Sonia había pasado la peor noche de su vida. Jamás lloró tanto en sus cuarenta y dos años, nunca sintió tanto miedo solo pensando poder perder a alguien, de ningún modo había experimentado esas sensaciones antes. Claro estaba que nunca lo hizo porque en absoluto quiso a alguien de la manera que quería a Daniel. Ese era un amor por el que era capaz de arrancarse las venas, de entregar su vida sin vacilaciones, así de ilimitado y férreo era.

Cuando se levantó de la cama y se miró en el espejo le pareció ver más a una anciana en lugar de su rostro. Toda la angustia que estaba viviendo le había echado años encima en tan solo una noche. Sus ojos estaban tan rojos que parecían inyectados en sangre; sus ojeras, moradas e hinchadas; sus labios, entrecortados; su piel, demacrada... Resumiendo, su semblante asustaba. Aunque en ese momento su aspecto físico era lo que menos la preocupaba, lo único que le importaba y la inquietaba era Daniel. Solo él.

Mirándose sin parpadear en el espejo, rompió a llorar de nuevo. Los ojos le escocían en exceso por haber derramado tanto llanto, y llegó a sentir cómo las gotas saladas que afluían por ellos le quemaban la cara. Apenas podía tenerse en pie, no podía sujetar el dolor que se había agazapado a su cuerpo como parte de su piel. Y en ese crudo momento en el que estaba a punto de derrumbarse, Daniel irrumpió en su habitación.

—Mamá, ¿qué te pasa? —preguntó preocupado, mirándola parado.

—Hola, cariño —dijo, abrazándolo fuerte y besándole en la cabeza.

—¡Ay, me haces daño! —Daniel se apartó de ella.

—Perdona, cariño, perdóname. —Sonia no podía contener las lágrimas al mirar sus despiertos y alegres ojos color coñac.

—No llores, que no me ha dolido tanto. ¿O lloras por otra cosa?

—Tranquilo, no te preocupes, hijo. Lloro porque no me encuentro bien, nada más, pero se me pasará pronto, ya lo verás.

—Eso espero porque no me gusta verte así, mamá.

—Anda dame un beso muy fuerte, seguramente eso me haga mejorar. —Sonia se sentó en la cama al ver que las piernas no la sujetaban.

—Entonces te daré muchos para que sonrías. —Daniel se lanzó al cuello de Sonia, ambos cayeron encima de la cama, y este la empezó a besar. Sonia comenzó a hacerle cosquillas y terminaron riendo abrazados.

Sonia no quería acudir a su trabajo, sabía lo que ese día le deparaba y su mente solo pensaba en huir. Al pasar al interior del edificio, su estómago se encogió, el

corazón se le alteró y un escalofrío cual trallazo recorrió su columna erizándole la piel. El pánico se apoderaba de ella con cada uno de los pasos que la aproximaban al despacho de Rafael. Cuando entró en él, una de sus rodillas falló, haciéndole perder el equilibrio, estuvo a punto de caer al suelo. La salvó de hacerlo la firme sujeción de su mano al picaporte.

—¡¡¡Cuidado!!! —gritó Rafael.

Sonia no dijo ni una palabra. Estiró de nuevo su cuerpo, se acercó al sillón, se sentó y volvió a empezar a llorar. Rafael se apresuró a abrazarla e intentó consolarla. Luego, mirándola fijamente, cogió un pañuelo y comenzó a secar su rostro.

—Para ya, por favor, te estás matando. ¿Tú te has mirado en el espejo? Cuando te vea ese tipo pensará que su hijo vive con una bruja, ahora mismo es a lo que más te pareces. Tan solo te falta una verruga en la punta de la nariz y la escoba, claro.

Las comisuras de los labios de Sonia intentaron estirarse levemente ante el comentario tan tonto que Rafael había hecho, pero al final no lo consiguieron. Tan solo logró que brotasen más lágrimas de sus ojos, y su desconsuelo buscó de nuevo los brazos de Rafael para aplacarse. Este no paraba de intentar tranquilizarla, le hablaba cariñosamente, le frotaba la espalda con afecto para aliviarla, ya no sabía qué más hacer. Lo único que tenía claro era que no quería que la vieses como estaba ahora mismo, hundida, absolutamente deshecha. Miró el gran reloj que tenía frente a él, encima de la puerta, viendo que en poco más de una hora la reunión daría comienzo.

—¡Ya, hasta aquí! —espetó, separándose de ella y observándola fijamente—. No estoy dispuesto a que te vea así, abatida, consternada. Así es más fácil atacar a una persona, viendo que es vulnerable. Quiero que te laves la cara, te maquilles y que vuelva a poseerte la dama de acero. La que siempre traes al trabajo, la que nunca se hunde, la que asusta con solo mirarte por el rabillo del ojo, la que te hace tragar saliva si se cruza de brazos delante de ti y te fulmina con la mirada, la que tambalea los cimientos cuando abre la boca y sentencia. Esa quiero ver cuando regreses a mi despacho. Y es una orden, ¿entendido?

—No creo que pueda, hoy no —susurró.

—¿Cómo que hoy no? Hoy precisamente la tienes que sacar más que nunca. Solo te lo preguntaré una vez, ¿quieres a Daniel?, ¿quieres luchar por él?

—¿Tú qué crees? —preguntó atónita.

—Pues hoy más que nunca tienes que echarle el par de huevos que pones siempre, y tu par de ovarios que conviven contigo. Ambas cosas. Tienes que ser más que dura, más que fría; o sea, pétrea y glacial. Piensa en Daniel, en que quieren apartarte de él, verás como sale toda esa rabia y te convierte de nuevo en la rígida, frígida e impassible dama de acero.

—Llevas razón, toda la razón. —Asintió con la cabeza—. No voy a mostrarme débil ante él, voy a pelear con uñas y dientes hasta el final. Y jamás le voy a dar el gusto de que me vea hundida. Nunca.

Sonia se levantó y salió del despacho en dirección al baño. Por el camino se encontró con Encarna y le pidió las pinturas que siempre llevaba en un neceser de su bolso, con todo lo necesario para maquillarse; era coqueta hasta el extremo. Sonia entró en el baño, se miró en el espejo y sacó de sus adentros a la insensible, la imperturbable dama de acero. No pensaba ponerle las cosas nada fácil a Ricardo, un hombre detestable para ella. Tanto, que sin conocerlo, sin ni siquiera haberle puesto rostro en ninguna ocasión, ya le odiaba.

Ricardo y Cobo llegaron a las puertas del edificio de los Servicios Sociales a las once menos diez. Ricardo llevaba un traje sobrio, gris oscuro, tan oscuro que parecía negro, y se sentía tan nervioso que no sabía si le ahogaba la corbata jaspeada o su propia ansiedad.

—Tranquilo, que no te note nervioso. Te quiero firme y con temple, Bosco. Esta es la misión más importante de tu vida —explicó Cobo, mirándolo serio.

Ricardo asintió con la cabeza y se estiró más, intentando así relajar sus contraídos músculos. Pasaron al edificio, cogieron el ascensor hasta la segunda planta y preguntaron en información por el despacho de Rafael Escudero, subdirector del departamento. Tras la gentil indicación de la señorita, se adentraron por los pasillos en dirección al despacho. Cuando Rafael vio aparecer por la puerta a Ricardo junto con otro hombre, ambos vestidos de ejecutivos más que de agentes del CESID, o eso creyó él, los nervios acordonaron todo su cuerpo. Además, si ya era una situación difícil y tensa en la que querías odiar a la parte contraria sin más razonamientos, resultaba que eso no era tan fácil de sentir tras ver a Ricardo, un hombre muy atractivo y con semblante agradable. Emanaba firmeza, pero no desprendía ni una gota de antipatía u hostilidad.

—Pasen, pasen, ya me han informado que venían a mi despacho. —Rafael se levantó del sillón y se acercó hasta ellos—. Soy Rafael Escudero. —Estrechó la mano con Ricardo.

—Yo soy Ricardo Bosco.

—Lo sé, tengo una foto de usted, de hace siete años, claro. —Sonrió—. Me la enviaron esta mañana.

—Él es mi amigo Juan José Cobo —explicó Ricardo a Rafael, y ambos estrecharon las manos.

—Fue con usted con quien hable, ¿verdad? —preguntó Rafael.

—Sí, fue conmigo.

—Entonces no solo es su amigo —Rafael miró a Ricardo—, también es su jefe.

—Sí, ambas cosas. —Asintió.

—Bueno, voy a llamar a Sonia, mejor dicho, a la señorita Argüelles.

—Veo que usted también es su amigo, no solo su jefe —recalcó Ricardo—. Su confianza al hablar de ella lo ha delatado.

—Lleva muchos años trabajando aquí, simplemente nos conocemos desde hace tiempo. —Se encogió de hombros y se acercó a pulsar el interfono para llamarla.

—¡Espere, por favor! —exclamó Ricardo—. Antes de que venga, ¿puedo hacerle una aclaración a usted?

—Por supuesto, diga.

—Todos sabemos que yo soy el padre de Daniel y que tengo más derechos que ella sobre mi hijo. No me gustaría iniciar una batalla, pero si me veo obligado, lo haré. Solo quiero saber, antes de que entre por esa puerta, si ella tiene claro cuál es el lugar de cada uno en esta historia. Y si usted lo tiene también.

—Mire, Ricardo, no voy a mentirle, Sonia no se lo va a poner fácil. Yo puedo entender su postura, la situación tan dramática en la que se ha visto envuelto, sé que es su padre. Pero también sé cuánto ama Sonia a ese niño, lo feliz que le ha hecho estar junto a él. Ella se siente su madre, Daniel es todo para ella. Y a Daniel le ocurre lo mismo. Es una situación muy difícil, la verdad.

—Pero yo soy su padre, él lleva mis genes, es sangre de mi sangre —levantó la voz.

—Ricardo, cálmate, por favor —le dijo Cobo—. Rafael solo te ha expuesto unos hechos que son veraces, son así, te guste o no. Ambas partes lleváis vuestra razón, solo hay que buscar una solución a esto, nada más.

—Gracias —se dirigió Rafael a Cobo. A continuación llamó a Sonia por el interfono para que fuese a su despacho.

Sonia entró unos segundos después en el despacho. Ya no era la persona desalentada y atribulada de hacía algo más de una hora, la dama de acero volvía a poseer su espíritu, su alma, toda ella. En cuanto plantó los pies en aquel despacho congeló el ambiente, petrificó el aire, hizo que todos quedasen en silencio.

—Buenos días —dijo, y se sentó en la única silla libre, la que la aguardaba. Ni tan siquiera se molestó en estirar su mano para saludar a los dos hombres presentes, ni siquiera sabía cuál de los dos era su verdadero enemigo, el padre de Daniel, Ricardo. En ese momento le importó tan poco saberlo que prefirió intimidar a ambos con su mirada fulminadora. Rafael la miró desconcertado y hasta un poco asustado ante una actitud tan desafiante.

—Sonia, él es Ricardo Bosco, el padre de Daniel; y él Juan José Cobo, quien se comunicó conmigo para ponerme al corriente de la situación.

—Encantado, señora —dijo Cobo, que estaba sentado al lado de esta, entre Ricardo y ella.

—Señorita, si no le importa —reseñó, con tono y semblante bañados en adustez—. Soy Sonia Arguelles, la madre de Daniel. —Estrechó de forma fría la mano con Cobo y le lanzó a Ricardo una mirada llena de odio.

—Yo soy Ricardo, como bien te han dicho ya —habló tuteándola; no pensaba hablarla de usted, no la respetaba tanto para eso—. Y, para tu información, la madre de Daniel se llamaba Paula.

—Sí, su madre biológica se llamaba así, pero yo lo he criado desde que tenía quince meses y lo adopté hace ocho, ahora soy su madre, te guste o no.

—Para que te quede claro, yo también te diré que soy su padre, el verdadero, el biológico, el que lo engendró, y quiero que esté conmigo —alzó la voz.

—Por favor, orden, no hace falta levantar la voz ni menospreciarse el uno al otro

—explicó Rafael.

—Yo no estoy menospreciando a nadie —contestó Ricardo.

—¡Ah, no! —exclamó Sonia—. Y ¿cómo llamas tú al hecho de no valorar mi labor con Daniel? Yo podría haberlo dejado en una casa de acogida, pero no quise, era muy pequeño, sentí lástima por él. Y luego me enamoré locamente de ese pequeño, le he entregado mi vida gustosa y lo haría mil veces más porque lo quiero, soy su madre. La única que ha tenido, la única que recuerda, la única que conoce.

—Y yo te recuerdo que no abandoné a mi hijo, tuve la mala suerte de ser víctima de un atentado y perdí la memoria. Me he perdido siete años de la vida de Daniel y no estoy dispuesto a perder ni un día más.

—Entonces, ¿qué propone usted? ¿Qué solución ha buscado? —preguntó Rafael.

—Quiero que me devuelva a mi hijo, su padre ya ha aparecido. Ella puede verlo de vez en cuando, pero vivirá conmigo y llevará los apellidos que le corresponden.

—¡Ja! Eso no te lo crees ni en sueños. No pienso renunciar a mi hijo. Hagámoslo al revés, él continúa con su vida tal y como está y tú puedes venir a verlo de vez en cuando.

—¿Bromeas? —le preguntó, boquiabierto—. No puedes estar hablando en serio.

—Ni tú si crees que voy a ceder con lo que propones —elevó el tono.

—Vamos a ver, tenéis que buscar una solución o si no...

—O si no ¿qué? —Sonia cortó a Cobo, dejándole helado con su mirada cargada de rabia—. ¿Iremos a los tribunales? —preguntó de forma mordaz y con una media sonrisa.

—Si hay que ir, se irá —respondió Ricardo con serenidad.

—Pues no se hable más, ya hemos llegado a una solución. Que decida un juez, a ver qué opina él al respecto. —Su ira se cruzó de brazos.

—Está muy claro, yo soy su padre.

—¡Y yo su madre, joder! —chilló Sonia—. ¿Qué parte de «lo he criado, querido y adoptado» aún no has entendido? ¿Acaso piensas que puedes llegar y llevarte a Daniel sin más? Eso no te lo crees ni borracho. —Golpeó fuerte la mesa con su puño.

—Calma, por favor, estáis perdiendo los estribos —dijo Rafael.

—¿Calma? ¿Quieres que me calme? —le preguntó Sonia, levantándose de la silla como un rayo—. Cría a una personita como si fuese parte de ti, como si hubiese estado en el interior de tus entrañas, como si lo hubieses parido; y que luego, siete años después, aparezca otro y te diga que es suyo y se lo quiere llevar con él. Siente eso correr por tu sangre y después pídemme que me calme, coño —habló, llena de indignación.

Rafael se calló y agachó la cabeza, no podía soportar más su gélida y dañina mirada.

—Yo te agradezco lo que has hecho durante todos estos años, de verdad, pero entiéndeme a mí también, yo lo quiero tanto como tú. Es cierto que él lleva más años viviendo contigo, que a mí no me recordará, pero soy su padre y ahora estoy aquí.

—¿Y Daniel? ¿Has pensado en cómo le afectará? El piensa que tú estás muerto, solo tiene ocho años, ¿cómo le influirá este cambio? ¿Crees que querrá irse contigo? Eres un completo desconocido para él. Si lo quisieras ni te lo plantearías, simplemente harías lo mejor para él, dejarlo con su madre, la única figura familiar que conoce.

—Ese es un argumento barato, demagógico y egoísta, perdone que le diga — Cobo entró de nuevo en la conversación.

—Déjalo, Cobo, se ve que aquí el único egoísta soy yo por querer a mi hijo. ¿Qué pasaría si esta situación fuese al contrario? ¿Si tú estuvieses en mi lugar? ¿No lucharías por recuperar a Daniel? —Ricardo miró a Sonia con firmeza.

—Mira, no voy a gastar más saliva, no voy a cambiar de opinión y, por lo que se ve, tú tampoco. Vayamos a los tribunales, como hemos dicho antes, que ellos decidan. Por mi parte no tengo nada más que añadir. Adiós.

Sonia se marchó del despacho dando un fuerte portazo al salir. Consiguió con esa violencia que el reloj que estaba encima de esta se tambalease bruscamente, Rafael llegó a pensar que caería al suelo. Los pies de Sonia anduvieron firmes y veloces hasta el aseo, donde entró en uno de los pequeños habitáculos, se sentó encima de la tapa del inodoro y comenzó de nuevo a llorar sin parar. Sabía que tenía muchas posibilidades de perder a Daniel, aquel hombre era su padre e iba a luchar por él de la misma forma que ella, con uñas y dientes, lo tenía claro. A pesar de no haberle dicho ninguna mentira respecto a sus sentimientos como padre, le odiaba, llegó a desear que hubiese muerto en aquel atentado. Lo deseó con extrema fuerza. Después lloró intensamente, al sentirse detestable por llegar a desear la muerte de una persona. Pero Ricardo era su enemigo, quería apropiarse de Daniel, de su hijo, su vida, todo lo que tenía en este mundo, y eso llevó a su mente a pensar cosas extremas e indefendibles.

Después de un largo rato allí encerrada y llorando sin cesar, escuchó abrirse la puerta y pronunciar su nombre.

—Sonia, Sonia, ¿estás aquí? —preguntó la voz de Rafael.

Sonia abrió la puerta del baño, salió con la cara llena de surcos negros, la máscara de pestañas se había corrido por todo su rostro gracias a su llanto, y se abrazó con fuerza a Rafael.

—Me lo va a quitar, me lo va a quitar —repitió llorando.

Rafael no paraba de consolarla y susurrarle al oído que se tranquilizara, aunque Sonia no lo lograba. Rafael la separó de él y la animó a lavarse la cara para quitarse la pintura y refrescarse un poco. Sonia lo hizo y, mirándolo a través del espejo, suspiró fuerte y quedó en silencio.

—¿Te puedo decir una cosa? —le preguntó Rafael. Ella asintió—. Me los has puesto de corbata cuando me has mirado de esa forma. —Estiró un poco los labios. Sonia lo hizo más sutilmente—. No, lo digo en serio, y creo que no me ha pasado a mí solo, nos tenías acojonados a los tres. ¡Joder! —Silbó—. No has llevado contigo a la dama de acero, esta vez eras Superwoman de Titanio.

—¿Y crees que eso servirá de algo? Lo voy a perder. —Se dio la vuelta para mirarlo de frente.

—Eso no lo sabemos aún, Sonia, no adelantemos acontecimientos. Empecemos a preparar todo el papeleo, conozco un buen abogado para defenderte. Vamos a llamarle.

—Pues vamos, empecemos esto cuanto antes.

—¡Ah! Otra cosa. Me ha dicho que quiere ver a Daniel.

—¿Cómo? De eso nada, lo verá cuando decida el juez. —Alzó el tono.

—Sonia, por favor, no lo hagamos más difícil, no seas tan testaruda. Puede verse aquí con él, junto a ti, sin decirle aún quién es. Habrá que ir preparándole poco a poco.

—Primero lo hablaré con el abogado, solo haré lo que él me diga que es mejor.

—De acuerdo. Vamos a mi despacho y concertemos una cita con él.

Ambos salieron del aseo y se dirigieron al despacho de Rafael, que enseguida llamó a Sebastián Cisneros, un abogado especializado en casos difíciles. Cuando le explicó el tema, les citó para esa misma tarde, no había tiempo que perder.

Ricardo Bosco salió desolado del edificio, y sus ojos grisáceos se colmaron de lágrimas al momento. La mujer que se había hecho cargo de su hijo, la misma que lo había adoptado, era un hueso duro de roer y no pensaba facilitarle las cosas. Cobo, que intuitivamente había sopesado esa posibilidad, tenía un plan B escondido en la manga.

—Tranquilo, Bosco, hablaré con Chacón y él nos recomendará un buen abogado para un caso tan especial como este. —Le dio una palmadita en la espalda. Ambos montaron en el coche y se dirigieron hasta el hotel que provisionalmente les daba cobijo, a la espera de que la inmobiliaria encontrase un piso para Ricardo.

Un par de horas más tarde y de unas cuantas llamadas, Chacón tenía el abogado que necesitaban: Alberto Trujillo. Un hombre curtido, con vasta experiencia profesional y al que le apasionaban los retos. Y no hacía falta recalcar que este caso era más que eso, era muy inusual, casi único. Alberto se comunicó con Ricardo esa misma tarde y le pidió toda la información necesaria para empezar a formular un escrito y solicitar la custodia de su propio hijo. Como él residía en Madrid, volaría a Valencia en un par de días y lo presentaría de inmediato, el tema requería la máxima agilidad por parte de todos.

Sebastián Cisneros era un letrado acostumbrado a ganar. Pocos eran los casos que se le resistían, por muy complejos que fueran. Era experto en su trabajo y su reputación le precedía. Sonia llevaba el estómago encogido por la cantidad de nervios que acumulaba, pero nada más ver la seguridad que el letrado desprendía, la firmeza que dimanaba debido a su experiencia, sus nervios consiguieron aplacarse.

Rafael y él se saludaron con mucha confianza, se notaba que tenían amistad. No solo se conocían por motivos profesionales, había más en ese pequeño inicio de conversación. Se preguntaron cómo estaban, qué era de sus vidas, llevaban meses sin verse. Rafael le preguntó por su esposa e hijas; Sebastián, por sus padres, Rafael estaba soltero y cuidaba de ambos desde hacía años, su salud era frágil. Estaba claro que había una camaradería y una confraternización entre ellos. Eso alivió a Sonia más todavía. Si era de confianza para Rafael, lo era para ella también, sin lugar a dudas.

—Bueno, ella es Sonia Arguelles, la madre adoptiva de Daniel y la que precisa de tu ayuda y servicios —explicó Rafael.

—Encantado, Sonia. —Sebastián estrechó su mano con un fuerte apretón.

—Igualmente —contestó ella.

—Vamos a ver, Rafael me ha puesto en antecedentes y no te voy a engañar, me gusta ser franco desde el principio: no lo tenemos fácil.

—¿Voy a perder a Daniel? —preguntó Sonia asustada.

—No he dicho que vayas a perderlo del todo, pero hay muchas posibilidades de que haya una custodia compartida en la cual el verdadero padre tenga más derechos que tú.

—Pues no lo entiendo, de verdad. —Sopló fuerte—. Yo lo he criado desde que tenía quince meses, lo he adoptado y dado mis apellidos, soy su madre. ¿Eso no se tiene en cuenta?

—Todo se tendrá en cuenta, Sonia —repuso muy serio—. Por eso mismo el juez verá que su padre no lo abandonó, sino que una inoportuna tragedia lo alejó de él. Por supuesto que también verá que tú lo has criado como a un hijo, que lo has adoptado, que lleva tus apellidos. Si bien todo ese cambio lo pudiste realizar al dar por muerto a su padre, pero su padre está vivo y ha vuelto. Y él es su progenitor, no lo olvidemos nunca, aunque te pese, eso es así.

—Entonces, ¿para qué seguir? Me está diciendo que tengo todo perdido antes de empezar.

—Yo no te he dicho eso, solo te he expuesto los hechos, lo que se tendrá en cuenta, en lo que se basará el juez que lleve este caso. Pero eso no quiere decir que yo no vaya a pelear por ti hasta el último momento. No obstante, tienes que darte cuenta de algo, en lo que más se fijará el juez y por lo que se decantará al emitir su fallo: el bienestar de Daniel. Aquí no importáis vosotros, vuestros sentimientos, vuestro amor, sino él. Solo él.

—¿Y lo mejor para él no es estar con su madre? Le recuerdo que soy la única figura familiar que Daniel conoce. Yo nunca le he mentado acerca de su procedencia, siempre le he contado que su madre falleció cuando era muy pequeño, que su padre desapareció y nunca lo encontraron, por eso se le declaró muerto. Incluso le pregunté si quería llevar mis apellidos antes de proceder con ese paso. Él me quiere y yo lo adoro, es toda mi vida. Cuando lo adopté le dije que siempre estaríamos juntos, que nunca me separaría de él... ¿Qué le voy a decir ahora? —interpeló, con los ojos velados en llanto.

—Aún no hay que decir nada respecto a eso, debemos esperar a la decisión de un juez, pero creo que sí deberías decirle que su padre ha aparecido, que no está muerto y que quiere verlo, estar con él y compartir su vida a su lado. Decida lo que decida el juez, su padre pasará a formar parte del mundo de Daniel. Lo que aún no sabemos es en qué medida, pero estará con toda seguridad. Tenlo claro, Sonia.

—Ricardo, bueno el padre de Daniel, me pidió verlo —intervino Rafael—. Pero Sonia no ha decidido todavía nada al respecto, a la espera de que le aconsejases tú.

—Debe verlo —contestó rotundo—. Le debes facilitar eso, porque eso también será un punto a favor para ti de cara a la justicia. Si se lo niegas te perjudicarás.

—¿Y qué le digo? —Se alteró—. Mira, Daniel, este desconocido que tienes frente

a ti es tu padre. Quizás un juez determine alejarte de mí y que vivas con él, con suerte podré visitarte de vez en cuando. ¿Eso debo decirle? —Las lágrimas saltaron a su rostro.

—Sonia, puedes hacer esto como quieras: de manera civilizada y fácil para todos o de forma irreflexiva y trágica. Creo que eres una mujer inteligente que sabrá preparar a un niño para encontrarse con su padre y para hacerle entender que a partir de ahora tendrá que ser parte de su vida también.

—Sonia, sabes que debes hacerlo, no lo compliques, por favor —le suplicó Rafael.

—Mira, en un par de días tendré todo preparado para presentarlo en el juzgado. Es un caso muy delicado y tremendamente peculiar, por eso voy a hacer todo lo posible para que la justicia actúe con rapidez, así el sufrimiento será menor. En cuanto sepa algo me comunicaré de inmediato contigo.

—De acuerdo, muchas gracias. —Sonia se levantó, estrechó de nuevo la mano con Sebastián y comenzó a andar cabizbaja hacia la puerta.

—Sonia, por favor, hazme caso y facilita las cosas, eso te ayudará a ti también.

—Yo le he dicho que podrían verse en mi despacho, los tres, un primer contacto sin decirle que es su padre.

—No, debe decirle que es su padre. Me parece bien que lo hagáis en tu despacho y que estéis los tres, pero sabiendo la verdad. No creo que Sonia prefiera que sea su padre el que le haga conocer la verdad, ¿me equivoco? —se dirigió a Sonia.

—No, lleva razón. Prefiero decírselo yo, como siempre le he contado todo.

—Y, por favor, Sonia, tutéame, yo llevo haciéndolo desde que has entrado en mi despacho. Eres mi cliente, vamos a tener que hablar mucho, prefiero que nos tratemos de tú a tú.

—Por supuesto, Sebastián —contestó seria.

Rafael y Sonia salieron del despacho en silencio, y este echó su brazo por encima de ella para arroparla con su consuelo, no sabía qué otra cosa hacer. Sonia no pudo más y rompió a llorar. Lloraba de miedo, de pánico ante la posibilidad de perder a Daniel, su niño, su corazón, su alma. No podía dejar de pensarlo y su llanto se iba acrecentando por momentos.

—Para ya, por favor, para —susurró Rafael llegando a la calle.

—No me digas también tú lo que debo hacer —chilló—. No quiero parar de llorar, no quiero que me hables, no quiero dejar de tener miedo y sentir dolor. No quiero, no quiero. —Lloró más fuerte y se fue corriendo calle abajo, dejando allí completamente confuso y apenado a Rafael.

El momento más temido para Sonia llegó al día siguiente de hablar con Cisneros, su letrado. Rafael había concertado una cita con Ricardo, con ella y con Daniel para esa misma tarde. Ricardo no podía ni quería esperar más, necesitaba ver a su hijo.

Cuando Sonia fue a recoger a Daniel al colegio, este, que era muy intuitivo y maduro para su corta edad, apreció que a su madre le ocurría algo.

—¿Qué te pasa, mamá? Estás muy triste, tus ojos lo dicen. ¿Aún no te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—No, no es eso, estoy bien de salud, no te preocupes. Verás, Daniel, tenemos que hablar —dijo, mientras iban caminando hacia su casa.

—¿He hecho algo malo?

—No, cariño, para nada. ¿Cómo vas a hacer algo malo tú, si eres un sol?

—Entonces, ¿qué ocurre? No me gusta verte así.

—Cuando lleguemos a casa te lo cuento.

—¡Jo, no puedo esperar tanto! —se quejó—. Sabes que soy impaciente, la tía Estrella me lo dice siempre.

—Sí, y esta vez lleva razón, eres muy impaciente. Pero en menos de cinco minutos estaremos en casa. ¡Anda!, cuéntame qué has hecho en el colegio mientras tanto. —Esbozó una media sonrisa, intentando hacer de tripas corazón.

Daniel aparcó un momento su curiosidad y empezó a contar a su madre cómo había sido el día de clase. También le contó que dos compañeros habían discutido y que él, haciéndoles razonar, había conseguido que hiciesen las paces. Daniel describía casi emocionado el abrazo que habían terminado dándose y cómo pusieron así paz de por medio. Sonia intentaba sonreír al ver su maravilloso comportamiento, pero le resultaba muy difícil conseguirlo. Mientras lo procuraba, su corazón se rompía en pedacitos muy pequeños, según se iban acercando a casa y pensaba que debía hablar con Daniel, que debía contarle lo que había ocurrido, la verdad una vez más, aunque esta vez la verdad para ella era muy dolorosa. Pensó que ojalá aquello fuese tan fácil y la solución llegara con un simple abrazo, como Daniel había conseguido hacer con sus amigos. Un abrazo que contentase a todos, que no separase a nadie. Suspiró con fuerza al girar la llave en la cerradura de la puerta del portal.

—Bueno, ya me lo puedes ir contando. —Daniel Sonrió—. El portal es como estar en casa.

—No seas tramposo, nuestra casa comienza en nuestra entrada, no aquí. —Sonia volvió a inhalar con fuerza, notaba que se asfixiaba al acercarse el momento.

Nada más entrar en casa, Daniel dejó su mochila en un lado, cogió la mano de Sonia y tiró de ella hasta el salón. Al llegar allí, le dio un empujón para que se sentase, se acomodó a su lado y la miró con sus despiertos y cautivadores ojos.

—Vamos, dímelo, mamá. Me tienes en ascuas, como dice tu amigo Rafael.

Sonia se puso frente a él, le acarició su preciosa y sonrosada cara, retiró un poco su moreno flequillo a un lado y cogió sus manos con las suyas. Volvió a suspirar, paseando su vista en su niño, y no pudo, por más que intentó, frenar al llanto, conseguir que sus ojos no se enturbiasen de lágrimas.

—Daniel, tú sabes que yo siempre te he contado la historia de tus padres. Tu madre biológica falleció, tu padre desapareció y, cinco años más tarde, se le declaró muerto. Por eso yo pude adoptarte, y por eso llevas mis apellidos.

—Todo eso ya lo sé, ¿por eso estás triste? No lo entiendo. —Se encogió de hombros.

—Yo siempre te he dicho que ese día tú me encontraste a mí, mi vida cambió desde entonces. He sido muy feliz teniéndote conmigo, siendo tu madre... —Rompió a llorar.

—Mamá, no llores, por favor. Yo te quiero mucho y siempre estaremos juntos, tú me lo dijiste cuando me pusiste tus apellidos.

—Ha pasado algo, Daniel, que va a cambiar mucho las cosas, hijo. —Comenzó a enjugar sus lágrimas.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó nervioso. Sonia intentó calmarse, sabía que esa no era forma de contárselo.

—No, tranquilo, no ha pasado nada malo. Lloro de alegría, de sorpresa... Como cuando tú cumpliste los seis años y Rafael te trajo aquella bicicleta que te gustaba tanto, ¿recuerdas? Lloraste de emoción al verla.

—Pero tú estás triste, no feliz, como yo ese día.

—No, cariño, estoy aturdida porque la noticia es muy impactante; pero es buena, de verdad.

—Pues dímela ya, mamá, me estás poniendo muy nervioso, tengo ganas hasta de hacer pipí.

Sonia no pudo evitar sonreír al escucharle decir eso a la vez que él la miraba con su preciosa carita llena de incertidumbre. Volvió a cogerle sus manitas y las besó mil veces, haciendo así más tiempo antes de soltar aquella bomba de relojería que llevaba en el interior de sus entrañas y la estaba consumiendo.

—Daniel, tu padre... —Sonia absorbió una gran bocanada de aire para poder continuar—. Tu padre está vivo, ha aparecido y quiere verte, estar contigo. —La voz se le quebró.

—¡¡¡Mi padre!!! —exclamó asombrado, quedándose en silencio mientras Sonia asentía con la cabeza—. ¿Y dónde estaba? ¿Por qué... por qué no ha venido antes? —preguntó confuso.

—Tuvo un accidente y perdió la memoria. Estaba en el extranjero y no sabía quién era ni dónde vivía, no recordaba nada. Hasta hace unas semanas, que todo volvió a su cabeza y regresó a España. Ahora está en Valencia, yo he estado con él, ayer. —La voz se le ahogó.

—¿Tengo que verlo?

—Claro. De hecho, hemos quedado en un par de horas con él en el despacho de Rafael. ¿No te alegras?

—No sé..., me siento raro, no lo conozco, no me acuerdo de él.

—Porque eras muy pequeño. Pero es tu padre y está deseoso de verte y compartir su vida contigo.

El timbre de la puerta sonó en ese preciso instante. El cuerpo de Sonia botó del sofá sobrecogido. Daniel continuó sentado, en silencio, como si no hubiese oído nada. Sonia se levantó, preguntándose quién demonios sería el oportuno que llamaba en ese crucial momento. Al abrir la puerta se topó con la cara de Estrella, su tía, venía para hacer una visita a Daniel, como solía hacer de vez en cuando. Miró fijamente a Sonia y se percató por su cara de que algo le ocurría, pero no preguntó nada, y, dando las buenas tardes, se adentró en el salón. Daniel continuaba sentado, cabizbajo y pensativo, eso sí le extrañó a Estrella; él era un muchacho feliz y alegre, nunca lo había visto así.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, llevando su mirada a Sonia.

—Nada, no pasa nada.

—¡No digas eso! —gritó Daniel, sorprendiendo a ambas—. No mientas, no digas que no pasa nada.

—Daniel, tesoro, ¿qué te ocurre? —Estrella se sentó a su lado preocupada y le levantó la cara, sus ojos estaban colmados en lágrimas—. Cuéntamelo, por favor. —Le acarició la mejilla.

—Mi padre quiere verme, mi padre está vivo. —Las lágrimas comenzaron a resbalar por su rostro.

—¿¿¿Tu padre??? —preguntó ella, alterada y alzando la voz—. ¿Quieres explicármelo? —Volvió a mirar a Sonia con los ojos incrustados en pavor.

—Su padre ha aparecido, no estaba muerto —contestó, recostándose en el respaldo del sofá; sentía su cuerpo débil—. Simplemente había perdido la memoria, pero ya la ha recuperado. Vamos a vernos con él en un rato, quiere formar parte de su vida, como es normal.

—¿Y qué quiere? ¿Llevarse con él? —interpeló la rabia de Estrella.

—¿Eso quiere, mamá? ¿Quiere separarme de ti? —Daniel, con los ojos asustados, se levantó de golpe sin dejar de mirar a Sonia.

—No, no, cariño, no pienses eso. Solo quiere verte, conocerte, pasar tiempo contigo... Es tu padre, te quiere.

—¡Ja!, y tú vas y te lo crees —añadió Estrella—. Él querrá vivir con su hijo, no que lo hagas tú, solo eres su madre adoptiva.

—Me juraste que nunca me dejarías, que siempre estaríamos juntos. —Volvió a gritar Daniel—. Tú dices que nunca se debe mentir y me has mentido.

—¡No, Daniel, no! Yo nunca me separaré de ti. —Sonia se acercó para abrazarlo, pero Daniel se marchó corriendo y se encerró en el baño.

—¡Daniel! ¡Daniel, abre, por favor! —gritó esta desde el otro lado de la puerta.

—¡Déjame, no quiero hablarte! —exclamó, sin parar de gimotear.

—¡Daniel, abre, cariño! —Sonia se angustiaba más por momentos y las lágrimas comenzaron a bañar su rostro una vez más.

—Tesoro, ábrenos, igual yo estaba equivocada y él no quiere separarte de tu madre —habló el arrepentimiento de Estrella.

Sonia la miró llena de rabia.

—¡Dejadme un momento! ¡¡¡Dejadme!!! —chilló una vez más.

Sonia y su furia cogieron del brazo a su tía y se la llevaron hasta la terraza. Tiraba tanto que empezó a quejarse por el camino.

—Se puede saber por qué coño has tenido que soltar todo eso delante de Daniel. ¿Se puede saber? —gritó—. No tienes tacto ni lo conoces. ¿Crees que yo no tengo miedo? ¿Acaso yo no sé que él quiere quitármelo? Pero es su padre y debe verlo, no podemos hacer otra cosa.

—O sea, ¿se lo vas a dar sin más? Es tu hijo, no lo habrás parido, pero lo has criado como si lo hubieses hecho. ¿No te enseñé a luchar en la vida? ¿Acaso te enseñé yo a ser una cobarde?

—¿Crees que no voy a luchar? —preguntó contrariada—. Por supuesto que voy a hacerlo, ya tengo un abogado y vamos a proceder por vía legal, un juez decidirá sobre su custodia. Pero no es tan fácil como imaginarás. Es su padre y no lo ha abandonado, las causas son excepcionales. Sin embargo, lo último que debe hacerse es poner a Daniel en su contra, no podemos decirle que se lo va a llevar con él y nos va a separar. Entre otras cosas, porque no sabemos lo que ocurrirá, aunque principalmente hay que hacerlo por evitarle sufrimiento.

—Tendrás que ir preparándole por lo que pueda suceder. Tendrás que decirle la verdad.

—¿Qué verdad? —volvió a gritar—. Que odio a su padre sin apenas conocerlo, que deseé su muerte el día que me enteré que su intención es quitármelo, que puede hacerlo e incluso conseguirlo y relegarme a mí a un papel secundario. ¿Quieres que le cuente todo eso? ¿Quieres que lo llene de odio? No, gracias.

—Debes ir pensando en adelantar cosas, será peor soltarlo todo de golpe.

—Solo haré lo mejor para él, aunque eso sea el mayor tormento para mí. Y ahora vete, debo tranquilizarlo y debemos estar en el despacho de Rafael en menos de una hora.

—Iré contigo —soltó con rotundidad.

—No, de eso nada —respondió tajante Sonia—. Esto solo nos incumbe a los tres.

—¿Y Rafael?

—Él es un mero observador y testigo, es necesario. —Le indicó con la mano la salida para que los dejase.

Tras marcharse Estrella, Sonia volvió al baño y terminó convenciendo a Daniel para que abriese. Cuando salió, lo abrazó fuerte y le llenó la cara de besos. Su miedo,

su desesperación y su angustia no podían parar de besarlos, y Daniel tampoco quería que terminase. Él también estaba afectado con la impensable noticia, y asustado. Cuando por fin ambos lograron recomponerse, Sonia le lavó la cara y peinó un poco mientras le contaba que no debía ponerse así, nadie los iba a separar, Estrella era muy melodramática. Debía estar feliz por tener de nuevo a su padre, contento por saber que estaba vivo, y lo único que le importaba y quería era estar con su hijo.

—Entonces, ¿ahora seremos como una familia normal? Quiero decir que tendré un papá y una mamá —dijo Daniel sonriendo levemente a Sonia.

Esta lo volvió a besar.

—Por supuesto, ahora tendrás una mamá y un papá, como todos tus amiguitos.

Sonia y Daniel, cogidos de la mano, abandonaron el piso y se dirigieron al punto de encuentro con el padre de Daniel. Cerca del despacho de Rafael, Sonia notó cómo el aire comenzaba a faltarle de nuevo y paró un momento.

—¿Tú también estás asustada, como yo? —preguntó Daniel.

—¿Por qué estás asustado, cariño?

—Me da un poco de miedo, no lo conozco. ¿Y si no le caigo bien?

—¡Oh, eso es imposible! Tú caes bien a todo el mundo. Mira lo que has conseguido con la tía Estrella, le cambiaste su rancio carácter. Ya verás cómo se enamorará de ti nada más verte, como me ocurrió a mí.

—¿Y si no me cae bien él a mí?

—Claro que te caerá bien, y te gustará; es tu padre Daniel. No pienses más, por favor.

—¿Vamos a vivir todos en casa?

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurren esas cosas? —Sonia sonrió pensando en la descabellada situación: vivir bajo el mismo techo con un hombre al que no conocía pero consideraba su enemigo.

—¿Entonces? —preguntó desorientado.

—No te preocupes por eso y para ya esa cabecita, ya lo iremos viendo. —Le dio un beso y continuaron andando hasta entrar en el despacho.

Sonia vio a Ricardo sentado de espaldas, Rafael estaba de frente a la puerta, esperando que llegase de un momento a otro. Nada más poner los pies allí, Daniel escondió medio cuerpo detrás de su madre, no quería ver, pero a la vez no paraba de mirar. Según esta dio las buenas tardes, Ricardo se puso de pie y se giró despacio, casi asustado. Al ver a su hijo en aquel despacho, frente a él, a escasos metros, cayó de rodillas al suelo, abrió los brazos, esperándolo, y lloró.

—Daniel, soy papá, hijo. ¿No me recuerdas? —preguntó con los brazos abiertos.

Daniel negó con la cabeza repetidamente sin soltarse de la mano de Sonia y completamente escondido detrás de ella.

—Dale un abrazo, cariño, es tu padre. —Sonia lo acercó hasta a él, prácticamente lo depositó en sus brazos.

Ricardo lo estrechó llorando más fuerte, desgarrándose en quejidos al sentirle con

él. Sonia no pudo reprimir ahogar sus ojos en lágrimas al ver el desconsuelo de Ricardo, hasta Rafael terminó soltando unas cuantas. El momento era de lo más emotivo, la atmósfera se había cargado de sentimientos, de pena y alegría.

Largo rato después, cuando Ricardo pudo al fin volver a hablar, le preguntó muchas cosas a su hijo. Sus gustos, aficiones, cómo iba en el colegio, cuántos amigos tenía... En fin, todo lo que le dio tiempo en poco más de una hora. Trascurrido ese tiempo, Rafael dio por terminada la cita. Ricardo, inundado de nuevo por la emoción, volvió a abrazar fuerte a su hijo y lo besó repetidas veces. Daniel tomó la mano de Sonia y, unidos por ellas, los dos se encaminaron hacia la puerta.

—Por favor, ¿cuándo podemos volver a vernos? —interpeló Ricardo.

La desconcertada mirada de Sonia viajó de la cara de Ricardo al rostro de Rafael. No quería decir delante de Daniel lo que estaba pensando en ese momento, no creía conveniente que su hijo lo escuchase, y sus ojos trataron de hacérselo comprender a Rafael.

—Daniel, ven un momento conmigo —dijo Rafael, reparando en la situación—. Te voy a enseñar algo que te va a gustar mucho. Y luego iremos a la sala de descanso y te compraré lo que quieras de la máquina.

—Vale. Adiós. —Daniel se despidió de Ricardo acompañando a su voz con un gesto de su mano.

Apenas la puerta se había cerrado, dejándolos solos en el despacho de Rafael, Sonia se lanzó a la yugular de Ricardo sin pensárselo.

—Escúchame bien, no va a ver más visitas hasta que lo decida el juez. No pensarás que voy a estar todos los días viniendo hasta aquí para que lo veas. Él tiene que hacer deberes y yo mis cosas. No voy a estar perdiendo mi tiempo y mucho menos el suyo.

—No puedes jugar así con mis sentimientos, no es justo, joder. —Resopló—. No puedes dejarme que solo lo vea un día, una hora, y no volver a verlo hasta que el juez dictamine lo que proceda. Yo iré a donde tú me digas, pero, por favor, déjame que lo vea al menos tres o cuatro días en semana, te lo ruego. —Sus ojos se cargaron de angustia.

Sonia guardó su ira un momento y pensó unos segundos mirando al suelo. Realmente ver a un hombre así de desolado, suplicando de esa forma, le estremecía el corazón. Además, aunque a ella no le cayese bien e incluso le odiase, se notaba que amaba a Daniel con locura, y Daniel al final había estado a gusto con él durante la visita. En la última media hora se había reído bastante. También había que sumarle el hecho de que si ella facilitaba las visitas sería un punto a su favor de cara al juez. Debía hacerlo, si bien ella iba a poner las reglas.

—De acuerdo. —Asintió—. Podrás verlo tres días a la semana, dos laborables y otro del fin de semana. Y la visita será en mi casa, en el lugar que menos trastorno se le hace a Daniel.

—Perfecto, como tú digas.

—Dile a Rafael que te dé mi dirección y ven pasado mañana, de 5.30 a 7.00. Ni un minuto más o las visitas se suspenderán de inmediato —concluyó muy seria.

—Por supuesto. Nos vemos pasado mañana.

—Voy a buscar a Daniel, adiós.

En poco más de una semana los letrados correspondientes de Ricardo y Sonia les comunicaron que debían acudir al juzgado para hablar con el juez. El caso era tan extremo que la justicia actuaba también de forma diferente de lo habitual. El juez quería que ambos le expusiesen los hechos de viva voz, para que él pudiera preguntarles cuanto le fuese preciso para rellenar sus lagunas. El proceso lo iba a llevar el juez Ernesto Guzmán, un hombre con fama de recto y justo al que no le importaba cuánto tardase en resolverse un juicio, sino resolverlo bien.

El quince de febrero de 1996, Ricardo y Sonia acudían al juzgado de primera instancia y familia número 24 de Valencia para comparecer ante dicho juez. Ricardo iba acompañado por Alberto Trujillo, su letrado, y Cobo, este último se había convertido en su fiel escudero. Sonia, por su parte, acudía con su correspondiente abogado, Sebastián Cisneros, Rafael y Estrella. La mujer se había empeñado en ir con ella o lo haría por cuenta propia, pero iba a estar allí. Sonia prefirió no discutir, bastante tenía con todo lo que se avecinaba.

La sorpresa para todos fue mayúscula cuando, al llegar a la puerta del solemne edificio, se toparon con un pequeño grupo de fotógrafos y periodistas. Todos se miraron sorprendidos al escuchar lanzarles preguntas sin parar y recibiendo la luz cegadora de un par de *flashes* de las cámaras de fotos.

—¿Cómo van a compartir a Daniel?

—¿No cree que es injusto arrebatar a Daniel de los brazos de su madre adoptiva después de tanto tiempo?

—¿Ha pensado que la justicia puede creer que tiene más derechos su padre biológico que usted?

Los periodistas no pararon de bombardearles a preguntas en los pocos segundos que tuvieron antes de que todos entraran en el juzgado y se cerrasen las puertas. Estrella no paró de maldecirlos, estaba tan cabreada que lanzó con los ojos toda su ira sobre Ricardo. Después también la escupió por la boca.

—¿Quiere hacer de esto un *show*? ¿No cree que podría llegar a oídos de Daniel? Pobre niño, lo que le contarán por ahí.

—¡Oiga, señora! —exclamó Ricardo, enojado y observándola con desprecio—. Yo no tengo nada que ver con eso. Pregúntele a ella. —Señaló con la cabeza a Sonia.

—¿Yo? ¿Tú estás loco o qué te pasa? Jamás abriría mi boca para hablar con la prensa sobre esto.

—Usted no conoce a mi sobrina, desde luego. Nunca juega sucio, siempre va de frente.

—Ni la conozco ni la quiero conocer. Y qué me va a decir usted de ella si resulta que es su tía.

—Por favor, señores, calma —dijo Cisneros—. Se habrán enterado de cualquier forma, siempre hay filtraciones en los juzgados. Este es un caso que llama la atención, nada más. Olvídense de ello y pasemos a hablar con el juez.

—Mi colega lleva razón —añadió Trujillo—. Todos sabemos cómo actúa la prensa, siempre va en busca de algo con sustancia, y este asunto la tiene. Ahora, por favor, pasemos a la sala en la que debemos esperar al juez.

En un silencio total, todos anduvieron los pocos metros de distancia hasta entrar en la sala. Tras la correcta inspección de documentos por parte del secretario judicial, este les indicó dónde debían sentarse; él iba a llamar a su señoría.

Sonia no podía más con todos los nervios que guardaba en un amasijo dentro de su cuerpo. Su tía, en un intento por tranquilizarla, le cogió las manos y se las apretó con fuerza, mirándola con los ojos vidriosos. Luego las soltó y se sentó detrás de ella, al lado de Rafael, sin abrir la boca. Eso puso aún más nerviosa a Sonia; su tía jamás le había dado una muestra así de consuelo, casi de cariño, estaba claro que lo hacía porque sabía que iba a perder a Daniel.

—Tranquila, Sonia. —Cisneros posó su mano encima de la de ella, al bajar la vista se dio cuenta de que su cuerpo estaba temblando.

A Ricardo le sudaban las manos, le sudaban en exceso. Tan solo le había ocurrido eso en exiguas ocasiones, tan precisas que se podían contar con los dedos de una mano, y sobaban. Y en esas escasas situaciones, el denominador común siempre había sido el mismo: dejar que su cuerpo fuese gobernado por un angustioso estado de nervios. Él sabía mejor que nadie cómo mantener la calma en momentos tensos y cruciales, pero aquí no se jugaba una información o un beneficio para su país, algo para lo que estaba adiestrado; aquí se jugaba todo cuanto poseía en la vida, lo único que le quedaba: el amor de su hijo. Cobo le dio una palmada en la espalda justo antes de sentarse detrás de él; y Trujillo, con una leve sonrisa en la boca, le dijo que se calmara y contase al juez toda la verdad y cuánto quería y necesitaba a su hijo, nada más.

El juez entró en la pequeña sala con una gruesa carpeta en la mano. Tomó asiento en silencio y con gran seriedad, se podía apreciar sin tener que molestarse mucho, se veía perfectamente en su semblante, pues la estancia era más comparable a un despacho grande que a una sala de vistas. Precisamente eso, el reducido espacio, hacía que estuviesen muy pegados a él y a su enorme mesa. Abrió la carpeta, se puso unas gafas para hojear los papeles y, sin ni siquiera mirar al frente, empezó a hablar.

—Es la primera vez en mi andadura profesional, de más de veinte años como juez, que me encuentro con un caso así. —Levantó su vista al frente—. Es más, lo he comentado con otros colegas de profesión y tampoco han tenido algo parecido entre manos ni lo han escuchado. Si estoy haciendo este prólogo es solo para que entiendan, que me imagino lo sabrán, que la justicia no va a tener la varita mágica que a ustedes les gustaría. Decida lo que decida, alguno saldrá herido y perjudicado, y al único que trataré de no dañar será a Daniel; él es el más importante de esta historia.

Dicho lo cual, empezaremos primero por Sonia Argüelles, la madre adoptiva de Daniel. Por favor, levántese y siéntese en esta silla. —Señaló con su mano la que estaba frente a su mesa.

Sonia, todavía temblando un poco, se levantó y se sentó frente a él. Ahora tan solo la ancha mesa de madera caoba los separaba, un espacio menor que el de antes, y se sentía un poco intimidada ante esa situación de tensa cercanía. Suspiró con vigor y lo miró fijamente sin ni siquiera parpadear. En ese momento su corazón latía con tanta fuerza que lo escuchaba en sus oídos, golpeteando el tímpano.

El juez, sin parar de revisar los papeles, comenzó a hablar de aquel día, el 7 de mayo de 1989, el día que los Servicios Sociales recibieron la orden de recoger a Daniel. Luego fue avanzando con celeridad en la historia hasta llegar al día que se declaró oficialmente muerto a Ricardo, la posterior solicitud por parte de Sonia para cambiar los apellidos de Daniel y llegó hasta la reaparición de su padre, Ricardo Bosco Montalbán. Habló de algunos informes de los profesores de Daniel, solicitados por el señor Cisneros, indicando que era un niño muy estudioso, participativo y feliz, además de educado y respetuoso. Paró de hablar y hojeó algunos papeles a los que no debió de considerar relevantes, porque no añadió nada más. Se quitó las gafas y miró a Sonia.

—Señorita Argüelles, lleva con Daniel desde que este tenía quince meses, ¿cierto?

—Sí —contestó con firmeza, a pesar de la angustia que recorría su interior.

—Ahora Daniel acaba de cumplir ocho años. Todos los informes apuntan que su comportamiento como madre es ejemplar. Daniel es un niño que ha crecido feliz, que la quiere y, según el último informe del psicólogo de Servicios Sociales, parece no echar en falta la figura paterna. Usted le ha aportado todo cuanto ha necesitado. Pero yo creo que ambas figuras son necesarias y precisas. Las personas requerimos cariño y afecto, prácticamente nos son imprescindibles, y si proviene de varios miembros de la unidad familiar, mucho mejor. Sé que está soltera, pero ¿usted comparte su vida con alguien? ¿Hay algún hombre actualmente en su vida?

—No, nadie. En mi vida solo está Daniel.

—¿Nunca en todo este tiempo ha tenido novio o pareja?

—Jamás. Mi vida se centra en Daniel y mi trabajo, con eso me basta. Él es todo cuanto necesito, su amor me llena por completo.

—¿Nunca ha habido en su casa una presencia masculina? —preguntó extrañado.

—Bueno, el único hombre que sí ha estado en mi casa en alguna ocasión ha sido mi jefe, Rafael Escudero; es un amigo. Pero solo eso, un amigo, no se confunda, señorita —recalcó.

—Por supuesto, no se preocupe. ¿Y qué tal es la relación del señor Escudero con Daniel?

—Buena, muy buena. Daniel le tiene mucho cariño, y Rafael también a él, se llevan muy bien.

—¿Usted nunca ha pensado que Daniel necesite también un referente masculino?

Sonia se sintió un poco agredida con esa pregunta. ¿Acaso no era suficiente con su amor? ¿Acaso no la consideraba lo suficientemente válida para criar a un niño sola y hacer de él un buen hombre? ¿Acaso era la primera mujer que se veía en esa situación aunque por otras causas?

—Con todos mis respetos, señorita, en este mundo, por desgracia, hay miles de mujeres que se ven obligadas a criar ellas solas a sus hijos, y lo hacen. Mujeres viudas, separadas, y otras, aun teniendo a sus maridos en casa, están solas ante esa tarea. A ellas no se les pregunta si creen que a sus hijos les hace falta la figura paterna, ellas los crían, forman y educan de la mejor manera posible y dándoles el doble de amor para compensar esa carencia. Y todos ellos salen adelante y continúan con sus vidas.

—Sí, lleva toda la razón, pero eso no es argumento para que yo no siga creyendo que un niño precise de ambas figuras. Yo entiendo que usted quiera a Daniel como si verdaderamente fuese su hijo, eso es algo que nadie podría poner en duda nunca. Usted lo ha criado, lo ha educado, le ha transmitido valores, habrá reído con él y llorado, le ha dado amor día tras día y ahora está aquí luchando por él. De verdad que su papel en la vida de Daniel para que sea el buen chico que es en este momento es admirable, digno de elogio. No quiero que me vea como un enemigo, señorita Argüelles, pero tiene que entender que ahí, sentado en esa silla —señaló con la cabeza—, está su padre biológico y también lo quiere.

—Lo sé. Pero yo llevo casi siete años con Daniel, no lo pueden apartar así de mí, eso lo destrozaré. Nos destrozaré a los dos. —La voz le tembló en ese momento.

—Primará solo el bienestar de Daniel, ya lo he dicho al principio. Y no debe encerrarse en la idea de que su bien es estar al lado suyo, él nunca ha estado al lado de su padre, no sabe lo que es, y por tanto, no puede compararlo.

—Pero yo...

—No he terminado —la interrumpió, mirándola de forma severa.

—Perdón —contestó nerviosa.

—Me consta que Daniel sabe que su padre está vivo, que se ha reunido con él en tres ocasiones. La primera en el despacho del subdirector de Servicios Sociales, Rafael Escudero, y las otras dos en su casa. ¿Cómo ha visto a Daniel en esos encuentros?

—Al principio estaba asustado, algo normal, iba a encontrarse con un desconocido para él. Pero a medida que pasaba el tiempo en ese primer encuentro, comenzó a pasárselo bien, se divirtió. La segunda vez y la tercera estaba inquieto, con ganas de volver a verlo para preguntarle muchas cosas. Daniel es un niño muy despierto, con mucho interés por saber y conocer.

—Podría decirse que esos encuentros han sido positivos para él, ¿verdad?

Sonia se quedó un segundo en silencio e intentó contener sus ganas de llorar al escuchar esas palabras que ella sabía eran verdad. No iba a mentir en algo tan obvio

que, a la larga, podría perjudicar a Daniel y a ella; la verdad era la que era, él se sentía a gusto con su padre.

—Sí, lo han sido. —La voz se le quebró.

—Le agradezco que haya facilitado las cosas para que padre e hijo se reúnan sin que la justicia haya tenido que tomar parte en eso también. Y recuerde una cosa, usted ha podido ser la madre de Daniel porque su padre desapareció y se le declaró muerto. Hemos terminado, señorita Argüelles, puede volver a su asiento. — Acompañó sus palabras con una indicación de su mano para que abandonase la silla —. Por favor, tome asiento el señor Ricardo Bosco —dijo el juez Guzmán, cogiendo otros papeles.

Sonia volvió a su sitio cabizbaja, triste y dando todo por perdido en ese momento.

—Tranquila, no ha ido tan mal —matizó Cisneros.

Ella, mirándolo sorprendida, tuvo que morderse la lengua para no gritarle allí mismo si era estúpido o se lo hacía, si había escuchado las palabras del juez o se le habían taponado los oídos. Se sentó cambiando de ángulo su vista, mirando sin pestañear al juez y a Ricardo, que acababa de sentarse frente a este. Dando por hecho que iba a perder a su niño, su mente empezó a disparar dardos imaginarios contra aquellos dos hombres que querían apartarla de todo cuanto tenía en su vida: Daniel. El primero lo clavó en la calva del juez; otro, entre sus pequeños ojos color chocolate; otro más, en su grueso bigote, y el último en su arrugado cuello, justo en la yugular. Después hizo lo mismo con Ricardo, aunque él no tenía calva, su pelo era del mismo color que el de Daniel, igual de ondulado, pero le dejó clavado cual peineta en lo alto de su cabeza. Tampoco sus ojos eran del mismo color que los del juez o Daniel, los suyos eran de un azul tirando a gris, pero el dardo se lo imaginó igualmente entremedias de ambos. El tercero lo cambió de lugar: a Ricardo se lo clavó en la boca, en la misma que menospreciaba su papel de madre con Daniel. Para el último pensó un lugar que le hiciese mucho daño: su pierna coja. No, mejor aún, su corazón, clavárselo en él y que desapareciera para siempre. Al acabar con sus macabros pensamientos se sintió despreciable. ¿Cómo podía estar pensando todo aquello, herirlos de esa forma, convertirlos en diana de su atroz dolor? Se sintió mezquina, y las lágrimas, en silencio, brotaron con fuerza, intentando así limpiar su mala conciencia tras imaginar el tétrico festival de violencia generado en su cerebro. Su mente actuó como un animal herido, un animal sin sentimientos que solo buscaba atacar para salvarse. Entonces, ¿quién era más detestable de los dos? Él, por querer separarla de su hijo; o ella, por desearle por segunda vez la muerte. Amar tanto, a veces, hacía desear cosas que realmente asustaban.

A Ricardo seguían sudándole las manos, se sacaba continuamente un pañuelo del bolsillo de la americana para secárselas. Aunque después de escuchar hablar al juez con Sonia pensó que tenía una clara ventaja respecto a ella. Aun así, no conseguía sosegar sus nervios.

—Señor Bosco, usted trabajaba para el CESID y fue sorprendido por un atentado

mientras estaba en una misión, ¿no es así?

—Así es.

—Tengo en mi poder todos los papeles de su búsqueda por parte del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no voy a hablar aquí de lo que está escrito en ellos por petición de Mateo Chacón, director técnico del CESID, él mismo que me los ha facilitado. He comprobado con toda la información que usted perdió la memoria y ha estado viviendo todos estos años sin conocer su verdadera identidad. Me consta que en cuanto la recuperó se puso en contacto con el consulado español para regresar a su país. También tengo una carta de su médico en Islamabad, el doctor Abdel Sabûr, que confirma todo cuanto usted ha contado, y de la misma manera.

—Siempre he dicho la verdad. —Ricardo tragó saliva, sabía que ocultaba la realidad de estar precisamente en ese lugar en aquel momento—. No he estado por ahí por propia voluntad, no sabía quién era, ni de dónde procedía, no sabía adónde ir ni a quién acudir. Por eso permanecí allí. Pero en cuanto recuperé la memoria y recordé todo, no podía dejar de pensar en mi familia y regresar. Desafortunadamente, mi mujer había fallecido y mi hijo había sido adoptado. Sin embargo, no estoy muerto, estoy aquí y quiero a mi hijo, es lo único que me queda en la vida.

—Lo entiendo perfectamente, señor Bosco. —El juez guardó unos segundos de silencio—. Aunque usted también debe comprender que Daniel lleva casi siete años viviendo con la señorita Argüelles, para él, su madre, el único referente familiar que conoce.

—Lo sé. Y agradeceré eternamente todo lo que ha hecho por Daniel, pero es mi hijo, lo quiero y lo necesito. Estoy seguro que él también necesita un padre —contestó, adueñándose de las propias palabras que el juez había dicho a Sonia minutos antes.

—¿Cómo han sido los encuentros con su hijo?

—Muy felices. —La emoción se apropió de su voz—. Han sido lo mejor que me ha ocurrido en estos últimos siete años. Cuando lo vi frente a mí por primera vez, tan mayor, tan alto, con esos ojos igualitos a los de su madre... —Respiró profundamente, la voz le temblaba en exceso, se le ahogó, no podía continuar.

—Tranquilo, por favor. Entiendo que tuvo que ser un momento indescriptible, de los que hacen temblar al más insensible. —El juez no paraba de asentir con la cabeza lentamente.

—Lo fue —afirmó, recuperando un hilo de voz, y volvió a suspirar fuerte, esperando unos segundos antes de proseguir—. Y cada vez que lo veo, el corazón me da un vuelco de alegría, pero luego me voy con él roto al dejarlo allí, en su casa. Señorita, mi hijo necesita a su padre también, todos lo sabemos.

—Veremos lo que es mejor para Daniel, ambos están empeñados en ser lo mejor para él. Ahora yo tengo la difícil tarea de valorar y decidir lo más justo y beneficioso para el niño. Puede volver a su sitio, señor Bosco. Por favor, pueden acercarse los letrados, los demás despejen la sala y aguarden fuera.

Todos se levantaron para salir de aquella pequeña sala. Mientras lo hacían, los corazones de Sonia y Ricardo desesperaban por momentos, pensando en qué decidiría aquel juez.

Sonia dejó de tener esperanzas después de ver la diferencia que su señoría había hecho con ella respecto al progenitor de Daniel. Era evidente quién iba a obtener la custodia y quién realizaría un escaso régimen de visitas, al menos ella lo intuía así.

Por la otra parte, Cobo comenzó a felicitar a Ricardo en bajo.

—Es tuyo, Bosco, el juez va a darte la custodia, está cantado.

Ricardo intentó sonreír y le contestó que no vendiese la piel del oso antes de cazarlo.

—¿Estabas dentro de esa sala? —preguntó sorprendido—. Todos lo hemos visto claro; más aún, nítido.

Rafael abrazó a Sonia para consolarla, estaba seria, callada, perdida..., no reaccionaba. Su cabeza no dejaba de escuchar, como si de una grabación se tratase, las palabras del juez que le habían llevado a saber que perdería a Daniel: «Y recuerde una cosa, usted ha podido ser la madre de Daniel porque su padre desapareció y se le declaró muerto». No hacía falta decir más, aquello era más que concluyente, lo decía todo.

—Lo he perdido —dijo, mientras Rafael la abrazaba.

—Todavía no lo sabes, Sonia. —La besó en la cabeza.

—Tú lo sabes igual que yo, pero no quieres que sufra y por eso me consuelas. — Una lágrima se derramó por su rostro.

—Nadie sabe nada, hay que esperar, pero no debemos perder la esperanza.

—Yo ya la he perdido por completo. ¿Qué voy a hacer sin Daniel? —El llanto bañó más su rostro. En ese momento, su mirada y la de Ricardo se cruzaron, y sin darle a Sonia tiempo a desviarla, los letrados salieron de la sala.

—¿Qué ha decidido? —interpeló Estrella, adelantándose a todos.

—Nos ha pedido un par de días para pensar qué va a resolver. Tenemos que estar aquí el viernes a las once de la mañana —contestó Trujillo.

—Es normal que pida un poco de tiempo, no va a ser una decisión fácil —añadió Cisneros.

—Pues vámonos, aquí ya no pintamos nada —dijo Rafael, cogiendo por el hombro a Sonia.

—Hoy me toca ver a Daniel, a las cinco y media estaré en tu casa. —Ricardo se dirigió a Sonia.

Sonia no abrió la boca, solo lo miró de forma fría y, separándose de Rafael, comenzó a andar para salir, pero paró y se volvió hacia Ricardo.

—El juez decidirá en un par de días. Por qué no me dejas tranquila con él, lo viste antes de ayer.

—Tú lo ves todos los días y a todas horas, yo llevo casi siete años perdidos, no pienso perder ni un solo minuto más de todos los que pueda estar con él. Ni uno —

contestó con rabia.

—Sonia, por favor. —Cisneros le rogó con la mirada.

—De acuerdo —respondió ella, y se encaminó con paso ligero hacia la salida. Rafael y Estrella la siguieron con la misma rapidez, a la misma velocidad.

Esa misma tarde, después de la fuerte bofetada que advertía la paliza que legalmente la esperaba a Sonia, esta no podía volver a ver a Ricardo, sus fuerzas estaban muy mermadas y no quería que él se creciera viéndola así. Le pidió, casi le rogó a Rafael ser el encargado de recibir y acompañar a Ricardo en esa cuarta visita a Daniel. Ella se marcharía, iría a dar una vuelta o a tomar un café, pero no podía estar cerca de él. Rafael, dándole un abrazo, le dijo que lo entendía, era muy comprensible. Él mismo llamó a Encarna y le pidió que saliese con Sonia y le subiese el ánimo. Sonia se acercó a Rafael y, devolviéndole el abrazo que este le había dado minutos antes, le dio las gracias y lo besó en la mejilla.

—Pásalo bien, cariño —dijo Sonia, despidiéndose de Daniel. Ambos se dieron un gran abrazo y dos besos. Luego Sonia, bastante acongojada, se marchó.

Encarna ya estaba esperando en la cafetería que le había indicado Rafael. Sonia la vio desde fuera, a través de los cristales, sentada en una mesa, aguardándola. Era una cafetería muy fina donde se podían tomar todo tipo de cafés y tés y cuya fama por sus delicadas pastas era conocida en toda Valencia. Nada más entrar en ella, Sonia se sintió embriagada con los exóticos aromas que predominaban en el ambiente. Aromas de café mezclados con frutas del bosque, tropicales y un suave matiz de té moruno. Toda una explosión de olor dentro de las fosas nasales. Le agradó aquella mezcla creadora de una suave fragancia que la relajaba.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Encarna nada más acercarse a su mesa, sin darle tiempo ni de sentarse.

—No lo sé. —Suspiró mientras se sentaba—. Me siento tan triste, tengo tanto miedo, que no sé explicar cómo me encuentro.

—Lo acabas de hacer, estás asustada y afligida.

—Me siento rota, esa sería la palabra adecuada. Y no podía quedarme en casa viéndole otra vez de nuevo y viendo... —Los ojos se le llenaron velozmente de lágrimas que se derramaron sincronizadas por sus mejillas. Encarna puso su mano encima de la de Sonia para transmitirle consuelo.

—¿Y viendo qué? Habla, desahógate. Las dos sabemos que eso es bueno. —Frotó suavemente el dorso de su mano.

—Y viendo cómo Daniel está cada día más a gusto con él. —Continuó llorando—. Sé que pensarás que soy una egoísta, que él es su padre, que no tengo derecho ni a molestarle..., pero no puedo verlo, no puedo..., me supera. Lo voy a perder de todas las formas posibles, legal y afectivamente.

—¿Estás tonta? ¿Has oído lo que has dicho? —Encarna la miró pasmada—. Daniel te quiere con locura, Sonia, pero es normal que sienta curiosidad por saber de su padre y que quiera verlo. Pero eso no quiere decir que vaya a dejar de quererte a ti.

¿Cómo puedes pensar tal cosa? Y en cuanto a la justicia, no adelantes aún nada, por favor. No sabemos qué va a decidir el juez todavía.

—Yo sí lo sé, me ha dicho claramente que soy la madre de Daniel porque a su padre se le declaró muerto, que nunca lo olvide. —Se limpió el incipiente llanto.

—Y no ha dicho ninguna mentira, tú lo sabes. Si su padre hubiese aparecido tú nunca habrías formado parte de la vida de Daniel.

—Sí, pero eso quiere decir que ahora está de vuelta y le pertenece. Yo no significo nada para ese juez, yo no soy su verdadera madre para él.

—Dudo mucho que el juez no vea la labor que has hecho con Daniel: tu amor, tu entrega hacia el niño. Tú no lo ves igual porque estás muy asustada y el miedo te ciega.

—¿Tú crees? —preguntó con la voz temblorosa.

—Estoy segura. Nadie puede pasar todos estos años por alto. —Apretó su mano. Sonia comenzó a llorar más fuerte—. Sonia, por favor, cálmate.

—Soy despreciable, Encarna —dijo sin poder frenar su sollozo—, peor aún.

—¿Y eso a qué viene? ¿Por qué vas a ser despreciable? ¿Por querer que no te separen de tu hijo? Precisamente serías despreciable por lo contrario.

—No, no me refiero a eso. —Negó con la cabeza—. Es que odio tanto a ese hombre que le he deseado en dos ocasiones la muerte. Lo he deseado con todas mis fuerzas, soy lo peor.

—Entonces yo también soy detestable. —Sopló.

—¿Tú has deseado su muerte? —preguntó sorprendida.

—No. Yo intento odiarlo por el dolor que esto te está causando, pero es tan atractivo que no puedo. Solo puedo pensar en él mirándome con esos ojos azul grisáceo que tiene, en un momento de intimidad bajo esa mirada.

—¿Cómo puedes pensar algo así? —La irritación asomó por su boca.

—Por eso soy detestable. —Asintió con la cabeza—. Aunque no solo lo pienso con él, si eso te sirve de consuelo. Sonia, llevo demasiado tiempo en dique seco y eso comienza a pasarme factura, entiéndeme. Hace más de año y medio de mi separación. ¡Sí he llegado a pensar en un momento así con Rafael! —exclamó desconcertada—. Sus incipientes canas le favorecen mucho. Y ya sabemos que con Rafael no podré tener nunca nada, tan solo fantasías debido a un hambriento apetito. Rafael prefiere otras cosas.

—¿Cómo? —Sonia preguntó confusa.

—Venga, Sonia, yo sé que tú lo sabes, sé que él te lo ha dicho. Y yo lo sé por observación y deducción. Rafael es gay. Es el único en la oficina inmune a mis generosos escotes, a mis ceñidos vestidos, a mi provocador lenguaje corporal. Sin embargo, he visto cómo mira a otros hombres, a Ricardo le dio un buen repaso visual. —Silbó.

—Encarna, ni se te ocurra contar eso por ahí —dijo muy seria, casi cabreada—. No nos corresponde a ninguna de las dos hablar sobre su vida íntima. Si él no quiere

que se sepa, sus razones tendrá.

—Tranquila, tranquila; no voy a decírselo a nadie. Y si lo he comentado contigo es porque estaba segura de que lo sabías. Tú y Rafael tenéis mucha confianza. Además, sé que te llevas así de bien con él por eso precisamente, no lo ves como un hombre. Un hombre como los demás, me refiero —aclaró.

Sonia, muy en el fondo, sabía que aquello era cierto. Su relación con Rafael se estrechó más desde el día que este, tras haber bebido un poco más de la cuenta en la comida que organizaban a final de año, le confesó su homosexualidad. Luego le suplicó que no lo contase a nadie, sus padres eran mayores y no entenderían algo así. Sonia le prometió que jamás hablaría de ello con nadie y había cumplido su palabra. Ella no había abierto la boca, Encarna lo había deducido sola.

—Rafael es un buen hombre, a mí no me importa con quién se acueste, y a ti tampoco debería importarte. Ojalá hubiese más con ese gran corazón que no le cabe en el pecho. Seguramente la vida sería mejor.

—¡Por Dios, Sonia! —exclamó, mirándola casi asustada—. Que sean buenos hombres, pero heterosexuales, por favor; si no, ¿que voy a hacer yo y el resto de las mujeres?

Sonia no pudo evitar reírse en ese momento tan amargo para ella, aunque no podía dejar de pensar en Daniel y en Ricardo. Seguramente mientras ella estaba riendo por las tonterías que Encarna contaba, Daniel reía con su padre, se divertía con él. Ricardo se iba apropiando poco a poco del corazón de su hijo y se lo iba haciendo trizas a ella. Sonia dejó de reír y se puso triste de nuevo. Las lágrimas, que apenas habían dejado de fluir por unos segundos, regresaron con impaciencia.

—Ahora estarán juntos, pasándoselo bien. A Daniel le gusta estar con él. Parece que sí echaba en falta una figura masculina, la de Rafael no ha sido suficiente.

—Es que la de Rafael no es muy masculina. —Le guiñó el ojo.

—¡Encarna, por favor! ¿No irás a decir que tiene pluma?

—No, disimula a la perfección, la verdad. Pero yo tengo un sexto sentido para eso, lo capté hace años. —Sonrió—. Y ahora, hablando en serio, no debes sentirte mal por odiar a Ricardo, es normal que te sientas amenazada por él y que actúe tu instinto más primario. Eso es razonable, primitivo pero lógico. Lo que ya no veo tan racional es que no te hayas fijado en lo guapo que es ese hombre. Le puedes detestar, pero a cada uno lo suyo, el tío está como un queso. Hasta su cojera le hace más *sexy*.

—¡Oh, Encarna, no puedo contigo! A mí me importa tres leches que ese mamón esté bueno o sea un cardo borriquero. —Levantó la voz—. Yo solo quiero que no me separe de Daniel, solo quiero eso, solo eso. ¿Es mucho pedir? —Rompió a llorar más fuerte, tapándose la cara con sus manos.

—Vale, vale, yo solo quería sacarte una sonrisa, Sonia. Perdóname si te ha molestado alguno de mis comentarios. Ya te he dicho que últimamente estoy un poco revolucionada. Bueno, mucho, porque para fantasear con Rafael sabiendo su tendencia sexual tengo que estar muy desesperada. Venga, por favor, cálmate y

tómate algo. El camarero no ha querido ni acercarse a la mesa viéndote así.

—Perdón, de verdad. Estoy dando el espectáculo. —Comenzó a limpiarse con rapidez todo el empapado rostro—. Pídeme una infusión relajante, a ver si consigue aplacar un poco a mis nervios.

Encarna llamó al camarero y pidió dos infusiones relajantes y un platito con pastas. Cuando el camarero se marchó, volvió a coger la mano de Sonia y, apretándola ligeramente, le regaló una sonrisa. Allí pasaron más de dos horas, alargando la charla. Volvieron a pedir un par de infusiones más acompañadas con sus exquisitas pastas, haciendo tiempo para no encontrarse con Ricardo al regresar a su casa. Ricardo, ese hombre que sí era guapo y atractivo, aunque para Sonia solo era un adversario a batir, un rival en la lucha por el amor de Daniel, nada más.

Los nervios de Ricardo no le habían dejado pegar ojo esa noche. A las siete y media de la mañana decidió salir a la terraza de la habitación del hotel y fumarse el último cigarrillo de su paquete. Cobo se sorprendió cuando lo vio fumar por primera vez, nunca lo había hecho, pero el Ricardo que había vivido en Islamabad fumaba a diario y bastante. Y ese vicio continuaba conviviendo con el Ricardo actual, sus nervios le hacían ansiar llevarse a los labios un pitillo y aspirar una larga calada tras otra hasta consumirlo.

No eran aún las ocho de la mañana cuando alguien llamó a la puerta. Ricardo estaba a punto de entrar en la ducha en ese momento. C cogió la toalla, se la enrolló rápidamente en las caderas y salió a abrir. Era Cobo. Ya estaba vestido y preparado para acompañar a Ricardo al juzgado. Hoy el juez le comunicaba su decisión; hoy se decidiría qué papel pasaría a formar en la vida de Daniel.

—Aún no te has duchado pero ya has estado fumando. Hueles a tabaco —espetó Cobo, mientras Ricardo, haciendo oídos sordos, regresaba al baño para ducharse.

Una vez vestido, ambos bajaron a desayunar. En el restaurante del hotel los esperaba Trujillo, su letrado, para acompañarlos en el desayuno y luego al juzgado. Tras saludarse, Ricardo se acercó a la máquina de tabaco para comprar un paquete. Nada más sacarlo, lo abrió con ansia y empezó a fumar un cigarrillo. Al llegar a la mesa, Cobo le recriminó, no le gustaba nada ese hábito.

—Bueno, déjame en paz, no eres mi madre —se quejó Ricardo. Al momento le pidió disculpas y apagó el cigarro; no hablaba él, sino la férrea angustia que se agazapaba en su cuerpo.

Intentando calmarse un poco, Ricardo desayunó un café solo y media tostada, sin parar de pensar en Daniel y el miedo ante la posibilidad de que el juez tuviese en más consideración los años vividos junto a Sonia. Cobo no había parado de repetirle en esos dos días que la custodia se la darían a él y Sonia tan solo tendría un régimen de visitas. A veces se ilusionaba pensando que sería así, porque él era su padre, la persona con quien le correspondía vivir a Daniel. Pero a veces se desesperaba imaginando visitarlo solamente de vez en cuando, como estaba haciendo ahora, y sin poder compartir la vida con él. En ese instante, las manos le empezaron a sudar de nuevo, los nervios habían vuelto a apoderarse de su cuerpo, la anarquía reinaba una vez más en su ser. Ricardo vivía con el miedo y la incertidumbre como continua pareja de amantes.

Cuando Sonia llegó al juzgado se encontró con el mismo escenario de hacía dos días: periodistas y fotógrafos aguardaban en las puertas del edificio. Rafael la cogió de la mano y tiró de ella para entrar lo antes posible, evitándole así escuchar alguna de sus absurdas preguntas. Estrella, que también había acompañado hoy a su sobrina, se había quedado más rezagada, observándolos, casi matando con la mirada a todos aquellos curiosos hombres. Cisneros ya los esperaba dentro, al igual que Ricardo, Cobo y Trujillo. Al entrar, Sonia se topó con Ricardo de frente, dio los buenos días y se marchó a la otra punta para no tenerlo tan cerca, no lo soportaba. Rafael la siguió, y cuando paró, la abrazó con ternura. En ese momento la puerta volvió a abrirse, Estrella entró escupiendo pestes por la boca, maldiciendo a toda aquella panda de embusteros que solo sabían tergiversar la información. Miró hacia Ricardo y Cobo, fusilándolos con sus pequeños y oscuros ojos, pero, no contenta con ese descarado gesto, se acercó a ellos.

—Nunca den algo por hecho hasta que ocurra, ¿entienden? —habló a ambos con indignación. Realmente, Estrella también lo estaba pasando mal. Sufría, aunque lo hacía en silencio; ella quería mucho a Daniel, y su rostro también denotaba ese padecimiento, hasta su moreno pelo se había pincelado de canas desde que se enteró de la aparición de Ricardo.

—¿Se puede saber qué está diciendo, señora? —preguntó Ricardo un poco aturdido.

—Lo saben de sobra. El otro día parecían celebrar una victoria que aún desconocen. Por eso les digo que no se adelanten, el juez todavía no se ha pronunciado —replicó con desdén, e instantáneamente se marchó al otro extremo para juntarse con Sonia y Rafael.

Unos minutos más tarde, aunque para Sonia y Ricardo parecieron horas, el secretario judicial les mandó entrar en la misma sala del primer día. Aquella pequeña sala que les encogía el estómago al adentrarse en ella. Ricardo y Cobo cedieron el paso a Sonia, Rafael y Estrella. Esta última, sin poder morderse la lengua, tuvo que hablar para no reventar.

—Ahórrense la caballerosidad —escupió, mirándolos de soslayo antes de adentrarse.

Ricardo negó con la cabeza repetidas veces.

—De nada, señora —adicionó Cobo.

Una vez dentro cada uno ocupó el mismo lugar que la última vez y, apenas sus cuerpos habían tomado asiento, el juez entró en la sala con una expresión muy seria. Se sentó en su sillón sin ni mirar al frente, parecía que eso era típico en él, la vez anterior actuó de la misma forma. Sacó unos papeles y entonces levantó la cabeza y recorrió con los ojos a todos los presentes.

—Bueno, no me voy a extender mucho e intentaré ser claro y conciso. Lo primero, tengo que decir que en estos dos días no he parado de darle vueltas al caso para buscar una solución que sea lo menos nociva para ustedes y la más beneficiosa

para Daniel. Antes de exponerla, aclararé que es una decisión provisional y que, en función de su desarrollo, dictaminaré el fallo definitivo. Para ello deberemos esperar unos meses, hasta septiembre; entonces volveremos a reunirnos y valoraré la situación buscando, vuelvo a repetir, lo mejor para Daniel. Señorita Argüelles y señor Bosco, sé que no les va a gustar mi decisión provisional, pero yo creo que, a la larga, será lo mejor para todos. Van a vivir los dos con Daniel; es decir, el señor Bosco se mudará a la vivienda de la señorita Argüelles.

—Pero, señoría, ¿está hablando en serio? —interrumpió Sonia al juez Guzmán levantándose de la silla casi de un brinco.

—Señorita Argüelles, le agradecería no me interrumpiese, aún no he terminado mi explicación —le contestó él, extremadamente serio y clavándole la vista.

Sonia miró hacia Ricardo, que tenía la cara llena de asombro y estaba, literalmente, boquiabierto. Luego bajó la cabeza y pidió disculpas a su señoría.

—Como iba diciendo, vivirán los tres bajo el mismo techo durante estos meses. Así Daniel podrá conocer a su padre sin desvincularse de la figura materna, algo esencial para él en este momento, porque es su único referente familiar. Y he decidido que sea el señor Bosco el que se traslade para no cambiar en nada la vida de Daniel. Serán los demás, en este caso su madre y su padre, los que se amolden a la situación. Evidentemente, el señor Bosco compartirá los gastos de la vivienda, comida, higiene, etc. Señorita Argüelles, le doy dos días para que acondicione una habitación para el señor Bosco. Es decir, el lunes por la mañana quiero que esté viviendo bajo el mismo techo que usted y su hijo.

—¡Dos días! No puedo acomodar una habitación en solo dos días, es imposible —respondió enojada.

—Señorita Argüelles, solo debe poner una cama para que duerma y un armario para su ropa, no creo que sea una tarea tan difícil. Estoy seguro de que usted es una mujer de recursos, se le ocurrirá de qué forma hacerlo.

—Señoría, con todos mis respetos, eso que vaya por delante —dijo Ricardo en tono muy medido—. Somos dos extraños con nada en común salvo Daniel. No podemos vivir bajo el mismo techo. Eso es ridículo y descabellado.

—Le parece descabellado conocer a su hijo, estar todos los días con él, despertarlo, ver qué desayuna, cuándo se acuesta, cuáles son sus comidas preferidas, ver cómo hace los deberes... Vamos, lo normal que todo padre conoce y disfruta con su hijo. ¿Es ridículo, señor Bosco? ¿Es descabellado? ¿No lo quiere hacer por Daniel?

—Visto así...

—Es que así es como hay que verlo. Yo no les pido que ustedes vivan como una pareja, les pido que aúnen su amor por Daniel y le faciliten a él este proceso.

—Cierto, señoría, perdone —contestó Ricardo, y miró a Sonia, que estaba callada, su semblante denotaba un gran desconcierto. El mismo que le ocupaba a él.

—Ahora, si me dejan acabar por fin —miró a ambos—, añadiré lo último. Sé que

no es una sentencia normal, pero el caso tampoco lo es y no puedo ceñirme a otros veredictos. Les vuelvo a recordar que es provisional y que mi decisión definitiva la tomaré en septiembre, en función de lo que dictaminen los acontecimientos hasta entonces. Sé que esta decisión será cuestionada y criticada por muchos, tenemos a la prensa ya pendiente de este caso y de mi resolución. Por eso quiero añadir un matiz ante esta insólita y provisional sentencia: No quiero crear jurisprudencia con esta decisión, ni mucho menos, sencillamente, son medidas desesperadas antes situaciones desesperadas. ¿Alguna duda, señorita Argüelles?

—No, señorita —contestó a media voz.

—¿Y usted, señor Bosco?

—No, tampoco, señorita.

—Pues en vista de que todo está claro para ambas partes, el lunes quiero que empiece ese periodo de adaptación y conocimiento mutuo padre e hijo. El juzgado les citará a través de sus letrados para que acudan en septiembre en el día y hora que se crea oportuno para emitir el fallo definitivo. Y, por favor, háganle la convivencia grata a Daniel durante estos meses. Pueden marcharse todos excepto los letrados, quiero hablar un momento con ellos.

Sonia cogió de la mano a Cisneros para pararlo, quería comentarle algo antes de marcharse de la sala.

—¿Puede hacer eso? ¿Puede mandar a un desconocido a mi casa, a convivir conmigo? —La cara de Sonia estaba plagada de estupefacción.

—Puede y lo ha hecho. —Chasqueó los labios—. Yo tampoco había imaginado algo así. —Se encogió de hombros—. Pero tan solo es una medida provisional avalada por el bienestar de Daniel, lo único que a él le interesa. Claro que tú también estás en tu derecho de recurrirla, aunque eso terminaría distorsionando lo que en realidad buscamos: la custodia de Daniel.

—No —contestó categóricamente—. No quiero más pleitos, y menos con este juez al que parezco no caerle muy bien. Acataré esta provisional decisión, no me queda más remedio.

—Señorita Argüelles, sería tan amable de dejar en paz a su letrado, lo estoy esperando. Si quiere hablar con él hágalo después, fuera, cuando haya terminado yo. Siempre que no sea demasiada molestia para usted, claro —habló con sarcasmo.

—Por supuesto, señorita, discúlpeme. —Sonia comenzó a andar hacia la salida.

A Sonia le alegró comprobar que Ricardo no había asistido al rapapolvo que el juez le había echado, dejando asomar por él una cierta antipatía hacia su persona. Tanto él como su acompañante, y los de ella, ya habían abandonado la pequeña sala. Al salir, Sonia iba tan ciega por la desesperación que no vio a nadie, tan solo buscó el primer banco para sentarse y pensar en lo que se le venía encima. Tenía que convivir con Ricardo, verlo todos los días, todas las noches, de lunes a domingo, un día tras otro durante siete meses. Siete largos e interminables meses. Unas treinta semanas, alrededor de doscientos doce días, aproximadamente unas cinco mil ochenta y ocho

horas. No podría soportarlo, estaba segura. O mejor decir, no sabría si podría soportar ver a Daniel feliz con su padre, jugando con él, riendo, hablando, bromeando, compartiendo, dándole cariño..., apartándola con todo eso a ella de su lado. No paraba de preguntarse cómo se podía llegar a querer tanto a una persona y que ese tenaz amor hiciese doler hasta los tuétanos de los huesos; y cómo, de la misma forma, con la misma intensidad y tesón, odiar a otra hasta la saciedad.

Rafael se sentó a su lado y la abrazó con fuerza. Estrella se acercó a ella y, con su habitual delicadeza, comenzó a dar ánimos.

—¿Pero este juez está loco o qué le ocurre? ¿Cómo vas a meter a ese hombre en tu casa? Tú no sabes qué intenciones puede tener. ¿Y si una noche entra en tu habitación? ¿Y si es un degenerado? ¿Y si...

—Calla, Estrella, por favor —la interrumpió Rafael cuando escuchó a Sonia romper a llorar en su hombro—. No sé ni cómo puedes pensar en esas cosas, hay mucho más trasfondo en esa situación de lo que tú estás pensando.

—¿Qué quieres, que no me preocupe por si quiere sobrepasarse con mi sobrina? La mayoría de los hombres solo saben pensar con una cosa y no es precisamente con su cerebro. La razón se les nubla cuando desean a una mujer. Imagínate tenerla a su alcance en cualquier momento.

—¡Por Dios, quieres callarte! —exclamó Sonia, apartándose de los brazos de Rafael—. A mí me preocupa perder a Daniel, solo eso. Me da igual las intenciones que tenga ese desgraciado para conmigo, sé defenderme. Tranquiliza a tus calenturientas paranoias de una vez, ¿vale? —Secó su llanto—. Y ahora vayamos a comprar una cama y empecemos a vaciar la habitación de juegos de Daniel para dejársela a él. El lunes comienza a vivir con nosotros, tengo mucho trabajo por delante.

—Compra un cerrojo para tu habitación —añadió Estrella. Sonia y Rafael la miraron asombrados—. ¿Qué? Será mejor prevenir, digo yo. ¿Y si entra en tu habitación de madrugada para forzarte? ¿Cómo te defenderás si ya lo tienes encima de ti?

—Mira, me voy a ahorrar la respuesta porque sería demasiado grosera —contestó cabreada—. Y, sin que te moleste, prefiero hacer esto sola, me terminas poniendo más nerviosa tú. Así que adiós, tía. —Sonia le dio un beso de mala gana y empezó a andar para salir del juzgado.

Al llegar a la calle un aluvión de periodistas impacientes por saber la esperaba. Rafael, que había salido detrás de ella, echó su brazo por encima del hombro de Sonia y se abrió paso veloz entre la veintena de reporteros. No pararon de correr hasta llegar al coche de este, y una vez en él desaparecieron del lugar con celeridad.

—Gracias una vez más, yo no sé qué haría sin ti, la verdad. Eres el hombre perfecto. —Emitió una sonrisa tan sutil que apenas se percibió.

—Bueno, olvidas algo esencial para ser el hombre perfecto para ti. —Arrugó los labios.

—¿El qué?

—Que a mí me parecen más atractivos Ricardo y su amigo que tú. ¡Vamos! Que si yo tuviese que vivir bajo el mismo techo con alguno de ellos deberían preocuparse por poner un cerrojo en su habitación.

—¡Qué tonto eres! —Sonrió con sutileza.

—Pero he conseguido hacer que sonrías un poquito, es lo que pretendía. —Apoyó su mano en la pierna de Sonia.

—¡Madre mía! —Sopló con energía—. No sé cómo voy a ser capaz de convivir con él, le odio con todas mis fuerzas, Rafael.

—Aprenderás a hacerlo, lo harás por Daniel. Además, viviréis juntos pero no revueltos, cada uno tendrá su espacio, ya lo verás. Y no creo que Ricardo sea un hombre por el que preocuparte en el sentido que tu tía ha expuesto.

—Eso no se me ha pasado por la cabeza, créeme. Pero ya sabes cómo piensa ella, todos los hombres sois el demonio.

—Sí, ya me di cuenta hace años. Desde el día que me amenazó por si se me ocurría sobrepasarme contigo. No voy a olvidar nunca sus palabras: «Señor Escudero, mi sobrina es una mujer casta y pura, si me entero de que se excede con ella lo más mínimo, pongo a Dios por testigo, le convertiré en eunuco. Si todavía no sabe el significado de esa palabra búsquela en el diccionario sin falta». ¡Dios!, me aterró la firmeza y seguridad con que lo dijo. Me dieron ganas de chillarle que a mí me gustaban los hombres, que podía dormir tranquila en ese sentido.

—Si le hubieses confesado tu homosexualidad te habría condenado a la hoguera, estoy segura. —Volvió a sonreír. Él la miró fijamente y sonrió también. Después continuaron el viaje en silencio hasta llegar a la tienda de muebles.

Ricardo y Cobo regresaron al hotel y entraron directos en el bar para tomarse unas copas, las necesitaban. Ricardo sacó el paquete de tabaco de su bolsillo, miró a Cobo, que estaba a punto de emitir una palabra, y le dijo que ni se le ocurriese recriminarle, necesitaba fumar. Cobo, sin querer malgastar más saliva, prefirió dar la callada por respuesta, levantó la mano para llamar al camarero y pidió *whisky* con hielo. Mientras Ricardo se encendía el cigarro, Cobo empezó a maldecir y le gritó que mirase la televisión.

—¡Serán hijos de puta, pues no están dando la noticia en televisión!

Ricardo levantó su cabeza aturdido y se quedó impactado al verse en la pantalla, entrando en el juzgado junto a Cobo y Trujillo. Luego la imagen cambió y vio cómo Sonia, cogida de la mano de Rafael y con prisa, también entraba en el edificio. Por último emitieron la casi huida de esta y Rafael del juzgado, montándose veloces en el coche y abandonando el lugar aceleradamente. La reportera comentaba el peculiar y delicado caso y la insólita y provisional sentencia que había dictaminado el juez. Luego, como si cualquiera tuviese derecho a opinar ante algo tan privado, preguntaba a los transeúntes de la calle. Unos apoyaban a la madre, nadie podía apartarla de su hijo después de tanto tiempo. Otros creían que el padre biológico tenía todos los derechos y era una injusticia que aún no se le hubiese otorgado la custodia. En cuanto al provisional fallo, como era lógico, había de todo: partidarios y detractores. Unos aplaudían al juez y otros no daban crédito. Eso sí, nadie quedaba indiferente tras escuchar la historia, a todos les removía algo por dentro.

Ricardo suspiró fuerte y pidió por favor al camarero que apagase el televisor. El hombre, sin ni abrir la boca, obedeció al momento. Ricardo cogió su vaso de *whisky* y se lo bebió de un solo trago. A continuación pidió otro y le sugirió al camarero que dejase la botella en la mesa. También en esto obedeció al instante y la dejó allí, entre medias de los dos. Cobo también bebió su contenido de golpe y volvió a llenar los vasos sin hacer ni un solo comentario al respecto. No había que añadir más, había demasiado dolor con todo lo que estaba sucediendo.

—¿Sabes una cosa, Cobo? —La voz de Ricardo rompió el mutismo reinante entre los dos—. En todos los años que he trabajado en el CESID, en todas las misiones que he cumplido, en todas las veces que me he llegado a jugar la vida, nunca tuve miedo. —Se encogió de hombros—. Y mira que he tenido momentos comprometidos y de serios aprietos, acuérdate de Rusia y China.

—¡Joder, no podría olvidar aquello nunca! —Su boca perfiló una media sonrisa—. No volví a respirar ni aflojé los glúteos hasta que saliste de aquellos países. Y lo de Rusia casi me causa un infarto, ¡qué estrés, hostia! Estaba acojonado por completo. —Soltó una carcajada.

—Pues yo, como te estaba diciendo, nunca pasé miedo. Jamás. —Sacudió la cabeza y se echó a reír con Cobo. Después se quedó muy serio, con la vista fija en el vaso de *whisky* pero con la mirada perdida—. Sin embargo, ahora estoy absolutamente aterrado, completamente angustiado, totalmente lleno de ansiedad y pánico. Pensar que no pueda vivir con Daniel, con mi hijo, me mortifica. Y esta ridícula sentencia va a complicar más todo, además de ser la comidilla de los demás, ¿qué coño les importará a ellos? —Volvió a beberse el contenido del vaso de un trago.

—Bueno..., a lo mejor es positivo para todos, como cree el juez. Eso no lo podrás saber hasta que no pasen los meses y lo valores. Y sobre los demás, mantente al margen de todo eso, no escuches, no veas, solo ignora.

—¡Vamos a ver! —soltó casi cabreado—. No te das cuenta de que esa mujer no me soporta al igual que yo a ella. Somos enemigos, adversarios, contrincantes por apoderarnos del amor de Daniel. Él es lo único que nos une y todo cuanto nos distancia. Cada día será una batalla, una lucha constante por demostrar a quién prefiere, quién es el mejor para él, quién le da más cariño... No sé si podremos soportar esa presión día tras día, no lo sé. —Sopló fuerte y llenó su vaso de nuevo.

—Lo estás enfocando de manera errónea. No debéis luchar por él, sino facilitarle a él una convivencia para que pueda conocerte a ti. Está claro que ambos sois necesarios en su vida, Sonia por ser la única familia para él, y tú porque eres su padre y ahora estás aquí. No hagáis del hogar de Daniel un campo de batalla, por favor.

—Sonia es dura, no me lo va a poner fácil, y yo tampoco pienso hacerlo con ella. Por supuesto que no quiero que Daniel salga lastimado con esto; eso lo último, pero no me voy a dejar pisotear, voy a luchar por mi hijo, ¿entiendes? —Elevó la voz con rabia y volvió a beber del vaso de *whisky*.

—Te entiendo —contestó, y él también volvió a beber—. Y, cambiando de tema, ¿tú crees que ella y Rafael tendrán algo más que amistad? ¿Crees que se la beneficiará?

—¿Qué dices? —preguntó extrañado.

—¿Que si se la pasará por la piedra?

—He entendido lo que has dicho a la primera, no soy tonto. A lo que me refiero es a cómo puedes pensar eso. —Lo miró pasmado—. Ya oíste a esa estirada mientras hablaba con el juez, no ha habido más hombres en su vida que Daniel, y me lo creo por completo. ¿Quién querría echar un polvo con ella? Mejor dicho, ¿quién podría? Esa mujer es tan fría que no conseguiría levantársela a ningún tío. Y precisamente esa frialdad es lo que más me asusta de ella, es de las que no se deja amedrentar por nadie y lucha a muerte.

—No estoy de acuerdo contigo, al menos en todo. Que es fría sí, que es dura también, que pelea con uñas y dientes es innegable; pero estoy convencido que bajo esa coraza de mujer fría e insensible se esconde una mujer deseosa de amar y de que la amen. —Bebió un largo trago.

—¡Vaya! Ya había tardado mucho en salir el experto en perfiles psicológicos. —
Sonrió con ironía.

—Lo digo en serio. Estoy seguro, plenamente convencido, y sé que no me equivoco. Tengo un olfato especial para esas cosas, Bosco.

—Vale, lo que tú digas.

—Es una mujer guapa, eso debes reconocerlo, y debe de estar mejor con el pelo suelto y vestida de manera más informal. Yo me la imagino con minifalda, una muy corta, o con vaqueros sumamente ajustados que marquen su culito, con un generoso escote... ¡Uf! A mí no me importaría echar un polvo con ella, y te puedo asegurar que, con la escasez que tengo últimamente, no creo que tuviese problemas con mi erección. —Sonrió.

—Tienes una imaginación desbordante, de veras. Yo no creo que esté *sexy* ni con picardías, su gelidez congelaría el momento más tórrido.

—Bosco, veo que sabes poco sobre mujeres. A veces las mujeres en apariencia gélidas son hembras súper fogosas en la cama. En ocasiones tan solo es una máscara con la que esconder a la bestia que llevan dentro. Yo estuve una vez con una así, de las que te los anudan con solo mirarte y te convierten en un iceberg. Al principio no quería ni aceptar mi invitación a un Martini, pero mi educación y galantería la terminaron convenciendo. Unas copas más tarde, llegamos a mi casa y no me dejó ni desnudarme, ella misma me arrancó la ropa. Lo estuvimos haciendo toda la noche, de todas formas y maneras y en cualquier lugar. Ya me entiendes. —Enarcó las cejas una y otra vez—. Fue increíble, joder, era toda una devora hombres. —Sus labios dibujaron una astuta sonrisa.

—Parece que tuviste suerte y te tocó la excepción que rompe la regla, me alegro por ti. —Bebió de nuevo—. Y por lo que veo, eres el mismo de siempre, no has cambiado ni con los años vas a hacerlo.

—Todo lo contrario —dijo entre risas—. Ya lo dice el refrán: «Genio y figura hasta la sepultura». —Levantó su vaso y bebió.

—Sí, y también hay otro que dice: «Contra más viejo, más pellejo». No cambiarás nunca, está claro. Serías capaz de tener un lío hasta con una escoba con faldas. —Ricardo terminó sonriendo.

—Es una necesidad física, necesito descargar, ¿qué quieres que haga? —Se carcajeó—. Y ahora brindemos por los figuras, los pellejos y las excepciones, en mi caso valió la pena. ¡Menuda noche! —Silbó, chocando su vaso con el de Ricardo, que negó con la cabeza, esbozando su boca una leve sonrisa, y bebió una vez más.

Sonia pasó el fin de semana preparando la habitación para Ricardo. Se sentía cabreada, dolida y asustada. Todo un maremoto de sensaciones revoloteando por sus entrañas y estrujando su cerebro a cada segundo. Rafael, que también acudió a ayudarla, intentaba sacarle una sonrisa de vez en cuando, pero aquello era una misión imposible, Sonia no conseguía estirar ni un leve segundo las comisuras de sus labios. Además, si saber que iba a convivir con un desconocido que pretendía arrebatarse a Daniel no era suficiente para hacerla sentir así, la noticia del provisional fallo del juez no paraba de salir en la televisión, prensa y radio; y todos tenían derecho a opinar sobre algo de índole tan privada. Aquello sacaba a Sonia de sus casillas, no lograba entender qué les importaba a esas personas con quién debía vivir Daniel. No era problema suyo, no debían cuestionar sin saber, desconociendo sus vidas, sus sentimientos... ¿Quién les daba ese derecho?

La noche del domingo al lunes fue larga y angustiosa para Sonia. Ansiaba que no amaneciera nunca, no deseaba levantarse de la cama jamás, no quería tener cerca de ella a Ricardo. Ese hombre monstruoso que había aparecido de la nada y quería arrebatarse toda su vida sin pensar en su sentir, en su dolor por procurar apartarla de Daniel. El llanto brotó de sus ojos sin poder evitarlo y, agarrada a la almohada, tapó su boca para que Daniel no escuchase los quejidos que lo acompañaban y que eran imposibles de frenar.

No eran aún las ocho de la mañana de aquel dieciocho de febrero cuando Ricardo llamó al timbre. Traía una pequeña maleta con un par de pantalones, unas cuantas camisetas, pijama, algo de ropa interior y calzado. Todo lo había cogido de su casa, de aquel armario que compartía con Paula antes de marcharse a su última misión, antes de que ella falleciera, antes de separarse para siempre aunque ambos lo ignorasen. Iba vestido con el traje que Cobo le había regalado, ese traje oscuro lleno de sobriedad y usado mayormente para acudir al juzgado. Sabía que era demasiado formal presentarse así vestido, pero no quería que se arrugase dentro de la pequeña maleta. Mientras la garganta se le anudaba por la espera, hizo intención de volver a tocar el timbre, pero en el preciso instante en que sus dedos empezaron a rozarlo, Daniel abrió la puerta con una enorme sonrisa.

—Hola, Ricardo..., esto..., papá.

—Buenos días, campeón —dijo, abrazándolo y dándole un gran beso.

—Pasa, mi madre estaba en el baño, no sé si habrá oído la puerta. Yo te he abierto

porque he mirado antes por la mirilla para comprobar que eras tú.

—Buen chico, nunca debe abrirse sin comprobar antes quién llama. —Le revolvió el pelo con su mano.

—Lo sé. Mi madre me lo ha repetido muchas veces. A veces es un poco pesada, pero es muy buena, ya lo verás. —Sonrió lleno de inocencia—. Aunque tengo que decirte una cosa, está un poco nerviosa con esto de que te vengas a vivir con nosotros —habló en bajo, con la intención de que nadie más que Ricardo escuchase aquella revelación.

—¿Y tú qué opinas?

—A mí me parece bien. —Volvió a sonreír—. Así puedo tener a mi madre y a mi padre a la vez, como las familias de verdad.

—¿Me has echado de menos? —Lo miró fijamente a sus alegres ojos marrones—. Quiero decir, ¿has echado de menos tener un padre?

—Realmente... no. —Sacudió la cabeza—. Mi madre siempre me ha hecho muy feliz. Pero... —Vaciló un momento—. Cuando supe que estabas vivo todo cambio, me sentí raro.

—¿Cómo que te sentiste raro? —Ricardo se quedó desconcertado.

—Por un lado tenía miedo de verte, pero por otro lo estaba deseando. Tenía padre, mi padre estaba vivo, y algo dentro de mí quería saber de ti, verte, hablarte... Y cuando te conocí me puse contento y quería seguir viéndote.

—Eso es la llamada de la sangre —afirmó Ricardo.

—¿Y eso qué es? —preguntó extrañado Daniel.

—Que eres sangre de mi sangre, y eso al final tira mucho, por muchos años que pasen y aunque no me recuerdes.

—Bueno..., mi madre y yo no tenemos la misma sangre... Pero yo la quiero mucho, y ella a mí.

—¿Sabes?, eres un chico muy maduro para la edad que tienes. Me dejas asombrado con tu capacidad de razonar, tu forma de hablar y tu educación.

—Buenos días. —Sonia y su tirantez irrumpieron de repente en el salón.

—Hola, acabo de llegar, estaba hablando con Daniel un momento —explicó Ricardo.

—¿Has desayunado ya, Daniel?

—Sí, mamá.

—¿Te has cepillado los dientes?

—También, mamá.

—Pues ve a por tu mochila y las cosas para el cole, en un momento nos vamos.

—De acuerdo —contestó, marchándose del salón.

—Si quieres puedo acercarlo yo y así me voy familiarizando con todo.

—No, no te preocupes. A mí me pilla de paso al trabajo. Ven por aquí para que te enseñe tu habitación y puedas deshacer la maleta. —Empezó a caminar.

Ricardo la acompañó hasta la pequeña habitación sin abrir la boca, lleno de

nervios ante la rara y tensa situación de verse bajo el mismo techo sin apenas conocerse y tener que convivir. Sonia, de manera muy seca, le invitó a pasar. Él lo hizo, un poco cohibido, entrando muy despacio y casi sin observar a su alrededor.

—Acomódate, esta será tu habitación durante los próximos meses. Esta tarde, cuando regrese del trabajo, hablaremos de cómo nos organizaremos con las tareas, compra y demás. Toma. —Le entregó un llavero con unas llaves—. Son del portal y del piso.

—Gracias, iba a pedirte las antes de que te marchases.

—Ya estoy listo, ¿nos vamos? —Daniel se apoyó en el quicio de la puerta a espera de contestación.

—Sí, vámonos.

—¿A qué hora regresáis?

—Sobre las dos y media —contestó Sonia de forma gélida.

—¿Preparo algo para comer?

—Hay lentejas y carne en salsa en la nevera. Como comprenderás, preparo la comida el día de antes por la noche. Y si a ti te apetece comer antes, no es necesario que nos esperes.

—No, os esperaré. Si quieres yo puedo hacer la comida a partir de ahora. No voy a estar de brazos cruzados.

—¡Ah!, pero ¿sabes cocinar? —preguntó sorprendida.

—Me defiende bastante bien. No quiero decir que sea un chef, pero sé preparar unas cuantas recetas.

—Pues como quieras —manifestó fríamente.

—Si me dices dónde está el colegio me acerco a buscarlo luego.

—Daniel, ve a mi habitación y tráeme el bolso, hijo, por favor —le mandó; era la excusa para quedarse un momento a solas con Ricardo.

—Sí, mamá. —De inmediato, Daniel se marchó a por él.

—Mira, por favor, no quieras desbaratar mi vida desde el primer día, dame tiempo.

—¡Oye, esa no es mi intención! Solo quiero estar con Daniel lo máximo posible.

—Pues eso mismo quiero decir, no me lo arrebates todo desde el primer momento —habló con rabia.

—Perdona, pero yo no...

—Toma, mamá, tu bolso. —La llegada de Daniel hizo callar a Ricardo—. ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos, al final se nos va a hacer tarde.

—Adiós —dijo Daniel a Ricardo.

—¿No me vas a dar un beso, campeón?

—¡Oh, lo siento! Es la falta de costumbre Ri..., digo, papá. Intentaré recordarlo.

—Sonrió y se acercó a Ricardo para besarlo.

—No te preocupes, yo te lo recordaré las veces que haga falta, hijo. —Ricardo lo

abrazó y le dio un beso poniendo en él toda su alma, aspirando el olor de su pequeño, sabiendo que a partir de ahora podría besarlo cuando quisiera.

—Hasta luego —dijo Daniel al separarse, emitiendo una despedida a la vez con su mano.

—Adiós —contestó, un poco ahogado, Ricardo, los ojos se le encharcaron de emoción al despedirse.

Dos periodistas, acompañados de sus respectivos cámaras, aguardaban en la puerta del portal de Sonia. En cuanto ella y Daniel pusieron el primer pie en la calle, los asaltaron de inmediato. Sonia cogió fuerte de la mano a Daniel y empezó a correr para escapar de allí, para huir de ellos, para que su hijo no escuchase ni una sola de sus malditas preguntas ni insinuaciones. Mientras corría, no paraba de preguntarse qué les importaba a ellos ni a la gente sus vidas. No eran personajes mediáticos, ni famosillos, simplemente eran personas comunes, corrientes y molientes. Ninguno de ellos debía explicaciones al mundo.

Tras vencerlos en la escapada y proseguir en su camino hacia el colegio, Sonia le habló a Daniel del interés que el caso había suscitado. Le explicó que jamás hablase con ningún desconocido y que, si fuera necesario, se tapase los oídos al tenerlos cerca para no escuchar ninguna de sus necedades. Y todo se lo contó bajo una tensa calma, intentaba que Daniel no notase el dolor que sentía por dentro, la rabia y el miedo. Un pánico atroz que se apoderaba de ella según pasaban los segundos. Su mente no paraba de machacarla pensando poder perderlo. Algo que muchos daban por hecho que ocurriría, entre ellos más de uno de esos periodistas que la habían tomado como foco de sus noticias.

En cuanto llegó a su trabajo, Sonia buscó el refugio del despacho de Rafael para desahogar el nudo que acumulaba todo su pesar, un fuerte nudo que la ahogaba, la oprimía. Necesitaba llorar e incluso gritar para ver si de esa forma conseguía romperlo.

—La prensa me acosa y ese tío ya está viviendo en mi casa, me va a amargar la existencia. No voy a poder, de verdad, no lo soportaré. —Las lágrimas empezaron a verterse por su cara como un río desbocado en cuanto vio a Rafael de frente.

—¡Eh, Sonia! ¿Qué ha ocurrido? ¿Te está molestando la prensa?

—Estaban en la puerta de casa cuando he salido con Daniel para llevarlo al colegio. Nos hemos marchado corriendo, como si fuésemos fugitivos. Primero él y después ellos. No soportaré esto, Rafael, no, no... —Zarandeo su cabeza.

—¿Te ha molestado Ricardo también? ¿Te ha dicho algo desagradable? —preguntó, mientras ella se sentaba totalmente abatida en una silla.

—Quiere llevar a Daniel al colegio, recogerlo, cocinar... ¡Quiere todo, joder! —levantó la voz.

—Pero, Sonia, ¿te estás escuchando? —La sorpresa invadió el rostro de Rafael.

—¿Qué quieres decir? —Lo miró aturdida.

—¿Para qué piensas que le ha enviado el juez a vivir a tu casa? Pues precisamente para eso, para que participe de la vida de Daniel. Y esas cosas son las más normales.

—¿Y yo qué? —alzó la voz de nuevo—. ¿Ya no lo llevo? ¿Ya no lo recojo? ¿Ya no juego con él, ni le ayudo en los deberes, ni en sus problemas o preocupaciones? ¿Ya no participo de su vida? —Lloró más fuerte.

—¡Cielos, lo estás encauzando todo erróneamente! Debéis participar ambos, debes dejarle entrar en la vida de Daniel, no obstruirle el paso. ¿Acaso no podéis ir los dos juntos a llevarlo o recogerlo?

—Pretendes que paseemos por ahí como si fuésemos una pareja, ¿estás loco?

—Pretendo que hagáis la convivencia feliz a Daniel, que pueda conocer a su padre sin ver a su madre amargada ni resentida. No tenéis que pasear cogidos de la mano ni nada parecido, pero los dos sois sus padres y podéis llevarlo juntos al colegio, al parque, a la playa... No tenéis por qué apartaros uno para que el otro disfrute de Daniel, uniros para disfrutar los dos y que él se sienta feliz. ¿Tan difícil te resulta hacerlo por él?

Sonia se quedó un rato callada mientras se secaba el llanto con las manos.

—Soy una egoísta de mierda..., peor aún. Mi miedo solo me hace pensar en que voy a perderlo y no pienso en él, en sus sentimientos. Pero es que no soporto tener a ese hombre frente a mí, solo puedo verlo como a un enemigo.

—Debes cambiar ese chip, por favor. Vas a vivir con él siete meses, no lograrás resistir ni uno si continúas por este camino. Sonia, no te ofusques tanto, te lo ruego.

—Llevas razón. —Asintió—. Llevas toda la razón. Tengo que intentar ver las cosas de otra forma. No quiero que Daniel salga lastimado por mi comportamiento, eso lo último. Pero lo quiero tanto que cuando pienso... —Volvió a llorar.

—¡Ya, por favor, ya! —exclamó Rafael, levantándola de la silla para abrazarla—. No vas a perderlo, tan solo tienes que aprender a compartir, Sonia. Solo eso.

Tras un largo rato de consuelo por parte de Rafael y de hacerle comprender que ella agravaría más la situación para todos de continuar por ese camino, Sonia se marchó a su despacho para empezar a trabajar. Mientras se dirigía a él, Encarna se acercó a hablar con ella, quería preguntarle cómo había sido el primer encuentro, ese primer momento que marcaba el inicio de una larga temporada viviendo juntos. Sonia le contó lo mismo que a Rafael, y prácticamente las mismas palabras que este le había dicho a Sonia salieron por la boca de Encarna. Eso le hizo sentir aún más egoísta y mezquina, hasta el punto de sentirse ridícula por su actuación y su forma de pensar. Ellos lo veían de una manera totalmente contraria a la suya, estaba claro que la cerrada era ella, la obcecada en perder a Daniel, la cegada en no darse cuenta que debía compartir tal y como le acababan de decir ellos. Debía poner de su parte para que su hijo no resultase herido entre ellos dos y su incipiente y particular guerra.

Sentada en su silla, con la mesa llena de papeles y la bandeja de correo entrante

del ordenador echando humo, Sonia no era capaz de centrarse en nada esa mañana. Su vida había sufrido un vuelco drástico en solo dos días y, aunque lo intentaba, no era capaz de asimilarlo todavía.

El sonido del teléfono la sobresaltó, dispersándola de sus pensamientos negativos y un tanto destructivos. Descolgó con desgana, y en cuanto escuchó la voz del interlocutor dándole los buenos días, sus nervios, una vez más, se adueñaron de su estómago. Era Sebastián Cisneros, su letrado.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó alarmada, sin ni siquiera responder al buenos días de Cisneros.

—Lo primero calma, noto intranquilidad en tu voz. Tan solo quería hacerte saber algo que el juez puso en nuestro conocimiento el viernes, pero tú ya te habías marchado cuando salimos de la sala.

—¿El qué? —Volvió a preguntar con impaciencia.

—Verás, el juez quiere que Daniel sea evaluado todos los meses por un psicólogo para ver cómo lleva la adaptación hacia su padre. No le importa que sea el psicólogo de Servicios Sociales, el mismo al que yo solicité el informe de Daniel para presentar en el juzgado. Y al otro letrado tampoco le ha parecido mal.

—Ya me había imaginado que solicitaría un informe sobre la adaptación, aunque no pensé que fuese a ser cada mes, la verdad. ¡Pobre Daniel! —Los ojos se le velaron por la acumulación de lágrimas.

—También vosotros debéis pasar por el mismo psicólogo, pero en vuestro lugar lo haréis cada dos meses.

—¿Nosotros también?!

—Sí, y es comprensible. Vais a vivir bajo el mismo techo, conviviréis los dos junto con Daniel. Es normal que quiera saber cómo fluye todo entre vosotros, si la convivencia es buena, si facilitáis el entendimiento mutuo por el bien del niño, de qué forma os influye ese cambio... Todas esas cosas, tú lo sabes mejor que nadie, eres trabajadora social.

—Lo sé, pero es muy distinto estar al otro lado como ahora mismo estoy. Ahora no soy una observadora que intenta ayudar a mediar por el bienestar de los pequeños, ahora soy una de las que pide ayuda, de las que quieren que la escuchen y no aparten de su hijo. Ahora mi posición es totalmente diferente. —Las lágrimas terminaron derramándose por sus mejillas.

—Bueno, Sonia, no te entretengo más. Solo te pido que intentes hacer todo de manera racional. Lo digo por tu bien, por el de Daniel y por el de Ricardo, por el bien de todos.

—Lo intentaré, Sebastián.

—Te llamaré para decirte cuándo debéis acudir con Daniel al psicólogo. Para cualquier cosa no dudes en llamarme.

—Muchas gracias. Adiós.

En cuanto colgó, Sonia se secó las lágrimas despacio, con la mirada perdida en la

blanca pared de su despacho, observando el vacío, pensando que debía intentar llevarse razonablemente bien con Ricardo, lo haría por Daniel. Todo cuanto había hecho y continuaría haciendo había sido por él. No le importaba lo más mínimo el resto del mundo, solo él, todo por él, todo por su hijo, todo por Daniel.

Eran las tres menos veinticinco de la tarde cuando Sonia giraba la llave dentro de la cerradura de la puerta de su piso. Daniel corrió hacia dentro, al salón, para ver si Ricardo estaba en él. Cuando descubrió que estaba vacío, dejó de prisa la mochila y salió disparado hacia la cocina. Ricardo ya salía de esta al haber oído la puerta, e iba a recibirlo para abrazarlo. Daniel lo saludó con una gran sonrisa y cuando vio abrir los brazos a su padre se abalanzó hacia ellos. Ricardo lo estrechó fuerte, dándole un beso y volviendo a inhalar su aroma, igual que había hecho antes de marcharse al colegio. Un aroma que le hacía emocionarse una y otra vez, era imposible frenarlo.

—Hola —dijo Sonia al llegar hasta ellos. Pero esta vez su tono era más medido, había conseguido guardar en el bolsillo su rabia y frialdad.

—Hola —contestó Ricardo y su emoción—. Bueno, vamos a comer, tendréis hambre. Ya he puesto la mesa y calentado la comida, solo falta servirla y sentarnos.

—Ve a lavarte las manos, hijo.

—Vale, mamá.

Los ojos de Ricardo y Sonia se encontraron en medio de la palabra *hijo*. Ricardo hizo intención de abrir la boca, pero Sonia, cabizbaja, se adentró hasta su habitación para dejar el bolso y quitarse la chaqueta.

Cuando Daniel y Sonia regresaron a la cocina, Ricardo estaba terminando de servir la comida y todos se sentaron alrededor de la mesa. Daniel empezó a contarle a su padre lo que había hecho en el colegio, algo de lo que Sonia ya era conocedora, se lo había contado en el trayecto hasta casa, como era su costumbre.

Era una sensación extraña verse allí sentados, comiendo juntos, sin conocerse de nada, sin saber de qué hablar, qué decir, qué callar. Y eso prefirió hacer Sonia, callar. Ser tan solo una mera espectadora de la conversación entre Daniel y su padre. No meterse, no inmiscuirse, mejor ir poco a poco. Eso le permitiría ir conociendo a Ricardo y esperaba que le sirviese para dejar de odiarlo y de verlo como enemigo. Debía hacerlo por el bien de todos, como todos le habían dicho hoy. Tan solo era el primer día de unos largos meses de convivencia.

Los días fueron pasando, y tanto Ricardo como Sonia intentaron poner de su parte para facilitarle la vida a Daniel. Aunque cada uno iba acumulando cosas que no soportaba del otro, pequeñas tonterías, nada importante, pero cuando uno guardaba y guardaba, las pequeñeces se hacían fuertes y grandes y te iban devorando por dentro. Más aún cuando intentabas aparentar normalidad por un interés común, pero en el fondo lo considerabas tan solo tuyo, un cariño del cual solo tú tenías la patente y el monopolio. Única y exclusivamente de tu propiedad.

Ricardo comenzó a llevar a su hijo al colegio, y Sonia lo recogía al salir del trabajo. Su padre también empezó a ayudarlo con las dudas de sus deberes, a jugar con él en el parque, a leerle algún cuento por la noche... Las cosas normales que cualquier padre compartía con su hijo, y a Daniel le empezaba a encantar compartir con él.

Respecto a las tareas del hogar, Ricardo se hizo cargo de la gran mayoría al estar en casa todo el día. El único lugar donde no entraba ni limpiaba era la habitación de Sonia. Y no lo hacía porque él no quisiera, sino por petición exclusiva de ella.

En cuanto a la compra, Sonia prefería hacerla ella misma. Pensaba o creía que la haría mejor que Ricardo, casi ningún hombre sabía cuándo un pescado estaba fresco, qué parte de la ternera era más jugosa, ni se fijaban en qué productos estaban de oferta. La gran mayoría era un desastre para eso. Había escuchado infinidad de veces a sus compañeras de trabajo, esposas, madres y amas de casa quejarse por las compras realizadas si alguna vez se les había ocurrido mandarlos al supermercado.

Ricardo y Sonia llevaban casi un mes conviviendo juntos. Durante ese tiempo, Estrella no había aparecido por casa de su sobrina aún. Aunque si no lo hizo fue porque esta le rogó no pisar por allí hasta que todo estuviese asentado y normalizado. Sonia sabía que su tía solo empeoraría la situación y la pondría de los nervios, como era habitual en ella.

Durante esos casi treinta días no hubo ni uno solo que, cada uno por su parte, no se desahogase con su correspondiente aliado. Sonia lo hacía continuamente con Rafael, y a veces también con Encarna. No paraba de decirles todas las cosas que no soportaba de Ricardo: no aguantaba que dejase la tapa del inodoro levantada, que no cerrase bien el tapón del gel, que apretase el tubo de pasta dental por el medio en lugar de abajo arriba, que ensuciase mucho en la cocina cuando cocinaba, que, que, que, que..., la lista era interminable para ella. Rafael no dejaba de repetirle que eran

tonterías, malos hábitos o costumbres de cualquier mortal que se solucionaban si se exponían. Encarna se reía cada vez que escuchaba sus quejas. «Si hubieras dado con mi marido todo eso te parecerían chorradas», le repetía continuamente. Sin embargo, esas chorradas eran en verdad una tapadera de lo que a Sonia realmente le molestaba. Sin lugar a dudas, lo que la irritaba era que Ricardo estuviera junto a Daniel. Sus quejas acerca de lo arrugado que dejaba el tubo de pasta dental o de lo que ensuciaba eran solo un refugio para poder protestar acerca de ese hombre. Un hombre, que aunque le pesase en demasía, era un padre extraordinario que amaba a su hijo por encima de todo. Verdaderamente, eso era lo que laceraba a Sonia, lo que le causaba un gran dolor, pensar que Ricardo se ganase el amor de su hijo de tal manera que la dejase de querer a ella. Que su amor filial variase, que Daniel ya no lo mostrase de la misma forma que lo había hecho hasta ahora, hasta antes de entrar su padre en su mundo.

Ricardo, por su parte, hacía lo propio con Cobo. Todos los días, después de acabar de hacer sus tareas, le llamaba para desahogarse con él. Estaba harto de que Sonia pasase inspección con su mirada para ver cómo estaba todo de limpio y ordenado nada más llegar a casa. De entrar en el baño y tener que apartar sus cremas para el cutis y así lograr espacio para afeitarse. De que cerrase tan fuerte los frascos de gel que parecieran ser herméticos, envasados al vacío. De que el comentario más repetido fuese que usaba demasiadas cacerolas y sartenes para guisar. Y una larga infinidad de tonterías más. A Cobo aquello le resultaba de lo más gracioso y bromeaba continuamente diciéndole a Ricardo que parecían un matrimonio al uso, en el que cada cual no soportaba las manías del otro.

—¿No te suenan a estupideces? —le preguntaba asiduamente cuando le escuchaba quejarse por todo aquello—. El problema sería que te hablase mal, te faltase el respeto, os dañaraís o lastimaseís de alguna forma, pero las rarezas de cada uno deben ser soportadas y asimiladas para poder convivir —le repetía Cobo un día sí y otro también.

Si bien esas rarezas que tanto indignaban a Ricardo tan solo eran encubridoras de la realidad, de su verdadero sentir. A él le molestaba que Sonia luchase por el amor de Daniel, le agradecía mucho todo cuanto había hecho por su hijo, pero él era su padre, al que le correspondía estar con él. Y también tenía miedo de que Daniel no quisiera vivir con él, que su amor por Sonia tirase más que la sangre, que los años vividos con ella pesasen tanto que lo apartasen de la realidad, que tan solo lo quisiera de visita y poco más. Eso lo angustiaba de tal forma que lo llevaba a buscar más defectos en Sonia para poder atacarla llegado el momento. Porque lo que más asustaba a Ricardo era comprobar día tras día lo buena madre que era, su desinteresada entrega hacia Daniel, su absoluta abnegación y cómo volcaba el alma en todo lo que hacía por su

hijo.

Daniel iba tachando en un calendario los días que iban pasando. Las cruces rojas habían tapado más de la mitad del mes de abril, lo cual quería decir que llevaban compartiendo sus vidas dos meses. La convivencia era buena, aunque únicamente resultaba ser pura fachada, nada de realidad, pero Daniel lo desconocía por completo y así era muy feliz. Precisamente por eso las lanzas continuaban guardadas, por la felicidad de Daniel, aunque eso no iba a durar mucho más.

Ese mismo día, el día que ponía en conocimiento de todos que habían transcurrido dos meses, era un maravilloso día de primavera. El sol brillaba con un resplandor especial, los pájaros cantaban felices en las ramas de las palmeras de la avenida y la temperatura y humedad eran ideales para llevar manga corta y así no pasar calor. Soplaban un sutil viento de levante que traía consigo el olor a mar, el frescor de la brisa y del salitre del agua. Todo eso animó a Ricardo para acercarse a recoger a Daniel, a pesar de saber que era Sonia la que estaría esperando a la salida, la que siempre recogía a su hijo.

Ricardo llegó pronto al colegio y esperó unos diez minutos antes de que la sirena anunciase el término de las clases. En ese justo momento Sonia dobló la esquina y la cara le cambió al verlo allí. Pensó que Ricardo le iba a robar otro momento más con Daniel, el que ella más adoraba, le encantaba ese corto trayecto que compartía con él al salir del colegio. Era cuando su hijo le contaba lo que había hecho, su lucha por la igualdad entre sus compañeros, su papel de mediador entre las desavenencias. Ahora tampoco podría compartir esa situación solo con ella, y cada día le quedaban menos momentos, cada día Ricardo se apropiaba de algo más y le usurpaba otra oportunidad de intimidad. El enojo de Sonia caminó deprisa en dirección a Ricardo, pero en ese instante la alegre voz de Daniel le impidió hablar.

—¡Hala, habéis venido los dos a recogerme! ¡¡¡Qué bien!!! —exclamó, saltando de alegría.

—¿Te ha gustado la sorpresa, campeón?

—Mucho, papá —dijo, dándole un beso con efusividad. Luego se abalanzó a los brazos de Sonia y la besó con el mismo entusiasmo.

—Parece ser que te ha gustado mucho, sí —contestó Sonia, mirando de reojo a Ricardo.

—Hacía un día precioso y me pareció bien salir y que ambos paseásemos con Daniel hasta casa. Nunca lo hemos hecho los tres.

—Sí, es un día perfecto —respondió, aunque su cabeza no paraba de pensar que él y su presencia lo habían estropeado entero.

Daniel se cogió de la mano de ambos y pasearon hasta llegar a casa. Por el camino, como hacía siempre, les contó su día en el colegio, lo que había aprendido, lo

bien que se lo había pasado en el recreo con sus amigos... Todas esas anécdotas tan gratas para él y que a sus padres les encantaba escuchar. Al llegar al portal de su piso oyeron una voz femenina gritar el nombre de Ricardo. Este se giró y, al descubrir a la emisora de esa voz, se echó las manos a la cabeza, sorprendido al ver a la mujer.

—Irina, ¿eres tú? —preguntó su asombro.

—La misma que viste y calza, señor Bosco. —Sonrió, y se acercó de prisa hasta Ricardo.

Los dos se abrazaron con mucho cariño y muchas ganas. Los ojos de Ricardo se emocionaron al momento, y la mujer lloraba y reía al mismo tiempo, casi a la par.

—¿Qué haces aquí? —Se separó un momento de ella para mirarla a la cara.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. Lloré tu muerte, no sabes cuánto... Y de repente, hace unos días, después de volver de uno de mis viajes, Cobo me dice que estás vivo y coleando. No me lo podía creer. Así que le pedí tu dirección, tenía que verte, lo necesitaba. Te he echado tanto de menos, Bosco.

—Yo no puedo decir eso, perdí la memoria. —Sonrió tenuemente.

—También lo sé, lo sé todo. —Asintió, mirándolo fijamente—. ¿Es Daniel? —Señaló al muchacho.

—Sí, es mi hijo. Y ella es Sonia, su madre adoptiva.

—Me lo he imaginado. Ya te he dicho que lo sé todo.

Irina se acercó a Daniel, se presentó y le dio dos besos. Empezó a contarle que la última vez que lo vio fue cuando cumplió un año, que era un niño precioso entonces, pero que ahora era aún más guapo. Daniel sonrió con una risita de timidez, le daba vergüenza que aquella desconocida tan guapa, tan alta y tan rubia le piropease.

Irina estiró su mano para saludar a Sonia, que se la estrechó de forma cortés, aunque en el fondo le molestaba su presencia y su forma de mirarla.

—Bueno, invítame a un café y hablemos. Quiero que me cuentes, y yo tengo mucho que contarte.

—Pues vamos, sube a casa.

—¿No será mejor irnos a una cafetería? —preguntó, mirando a Sonia.

—¡Qué dices! Estaremos mejor arriba. No te molesta, ¿verdad? —Ricardo se dirigió a Sonia.

—No, por supuesto —mintió esta—. Subid, estaréis más cómodos allí para charlar.

—Gracias —respondió Ricardo. Y echando su brazo por encima del hombro de Irina empezaron a subir por la escalera.

Todos entraron en casa de Sonia, y Ricardo e Irina se marcharon al salón a charlar.

—¿No vais a comer? —preguntó Daniel extrañado.

Irina contestó que no tenía hambre, la emoción le había quitado el apetito. Ricardo, por su parte, le contestó que no se preocupase por ellos y comiese él con su madre.

Sonia no abrió la boca y ambos se marcharon a la cocina. Mientras ella servía la comida no paraba de pensar en aquella mujer, en la confianza tan grande que tenía hacia Ricardo, en cómo lo miraba a los ojos, y se preguntó si entre ellos habría habido algo en el pasado. Estaba segura de que sí. Y desconociendo el porqué, pensar eso le molestó. Se sorprendió al sentir ese malestar, que más le daba a ella que hubiesen estado liados antes o no, como si querían hacerlo ahora mismo. Eso sí, en su casa no, al menos delante de Daniel, eso no se lo consentiría.

Estaban recogiendo la mesa cuando Ricardo entró en la cocina a por unos refrescos y aperitivos. Eso tampoco agradó a Sonia, que no paraba de preguntarse por qué tenía que aguantar ella a esa desconocida en su casa.

—¿Te importa que se quede a cenar? —le preguntó Ricardo. Sonia apretó los labios para no dispararle allí mismo lo que pensaba sobre esa fresca. Una mujer guapísima con un cuerpo diez que se comía con los ojos a Ricardo.

—Tú haces la cena, así que me da igual —contestó, encogiéndose de hombros, intentando disimular su cabreo por la invasión de su hogar.

—Gracias —repuso Ricardo, y abandonó la cocina portando una bandeja con la bebida y los aperitivos.

Sonia se bajó al parque con Daniel a jugar un rato, no quería permanecer en su casa observando la conversación y las risas que compartían sin parar Ricardo e Irina. Allí se sentó a charlar con las vecinas y madres de los amigos de Daniel, aunque no dejaba de pensar en esa dichosa cena y en qué carajo iba a hablar ella con esa desconocida. Si su diálogo con Ricardo ya era limitado, con esa mujer no tenía absolutamente nada de qué hablar. Lo mejor sería concentrarse en Daniel, no le quedaba otra opción, y que ellos dos hablaran todo cuanto quisiesen hasta reventar. La cena todavía no había comenzado y ya deseaba que acabase lo antes posible, que la mujer perfecta se marchase pronto y desapareciera para siempre.

Pero, para mayor inri, Manu, vecino y amigo de Daniel, se empeñó en que, como era viernes y al día siguiente no había colegio, Daniel cenase y durmiese en su casa. A veces solía hacerlo, no era algo extraño, y en otras ocasiones era Manu el que se quedaba en casa de Daniel. Sonia, en principio, dijo que no, poniendo como excusa que tenían una invitada para cenar. Pero como Daniel no tenía pelos en la lengua,

empezó a protestar diciendo que él no la conocía de nada, que era amiga de su padre, y terminó enfadándose ante la negativa. La madre de Manu intervino e intentó convencer a Sonia para que le dejase, al final transigió con desgana. No le importaba que Daniel fuese a su casa, pero ahora ella se vería obligada a cenar con dos desconocidos y viendo a la tal Irina flirtear con Ricardo. El día mejoraba por momentos, y la rabia de Sonia, guardada hacía tiempo entre las capas de su piel, comenzaba a asomar tímidamente.

Al regresar del parque, Daniel pasó rápidamente a su casa para coger el pijama y unos cuantos juguetes. Cuando se acercó a despedirse de Ricardo, que continuaba en el salón con Irina, charlando, riendo y fumando como un carretero, a este no le agradó la noticia. Tenían una invitada a cenar y no estaba bien marcharse a casa de un amigo, era un desplante. Sonia sonrió por dentro al ver que le había molestado. Su corazón iba tocando el trombón y bailando alegremente por su cuerpo al ver a Ricardo molesto con la noticia. Y con esa felicidad se marchó a su habitación, casi danzando por el pasillo debido al entusiasmo de haberle tocado un poco las narices.

Irina no dejaba de decir que no pasaba nada, que no lo tomase a mal, y, por favor, que no cambiase los planes del muchacho. Ricardo, un poco enojado, le dio a Daniel un beso y le dijo que se marchase. Nada más cerrarse la puerta del piso, Ricardo fue hacia la habitación de Sonia para hablar con ella.

—Sonia, ¿puedo entrar un momento? —preguntó, golpeando la puerta suavemente.

—Ya salgo —contestó, abriéndola al momento—. ¿Qué quieres?

—¿Por qué has dejado a Daniel que vaya a dormir a casa de Manu?

—¿Y por qué no? ¿Acaso es la primera vez que duerme en su casa?

—Pero hoy tenemos una invitada, no está bien.

—No, perdona, tú tienes una invitada, Daniel no la conoce, al igual que yo. Lo que no estaría bien es que tú te marches, pero a él no lo metas.

—¿Tengo que recordarte otra vez que es mi hijo y quiero que forme parte de mi vida? Y esa persona que está en el salón ha formado parte de ella, nos conocemos desde hace años.

—Sí, ya me he dado cuenta de que ha formado parte de tu vida —contestó con reproche.

—¡Oye, yo no te debo ninguna explicación a ti!

—Ni yo la quiero, que te quede claro. A mí con quien te hayas acostado o te acuestes me es indiferente.

—Pues no lo parece, estás a la defensiva.

—Quizá sea porque has metido una extraña en mi casa, ya es suficiente con tenerte a ti.

—¿Todavía me consideras un extraño después de dos meses?

—Por supuesto. Y lo serás durante toda la vida. Yo no tengo nada que ver contigo ni nada en común. Lo único que nos hace estar cerca el uno del otro es Daniel y la

absurda decisión del juez, nada más.

—Eres fría, terca y estás amargada y resentida con la vida. Menos mal que con Daniel eres totalmente distinta, si no ya te habría arrancado a mi hijo de tus brazos —habló con rabia.

—Y tú eres un egoísta que quieres dar pena por lo que te ocurrió y no piensas en el dolor que le pueda causar a Daniel separarme de él. Y mucho menos piensas en mis sentimientos, solo eres tú y tú —alzó la voz—. Pues aunque te pese, yo no habré parido a Daniel, pero es mi hijo y por él seré capaz de todo.

—Lo mismo digo. Yo soy su padre y pelearé a muerte por él —levantó el tono. Quería que Sonia se diese cuenta de que él también sabía gritar.

—¿Ricardo? ¿Pasa algo? —La voz de Irina se escuchó por el pasillo.

—Ya hablaremos los dos solos —susurró.

—Cuando quieras. Ahora ve con tu amiguita, está sola, la pobre. —Sonia cerró de un fuerte portazo la puerta de su habitación.

Sonia no salió de la habitación hasta casi la hora de la cena. No tenía ganas de ver a Ricardo y mucho menos de ver a la descarada de su amiga con su ceñida blusa enseñando canalillo. Seguramente esa era una de sus armas de persuasión hacia los hombres, exhibir, como si de un escaparate se tratase, la grandeza de sus pechos mediante un más que generoso y apretado escote. Sonia pensaba que si ella quería también podría hacerlo, sus pechos eran abundantes, si bien no quería mostrar al mundo sus atributos, eran suyos y no la carta de presentación para cualquier tipejo que se le cruzase.

Al llegar al salón, Irina estaba abrazada a Ricardo y le besó en la mejilla. A Sonia le molestó completamente ver esto y no pudo aplacar su enojo.

—Bueno, ¿vamos a cenar o qué? —preguntó de mala manera.

—Sí, en un momento. La salsa boloñesa estará en cinco minutos —contestó Ricardo, separándose de Irina.

—¡Vaya!, ¿vamos a cenar pasta? Esa es la comida preferida de los niños —apuntó, con un toque de maldad.

—Pues la mía también. —Irina sonrió—. Y Ricardo se acordaba a la perfección, es un hombre maravilloso. —Volvió a abrazarlo.

—Sí, es increíble. —Sonrió con cinismo.

—Vente conmigo a la cocina para ver si está a tu gusto, ¿vale?

—De acuerdo, señor Bosco. Iré a donde usted me diga. —Sus labios se estiraron más, y volvió a besar la mejilla de Ricardo.

Mientras se encaminaban hacia la cocina, Sonia no paraba de hacer burla con su boca a las palabras de Irina. Le resultaba una mujer frívola, de esas que le gustaba tener a los hombres comiendo de su mano y lo conseguía siempre. Ricardo cada vez babeaba más por ella. Realmente no sabía de qué habían hablado o qué se habían contado, pero desde que Sonia había entrado en su habitación hasta ahora, era otro, estaba hipnotizado con esa mujer. Antes se notaba más en ella la atracción que sentía

por Ricardo; sin embargo, en este momento, Irina ya lo había enredado en su tela de araña, ya lo tenía atrapado bajo su influjo, como quería.

Irina se acercó hasta el salón para pedirle a Sonia que fuese a cenar. Sonia la siguió, viendo cómo meneaba sin parar sus caderas embutidas en una entubada falda. Desde luego, si lo que pretendía era provocar a los hombres con su cuerpo, no le cabía ninguna duda de que lo conseguía. Marcaba todo tanto, que estaba convencida de que esa mujer usaba una talla menos y le constaba respirar vestida así, aunque lograba su objetivo. Los ojos de los hombres acudirían a ella como las moscas a la miel, hasta a Sonia le era imposible apartar su mirada del gentil contoneo de sus curvas.

Durante la cena, Irina intentó entablar conversación con Sonia, aunque las contestaciones de esta eran tan tajantes y escuetas que costaba poder continuar. Ricardo, percatándose de su sequedad, tan conocida para él, comenzó a hablar con Irina del trabajo, así aislaría a Sonia de la conversación; se lo merecía por grosera. Sin embargo, en ese momento, al ver que a Ricardo no le apetecía que ella charlase con Irina, Sonia decidió empezar a hablar. Entonces, su maquiavélico cerebro, pensó en preguntar un par de cosas para satisfacer su curiosidad y para ver si con eso volvía a tocar un poco más las narices a Ricardo.

—¿Os conocéis del trabajo?

—Sí, trabajamos juntos durante unos años —contestó Irina, mirando con una deslumbrante sonrisa a Ricardo.

—¿Así que eres espía también? —interpeló Sonia, sabiendo que a Ricardo no le gustaba emplear ese término.

—Bueno..., sí. Pero mejor decir que somos agentes del CESID.

—Sí, claro, por supuesto. Aunque ambas cosas son lo mismo, simplemente son sinónimos. —Estiró levemente las comisuras de sus labios—. ¿Y no crees que es un mundo de hombres?

—Para nada. Las mujeres somos tanto o mejor que ellos en ese campo.

—Espero que eso de las espías tipo Mata Hari, que hacen todo lo que sea para cumplir su misión, sean solo cosas de la literatura y el cine.

—Por supuesto, eso ni lo dudes. Esta es una profesión en la que entregas todo por tu país, salvo la dignidad. Porque creo entender que has querido preguntarme si me acuesto con alguien para conseguir información —dijo a la defensiva.

—Hombre, yo no había pensado tanto —contestó con cinismo.

—Mira, Sonia, yo soy una gran profesional en mi trabajo y tengo mucho amor propio. No me dejas caer en los brazos de cualquiera ni soy una desvergonzada.

—Solo un poquito fresca, pero nada más —balbuceó Sonia en bajo.

—¿Perdona? No te he oído.

—Que eso ni lo había pensado. Se ve a la legua que eres una mujer recatada. ¿Y tienes novio o marido?

—No. —Hizo un mohín—. Este trabajo no te deja tiempo para eso. Además, no

puedes hablar de él a cualquiera y te pasas el tiempo viajando de aquí para allá. Eso no es bueno para una relación.

—Pues Ricardo estaba casado y tenía un hijo.

—Sí, por eso había solicitado un puesto como preparador de agentes, para cambiar su vida. Pero yo necesito acción, no soportaría un puesto más monótono.

—Porque no te has enamorado nunca —contestó Ricardo—. Si lo hubieses hecho te plantearías las cosas de diferente manera, estoy convencido.

—Yo me enamoré hace años, lo sabes, pero no fui correspondida. —Lo miró a los ojos—. Así que me encerré más en mi trabajo, esa es mi verdadera pasión.

Sonia supo en su interior que Irina hablaba de Ricardo. Esa forma de decirlo, de mirarlo; ella se había enamorado de él y todavía quedaba algo. Sonia estaba convencida de que tuvieron un amorío, aunque para Ricardo no supuso lo mismo que para ella. Él terminó casándose con otra mujer, la madre de Daniel, él iba a cambiar su vida por ella, él se enamoró de otra, no de Irina. Pero en ese momento parecía que no le importase tener algo con ella, recordar aquella aventura aunque solo fuese por una noche.

—Continúo pensando que no es una profesión para mujeres. Creo que hay demasiados peligros y somos más vulnerables. Si caes en manos de un hombre, él siempre tendrá más armas para dañarte.

—Me parece mentira que una mujer del siglo veinte me esté diciendo esas cosas. Sé defenderme, además muy bien. —Volvió a contestar a la defensiva.

—Sí, y abrirte de piernas también —balbuceó una vez más en bajo.

—¿Qué? No te he oído.

—Que sí. Que igual llevas razón y yo estoy un poco anticuada. —Sonrió falsamente.

Ricardo miró a Sonia con cara de pocos amigos, muy pocos. Esta no sabía si era porque había oído realmente lo que había dicho o porque le molestaba que le preguntase a Irina esas cosas. Sonia volvió a sentir el triunfo en sus adentros al ver esa cara de irritación en Ricardo, y su corazón, esta vez, decidió bailar a ritmo de samba.

La cena terminó y Ricardo sirvió unos *whiskies* con cola para Irina y para él, Sonia prefirió abstenerse, no acostumbraba a beber. Tras una larga hora hablando sin parar, bebiendo y fumando, algo que a Sonia le molestaba muchísimo y Ricardo solía hacer en la terraza salvo hoy, Sonia dijo que era muy tarde y se marchaba a dormir. Irina se acercó a besarla para despedirse, y Ricardo, apagando el cigarrillo, le dijo que la acompañaba a la habitación. A Sonia la sorprendió ese gesto; es más, ni lo entendía, pero no quería pedirle explicaciones del porqué delante de Irina, así que le siguió el juego.

—¿Por qué vienes conmigo hasta la habitación? —preguntó en bajo al llegar a la puerta de esta.

Ricardo la empujó para que entrase, entró él y cerró la puerta. A Sonia se le

encogió el estómago, no comprendía nada, y en ese momento sus nervios trajeron a su cabeza las palabras de su tía acerca de Ricardo y sus intenciones como hombre.

—¿Qué coño haces? —le gritó, yéndose rápidamente al otro lado de la cama para poner espacio entre los dos.

—¡Eh, tranquila! No pienses nada raro, no estoy tan desesperado. Solo quiero hablar contigo, decirte una cosa.

—¿El qué? —interpeló, un poco alterada por la situación de verse a solas con él en su habitación.

—Es muy tarde, casi las doce de la noche, Irina ha bebido un poco y vive en Castellón. Le voy a decir que pase la noche aquí.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! Esa no va a pasar la noche en mi casa. Ya veo lo que quieres, típico de los tíos.

—¡Ah, sí! Claro que va a quedarse. Y quieres explicarme qué quiero yo según tú.

—Meterla en tu cama, está claro. Con la excusa de que se quede aquí te acuestas con ella, tus ojos llevan gritándolo toda la noche.

—¿Eso crees? ¿Crees que quiero echar un polvo con ella?

—No lo creo, estoy convencida.

—Pues mira, no lo había pensado, pero me has dado una buena idea. La meteré en mi cama con el subterfugio de comportarme como un total caballero. Sin embargo, al menor roce de su piel, le sugeriré si quiere hacerlo conmigo.

—¡Ja!, te vas a quedar con las ganas porque esa no va a dormir en mi casa.

—Por supuesto que sí va a dormir aquí, en mi habitación, en mi cama, conmigo. No he venido a preguntártelo, sino a decírtelo. Esta también es mi casa durante estos meses. Si estuviese Daniel todo sería distinto, pero tú le has dejado marcharse a dormir a casa de su amigo, haciéndome a mí un feo gesto con ello. Así que ahora, te guste o no, yo voy a dormir con mi amiga aprovechando la ocasión de que él no está.

—¡De ninguna manera! —gritó de nuevo—. Voy a echarla ahora mismo. —Corrió hacia la puerta con la intención de abrirla y salir.

—¡Sonia, por favor! —chilló, apartándola—. No me toques más los cojones y déjame vivir. Si no quieres verla no salgas de tu habitación, pero no va a marcharse de aquí hasta después de desayunar.

—Pero ¿cómo te atreves? —Lo miró aturdida.

—No, cómo te atreves tú a tratarme como una mierda todo el tiempo. A mí no me ha importado si ha venido alguna vez durante estos dos meses tu amiguito Rafael o Encarna, no he abierto la boca. Yo también tengo derecho a recibir a mis amigos mientras viva aquí, y ella lo es.

—¡Haz lo que quieras, joder! Como si te pasas toda la noche copulando como un animal salvaje. Me importas una puta mierda, ¿sabes? Y ahora sal de mi habitación. —Lo miró con desprecio, aniquilándolo con una mirada de flecha envenenada cruzando su cuerpo.

Ricardo salió de allí envuelto en rabia y saña. Lo desesperaba cada día más

aquella mujer casi misántropa, arrebujada en frialdad. Un témpano de hielo no sería comparable con la gelidez que Sonia desprendía cuando estaba cerca de él. Un iceberg sería más cálido y acogedor que ella, no daba lugar a dudas.

La furia de Ricardo llegó con él hasta el salón. Irina apreció, sin tener que esforzarse, que este estaba alterado y le preguntó qué ocurría.

—Quiero que te quedes a pasar la noche.

—No crees que estás llevando esto muy lejos. Me habías dicho que querías molestarla un poco, pero te estás pasando.

—Ella se pasa conmigo todos los días, le molesta en extremo mi presencia. ¿Qué se creé, que a mí me gusta vivir con ella? ¿Qué me gusta ser humillado por su aversión, frialdad y desprecio? Pero tengo respeto y modales, algo que ella ni conoce, al menos conmigo. Con Daniel es otra persona, tendrías que verla, es totalmente distinta. No lo entiendo, joder.

—¿Le has dicho a ella que voy a quedarme a dormir?

—Sí. —Emitió una media sonrisa—. Le he dicho que dormirás conmigo y ella sola ha llegado a la conclusión de que vamos a acostarnos.

—Bosco, cuando quieres eres muy retorcido. —Sonrió ella también.

—Y aún lo voy a ser más. Nos vamos a ir a la habitación y nos vamos a amar con tanto deseo que el cabecero no va a parar de hacer ruido para joderla, hasta que reviente.

—¡Dios, me asustas! —Rio.

—¿Quieres ayudarme o no?

—Por supuesto. Si quieres puedo gemir fuerte. —Volvió a reír.

—Lo iremos viendo sobre la marcha. —La cogió de la mano y se la llevó.

La habitación de Ricardo estaba casi enfrente de la de Sonia y entre medias de las dos quedaba la de Daniel, vacía en ese momento. Así que, sin afanarse mucho, los ruidos que produjeran serían fácilmente escuchados por Sonia. Ambos se tumbaron en la cama y dejaron correr unos minutos antes de empezar a hacer algo de ruido. Ricardo movía el cabecero de madera para que golpease contra la pared e Irina saltaba sobre la cama para que se escuchase el rechinar del somier y colchón. Unos instantes después, esta comenzó a suspirar fuerte, luego cambió ese suspirar por unos jadeos que fueron creciendo al mismo ritmo de los golpes del cabecero. Hasta que todo explotó en un final apoteósico donde el fuerte gemido de Irina se acompasó con otro de Ricardo. Y todo quedó parado, en reposo, en definitivo silencio. Ambos tuvieron que taparse las bocas con sus manos para que no se escuchasen las risas, imposibles de frenar, por lo que acababan de simular. Cuando por fin la calma sosegó sus bocas, se miraron fijamente.

—¿Crees que lo habrá escuchado? —susurró Irina.

—¡Joder, como para no hacerlo! Vaya ruido hemos armado —dijo entre risas.

—En parte me da pena fastidiarla de esta forma.

—¡¿Pena?! Esa mujer es..., es... ¡Oh, no sé ni definirla!

—Es guapa.

—¿Guapa? Te ha afectado la bebida.

—Sabes que es cierto, Bosco. Lo que pasa es que siempre está en posición de ataque y eso endurece sus facciones y agria su carácter. Pero incluso con esa cara de rancia es guapa. Imagínatela relajada, sonriente y feliz, sería mucho más que guapa.

—No creo que haya sido feliz nunca, y mucho menos haya estado relajada, es una amargada, una resentida, parece odiar a los hombres, o a mí en particular y sin lugar a dudas.

—Vamos, acabas de describir lo que yo llamaría una mal follada.

—¿Qué dices? Esa no sabe lo que es hacer eso ni mal ni bien, ni en sueños creo que lo conozca. No sé si la habrá besado alguna vez alguien, pero es indudable que ningún hombre habrá tocado su ropa interior, mucho menos lo que esta cubre. Debe de guardarlo bajo siete llaves.

—De ser así, llevarías razón. Y entonces no sería una mal follada, sino una nunca follada. —Sonrió e hizo una pausa—. No me extraña que esté amargada, ¿no pensará nunca en lo que se está perdiendo?

—Para ella eso será pecado. —Sonrió también, a la vez que sacudía su cabeza.

—Pues para mí es deprimente. ¡Joder! ¿Puede ser verdad que sea virgen a su edad?

—Estoy seguro de que lo es a sus cuarenta y dos años.

—Si es cierto, es patético. —Comenzó a reír.

—¡Ya te digo! —Rio con ella.

—Le mostramos una vez más como se ama, Bosco, por si no lo ha escuchado bien antes.

—Me parece perfecto —contestó Ricardo, iniciando de nuevo toda una réplica del ruidoso teatrillo que habían tenido minutos antes.

La cabeza de Sonia estaba envuelta en la almohada para intentar insonorizar el infernal ruido de la cama y los jadeos de la insolente y desvergonzada de Irina. Pero aun con eso, no podía amortiguar del todo el escandaloso alboroto proveniente de la habitación de enfrente. Se preguntaba cómo podían tener tan poco pudor sabiendo que ella estaba a escasos metros y no eran capaces de aparearse en silencio. A momentos su cabreo se enaltecía y su soberbia terminó saliendo de la cama como una exhalación para poner los puntos sobre las íes a aquellos dos libertinos. Ricardo escuchó cómo se abría la puerta de Sonia y, con una seña, indicó a Irina que le siguiese el juego.

—¡Oh, sí, cómo te deseo! ¡Dios, cómo me pones, nena!

—Sigue, Bosco, sigue. Dame más, te quiero entero. Sí, sí...

Sonia aporreó la puerta con fuerza, más bien con rabia y coraje. Su puño se

impregnó de ira golpeando aquella madera que se interponía entre ella y los dos libidinosos que no paraban de dar rienda suelta a su lascivia. Pero lejos de contestarla o de frenarse en lo que estaban haciendo, Ricardo e Irina continuaron con su juego para sacarla más de sus casillas.

—Sí, cariño, estoy a punto, ya, ya... —Irina botó más fuerte sobre la cama, apretando con fuerza sus labios para no soltar una carcajada.

—¡Oh sí, joder, ah! —exclamó Ricardo jadeando, y en ese momento mandó parar a Irina.

—¡Oh cielos, eres el mejor amante que he tenido nunca! Nadie ha sabido satisfacerme como tú. —Irina intentaba no reír aunque cada vez le costaba más aguantarse. Y la puerta volvió a retumbar con los rudos golpes de Sonia.

—Sí, ya voy —gritó Ricardo.

Ricardo se quitó corriendo la camiseta y se desabrochó los pantalones para que diese la impresión de estarse vistiendo para abrir. Irina se tapó con la sábana para que Sonia no viese que estaba vestida.

—¿Qué pasa? —preguntó Ricardo, entreabriendo la puerta.

—Mira, te lo voy a decir muy clarito —respondió su enfurecimiento—. Por mi podéis pasaros toda la noche follando, pero hacerlo en silencio. ¡Coño!, no creo que cueste tanto. Algunos pretendemos dormir.

—¡Ah!, ¿pero nos has oído? —preguntó de forma inocente.

—Pues sí, y seguramente medio bloque del edificio también —contestó con mala leche.

—Lo siento, de verás, pensé que no hacíamos tanto ruido.

—Pues lo hacéis. Se oye el cabecero retumbar, vuestros interminables y altos jadeos y hasta vuestras encendidas palabras. Todo.

—Vuelvo a pedirte disculpas, Sonia. Para los próximos lo haremos en el suelo y le taparé la boca a Irina para que no sea tan escandalosa. No te molestaremos más, de verdad.

—Es increíble. —Se quedó boquiabierta, mirándole sin dar crédito a sus palabras.

Sonia se dio la vuelta tan fuerte por su indignación que levantó viento. Su humor de perros la llevó hasta su habitación de nuevo. Cerró la puerta con tanta cólera que retumbaron hasta los tabiques. Se crispaba por momentos al ver con qué desfachatez le había dicho a su propia cara que iban a repetir durante toda la noche. Le daban ganas de volver y retorcerle el pescuezo por descarado y sinvergüenza.

Ricardo cerró la puerta con suavidad, tronchándose de risa al ver la reacción de Sonia, cuánto la habían molestado con aquella farsa, de qué manera se había violentado y cómo él se lo había restregado por la cara. Y eso le hizo sentirse resarcido por los dos meses en que ella le había hecho padecer su maltrato psicológico, su indiferencia y frialdad.

Irina tampoco podía contener la risa tumbada en la cama. Ricardo se tendió a su lado, ambos eran incapaces de poner freno a la tremenda risotada en que estaban

atrapados. Tanto reían, que no daban abasto a limpiarse las lágrimas que saltaban una y otra vez a su rostro por el aluvión de regocijo. Después de unos largos minutos consiguieron moderarse y poco a poco se serenaron completamente. Ricardo besó en la mejilla a Irina y le dio las gracias.

—De nada, Bosco. Sabes que haría cualquier cosa por ti. Más que un compañero fuiste para mí un hermano. Y, además, te debo la vida, me la salvaste en Rusia. Con esto te he pagado una pequeña parte —contestó Irina. Los dos se acomodaron para dormir, mirándose fijamente y sonriendo, hasta que sus ojos, emocionados y felices por el reencuentro y por lo que acababan de compartir, terminaron cerrándose por el cansancio.

A la mañana siguiente, cuando Sonia entró en la cocina para prepararse un café, se encontró con Irina tomándose uno. De momento se quedó un poco parada, pero al instante armó su carácter con su habitual gelidez y le dio unos buenos días muy secos y tensos.

—He preparado café, he hecho una cafetera. Espero que no te moleste —dijo Irina, marcando una leve sonrisa.

—No, tranquila, esa es una de las cosas que no me molestan —contestó con tirantez.

—Mira, Sonia, quería pedirte disculpas por lo de anoche. No era nuestra intención molestarte. Simplemente nos dejamos llevar por nuestros recuerdos y por la felicidad de habernos vuelto a ver. Todos creíamos que Ricardo había muerto y de repente aparece. Eran demasiados sentimientos girando en nuestro interior.

—¡Oye, a mí no me debes ninguna explicación! —exclamó toscamente—. Puedes revolcarte con Ricardo todas las veces que quieras, a mí ni me va ni me viene, pero tened un poco de decoro, los demás no tenemos que escuchar vuestra pasión, eso es algo muy íntimo. Y delante de Daniel no quiero ni una pequeña muestra de amor, ni el más mínimo gesto de lo que sentís. Cuando el juez decida lo que proceda y cada uno estemos en nuestra casa, podrá hacer lo que crea conveniente, pero mientras viva aquí no.

—No te estoy dando explicaciones, solo me disculpo. Creí que estabas molesta, nada más. Pero entre Ricardo y yo no hay nada, solo una noche de loca pasión, tan solo eso.

—Pues mejor para mis oídos.

—Pero ya no nos escuchaste más, ¿verdad?

—No, gracias a Dios. —Sopló.

—Lo siento de nuevo. Es que Ricardo es un hombre tan fogoso, un amante tan experto, que me vuelve loca. Ha sido una noche sin fin, tengo hasta agujetas por muy increíble que parezca. —Sonrió.

—Pues mira qué bien. —Le devolvió la sonrisa, pero la suya iba cargada de cinismo.

—Está dormido como un tronco. Si no se despierta de aquí a una hora me tendré que marchar. —Hizo un mohín.

—Claro, le habrás dejado seco —balbuceó bajo, de la misma forma que había hecho en la cena.

—¿Cómo dices? No te he escuchado.

—Que lo despiertes y ya está. Cómo te vas a marchar sin despedirte de él.

—Bueno, a partir de ahora nos veremos más a menudo. No nos separan tantos kilómetros, tan solo los continuos viajes del trabajo. Pero en cuanto esté por aquí me acercaré a verlo. ¿No te importa?

—Para nada —contestó mintiendo, no soportaba la presencia de aquella mujer—. Eso sí, siempre y cuando guardéis las formas como te he dicho antes. Y si os queréis acostar de nuevo, largaos a un hotel.

—No te preocupes, no te volveremos a molestar. Te lo prometo.

En ese momento Ricardo apareció en la cocina totalmente despeinado, con el pantalón del pijama a la altura de las caderas y sin nada más. Su pecho tenía alguna que otra pequeña cicatriz como recuerdo del espantoso atentado del cual fue víctima, pero también marcaba unos pocos abdominales que indicaban que todavía estaba musculoso, se mantenía en forma. Dio los buenos días a las dos y, con una extensa sonrisa, se acercó a Irina, que le acarició la mejilla y terminó metiendo sus dedos por entre su pelo y acercándolo a su cara. Quería besar a Ricardo delante de Sonia para hacer más creíble todavía su noche de pasión desenfrenada. Ricardo lo entendió al segundo y le siguió el juego. Sus labios se posaron con fuerza y se besaron con tal deseo que a Sonia se le encogió el estómago. En ese momento pensó en los ruidos de esa noche, en los continuos jadeos de Irina, en el fuerte gemido de Ricardo, y el vello se le encrespó. Parecía que no le afectaba en nada su cojera a la hora de amar a una mujer; es más, según la devorahombres de Irina aquel hombre era un amante espectacular. Sonia no podía apartar la mirada de ese beso que parecía no tener fin. Su mente, embobada en la pasional imagen en directo, se preguntó qué se sentiría al besarse así, al amarse de aquella forma que ella jamás había escuchado hasta esa noche. Por unos segundos sintió pena de sí misma por no haber disfrutado aún de todo aquello. Pero esa pena se desvaneció en el momento que sonó la puerta y, tras abrirla, Daniel apareció ante sus ojos. Su niño compensaba todo, la llenaba de un amor puro y profundo, no le hacía falta nada más para ser feliz, mucho menos un hombre.

—Hola, cariño, ¿qué tal la noche con Manu?

—Bien, genial —contestó, dándole un beso. Después pasó rápidamente a la cocina.

—¡Hala, todavía estás aquí! ¿Has dormido en mi casa? —preguntó Daniel a Irina.

—No, cariño. —Se adelantó Sonia a contestar, Ricardo la miró perplejo—. Ha

venido hace un momento, quería desayunar con nosotros antes de marcharse.

—¿Y adónde te marchas?

—A mi casa, a Castellón.

—¿Y también trabajas allí?

—Bueno, trabajo en muchas partes del mundo. Viajo continuamente. Tengo el mismo trabajo que tenía tu padre, éramos compañeros.

—¿Trabajas en el CESID?

—Sí..., pero ya sabes que eso no puede irse contando por ahí. —Miró seria a Ricardo.

—Tranquila, es un chico muy maduro, sabe guardar un secreto. ¿A que sí, campeón? —Ricardo se acercó a Daniel para darle un beso.

—Claro. Yo no le he dicho a nadie que mi padre trabajaba allí. Y tampoco lo diré de ti. —Sonrió.

—Eso está muy bien. Eres un chico muy listo, como tu padre. —Sonrió ella también—. Bueno, me voy a marchar ya. Gracias por todo. —Dirigió su mirada a Sonia y después a Ricardo.

—Ten mucho cuidado en tu trabajo, ya sabes que es arriesgado, ¿vale? —Daniel la miró con sus alegres ojos.

—Lo tendré, descuida —contestó. Y se agachó para darle un abrazo y dos besos—. Tú prométeme que cuidarás bien de tu padre, es un hombre maravilloso, igual que lo serás tú. —Acarició su mejilla.

—Prometido —respondió Daniel, poniéndose un poco colorado al sentir la caricia de aquella guapísima mujer.

—Nos veremos otro día, Daniel.

—Vale, cuando quieras. —Sus labios volvieron a estirarse.

Ricardo acompañó a Irina hasta la puerta. Sonia, por fin, sopló aliviada, se había quitado a una descocada de en medio, al menos de momento. Todo volvía a la normalidad, o mejor decir, a la anormalidad de continuar conviviendo con Ricardo. Si bien ahora su visión hacia él había cambiado, era otra distinta. Hasta ahora lo había visto como un padre decidido a luchar por su hijo hasta el límite; sin embargo, ahora lo veía como un hombre, y los hombres tenían instintos que satisfacer, como él lo había hecho esa noche una y otra vez con Irina. Las palabras de su tía advirtiéndole de que vivía bajo el mismo techo que él desconociendo sus intenciones, volvieron a retumbar en su cabeza. En ese instante no le pareció tan descabellado poner un cerrojo en su puerta, como Estrella le había insistido hasta la saciedad. No obstante, eso le parecía poco, había que idear algo más, algo que le hiciese ahuyentar sus ganas de hombre por si llegaba el momento en que las sintiese. Sonia pensó que debía hacerle creer que en su vida sí había alguien más, que a su lado también había un hombre que velaba por ella y calentaba de vez en cuando su cama. La imagen de Rafael ocupó todos sus pensamientos.

El fin de semana entre Ricardo y Sonia fue muy tenso y seco, cada uno estaba molesto por cosas del otro. A Sonia la había enervado su comportamiento con Irina, y anteriormente que hubiese ido a buscar a Daniel al colegio, algo que ella creía le pertenecía en exclusiva. Ricardo, por su parte, estaba furioso con su frialdad, su sequedad, su mal carácter... Para él, Sonia se había comportado de forma grosera con su invitada. Primero por permitir a Daniel que se marchase a casa de su amigo Manu y no cenar con ellos, después por las preguntas que le hizo a Irina y su insinuación acerca de si todos los métodos valían para conseguir el fin siendo espía. Ambos estaban empatados en malestar e irritación. A Ricardo lo desesperaba esa mujer y su retorcido pensar. A Sonia se le abrían las carnes ante su desvergüenza por pasar toda la noche haciéndolo con Irina en la habitación de enfrente mientras ella les escuchaba.

Nada más llegar el lunes a su trabajo, Sonia buscó el cobijo en Rafael. Además, debía poner en su conocimiento el plan que su cabeza había trazado durante el fin de semana. Una maquinación que, de salir bien, llevaría a Ricardo a creer que en la vida de Sonia no solo se encontraba Daniel. Algo que, sin comprender del todo por qué, le era imprescindible demostrar.

Según entró, Rafael supo que algo le ocurría, su cuerpo lo iba exudando a chorros por el despacho.

—¡Dios!, ¿qué ha ocurrido? —preguntó atónito.

—No sé si lo creerás cuando te lo cuente, a mí todavía me cuesta.

—¡Pues habla!, no pretenderás que lo adivine.

—Se ha presentado en mi casa una amiguita y compañera de trabajo de Ricardo. Una tal Irina, de apellido «desvergonzada» —dijo sulfurada.

—¡Uy!, ¿no me digas que ha pasado lo que pienso?

—Si piensas que se han acostado, la respuesta es sí. Pero no se conformaron solo con una vez, ¡qué va!, se pasaron toda la noche haciéndolo. Y yo tuve que escuchar toda su pasión hasta que me harté y fui a llamarles la atención.

—¿Y Daniel? —preguntó asustado.

—No, Daniel no estaba, se marchó a dormir a casa de Manu. Y eso también le molestó al señor Bosco. Era hacerle un desplante a su amiguita Irina —contestó haciendo burla.

—¿Y fuiste a decirle que dejasen de hacerlo? —La observó pasmado.

—¿Qué habrías hecho tú si no paras de escuchar golpes, ruidos y jadeos? Ni tapada con la almohada conseguía dejar de oírlos. No podía más.

—¿Y qué te dijo?

—Eso fue lo más alucinante. —Sopló—. Me dijo, en mi propia cara, que los siguientes los harían en el suelo para no hacer ruido y que le taparía la boca a Irina. ¿Se puede ser más desvergonzado? Le habría retorcido el pescuezo en ese mismo momento por su insolencia.

Rafael comenzó a reír sin parar, no podía evitarlo. Se imaginaba la escena en su cabeza, Sonia enfurecida hablando con Ricardo y este medio desnudo escuchándola y pensando que en cuanto acabase con su rapapolvo él continuaría con lo suyo. Así, con esa imagen de ambos en la cabeza, su risa era imposible de frenar. Sonia lo miraba estupefacta, sin ser capaz de articular palabra ante aquella larga risotada, el mal genio que se estaba elevando por su cuerpo se lo impedía, la dejaba muda.

—Lo siento, lo siento. —Rafael intentó calmarse.

—¿Que..., que..., que lo sientes? —tartamudeó de incompreensión, pero al momento recuperó su mal carácter—. Ya lo veo, te estás partiendo de risa. Eres un poquito cabrón —soltó, muy molesta.

—¡Joder! Y tú qué mala hostia gastas a veces, hija. No me río de ti, sino de la situación tan cómica y a la vez tan violenta.

—Pues no te vas a reír tanto cuando te cuente lo que he pensado hacer. No para vengarme, sino porque ahora he dejado de ver a Ricardo como lo veía antes. Ahora no quiero que piense que no tengo a alguien en mi vida, no vaya a ser que se le caliente la mente y no esté Irina para enfriársela.

—¿Qué quieres decir? No me asustes, Sonia, que nos conocemos.

—Por eso he pensado en ti, porque nos conocemos y contigo no debo preocuparme.

—¡Oh, Dios, no! No me digas que es lo que intuyo. No puedes hablar en serio.

—Sí, Rafael, por favor.

—Pero ¿qué dices? —preguntó atónito.

—Él se lo tragará, ¿por qué no? Lo único en lo que debemos ser precavidos es en no hacerlo delante de Daniel. Lo convenceré para que se marche de nuevo a dormir a casa de Manu y tú te vendrás a casa y dormirás conmigo, fingiremos que tenemos una aventura. Yo le diré a Ricardo que nos vemos a escondidas desde hace tiempo porque no quiero que lo sepa Daniel. Igual que él se trae a su amiga a casa, yo puedo verme contigo de vez en cuando.

—¡No me líes, Sonia! —alzó un poco la voz.

—No te estoy liando, solo te pido un favor. ¿Acaso yo no te he hecho alguno en más de una ocasión? ¿Ya no recuerdas la escapada de fin de semana con aquel guapísimo tenista? ¿Quién se quedó a cuidar de tus padres para que tú aprovecharas la oportunidad?

—¡Oh, eres mezquina! A la primera de cambio me lo echas en cara y quieres

cobrarte el favor.

—No es solo uno, te he cubierto las espaldas con tus escapaditas más de una vez. Y si nos ponemos a hacer memoria, tus padres piensan que entre nosotros hay algo más que amistad y tú no se lo has negado nunca.

—¡Joder, qué manipuladora eres, coño!

—No, Rafael. —Se acercó a él—. Ni es chantaje, ni quiero manipularte, ni nada retorcido. Quiero que me ayudes igual que yo te he ayudado a ti otras veces, nada más. Para eso están los amigos, ¿no?

Rafael la miró circunspecto, mientras se rascaba la barbilla, pensando y meditando las palabras de Sonia.

—Está bien, llevas razón. —Asintió—. Tú me has echado un cable siempre y sin ni siquiera pedírtelo en la gran mayoría de ocasiones. Te lo debo. Pero antes quiero saber algo, ¿por qué?

—Ya te lo he explicado antes. Mi visión hacia él ha cambiado, me asusta un poco que sus instintos primarios asomen cerca de mi habitación.

—Sí, pero yo no voy a estar todas las noches durmiendo contigo. Sus instintos podrán surgir el resto de noches a su libre albedrío.

—Pienso que si sabe que hay alguien en mi vida, en mi cama de vez en cuando, no le afloraran en la misma medida. Ahora, si cree que yo soy una presa fácil, que estoy sola y por lo tanto hambrienta, quizá recurra a todo su arsenal de persuasión y, ante mi negativa, recurra a métodos de hostigamiento e incluso de obligación.

—Creo que desvarías, la verdad. No veo a Ricardo un hombre así ni de lejos. Me cuesta creer que sea una de esas personas que cuando no consiguen algo por las buenas lo toman a la fuerza.

—¡Era espía, recuerdas! —levantó la voz—. Estoy segura de que ha usado la violencia en más de una ocasión, ha forzado, ha intimidado, ha golpeado, e incluso, a lo mejor, se ha visto obligado a matar. Es un hombre entrenado para conseguir su objetivo, por las buenas o por las malas.

—Tú misma vuelves a quitarte la razón, si quiere algo contigo yo no voy a poder frenarlo. Insisto, no estaré allí todas las noches.

—Pero Daniel sí —contestó con rotundidad—. Y cuando él no vaya a estar lo estarás tú. Y ya no voy a decir nada más, ya te lo he explicado todo. ¿Estás conmigo o no? —preguntó seria, mostrando pequeñas señas de su irascibilidad.

Rafael volvió a mirarla fijamente y suspiró fuerte sin apartar su mirada. Su cabeza había entendido las razones de Sonia, pero él intuía que había algo más debajo de todo eso, algo que aún desconocía y que no sabía si Sonia era capaz de entender tampoco. Pero el trasfondo estaba, a pesar de la ignorancia invertida en los argumentos dados.

—Estoy contigo, claro que sí. —La abrazó—. Yo duermo en el lado izquierdo, así que me dejarás ese a mí.

—De acuerdo.

—¿Roncas?

—¡Claro qué no! —exclamó, separándose de él—. ¿Y tú?

—No sé, ya me lo dirás. —Sonrió.

—¿Nunca te han dicho si roncas los hombres con los que has dormido?

—Bueno, es que dormir, dormir..., dormíamos poco. —Rio.

—¡Oh, Señor, lo que tengo que oír! —Sacudió la cabeza—. En fin, si roncas te taparé la boca y san se acabó.

—¡Oye, a ver si vas a matarme!

—Sería gracioso, ya veo los titulares y la noticia en la prensa: «“Muere por acostarse con su amiga. Era gay y roncaba, nunca podría satisfacerme como mujer y encima no me dejaba descansar, no me quedó otro remedio”, declaró la presunta asesina de la víctima».

—Sí, muy gracioso. —Sonrió de mala gana—. Pero siento desilusionarte con lo de no satisfacer a una mujer. Hace mucho tiempo me acosté con una mujer que, según ella, dejé muy satisfecha. Lo que ocurre es que a mí no me gusta satisfacer a las mujeres, sino los hombres.

—¿Te has acostado con una mujer? —Sonia se quedó a cuadros con la noticia.

—Sí, te lo acabo de contar. Parece que estás un poco cortita de reflejos. Tenía que asegurarme de qué me gustaba más, y lo hice.

—Y tienes muy claro que son los hombres, ¿cierto?

—Completamente, cariño. No te preocupes. Eso sucedió hace mucho tiempo y no repetiría nunca, lo juro.

—Me dejas más tranquila. Por un segundo te he visto metido en mi cama e intentando meterme mano.

—A propósito de meter mano, habrás pensado de qué forma pretenderás convencerle de los nuestro. Ricardo no es ningún ingenuo, no va a creerse lo que tú le digas si no aportas algún tipo de prueba que le dé validez.

—Ya lo pensaré. Pero lo que tengo claro es que no voy a montar todo ese escándalo para que se crea que tú y yo nos poseemos como energúmenos.

—Pues ve pensándotelo y no me escandalices ni asustes con tu manera de proceder.

—Tranquilo, seremos sutiles. Contundentes, pero sutiles.

—Me parece perfecto. —Rafael sonrió de nuevo.

—Y ahora me voy a trabajar un poco, a ver si soy capaz de concentrarme. Porque para colmo de males, esta tarde tengo la primera reunión con el psicólogo de Servicios Sociales.

—¿Y Ricardo también?

—Ni idea. Y si te soy sincera, ni me importa. Adiós.

Sonia acudió aquella tarde a la cita con el psicólogo un poco cabreada. Le molestaba tener que contarle cómo le hacía sentir Ricardo. ¿Acaso no lo aguantaba? ¿Qué más era necesario? ¿Por qué debía exponer sus sentimientos a otro desconocido? Eso no era justo, eran suyos, solo suyos. Y si ella quería desahogarse con alguien, elegía con quién. Nadie tenía derecho a imponerle hasta eso.

Se sentó un momento a esperar en una minúscula sala donde solo cabían dos sillones y una pequeña mesa en medio. Su pierna empezó a bailar con un continuo movimiento, algo muy extraño en Sonia, que sabía temprar los nervios fácilmente en aquellas situaciones. Era parte de su trabajo codearse con los psicólogos en más de una ocasión. Aunque, claro, esta vez lo hacía desde otra posición, y eso le creaba confusión.

Vicente Noriega era uno de los tres psicólogos que trabajaban en los Servicios Sociales de la Comunidad Valenciana. Llevaba algo más de seis años trabajando allí y era el más joven, acababa de cumplir los cuarenta. Era un hombre flacucho, moreno, con una melena que le tapaba la nuca y a la cual ya se le empezaba a ver alguna que otra cana, con una barba muy arreglada y gafas de pasta. Tenía aspecto de intelectual, y llevar siempre a todas partes un libro bajo el brazo alimentaba más esa apariencia de persona culta. Encarna bromeaba asiduamente con eso y le preguntaba a Sonia si tampoco lo abandonaría en los momentos de intimidad con una mujer. Se desternillaba de risa al decirlo, y Sonia terminaba acompañándolo en su risotada, imaginándose así: en la cama, con una mujer y hojeando a la vez su libro.

De los tres que conformaban el equipo de Psicología, Sonia era con el que menos había tratado de forma profesional, aunque lo conocía y él siempre mostró mucha confianza con ella. Eso precisamente era lo que menos le gustaba a Sonia de él: su exceso de familiaridad. Tenía una forma de ver la vida con demasiado acercamiento, para su gusto. Tanto, que a sus pacientes los tuteaba desde el principio y les pedía que ellos también lo hicieran. Ese era su lema más fiel y lo tenía enmarcado y colgado en aquella pared de su diminuta sala de espera: «El tú a tú es el camino a la confianza, y no por ello derriba el muro del respeto». Sonia no paraba de pensar que aquella actitud no le convenía, dependiendo de cuáles fuesen sus pacientes. En Servicios Sociales se veía de todo, y a algunos cuando se les daba la mano se terminaban cogiendo el pie. Sonia, y no era la única, creía que al doctor Noriega le faltaba madurez profesional, andadura competente; tenía bagaje, pero escaseaba un poco en la práctica de su carrera.

El sonido de la puerta se oyó, alguien giraba el pomo y comenzaba a abrirla. Al momento, Sonia se puso de pie, esperando que la llamasen para entrar. Pero su cara tornó al ver a Ricardo salir sonriente y bromeando junto con el psicólogo

correspondiente, el doctor Vicente Noriega.

—Bueno, Ricardo, nos vemos dentro de dos meses —dijo el doctor, estrechando su mano con él a modo de despedida—. Cuídate mucho. ¡Ah, ya tengo a mi otro paciente esperando! —Sonrió de nuevo, mirando a Sonia.

—Adiós, doctor —respondió Ricardo a la vez que miraba a Sonia de reojo—. Hola, Sonia, ¿qué tal?

—De maravilla. —Sopló.

—Me alegro. Nos vemos en casa.

—¡Qué remedio! —exclamó, un poco sulfurada, y pasó a la consulta.

El doctor cerró la puerta, saludó a Sonia y le mandó tomar asiento. Sacó unas hojas que curioseó rápidamente, comprobó algo en su ordenador y se quedó callado, observándola.

—¿Qué? —preguntó esta desconcertada.

—Nada, que se me hace raro verte aquí como paciente en lugar de que vengas como enlace para alguno de los míos.

—Sí, la verdad es que a mí me ocurre lo mismo. Me tensa un poco esta situación.

—Pues estate tranquila, no va a pasarte nada. Y, bueno, ya sabes que en mis consultas lo más importante es la confianza, y para ello nos hablaremos de tú a tú.

—Sí, ya lo sé. Además, lo tienes enmarcado hasta ahí fuera, no se puede olvidar. Pero te seré franca, a pesar de ese tú a tú que dices da confianza al paciente, sigue sin gustarme esta posición, sigo estando tensa.

—Pues desténsate y comencemos a hablar, ¿cómo te encuentras?

—¿En referencia a qué?

—Cómo te encuentras en general, y en particular sobre el tema por el que acudes a mi consulta, la convivencia con el padre de Daniel, tanto con su hijo como contigo.

—¿Cómo te encontrarías tú si metiesen en tu casa a un extraño y quisiera arrebatarte a tu hijo?

—Lo primero lo enfocas mal, y lo segundo, yo soy el que pregunto porque necesito conocer tus sensaciones y sentimientos.

—¿Lo enfoco mal? —preguntó sorprendida—. ¿Acaso me he inventado que tengo a un desconocido bajo mi mismo techo y con la intención de quitarme a mi hijo? ¿Tengo que sentirme bien y resignarme sin más?

—Sonia, no es resignación lo que debes, más bien es acatamiento de una sentencia. Y debes pensar que si un juez cree oportuno hacer esto así será porque ve en ello un beneficio para Daniel, tu hijo. Tu hijo y el del señor Bosco, no lo olvides. Y no es que él quiera quitártelo, es que tiene el mismo derecho que tú o más a tenerlo.

—¡Vaya, qué claro hablas! No tienes pelos en la lengua, para nada. —Resopló.

—¿Crees que es mejor andar con medias verdades? ¿No te gusta que te pongan las cartas boca arriba desde el principio? Yo hablo claro y quiero que tú hagas lo mismo, dime las cosas como tú las ves y sientes.

—Como quieras, perfecto. —Asintió—. Te estaba diciendo que no te has cortado

ni un poco en decirme que yo no soy nadie en la vida de Daniel. Que mis años de entrega y amor no sirven de nada, yo no le he parido. Que su padre puso una semillita que germinó en un maravilloso bebé que yo crie a falta de sus padres, pero mi labor no es comparable con la suya. ¡Joder, qué bien! Desde luego que hemos puesto las cartas boca arriba desde el principio. Podrías habérmelo dicho más alto, pero no más claro.

—¿Puedo hablar ya? ¿Te has desahogado?

—Estás en tu consulta, puedes hablar cuanto quieras —contestó molesta.

—Sonia, yo no he dicho nada de lo que tú has contado.

—¡Ah, no! Entonces será que estoy loca y he creído escuchar una voz que me decía que su padre tiene tanto derecho o más que yo sobre mi hijo. Porque es mi hijo, le pese a quién le pese —alzó el tono.

—Sí, yo he dicho eso. Y lo he dicho porque es la verdad. Pero ni yo ni nadie podemos decir que tú no seas su madre, que no lo hayas criado como si fuera tu sangre, que no lo hayas amado y educado como la que más. Nadie puede obviar eso. Igual que tú no puedes eludir el hecho de que su padre está vivo y quiere estar con su hijo. Sonia, nadie quiere apartarte de Daniel, pero tendrás que aprender a compartir, como cualquier familia normal. Las madres o los padres no tienen en exclusiva el amor de sus hijos, es de ambos.

—Compartir... ¡Qué palabreja! Me la han dicho ya en alguna ocasión —expresó con rabia.

—Para que te des cuenta de que no es solo cosa mía. Es lo que cualquier persona ve.

—Compartir significa dividir algo en partes. Pero para ser justos deberíamos repartir a partes iguales. Sin embargo, los dos sabemos que al final el juez emitirá un fallo en el que otorgará a una parte la custodia y a la otra un régimen de visitas, con suerte, amplio. Pero ¿dónde está ahí la igualdad? ¿Dónde queda el compartir? Uno dispondrá de mucho y el otro de los restos. Y por lo que me van diciendo todos tengo todas las papeletas para los restos, está claro.

—Estamos ante un caso complejo, no voy a negártelo. Se actúe de la forme que se actúe, alguno vais a salir malparado. Por eso todos debéis pensar solo en Daniel, es su bienestar por encima del vuestro.

—Eso ya lo sé, nadie debe recordármelo. Para mí Daniel está por encima de todo y todos. Todo lo he hecho siempre por él, buscando su felicidad.

—¿Estás segura de ello?

—¡Por supuesto! —contestó ofendida, preguntándose cómo podía poner en tela de juicio algo así—. ¿Por qué me haces esas pregunta? ¿Lo dudas? ¿Adónde quieres llegar o qué pretendes insinuar? —interpeló extrañada.

—Me ha dado la impresión de haber tiranteces entre el señor Bosco y tú. Tu saludo con él ha sido frío y emanaba inconformismo.

—Por favor, llámale Ricardo. Tú te tuteas con él y yo le llamo por su nombre, no

por su apellido ni de usted. Ahórrate el formalismo, es tu forma de trabajar — respondió con tono insolente.

—Pues lo dicho, creo que ese rencor que guardas en tu interior hacia él le dificultará el proceso de convivencia y el que más perjudicado saldrá será Daniel.

—¿Se ha chivado él de eso? —preguntó con sorna.

—Sonia, esto no es un juego ni una broma. Yo no voy a hablar contigo de mis sesiones con él de la misma forma que no le hablaré a él de las tuyas. Pero simplemente con ver cómo lo has saludado, lo he deducido. Hasta cualquiera sin haber estudiado mi carrera lo habría hecho, es tan evidente que no hace falta ser ningún genio. Hay mucha hostilidad dentro de ti hacia Ricardo, y eso perjudicará la adaptación padrehijo. Ahí era donde yo trataba de llegar, y por eso te he hecho esa pregunta. ¿No piensas que Daniel puede sufrir viviendo en un hogar así?

—¡Alto, alto, alto! —se apresuró en contestar—. Una cosa es que no soporte a Ricardo y otra que Daniel note esa antipatía. Delante de mi hijo, tanto yo como él, disimulamos. No quiero decir que nos deshagamos en halagos o que nos hablemos como íntimos. Sencillamente somos cordiales y correctos, sin más parafernalia.

—¿Y luego tenéis las lanzas en alto?

—A veces, depende del momento. Él suele ganárselo a pulso, a veces le gusta tocarme las narices. Así que todo va en función de cuánto me sulfure.

—¿Y tú? ¿Lo sulfuras a él?

—La finalidad de molestar a alguien es esa, ¿no? Tú pisas mi terreno y yo te pongo una trampa porque no me gusta verte en lo mío. Caes en ella y con ello recibes un castigo. Eso te cabrea, y tu cabreo te lleva a pensar en cómo fastidiar a la otra parte. Es la pescadilla que se muerde la cola, ya lo sabemos. Pero a tocarpelotas nadie me gana, te lo aseguro. Y a resguardar lo mío tampoco, pelearé a muerte hasta el final —contestó con rabia—. Mi casa no es un manto de rosas donde regocijarse mientras me aparta de Daniel, de eso nada.

—Debes aflojar esa ira, tienes mucha y muy arraigada a tu cuerpo. Eso, aparte de no ser bueno para Ricardo, y en consecuencia, tampoco para Daniel, aún lo es menos para ti.

—Tengo dolor, mucho dolor. Dolor de pensar que mi mundo con Daniel cambie, que Ricardo termine apartándose de él, que con el tiempo no sea nada en la vida de mi hijo. Pánico ante esas posibilidades. No lo entiendes, nadie me entiende. —La voz se le quebró. Su ira se transformó al momento en llanto ahogado.

—Todos te entendemos, eres tú quien no quiere ver lo que hay alrededor. Aunque Daniel conozca a su padre, se relacione con él, se divierta junto a él, lo quiera..., su relación contigo no cambiará nunca. Tan solo tendrá que repartir su cariño, como te he explicado antes. Sonia, no hagas esto más tortuoso de lo que realmente es.

Sonia rompió a llorar, estaba rebasada. Entendía las palabras que el doctor Noriega le había dicho, pero su razón a veces se negaba a comprender. Y esa lucha interna la tenía muy desorientada y asustada. A veces pensaba que nunca perdería a

Daniel aunque la custodia regresase de nuevo a su padre, su niño jamás dejaría de quererla, sería imposible. Pero al instante siguiente, el sinsentido la poseía y daba todo por perdido, se veía sola y abandonada del amor de su pequeño. Su padre se lo había arrebatado.

El doctor Noriega le acercó una caja de pañuelos de papel para que se secase las lágrimas. Luego se levantó y llenó un vaso de agua que le dejó al lado de los pañuelos. En silencio, volvió a sentarse. Sonia intentó calmarse, estaba dándose cuenta que no daba muy buena imagen. Parecía una persona desequilibrada, todo lo contrario a lo que era, estaba mostrando a una mujer que pasaba de la rabia a la burla y de la ira al llanto en escasos segundos. Su personalidad se alejaba por completo a la imagen e idea que estaba dando al doctor con su espectáculo.

—Discúlpame, de verdad. Estarás pensando que no estoy muy cuerda. Normalmente no soy así, ni estoy llena de rabia, ni busco fastidiar a la gente. Sí es cierto que mi carácter es un poco frío y soy desconfiada pero... —Calló unos segundos—. Lo que ocurre es que todo esto me pilló de golpe y desprevenida. De repente su padre aparece, está vivo. Luego un juez determina que ambos vivamos bajo el mismo techo para que Daniel vaya familiarizándose con su padre y yo tengo que meter a un desconocido en mi casa. Me desespera la situación, me desespera él, me desespera todo.

—Debemos ir puliendo esas asperezas para facilitar las cosas. Sobre todo para facilitártelas a ti, estás sufriendo más de lo necesario. Vuelvo a repetirte que solo visualices el fin, y ese no es otro que el bien de Daniel. Y lo mejor para él será disfrutar de sus padres, de los dos, ¿no crees?

—Por supuesto. —Asintió despacio.

—Bueno, a pesar de que me dejas muy intranquilo, nuestra reunión ha llegado a su fin. Tengo tu teléfono y puedo pasar a verte a tu despacho cuando quiera, o mejor dicho, cuando pueda. Intentaré hacerte una visita en breve para ver qué tal vas.

Sonia y el doctor Noriega estrecharon las manos. Este la acompañó hasta la puerta y allí se despidieron. El ánimo de Sonia salió cabizbajo del edificio y se dirigió andando lentamente hasta su casa.

Al llegar la aguardaba una sorpresa, aunque no precisamente agradable. Estrella, su tía, la que llevaba sin dejarse caer por su casa dos meses por propia petición de su sobrina, estaba allí de visita. Ya no aguantaba ni un día más sin ver a Daniel. Le daba igual lo que dijese Sonia o si le molestaba a Ricardo su presencia, ella estaba en su derecho de ver a su resobrino.

Sonia no sabía en ese instante si alegrarse, cabrearse, echarse a llorar o tirarse por el balcón. Y en ese momento en que su vista miró hacia ese lugar, vio a Ricardo en la terraza fumando.

—He tenido que venir ya, llevaba dos meses sin ver a Daniel —habló Estrella con tono de queja, sin ni siquiera saludar, aunque dando una explicación, algo raro en ella.

—¡Hola, mamá!

—Hola, cariño. —Sonia abrazó y besó a Daniel como si fuese lo único en el mundo a lo que aferrarse. Si bien, en verdad, para ella en ese momento no existía nadie más.

—Estás más delgada y muy ojerosa, ¿duermes bien?

—Sí, tía, duermo y como. No te preocupes por mí.

—Entonces ¿por quién quieres que me preocupe? ¿Por el que está en la terraza quemando sus pulmones con el humo de un cigarrillo tras otro?

—A mí no me gusta que fume —confesó Daniel a Estrella.

—Pues díselo. Dile que lo deje —refunfuñó esta.

—¿Y si se enfada?

—Pues te cabreas tú con él por fumar —contestó Estrella.

—Tía, deja en paz a Daniel. No le hagas hacer algo que él no quiere.

—Pero sí quiere. Es a él al que no le gusta que fume. A mí me da igual lo que haga ese tipejo con su vida —gruñó con desdén mientras miraba hacia él.

—¡Tía! —profirió Sonia, un poco irritada y señalando con su mirada hacia Daniel.

—¿Qué?

—Que es mi padre, tía Estrella. Eso es lo que quiere decirte mamá. Yo sé que a ti no te cae muy bien, pero a mí sí..., y a mi madre también. A veces ríen juntos.

—¿Me he perdido algo durante estos dos meses que deba saber? —interpeló con su inquisidora voz.

—Nada, tía, absolutamente nada. Nos reímos un día de una bobada que hizo Daniel, nada más.

—Mamá, no disimules. —Sonrió tímidamente—. Te gusta mi padre.

—¿Pero qué dices, Daniel? ¿Estás loco? —preguntó asombrada.

Estrella, *ipso facto*, cogió del brazo a Sonia y se la llevó unos cuantos metros más adelante, lejos de los oídos del sagaz Daniel.

—¿Se puede saber qué está pasando entre tú y ese?

—Nada, mierda —contestó con furia, revolviéndose de su mano que la apretaba el antebrazo—. Ya te lo he dicho.

—¿Y de dónde demonios va a sacarse algo así Daniel?

—¡Y yo qué leches sé! No tengo ni idea, pero te puedo garantizar que aunque fuese el único hombre de la Tierra no tendría nunca algo con él. Es... es... un impertinente y un grosero y no lo soporto. Delante de Daniel aparentamos normalidad, pero esa animadversión es mutua, te lo garantizo. Así que estate tranquila.

—Buenas tardes, no te había oído llegar, Sonia. —Ricardo se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

Sonia, totalmente desconcertada ante una situación nueva y desconocida que no entendía ni comprendía, lo miró con asombro, sin ser capaz de articular palabra.

Estrella frunció el ceño al momento y se marchó como una exhalación hacia Daniel, dejándolos solos, pensando por el camino que su sobrina le mentía descaradamente y a su propia cara, pues si no había nada entre ellos dos, ¿por qué él la besaba y mostraba esa confianza con ella?

—¿Te apetece que haga una ensalada de pasta para cenar? A Daniel y a ti os gusta mucho.

—¿Se puede saber a qué ha venido ese beso? —preguntó en bajo para que Daniel no lo escuchase.

—A nada. Solo quiero que nos llevemos bien, sin más —respondió, y se marchó para la cocina. Sonia lo siguió apresuradamente.

—Te lo ha dicho el doctor Noriega, ¿a que sí?

—A propósito, ¿qué tal te ha ido con él? No quiero decir que me cuentes lo que habéis hablado, eso es algo totalmente privado y solo el juez sabrá lo que ambos hemos contado allí. Me refiero a si te ha ido bien.

—¡Oh, corta el rollo! —Toda su cara gesticuló con estupor—. No tienes que ser amable, podemos seguir fingiendo por Daniel y ya está. Pero no pretendas que nos hagamos amigos.

—Solo busco un poco de paz y cordialidad, creo que nos vendría bien a los dos.

—¡Ah, sí!, ¿eso crees? —La boca de Sonia comenzó a esbozar una media sonrisa cargada de astucia—. Pues mira, como la cordialidad también implica sinceridad y hoy parece ser un buen día para confesarte algo, sin más preámbulos te diré que entre yo y Rafael hay algo más que amistad. ¿Me entiendes?

—¿De verdad? —preguntó con confusión, algo turbado.

—De verdad. Y seguramente te preguntarás el porqué de contártelo ahora y no desde el principio, pero yo...

—¡Joder, Cobo es listo! —Ricardo cortó la explicación de Sonia y pensó en lo equivocado que estaba al respecto de ese tema con ella.

—¿Cómo dices?

—Cobo, el que conociste en el despacho de Rafael, el que siempre me acompaña. Me dijo que estaba seguro de que entre vosotros había algo. Yo ni lo habría imaginado.

—¡Ah, no! ¿Y eso? —preguntó casi ofendida.

—Bueno, porque está claro que soy más ingenuo y me creí por entero las palabras que le dijiste al juez sobre que solo erais amigos. Pero él se ve que es más avisado. Es astuto, el cabrón. —Asintió medio riendo.

—Sí, mucho. No se le escapa ni una —contestó Sonia, pensando que como todo lo interpretase así, vaya una birria de espía estaba hecho—. Pues, como te decía, te lo cuento porque ahora que tú e Irina habéis pasado la noche... Ya sabes...

—Haciendo el amor. —Ricardo terminó la frase que daba por hecho Sonia era incapaz de concluir, intentando no reír al recordar toda la farsa montada.

—Exacto..., haciendo el amor. —Sonia notó sonrojarse a sus mejillas tras repetir

aquella corta locución—. Como iba diciendo, he pensado que... que alguna vez, cuando Daniel no esté en casa, por supuesto, Rafael podría venir de nuevo a dormir conmigo. Como... como hacía antes, claro.

—¿Solo dormís? —preguntó con recochineo, viendo que Sonia se tensaba al hablar de ese tema, se sonrojaba y llegaba a tartamudear.

—No, claro. —Sonrió tenuemente, notando cómo el rubor subía con más fuerza por su rostro. Y de pronto esa vergüenza que recorría su semblante se convirtió en enojo dentro de sus entrañas—. ¡Pero a ti qué coño tengo yo que explicarte! Te lo puedes imaginar, ¿no? Sabes de sobra lo que sucede entre un hombre y una mujer en la cama.

—Cierto, perdona. —Estiró sus labios—. Tan solo quería poner una chispa de humor, te tensas mucho con esos temas. Da la sensación de falta de práctica.

—¿Perdona? —Lo miró con la boca abierta—. A mí no me falta práctica —protestó, completamente a la defensiva—. Lo que sucede es que no me gusta airear mi vida privada, y menos que alguien la escuche aunque no quiera.

—Vale, calma, tengamos un rato de paz. No era mi intención molestarte u ofenderte. Y ahora voy a hacer la cena.

—De acuerdo. Y, por favor, de lo mío con Rafael ni una palabra a nadie, Daniel no lo sabe.

—¿Y tu tía?

—Tampoco —contestó tajante—. Y me gustaría que siguiese siendo lo mismo que ha sido hasta ahora: un secreto para todos.

—Tranquila, mis labios están sellados. Soy especialista en guardar secretos —contestó, haciendo con esa frase un guiño a su trabajo en el CESID.

Al volver Sonia al salón, Estrella estaba jugando con Daniel. Se mostraba feliz, sonriente, pero en cuanto vio la imagen de su sobrina su cara se transformó instantáneamente en reproche. Sonia conocía esa expresión a la perfección, no le hacían falta palabras para saber que la estaba juzgando y condenando en ese momento.

—Tía, no pienses nada raro ni veas nada donde no hay.

—Pues él parecía muy cariñoso para no haber nada. —Cada uno de sus vocablos estaban cargados de crítica.

—Tía, por favor, no. No vayas por ese camino.

—Ya. Ya me conozco yo muchas cosas, que tengo muchos años. Y como dice el refrán: «Sabe más el diablo por viejo que por diablo».

—Señora, disculpe, no recuerdo su nombre. —Ricardo, apareciendo por la otra punta del salón, preguntó a la tía de Sonia.

—Estrella —contestó seria—. ¿Qué ocurre, señor?

—Yo me llamo Ricardo, por si lo ha olvidado. Solo quería pedirle que se quedase a cenar.

—No, no se preocupe por mí. En un momento regreso para mi casa, ya cenaré.

—Yo se lo ofrezco de corazón, me encantaría que se quedase a cenar con nosotros. Daniel llevaba mucho sin verla.

—¡Sí, tía, quédate! ¡Por fa, por, fa! —Daniel unió sus manos a modo de súplica para que se quedase.

—Bueno, vale, me quedo. —Desplegó una gran sonrisa mirando a su resobrino —. Pero que conste que lo hago solo por el niño.

—Lo sé, y se lo agradezco mucho. —Ricardo volvió a la cocina.

—Pues parece educado —admitió Estrella a Daniel.

—Y es muy simpático, ya verás, tía. Yo me río mucho con él.

—Si no tengo suficiente con aguantarlo a él, ahora también a mi tía. ¡¿Dios, qué te he hecho para merecer esto?!

—¿Qué dices, Sonia? No has perdido esa fea costumbre tuya de farfullar en bajo.

—Que qué bien, todos juntos a cenar. —Sonrió falsamente, mientras Daniel la miraba emocionado y estiraba sus labios hasta abarcar toda su cara.

Ricardo, muy amablemente, los llamó para cenar en cuanto acabó de poner la mesa. Daniel cogió la mano de Estrella y tiró de ella hacia la cocina, lugar que acogía la velada, y no la soltó hasta dejarla sentada. Luego se sentó a su lado y junto a Ricardo; y Sonia tuvo que sentarse entre medias de este y su tía, un lugar que no le agradó mucho, pero al menos estaba frente a Daniel, el ángulo que más percibiría su vista.

El ambiente era un poco singular. Realmente, lo que más predominaba en la atmósfera era tensión. Por parte de Sonia, lo que más abundaba era la tirantez hacia Ricardo y hacia su tía. Con ambos eran obvios sus porqués; él por no incluirse en su relación de amigos ni de lejos, y Estrella por su retorcida forma de pensar y continuas censuras y críticas, algo que siempre la terminaba desesperando. También resaltaba un poco de hostilidad por parte de Estrella para aquel hombre: padre de Daniel, hombre maduro, sin una mujer, sin relaciones, y por lo tanto un enemigo que apuntar en su lista de: «Hombres con instintos que saciar». La tenía completamente desconcertada su afabilidad, su invitación a cenar, y su cabeza no paraba de buscar el porqué de su actuación. Y en último lugar destacaba la contención por parte de Ricardo, un ligero temor a decir algo que pudiese molestar a Estrella o enfadar a Sonia. Por ese motivo, con mucho tacto, intentó entablar conversación con Estrella y así conocer un poco más de ella. Daniel le había contado cosas, verdaderamente la quería y respetaba mucho. Precisamente por esa razón, Ricardo estaba interesado en saber más. Pero no fue sencillo sacar información a Estrella, ni siquiera para él, entrenado en ese campo y con años de experiencia haciendo únicamente eso: sonsacar. Al principio, sus contestaciones fueron monosilábicas, sin más. Luego, y gracias a la ayuda e intervención de Daniel, cambiaron por frases tipo telegráficas; es decir, cortas, básicas y sin nexos. Sonia no los interrumpió en ningún momento e hizo de mera observadora, solo escuchaba y guardaba silencio. Aunque su cabeza sí hablaba, no callaba, no paraba de repetirle que lo único que unía a los sentados en

aquella mesa, el único factor común era Daniel.

Ricardo no permitió que Estrella se levantara a retirar un plato de la mesa al terminar de cenar. Ni que lo hiciese Sonia tampoco, como era su hábito y tenía acostumbrado a Daniel, cada uno retiraba lo suyo. Él recogió la mesa y luego fregó los platos, si bien Daniel se empeñó en ayudarlo a aclarar. Estrella miraba contenta la imagen de los dos frente a la pila, de espaldas a ellas, formando un perfecto equipo de limpieza; y de vez en cuando cambiaba el enfoque para mirar a Sonia y mostrarle una leve sonrisa.

Tras acabar, Ricardo besó y abrazó a su hijo, dándole las gracias por ayudarlo en tal ardua tarea. Daniel sonrió, sabía que le tomaba el pelo diciendo que eso era difícil de hacer. Ricardo se acercó a coger el paquete de tabaco y un mechero y les dijo que se iba a fumar un cigarro a la terraza. La cara de Daniel borró la sonrisa en el acto.

—No fumes, por favor, papá. No me gusta y no es bueno para tu salud.

Ricardo se quedó parado, contemplándolo, sin saber qué decir. Bajó su vista hasta el paquete unos segundos, luego la subió, volviendo a mirar la carita de Daniel, que no paraba de suplicarle que lo tirase. Su mano apretó fuerte el paquete hasta espachurrarlo por completo. La mirada de Daniel se llenó de alegría al instante.

—No fumaré más, lo juro. No haré nada que no te guste o te moleste. Nunca, hijo.

Daniel se abrazó a su padre con entusiasmo. Ricardo le cogió en alto, en brazos, estrechándolo fuerte contra su pecho sin parar de repetirle «nunca» una y otra vez.

Sonia vio cómo el carácter duro de su tía empezaba a emocionarse con aquella entrañable escena de padre e hijo, y su corazón, con emoción contenida, enlentecía su ritmo por el dolor que le suponía pensar en dejar de tener siempre con ella a Daniel.

Minutos después, cuando los sentimientos se habían bañado en unas gratas risas consecuencia de la gran cantidad de cosquillas que tenía Daniel y Ricardo sabía encontrar, Estrella dio por finalizada su visita. Regresaba a su casa.

—Muchas gracias por venir y por quedarse a cenar, a Daniel le ha hecho muy feliz. Y yo soy feliz si él lo es. Así que vuelvo a agradecer su visita y espero que se repita en breve. —Alargó la mano para despedirse de ella, Estrella se la estrechó.

—Muchas gracias, Ricardo —contestó, sin ningún adorno ni mostrando nada más con su gesto.

—Vuelve pronto, ¿vale? —Daniel se abrazó a ella.

—Lo haré, espero que a tu madre no le moleste.

—Sueles hacer lo que quieres, me moleste o no.

—¿Nos vamos a la cama, campeón? —preguntó Ricardo a su hijo.

—Sí, ya es hora de dormir, Daniel —añadió Sonia.

—Vale, me voy. Adiós, tía Estrella, hasta otro día. —Le dio un beso con todas sus ganas, apretujando su redondeada mejilla.

—Adiós, bandido. —Sonrió.

—Hasta pronto —se despidió Ricardo, echando a andar por el pasillo con Daniel.

—¿Te molesta que venga? —refunfuñó Estrella en cuanto ambos desaparecieron.

—No, lo he dicho por decir —contestó medio mintiendo. A veces sí era toda una molestia tener que aguantar su agrío carácter.

—Porque ellos dos están encantados con que lo haga. Creo que igual ese hombre no es tan diabólico como consideraba. Es simpático, amable, educado, servicial y quiere muchísimo a su hijo. Si tienes algo con él no me importará, de verdad, parece un hombre formal. Aunque nunca bajas la guardia en temas de cama, asegúrate antes bien de sus intenciones, ya me entiendes.

Sonia no daba crédito a lo que oía. Esa mujer que jamás creyó que un hombre pudiese tener buenas cualidades ni intenciones, que la hizo crecer mamando sus mismos preceptos de abominación hacia el género masculino, que la repitió por activa y pasiva que todo varón solo buscaba una cosa y después de eso no te quería para nada más. Esa misma persona ahora decía acerca de Ricardo, sobre aquel hombre que luchaba por quedarse con Daniel, que parecía buena persona y buen padre. Y hasta manifestaba no importarle que Sonia acabase en la cama con él; eso sí, siempre y cuando Ricardo le hubiese jurado amor eterno antes. Tan solo con una cena Ricardo se había metido a Estrella en el bolsillo. Tan solo compartiendo unas horas y una ensalada de pasta. Sonia no paraba de hacerse cruces al respecto.

—¡No puedo creérmelo! Hace dos meses ese hombre era para ti poco menos que el anticristo, querías que pusiera un cerrojo en mi habitación, fuiste muy insistente con ese tema. ¿Y ahora pretendes empujarme a sus brazos? —preguntó estupefacta.

—¡No, claro que no! Solo te digo que quizá me equivoqué con él. Daniel es feliz estando a su lado, y ese hombre supura amor por los poros de su piel hacia su hijo. Por eso te he dicho que si tuvierais algo no me parecería mal. No quiero decir que lo tengáis si no queréis.

—Pues no tengo nada con él ni lo tendré, duerme tranquila —habló con hostilidad, abriéndole la puerta para que se marchase.

—De acuerdo. —Salió, y Sonia cerró la puerta, apoyándose en ella y suspirando fuerte para recuperar energía. Su tía siempre terminaba absorbiéndosela.

Sonia y Ricardo enterraron, a muy pocos metros de distancia del suelo, sus hachas de guerra. Durante algo más de dos semanas se mantuvo una calma disfrazada, pero calma al fin y al cabo. Estrella volvió otro día a visitar a Daniel y terminó quedándose a cenar por petición, una vez más, de Ricardo. Sonia empezaba a pensar que simplemente lo hacía por fastidiarla, aunque realmente no lo podía asegurar, pero su olfato se lo decía.

Al fin llegó el día que Sonia había decidido traerse a Rafael a casa, el día que iba a hacerle creer a Ricardo que entre ellos había una relación y que ella también sabía amar. Sonia tenía la impresión de que él eso lo dudaba, y su intuición no iba nada mal encaminada, Ricardo aún tenía sus reservas sobre la veracidad de aquella supuesta relación.

Todo estaba medido al milímetro para ese día, Sonia no había dado puntada sin hilo en cada uno de los pasos a seguir. El primero y más importante era mantener a su hijo alejado del hogar. Y para tal menester Daniel iba a pasar un día entero, con su respectiva noche, con su amigo Manu, en casa de los abuelos de este. Iban a ir de excursión por la Albufera, incluso montarían en barca y pescarían con el abuelo de Manu, gran aficionado a esa práctica. La diversión para ese día estaba asegurada para Daniel, aunque no solo para él. Sonia había diseñado un plan con el que ansiaba poder restregarle a Ricardo lo suyo con Rafael. Para ella, el entretenimiento también estaba garantizado.

Ricardo no tenía ni idea de que Rafael iba a pasar ese día junto con su noche allí, en casa de Sonia, con él de espectador. Sonia había querido omitirlo para causar un mayor golpe de efecto, tal y como le ocurrió a ella con Irina.

Cuando sonó el timbre, Ricardo se encaminó para abrir y se encontró detrás de ella a Rafael, de inmediato se imaginó a lo que había venido este: a estar con Sonia. Y a pesar de que Sonia ya le había dicho que entre ella y Rafael había algo y que quería verse con él cuando Daniel no estuviese, verlo allí no le agradó, casi se sintió molesto, sin entenderlo. Y eso que Rafael le caía bien, siempre le había parecido un hombre muy coherente, de gran sentido común.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó Ricardo nada más verlo, mientras Rafael se adentraba en la vivienda.

—Bien, muy bien. He venido..., ya sabes..., Daniel no está y aprovechamos. —Rafael no sabía ni cómo decirlo, se sentía un poco nervioso al mentirle.

—Sí, lo sé, me lo comentó Sonia. Y realmente, para serte sincero, me extrañó lo vuestro, nunca lo habría imaginado.

—Es que disimulamos a la perfección. —Sonrió con sutileza—. Sonia no quiere que Daniel se entere por si en algún momento no llegamos a más y eso le causa

sufrimiento.

—Vaya, es una madre muy entregada.

—Bueno, es una mujer muy entregada en todos los sentidos, ya me entiendes, ¿no? —Le dio un leve codazo. Rafael pensó que esa manera de proceder, de llegar un poco a fanfarronear, sería común entre los hombres heterosexuales.

—Creo que sí, que te entiendo —contestó, un poco sorprendido. Y a su mente regresó Cobo con fuerza. Cobo y aquella explicación sobre las mujeres frías que luego en la cama eran súper fogosas—. ¿Quién lo diría? A simple vista Sonia parece todo lo contrario.

—Nunca te dejes engañar por las apariencias, Ricardo. Tú ves a una Sonia fría, seria, distante...

—No olvides grosera e impertinente —dijo, cortándole.

—Vale. —Asintió, marcando una ínfima sonrisa creada por los puros nervios más que por cualquier otra cosa—. A esa Sonia nosotros también la conocemos, en el trabajo tiene el apodo de «la dama de acero». Y te garantizo que se lo ganó a pulso.

—Te creo. Y añado que no podrían haberle puesto otro mejor —dijo entre risas.

—Estoy de acuerdo. Pero yo también conozco a la persona que se esconde bajo ese apodo, bajo esa frialdad y sequedad, bajo las capas de seriedad. Ahí existe una hermosa mujer con corazón, entregada, cariñosa, amable, simpática, generosa... y muchos más adjetivos calificativos. Tú no la conoces, Ricardo. Solo conoces la parte de Sonia que actúa como un animal herido que quiere defender a su cría.

—Resulta que su cría es mía —repuso molesto.

—Jamás he puesto en duda tus derechos hacia Daniel, no se me pasaría semejante cosa por la cabeza, pero entiende la posición de Sonia, ponte en su pellejo por un momento y luego piensa si tú no harías lo mismo. —Lo miró fijamente.

—¡Hombre, cariño, ya estás aquí! —Sonia se acercó a Rafael y lo besó en los labios. Fue un beso tierno, casto, sin más florituras.

—Acabo de llegar hace un instante. Hablaba con Ricardo. —Rafael la volvió a besar de la misma forma—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Hoy haré yo la comida. ¿No te importa, Ricardo? —Se dirigió a él con voz melosa.

—No, por supuesto, tranquila. Yo casi que mejor voy a bajar a darme una vuelta por la avenida. Así también os dejo un rato solos. Es más, creo que debería quedarme a comer por ahí para que dispongáis de mayor intimidad.

—No, ni se te ocurra. Tú no debes marcharte, ahora vives aquí. —Sonia estaba dando brincos por dentro al adueñarse de las mismas palabras que él usó cuando decidió que Irina se quedase a pasar la noche en su casa—. Y no te preocupes por nuestra intimidad, dentro de mi habitación tendremos toda la que precisemos.

Tras acabar su explicación Sonia no solo brincaba interiormente, se carcajeaba sin parar al devolverle una contestación, para ella, a la altura de su desvergonzada «para los próximos lo haremos en el suelo y le taparé la boca a Irina para que no sea tan

escandalosa». La suya era más sutil, sin lugar a dudas, pero dejaba ver claramente qué tipo de intimidación iban a gastar allí dentro.

—Bueno, entonces solo me marchó a dar una vuelta. Sobre las dos estaré aquí.

—Vale, perfecto. ¿Me ayudas, mi amor, a hacer la comida? —preguntó con dulzura a Rafael.

—Por supuesto, cariño. —Le volvió a dar otro besito en los labios.

Ricardo se marchó molesto, hasta casi un poco cabreado, aunque lo que más acumulaba su cuerpo era desconcierto. ¿Quién era esa Sonia que estaba allí con Rafael? ¿Qué espíritu la había poseído? ¿Cómo podía existir un cambio tan brusco entre una mujer y otra? Y por primera vez, y esto sí que lo desorientaba por completo, la había visto guapa, muy guapa; era una mujer muy atractiva, se había sentido hasta atraído por ella en un momento puntual.

La exasperación incautaba su cuerpo por instantes mientras paseaba por la avenida. Su mente estaba perdida, no comprendía nada, no era capaz de razonar ni discernir por qué le habían afluado, ni por una milésima de segundo, aquellos indicios de atracción con tan solo verla más simpática y agradable. Su cabeza no paraba de pensar en las palabras que Bosco le había dicho sobre ella, sobre verla con un aspecto más desenfadado, con otra ropa más sexy... Todo, recordaba todo una y otra vez. Ricardo decidió parar en una de las cabinas telefónicas de la avenida y llamar a Cobo para felicitarlo por su genial olfato. Por acertar sobre Sonia y Rafael y la amante fogosa que escondía dentro de ella. Por muy impensable que pareciese, Cobo había acertado de pleno en todo.

—Sí, dígame —contestó la voz de Cobo al otro lado del aparato.

—¿Sabes que eres un puto adivino?

—¡Hombre, si eres tú, Bosco! ¿Qué te cuentas? Llevaba sin saber de ti casi dos semanas. Te pensaba llamar el lunes, para que estuvieses solo y no pululase por allí la estirada esa. ¿Y por qué soy adivino?

—Porque la estirada esa como tú la llamas está liada con Rafael. Los acabo de dejar solitos en casa para que puedan consumir su pasión.

—¡Lo sabía, te lo dije! No se me escapa ni una, tío.

—Sí, eres un cabrón muy listo. Porque además parece ser que la fría no lo es tanto en la cama, por lo visto es muy entregada, según Rafael.

—¿Lo ves? No me equivoqué. —Rio—. Esa es de las típicas tías que te hacen un ocho en la cama, estoy convencido.

—Seguramente, tú has tenido mucho más ojo que yo, desde luego. Me habría gustado que la hubieras podido ver cuando ha venido Rafael. Era otra persona, agradable, dulce... hasta estaba guapa.

—Bueno, es que guapa lo ha sido siempre, está pero que muy bien.

—Joder, pues si la hubieses visto hoy... hoy estaba buena. Era una mujer de esas que la vista masculina no puede dejar escapar.

—¡¿Oye, Bosco, a ver qué va a pasar?! —habló entre risas.

—¿Eres tonto? No va a pasar nada. Solo te estoy comentado el brutal cambio, nada más.

—Sí, pero seguro que al verla tan guapa has pensado en metértela en la cama, ¿a que sí?

—¡Coño! ¿Tú no piensas en otra cosa durante todo el día?

—¡Hombre, en alguna más pienso! Pero en lo que más es en el placer, no voy a mentirte. ¿Acaso hay algo mejor en esta vida?

—Está claro que para ti no. —Esbozó una media sonrisa—. Te dejo, solo quería hacerte saber lo sagaz que eres.

—Nada nuevo para mí, pero gracias. —Volvió a reír.

—Adiós, Cobo.

—Te llamaré el lunes para que me cuentes qué tal esos dos y su pasión. —Colgó.

Ricardo dio un gran paseo por la avenida e incluso se sentó en una terraza a tomarse una cerveza muy fría. De esa forma hizo tiempo hasta las dos, hora que había acordado regresar a casa de Sonia. La misma Sonia que ahora, estando con Rafael, era otra persona distinta de la que él estaba acostumbrado a ver cada día desde que compartían techo.

Al acercarse al portal del piso de Sonia, Ricardo vio a dos tipejos que no le gustaron nada y le hicieron suponer de inmediato lo que creía: eran periodistas a la caza de alguno de ellos para sonsacar. Aligeró el paso a la vez que sacaba rápidamente de su bolsillo las llaves para no detenerse lo más mínimo. Pero los periodistas eran hábiles y, durante los pocos segundos que tardó en meter la llave en la cerradura y girar el picaporte, tuvo que escucharles unas pocas preguntas que no le gustaron nada oír.

—¿Piensa que es bueno para su hijo separarlo de su madre después de tanto tiempo? Señor Bosco, conteste. ¿Cree que Daniel querrá vivir con usted? ¿No piensa que seguramente preferirá quedarse con su madre?

El portazo que Ricardo dio al cerrar la puerta fue tan brusco que las paredes retumbaron y el vecino del bajo salió asustado a ver qué ocurría. Pero Ricardo no se detuvo ni a decir que no pasaba nada. Iba tan encendido, se sentía tan envenenado, que subió la escalera velozmente, de tres en tres sus peldaños; sus pies, a pesar de su cojera, apenas rozaban el suelo. Abrió la puerta del piso y volvió a cerrarla con la misma fuerza, haciendo de nuevo retumbar a todos los tabiques.

—¡Por Dios!, ¿qué ocurre? —preguntó Rafael asustado, saliendo al pasillo.

—¡Esos desgraciados que no paran de dar por culo! —gritó enfurecido—. ¿Qué coño hacen aquí hoy? Un sábado, casi tres meses después de la sentencia de los cojones. ¿Acaso tiene sentido? Yo no se lo veo por ninguna parte. ¡Joder! —Golpeó la pared.

—Vale, tranquilo, Ricardo.

—Te va a dar algo, cálmate —dijo Sonia, que venía detrás de Rafael.

—¿Que me calme? —levantó la voz de nuevo—. ¿Por qué tengo que aguantarlos?

¿Qué derecho tienen sobre mí o mi hijo?

—Ninguno. El mismo que tienen sobre mí. —Sonia habló con tono moderado—. No tienen ningún derecho de meterse en nuestras vidas ni de hacer preguntas molestas. Pero ¿qué hacemos? ¿Los matamos? Porque a mí no se me ocurre otra idea. Aguantarlos o matarlos; ese es el dilema. —Sonia sopló con resignación y se metió las manos por entre el pelo, tirando levemente de él para atrás.

—Debéis hacer oídos sordos. Sé que no debe de ser fácil, yo me vi mezclado entre la nube de periodistas apostados en la puerta del juzgado la última vez que fuisteis, pero no podéis pasaros la vida huyendo de ellos. —Rafael negó con la cabeza mirando a ambos.

—¿Y qué propones, que hablemos? —preguntó Ricardo alucinado.

—Eso ni de coña —contestó Sonia con absoluta firmeza.

—¡No, claro que no! Solo digo que les ignoréis. Digan lo que digan, os esperen, os sigan, ignorarlos, como si no existieran. Terminarán cansándose, ya lo veréis.

—No estoy yo tan seguro de eso —añadió Ricardo.

—La verdad es que es una situación muy incómoda.

—Lo sé, Sonia, pero si pasáis de ellos terminarán pasando de vosotros.

—Bueno, olvidémonos de ese hatajo de cretinos y vayamos a comer —dijo Sonia.

—Sí, necesito una copa de vino para olvidar este desagradable suceso. —Ricardo se marchó hacia la cocina. Sonia y Rafael lo siguieron y todos se sentaron a comer.

Los acalorados ánimos de Ricardo se fueron distendiendo a lo largo de la comida, y la sobremesa se hizo larga y agradable. Ricardo congeniaba bien con Rafael y hablaron acerca de muchos temas. Sonia estuvo de lo más agradable y cariñosa, sobre todo con Rafael. De vez en cuando, hasta lo buscaba para darse un beso; eso sí, de la misma forma que al principio, un beso labio con labio, sutil, casto. Ricardo estaba asombrado ante una Sonia totalmente desconocida para él que le estaba hasta gustando. La observó detenidamente, se fijó en su ropa; era distinta de todo cuanto le había visto antes. En casa solía llevar un chándal o pantalones largos y sueltos con una camisa ablusada, y siempre en colores oscuros. Pero ahora vestía unas bermudas vaqueras y ceñidas, camiseta blanca corta y ajustada y hasta un poco de escote, sin exagerar pero sugiriendo lo suficiente. Todo ello mostraba bien su cuerpo, realzaba la generosidad de sus curvas, su marcado talle y dejaba ver, hasta medio muslo, sus bonitas y largas piernas. El cambio era grande, muy grande. Y por cambiar, hasta su pelo lo había hecho, había aparcado su habitual recogido y se lo había dejado suelto y un poco alborotado. Sonia tenía una buena mata de pelo, casi le llegaba a media espalda, y llevándolo así le hacía parecer más joven y femenina.

Ricardo no paraba de pensar en la suerte que tenía Rafael al poder disfrutar de semejante hembra. Realmente llegó a envidiarlo, incluso por unos segundos la imaginó en la cama, desnuda, esperándolo ansiosa, acurrucándolo entre sus piernas, tan fogosa como Cobo le había contado y Rafael había sugerido. Un sofocante calor empezó a recorrerle el cuerpo. Ricardo intentaba despojarse de esos inapropiados

pensamientos una y otra vez, quería eludirlos, esquivarlos, aunque no era tan sencillo de lograr ni lo conseguía siempre. Por minutos volvían a su cabeza y cada vez lo hacían con más fuerza. Tan pronto la veía encima de él con un galopar irracional y desmedido, como era él quien la poseía de forma irrefrenable. Y los pensamientos regresaban y regresaban, su mente no paraba de hacerle el amor de todas formas y maneras. Asustado ante ese aluvión de deseo incontrolable y acaloramiento sin fin, pidió disculpas y se ausentó un instante al baño. Necesitaba un poco de agua fría para calmarse, distancia y apartar de su vista un momento a Sonia para reflexionar sobre lo que le estaba ocurriendo.

—¿Qué coño te pasa, Ricardo? —se preguntó a sí mismo dentro del aseo, susurrando—. Joder, pues qué va a ser —se respondió—. Mucha escasez sexual. Demasiada. Siete largos años. Eso hace desvariar a cualquiera. —Resopló.

Sin embargo, al momento pensó que estando con Irina, cuando simularon hacer el amor para fastidiar a Sonia, en ningún instante, ni en el más mínimo, sintió deseo de que aquello fuese real. Ni siquiera cuando a la mañana siguiente, en la cocina, delante de Sonia, la besó de aquella forma apasionada; ni siquiera entonces sintió algo fuera de lugar. Y ahora, de la forma más tonta, viendo a Sonia con otra ropa, mostrándose más desenfadada, simpática, agradable, desinhibida... Aquello lo había llevado a fantasear con amarla. Le había activado la libido al instante.

—¿Estaré perdiendo el juicio, Señor? —Volvió a preguntarse.

Su mente seguía cuestionándose. ¿Cómo podía sentirse atraído ni un solo segundo por alguien que casi odiaba, por una mujer que le había fastidiado todo cuanto había podido con sus desaires y frialdad desde el primer momento que piso su casa? Era completamente irracional. Pura y dura ilógica.

—Ricardo, ¿estás bien? —preguntó la voz de Sonia desde el otro lado.

—Sí, tranquila, ya salgo.

—No es que quiera molestarte, solo era porque llevas mucho rato ahí dentro y ya nos estabas preocupando.

—Ya —dijo saliendo—. Es que me encontraba un poco nervioso aún con el tema de los periodistas y me he quedado absorto dentro. Nada más.

—No le des más vueltas por hoy, ya no merece la pena.

—Cierto. —Asintió.

—Oye, Rafael y yo nos vamos a dar una vuelta por la playa.

—¡Ah, vale!

—Nos vemos luego.

—De acuerdo. Pasadlo bien. —Intentó sonreír sin dejar de observar su silueta que le continuaba acalorando.

Sonia y Rafael se marcharon a caminar por el paseo marítimo de la Malvarrosa. Durante el agradable transitar a orillas de la playa, ella no dejaba de preguntar a Rafael si Ricardo se habría tragado el anzuelo del todo o no. Rafael estaba seguro de que sí, pero Sonia quería convencerlo al cien por cien. Así que su cabecita ideó algo

para la mañana siguiente, algo que disolvería cualquier ínfima duda que pudiese albergar en su interior. Rafael le decía que no era necesario llegar más lejos de lo que estaban mostrando, pero Sonia y su testarudez terminaron convenciéndolo para hacer lo que ella le acababa de proponer.

—¿Y si se me va la cabeza y me dejo llevar de verdad?

—¿Pero a ti no te gustan los hombres? —interpeló sorprendida.

—Sí, pero llevo mucho tiempo a dos velas. Y ya sabes lo que dicen: A falta de pan...

—¿Estás hablando en serio? —Rápidamente se puso a la defensiva.

—¡Pues claro que no! No se te puede gastar ni una broma, hija. No tienes sentido del humor ni lo conoces.

—Es que a mí con estos temas no me gusta bromear, Rafael —contestó muy seria y un poco enfadada.

—¡Desténsate, cariño! Que no voy a sobrepasarme ni lo más mínimo. ¡Madre mía, qué carácter! Además, te recuerdo que eres tú la que ha ideado esto y sigue ideándolo.

—Para alejarle de mí. Por lo visto el señor Bosco tiene mucho apetito sexual.

—¿Y tú? ¿Nunca lo tienes? ¿Nunca piensas en estar con un hombre en la cama? ¿Cuándo fue la última vez de ello? —preguntó, enarcando una y otra vez las cejas.

—Pues no sé... ¡Y a ti no te importa! —levantó la voz.

—¿Cómo que no lo sabes? Yo sé exactamente desde cuando no me acuesto con un hombre. Eso no se olvida.

—¡Ah, sí! ¿Y cuándo fue eso? —preguntó con ironía.

—Dímelo tú y te lo diré yo. —Sonrió.

—A mí ni me va ni me viene cuando te hayas acostado con un tío por última vez. Ni cuando fue la primera. —Volvió a contestar tensa, las preguntas de Rafael la estaban poniendo en un brete.

—A los veinte.

—A los veinte, ¿qué?

—Me acosté con un hombre por primera vez. ¿Y tú?

—No te lo pienso contar, eso es privado.

—¡No me lo puedo creer! ¡Oh, Señor, es cierto! ¡Es cierto lo que pienso!

—¿Qué coño es cierto? —preguntó irritada.

—¡Eres virgen! ¡Nunca has estado con un hombre! —exclamó, mirándola atónito.

—Pero ¿qué dices? —El rubor comenzó a tomar el rostro de Sonia. Jamás había tratado así de abiertamente su vida íntima—. Y habla más bajo, nos va a oír la gente. —Miró de reojo alrededor.

—Sonia, Sonia, Sonia... ¡Eres virgen con cuarenta y dos años! No me lo puedo ni creer. ¿Cómo lo has logrado? —preguntó asombrado.

—¿Y tú cómo crees? ¡Qué pregunta tan absurda! —Resopló.

—Sonia..., Santa Sonia. Tendré que llamarte así a partir de ahora —dijo entre

risas—. Debes de pertenecer a una de esas especies en peligro de extinción. —
Continuó riendo.

—Como vuelvas a...

—¡Para, cariño, para, era una broma! —La interrumpió al ver que se estaba molestando—. No me río de ti, de verdad, tan solo he flipado un poco. Pero necesito una respuesta sincera. —Se puso serio—. ¿Nunca has tenido deseos sexuales? ¿Nunca has deseado estar con un hombre en la cama? ¿Nunca has pensado en sexo?

—Pues no. No he sentido nunca eso, ni pensado, qué quieres que te diga —
contestó un poco sulfurada.

—Entonces, ¿voy a ser el primer hombre que pase una noche contigo?

—Sí —contestó tajante y malhumorada.

—¡Hija, qué deprimente! Al primer hombre que invitas a tu cama es gay. —
Empezó a reír de nuevo.

—Precisamente por eso es por lo que te he invitado. Y deja ya el temita de una vez. Anda, vamos a comernos un helado.

—¿Qué ocurre?, ¿te has acalorado? —preguntó riendo.

—¡Quieres dejarlo ya! Cállate y vamos, o esta noche dormirás en el suelo.

—Vale, vale, me callo —dijo echando su brazo por encima de los hombros de Sonia.

La noche pasó tranquila. Sonia no tenía ninguna pretensión de montar un circo para que Ricardo escuchase lo mismo que ella oyó cuando estaba con Irina. Su plan era otro, algo más visible que dejase palpable lo que había entre ambos, pero sin pasarse, claro estaba. Lo tenía tan bien visualizado en su mente que incluso convenció a Rafael para ensayarlo unas cuantas veces nada más levantarse. Quería que la ocurrencia quedase natural, y por lo tanto creíble.

Sonia conocía las costumbres y rutinas de Ricardo, casi tres meses viviendo juntos habían dado para hacerlo. Ricardo nada más levantarse siempre se duchaba. Después se marchaba a su habitación, se vestía y luego desayunaba. Por ese conocimiento de hábitos se iba a regir Sonia para poner en marcha su plan.

Eran casi las nueve de la mañana cuando escuchó la puerta del baño cerrarse, Ricardo ya estaba en la ducha. Normalmente en diez minutos salía, y en otros diez ya estaba en la cocina. Sonia se puso un camisón muy corto con una diminuta bata a juego. Se colocó el cabello, dándole un aire despeinado tras una noche alocada, y se pellizó las mejillas para poner una nota de color en su rostro. Rafael silbó completamente alucinado cuando se dio la vuelta.

—¡Coño, eres la diosa del deseo! ¡Dios, me dan ganas de volverme heterosexual!

—Anda, calla, desvergonzado.

—¿Desvergonzado yo? ¿Tú te has visto? ¿De dónde has sacado eso? —Rafael

estaba deslumbrado.

—Me lo regaló hace años Encarna. Miguel, el de administración, no paraba de perseguirme a pesar de mis rudas maneras para disuadirlo. Algunos son masoquistas, ya lo sabes. Ella no paraba de insistir en que pasase una noche con él y me lo regaló con la idea de darme un empujoncito. Es la primera vez que me lo pongo.

—Pues me dan ganas de arrancártelo a bocados, ¡madre mía! —Sonrió.

—Vale ya de decir tonterías y prepárate.

—¿Salgo desnudo? —bromeó.

—¡Oh, Rafael, me exasperas! ¿Cuántas veces voy a repetírtelo? Pecho descubierto, pantalón del pijama a la altura de las caderas y despéinate un poco más.

—¿De verdad que conoces el significado de la palabra ironía? Porque a veces lo dudo.

—¡Anda, calla y obedece! —protestó Sonia.

—Sí, mi ama —soltó con sarcasmo, y obedeció.

Rafael hizo todo tal cual le dijo Sonia, y cuando escucharon entrar a Ricardo en su habitación ambos se fueron a la cocina. Sonia se sentó en la mesa, separó sus piernas para que el cuerpo de Rafael quedase entre medias de ambas y esperaron a escuchar los pasos de Ricardo anunciando su llegada a la cocina para comenzar su teatral obra.

—Ya viene, empecemos —susurró Sonia.

—¡Oh, mi amor, ha sido una noche tan maravillosa! —dijo con mucha dulzura—. Tenía tantas ganas de estar contigo de nuevo.

—Yo me moría por tenerte entre mis brazos, Sonia. Eres una mujer que me vuelve loco. Estaría metido en la cama contigo a todas horas.

—Pues volvamos, regresemos de nuevo a ese nido de amor. —Sus labios se unieron con fuerza, con pasión, se besaron como jamás Sonia se había besado con un hombre, con lengua.

—Cof, cof —tosió Ricardo al entrar en la cocina.

Rafael y Sonia separaron sus labios de inmediato. Ambos se miraron asombrados por el ímpetu puesto en ese beso. Sonia sintió calor, un calor repentino y desconocido para ella hasta ese momento.

—Perdónanos, Ricardo —dijo Rafael, saliendo de entre las piernas de Sonia.

—No, si a mí me da igual. Solo quería que supierais que estaba aquí. —Sus ojos no podían apartarse de la figura de Sonia cubierta por unos escasos centímetros de tela. La mínima bata caía a un lado dejando uno de sus hombros totalmente al aire, mostrando un generoso escote y la magnitud de sus pechos.

—Lo siento, nos hemos dejado llevar. —Sonia bajó de la mesa y cogió de la mano a Rafael—. No te molestamos más, regresamos a mi habitación.

—Cómo queráis. —Ricardo no podía disimular la atracción que esa mujer volvía a despertarle.

Sonia volvió a la habitación con Rafael dando palmas de alegría con el corazón.

Sabía que le había molestado a Ricardo y eso la contentaba en extremo. Lo sabía de sobra, su cara lo reflejaba. Le molestaba que estuviese con Rafael en aquella mesa y besándose de esa forma. Y al recordar el beso, su actitud cambió.

—¿Se puede saber por qué me has besado de esa forma desenfadada? —le preguntó nada más cerrar la puerta.

—¿Y tú? Me has metido la lengua hasta la campanilla. Yo simplemente te he seguido.

—¿Que me has seguido, Rafael? Dirás que me has llevado. Tu lengua movía a la mía con desespero.

—Yo he seguido tus instrucciones, nada más. Me dijiste que un beso apasionado y eso he hecho. ¿Y ahora vas a decirme la verdad de montar todo esto?

—Ya te la he dicho. ¿Por qué me preguntas algo que sabes?

—Hay algo más, tú lo sabes igual que yo. ¿Te gusta Ricardo?

—¿Estás loco? Ni me gusta ni muerta tendría algo con él.

—Pues yo empiezo a pensar que a una pequeña parte de ti le gustaría. Y por su parte me parece que ocurre tres cuartos de lo mismo.

—Definitivamente, deliras. Besar a una mujer te ha hecho perder la razón.

—Bueno, el tiempo lo dirá. Ya veremos quién pierde la razón aquí.

—Anda, hagamos un poco de tiempo para que crea que nos estamos amando. Luego vistámonos y márchate. Daniel regresa sobre las doce.

—Sí, mi señora. A mandar.

—¡No seas bobo! ¡No me hables así! Sabes que te lo agradezco mucho. Ven, dame un abrazo.

—Ha sido un placer, Santa señora virgen —dijo en los brazos de Sonia.

—¡Oh, pero serás puñetero! —exclamó, y le soltó un puñetazo en el hombro.

La normalidad regresó a casa de Sonia. La insólita normalidad que consistía en vivir bajo el mismo techo con Ricardo, claro, pero era lo que les tocaba vivir gracias a la sorprendente decisión del juez Guzmán.

Los días continuaron pasando, y con ellos las semanas, y el calendario que Daniel iba tachando aglutinaba cada vez más cruces rojas. Y esa sucesión de días le acercaban más y más a su padre.

Por fin Ricardo había sido capaz de conseguir sacar de su mente esos absurdos y calenturientos pensamientos acerca de Sonia. De vez en cuando, cuando los recordaba, no paraba de preguntarse cómo había llegado a desvariar así su cerebro. Cómo podía haberse sentido atraído por esa fría mujer que en cuanto desapareció Rafael retomó su gelidez y su atuendo normal.

Había transcurrido algo más de un mes desde que Sonia y Rafael hicieron aquel paripé para hacer creer a Ricardo que tenían una relación. Durante ese tiempo, Rafael se había dejado caer alguna vez que otra por el piso de Sonia, aunque en calidad de amigo, pues Daniel estaba presente. Encarna también se había acercado en unas cuantas ocasiones, y Estrella, la tía de Sonia, volvió de visita un día que Ricardo quiso alargar, una vez más, hasta después de cenar.

Y así fue pasando el tiempo, entre callados pero acumulados reproches, asperezas en el ambiente y groserías reservadas en la garganta, aunque gritadas fuerte en la mente. Y todo por lo mismo, la lucha de ambos por el amor de Daniel, por el miedo a perderlo, por la incertidumbre de qué ocurriría, qué decidiría aquel juez cuya brillante idea había sido hacerles convivir.

Ricardo se había acostumbrado todas las noches a contarle a Daniel, en lugar de un cuento, una historia de su madre para que así la conociese y supiese cómo de maravillosa fue la mujer que lo trajo al mundo. También, en ocasiones y por propia petición de Daniel, le hablaba de sus misiones en el CESID. Eso sí, sin dar demasiados datos o detalles, no le estaba permitido hacer pública aquel tipo de informaciones. Sonia y su curiosidad empezaron a quedarse a un lado de la puerta de la habitación de Daniel, donde no era visible para nadie, y escuchaba esas mismas narraciones que tanto le encantaban a su hijo. Eso le sirvió para conocer un poco más a Ricardo y su vida, sus sentimientos, su sensibilidad, e hizo que comenzase a debatirse entre el hombre cuya presencia le desagradaba y el que empezaba a crearle expectación.

Sonia esperaba casi con ansia que llegase la noche para escuchar a Ricardo contarle otra de sus interesantes historias a Daniel. Escuchando sus historias, ella, espectadora en la oscuridad pero fiel, se daba cuenta de lo buen padre que era y de lo que amaba a su hijo. Pero también con ello entendía que Ricardo se ganaba cada día

más el amor y admiración de Daniel, y Sonia se sentía herida por ello. Si bien, a ratos, igualmente comprendía que Daniel lo empezase a querer; era un hombre muy cariñoso con él, siempre le mostraba un afecto incondicional, se desvivía por su hijo... Simplemente Ricardo ejercía a la perfección su papel de padre.

La cabeza de Sonia, en medio de un caos de absoluta ingobernabilidad, se contendía entre el odio ante el progenitor y la atracción hacia la persona de Ricardo. Una división que la atormentaba, desconcertaba y volvía loca. En ocasiones creía que de seguir así perdería toda cordura. Ansiaba que terminase aquella condena que le suponía vivir cerca de él. Aunque luego, al momento, no deseaba que el tiempo corriese por el miedo de qué la aguardaría tras acabar. A veces también llegaba a sentirse triste y vacía pensando que no iba a ver más a Ricardo tras finalizar el periodo de convivencia, y llegar a sentir eso la asustaba mucho, la trastornaba. ¿Cómo podía sentir lástima por ese hombre, el mismo que pensaba que era mejor que ella para Daniel, que ser su padre biológico anteponeía a todo cuanto ella había entregado por su hijo? Definitivamente se estaba convirtiendo en una demente, no razonaba con la lógica. La lógica diría que ella, y solo ella, era lo mejor para Daniel. Eso diría su lógica aplastante. Su padre tan solo era secundario en su vida. No había pasado los principales años junto a él, su más tierna infancia, la que según los psicólogos marcaba de por vida a las personas. Intentaba convencerse a sí misma una y otra vez con los mismos argumentos. Sin embargo, a diferencia de los meses anteriores, cuando debía frenar a sus impulsos por el odio que sentía hacia Ricardo, ahora la asaltaban las dudas en cuanto a la necesidad de paternidad por parte de Daniel. Sonia estaba tan perdida entre aquel tsunami de sensaciones y sentimientos que necesitaba consuelo, un gran abrazo. Uno de esos fuertes y envolventes, de los que te hacen sentir que todo va a ir bien, que nada malo puede ocurrir. Por primera vez en su vida se sintió necesitada de cariño, y no por parte de su hijo, precisaba sentirse amada, sentir que tenía con quien compartir, un compañero. Su mente, ante tal necesidad, reflejó de inmediato la imagen de Ricardo en secuencias: serio, sonriendo, abrazando a Daniel, jugando con él, feliz, emocionado, cocinando, fumando... De todas formas y maneras, en fotogramas, como en una película. Los ojos se le cargaron de llanto y, acto seguido, comenzó a llorar. Lloraba de rabia, de pena, de angustia y de dolor. No era capaz de razonar, tan solo podía llorar. Y así, en medio de esa ola de sentimientos encontrados que la engullía y arrastraba para dentro y para afuera una y otra vez, pasaron los días y llegó el verano.

Daniel había acabado el curso. Una vez más, su boletín de calificaciones estaba lleno de sobresalientes y matrículas de honor; era muy buen estudiante. Estaba de recién estrenadas vacaciones estivales y deseaba con fuerza ir a la playa, así que ese primer sábado tras sus vacaciones pensó en ir con su madre y su padre al mar. Era el segundo día de verano. El sol calentaba con fuerza y no eran ni las diez de la mañana todavía, por no hablar de la humedad del ambiente que también era elevada para esas tempranas horas. Sin lugar a dudas, el mejor lugar para refugiarse de ese día, el cual

todos los indicios apuntaban iba a ser muy tórrido, era estar dentro del agua. Daniel salió corriendo de la cama en busca de sus padres, tenía que convencerlos para ir y no iba a desistir hasta conseguirlo.

Ricardo estaba sentado en el salón, y Sonia, en la cocina, tomándose un café. Daniel cogió a su padre de la mano y tiró de él hasta donde se encontraba su madre.

—¡Eh!, ¿qué haces, campeón? ¿Adónde me llevas?

—A la cocina, con mi madre. Os voy a proponer un plan para hoy. —Sonrió, mirándolo mientras tiraba de él.

—¡Hola, mamá! —exclamó, entrando en la cocina con Ricardo.

—Buenos días, cariño. ¿Qué te pasa? Traes cara de pillo. Conozco ese semblante, estás ideando algo. —Estiró sus labios, mirando por el rabillo del ojo a Ricardo.

—Me conoces muy bien, se nota que eres mi madre. Seguramente seas la mejor madre del mundo. —Volvió a sonreír.

—No me hagas la pelota y suéltalo ya. —Sonia sonrió más.

—He pensado que hace muy buen tiempo, estoy de vacaciones, he traído muy buenas notas y qué lugar mejor para pasar el día que irnos a la playa. Tú y yo solemos ir a la playa cuando llega el verano, ahora también puede venirse mi padre. Vayamos los tres, ¿vale?

—Es una idea fantástica. —Asintió Ricardo con la cabeza—. Además, te mereces un premio por haber trabajado mucho durante todo el curso.

—¿Qué dices, mamá?

—Bueno, no sé...

—¡Anda, *porfa, porfa!* —Daniel puso esos ojitos con los que Sonia era incapaz de negarle algo.

—Vale, venga, iremos a la playa.

—¡Toma, qué guay! —exclamó dando saltos.

—Voy a llamar a Rafael para ver si quiere venirse también —añadió.

—¡No! Quiero que vayamos solos los tres, mi padre, mi madre y yo —dijo Daniel con rotundidad.

—Pero ¿qué más te da? Si a ti te encanta estar con Rafael. A más gente, más diversión.

—No. No quiero, mamá.

—Pero...

—Sonia, por favor —intervino Ricardo, cortándola—. Vayamos solos los tres, como quiere Daniel. Ya vendrá otro día Rafael.

—¿Por qué? ¿Porque lo dices tú? —preguntó molesta.

—No, porque así lo quiere él. No es algo tan descabellado.

—Es ridículo que no quiera que venga Rafael, solo eso. Se ha criado con él, lo quiere.

—Sí, mamá, pero yo quiero un día en familia. —Daniel turnó su mirada entre

ambos a espera de una respuesta.

—Por mí no hay problema, hijo, el problema al parecer lo tiene tu madre.

—¡Eso, muy bien! Ahora ponme como la mala de la película. No tienes ni idea de educar a un niño. No puedes acceder a todos sus caprichos, hay que poner unas reglas que ellos deben entender y cumplir, no solo darles todo cuanto quieran y ya está —habló con rabia.

—¡Ah, claro!, yo no sé nada de niños, no lo he criado, se me había olvidado por completo. Ya no me acordaba que me he perdido casi siete años de su vida. Que no lo vi echar todos sus dientes, andar en condiciones, hablar bien, su primer día de colegio, sus amigos, todo. Todo lo que tú has vivido con mi hijo. Ya no lo recordaba, fíjate qué memo —escupió en alto y con sarcasmo.

—¡Oye, escucha! Yo no tengo la culpa de que te perdieras todo eso. Yo no tuve la culpa de que fueses víctima de un atentado y perdieras la memoria. Y porque yo no he tenido culpa ninguna de tu desgracia, precisamente por eso, no voy a consentirte que rompas las reglas que mi hijo tiene establecidas —gritó Sonia.

—¡Es mi hijo también! —chilló—. ¿Cuándo coño vas a enterarte de ello?

—¡Basta, basta! —exclamó a voces Daniel, con las manos taponándose los oídos para no oír el elevado volumen de sus timbres. Sonia y Ricardo se quedaron en silencio y lo miraron un poco abochornados. Daniel se destapó los oídos al ver que estaban callados—. Ya no quiero ir a la playa. Ya no quiero ir a ningún sitio con vosotros.

—Daniel, lo siento —respondió Sonia.

—Siempre lo estropeas todo —afirmó, mirándola muy serio.

—Pero, Daniel. —Sonia se quedó asombrada viendo con qué rabia la miraba.

—Sí, mamá, es cierto. Si viene la tía Estrella te molesta, y con mi padre siempre estás cabreada, intentas disimularlo, pero se te nota. Ahora te digo que nos vayamos a la playa los tres y tampoco te gusta la idea, te sienta mal mi plan y vuelves a enfadarte con mi padre. Pues ahora yo me he enfadado contigo. —Salió corriendo hacia su habitación.

—¡Daniel, hijo, Daniel! —Echó a correr detrás de él, pero Ricardo la sujetó por el brazo.

—Déjale, está dolido. Es mejor que esté un rato solo.

—¡Oh, Dios, lo que me faltaba! ¿Ahora sabes tú más que yo sobre él? ¿Acaso lo conoces mejor? Esto es increíble —escupió con furia.

—Increíble es tu comportamiento —gritó—. ¿Tanto te costaba que fuésemos los tres a la playa? ¿Tanto te molesta mi presencia? ¿Crees que a mí me encanta la tuya? ¿O piensas que voy a sobrepasarme contigo y por eso querías que viniese Rafael? Explícate, porque no se me ocurre ninguna otra cosa, ya no sé qué más pensar.

—Me basto yo solita para defenderme si alguna vez se te calentasen los pensamientos. Un rodillazo en cierta parte te aseguro que es mano de santo para alejar los impulsos incontenibles, algo que te aplacará al momento.

—Descuida, si mis pensamientos se llegasen a calentar, como tú dices, jamás lo harían pensando en ti. Eres demasiado fría como para poder conseguirlo.

—Pues mucho mejor, me alegro. Así no me veré en esa disyuntiva nunca.

—Y yo más, no sabes cuánto. Me exasperas en exceso como para poder verte de otra forma. Y ahora me voy a dar una vuelta, a ver si se me pasa la mala leche que me has puesto y mis pensamientos asesinos se calman. Esos sí eres capaz de despertármelos con mucha frecuencia —dijo, saliendo de la cocina. Al momento se escuchó un fuerte portazo.

Sonia se echó a llorar al instante. Por primera vez habían discutido entre ellos por lo que acumulaban, por lo que guardaban, y ese miedo que ambos escondían debajo de su piel los había llevado a reprocharse, a echarse cosas en cara. Sonia siempre había creído que la situación de convivir juntos solo la desesperaba a ella, pensaba que a él le era indiferente, pero ahora era plenamente consciente de que a Ricardo le molestaba tanto o más que a ella. Y si haber descubierto eso de golpe y porrazo y sin anestesia no era suficiente, por primera vez había discutido con su hijo. Jamás antes Daniel la había mirado de esa forma, con rabia, casi perdonándole la vida con aquella aniquiladora mirada. Y, por supuesto, nunca antes su hijo le había contestado ni puesto en duda ninguna de sus decisiones.

Después de desahogarse un poco se lavó la cara y decidió ir a hablar con Daniel. Debían aclarar todo lo ocurrido, no podía ponerse en contra de ella; era su madre. Sonia entró despacio en su habitación, Daniel estaba tumbado en la cama bocabajo, y por lo tanto no podía verle la cara, pero escuchó de sobra su llanto en el silencio del habitáculo. Lloraba despacio, en bajo, aunque las sacudidas de su pecho eran apreciables y totalmente audibles.

—Daniel, cariño, no llores. Hablemos, hijo. —Sonia se sentó en la cama y comenzó a acariciarle la espalda.

—¡Déjame, no quiero hablar! —Se zarandéo para que la mano de su madre se apartase de él.

—Hijo, lo siento, no quería molestarte, de verdad. Es que no entiendo por qué te importa que venga Rafael, siempre te ha caído genial, os lleváis muy bien.

—¡¿Aún no lo entiendes?! —Levantó su cara de la cama para hablarla—. Quiero parecer una familia, igual que la de mis amigos. Tengo a mi madre, y desde hace poco a mi padre, quiero salir con ellos, con los dos. Claro que me cae bien Rafael, pero quería que fuéramos solo los tres... ¡Pero lo has estropeado todo! —gritó—. No has pensado en lo que yo quería, en lo que a mí me apetecía hacer, solo en ti. Siempre piensas en ti desde que mi padre está aquí, y te molesta su presencia, lo he notado muchas veces. Tú no has pensado que a lo mejor a él tampoco le gusta vivir contigo, que igual no te soporta, que le pareces antipática e incluso una amargada. Porque a veces te comportas con él como la tía Estrella hace contigo, a veces eres una resentida como ella —le gritó casi con odio.

Sonia se sintió humillada y agredida con las palabras de Daniel, y sin pararse a

pensar, le soltó un bofetón en su mejilla. No soportaba la comparación con su tía, una mujer enfadada con la vida. La cara de Daniel tornó al momento a desconcierto. Se quedó boquiabierto y tocándose la mejilla, en donde su madre acababa de soltar su rabia. Sonia se sobresaltó al ver lo que acaba de hacer: pegar a su hijo.

—Lo siento, cariño, lo siento. No quería pegarte, no sé qué me ha ocurrido, hijo. Perdóname, por favor —dijo compungida, y lo abrazó.

Daniel rompió de nuevo a llorar en brazos de su madre. Sonia lo acompañó con un llanto desgarrador que no terminaba de comprender cómo había sido capaz de llegar a poner la mano encima a su niño. Sus quejidos quebrantados, bañados en las saladas gotas que surcaban su cara, se turnaban continuamente con unos besos de infinita ternura y amor en la frente de Daniel. Y mientras lo hacía, mientras su amor y arrepentimiento se derramaba en besos y lágrimas, su mente no paraba de fustigarse una y otra vez por lo sucedido, algo que no sabía ni definir, tan solo no tenía nombre. Daniel era un niño bueno, maravilloso, noble y muy sensible, y lo único que había hecho era decirle la verdad. Eso precisamente era lo que había molestado a Sonia en sus adentros, que su pequeño hijo se hubiese atrevido a contarle la realidad, lo que resultaba evidente, su mal comportamiento hacia su padre, Ricardo. Un hombre que había demostrado tener más tolerancia, con diferencia, de la que ella había tenido durante estos más de cuatro meses de convivencia.

Cuando por fin ambos consiguieron calmar sus almas, cuando terminaron de vaciarlas de aquel dolor del que estaban abarrotadas, Sonia tomó una decisión.

—Daniel, mi niño, me voy a marchar hasta mañana por la noche, necesito pensar.

—¿Dónde? ¿Adónde te vas? —Daniel preguntó asustado.

—No sé, a casa de Encarna o Rafael, ya veré. Necesito recapacitar, ver las cosas desde otra perspectiva, estoy rebasada. Mira lo que he hecho, pegarte. —La voz le tembló.

—Pero no querías hacerlo, yo te he cabreado y tú no has pensado lo que ibas a hacer —habló atropelladamente—. ¡No te vayas, mamá! —balbuceó, ahogado una vez más en llanto.

—No, cariño, no. No vuelvas a llorar. Mírame —dijo, levantándole la barbilla—. Mañana por la noche estaré de vuelta, volveré a estar a tu lado. Pero ahora necesito poner distancia con esta situación que se me escapa de las manos.

—Mamá, perdóname, yo te quiero, no te vayas. —Daniel volvió a derramar más lágrimas con una sincronía absoluta, ambas a la vez.

—Hijo, y yo. Yo te quiero por encima de todo, eres mi vida —explicó, secándole aquellos lagrimones gigantes que le habían cruzado toda la cara hasta llegar al mentón—. Por eso mismo, porque te quiero, vas a quedarte con tu padre y yo voy a reflexionar todo cuanto me has dicho. Porque es cierto, Daniel, lo que me has dicho es cierto, hijo. —La voz se le ahoga una vez más.

Madre e hijo se abrazaron con todas sus fuerzas y llegaron a sentir un poco de dolor físico con ese tremendo abrazo, si bien en ese momento no importaba apretarse

un poco más o menos, sino sentir el calor de la otra parte, su cariño y amor.

Sonia se marchó, lagrimosa aún, a su habitación para coger una muda limpia, un pijama, ropa interior, su cepillo de dientes y unas zapatillas. Metió todo en una pequeña maleta roja, regalo de Rafael hacía unos cuantos años por su cumpleaños. Y precisamente a él decidió llamar para pasar los dos días en su casa. Encarna era buena persona, pero más frívola y alocada, y en esos momentos lo que Sonia necesitaba era un poco de alivio y pensar con serenidad. Rafael sabía darle todo eso, era un sedante perfecto para su agitado estado de ánimo. Le aportaba el consuelo que ella siempre necesitaba.

Rafael la esperaba en su casa, no había ningún inconveniente; eran amigos y los amigos estaban para ayudarse. Sonia, sentada en el sofá del salón, aguardaba la llegada de Ricardo para marcharse. Daniel, nervioso, alternaba paseos por la casa con repetidos abrazos a su madre, ratitos sentado a su lado y continuas visitas al baño. En una de sus últimas visitas a este, Ricardo llegó. Sonia, nada más escuchar abrir la puerta, se levantó y cogió en mano la pequeña maleta. Ricardo se quedó blanco como la pared al verla así, preparada para marcharse. Sus ojos azul grisáceo se volvieron tan fríos que reflejaron el color del acero, y con urgencia miraron alrededor en busca de Daniel.

—¿Dónde está? —preguntó alterado.

—¿Quién? ¿Daniel?

—Pues claro, ¿tú quién crees?

—Creo que estaba en el baño —contestó Sonia, averiguando de inmediato lo que sus ojos gélidos y colmados de miedo habían hecho pensar a su mente—. ¿Crees que iba a llevármelo o que me lo había llevado ya de aquí? ¿Puedes pensarlo en serio? —preguntó perpleja.

—Puede, no sé. Viniendo de ti no sabría qué pensar —contestó serio.

—¿Siempre eres tan desconfiado?

—Me entrenaron para eso, para desconfiar.

—Pues que sepas que yo no soy ningún espía de esos con los que estabas acostumbrado a tratar. No haría algo tan rastrero y bajo, y no lo haría por Daniel. Me voy yo, sola, hasta mañana por la noche. Necesito un poco de distancia, el ambiente entre nosotros es muy denso y no es bueno para él. Daniel ha sido el que ha terminado pagando las consecuencias.

—¿Adónde vas? —preguntó extrañado.

—No creo que deba darte explicaciones. A mí no me entrenaron para eso.

—¿Por qué siempre eres tan arisca conmigo?

—¿Y por qué tú a veces eres grosero e impertinente?

—Mira, vale, ve donde quieras. Dejémoslo aquí, por favor.

—Por primera vez estoy de acuerdo contigo, dejémoslo, hagámoslo por Daniel. ¡Daniel, mi vida, me voy! —gritó Sonia para que Daniel regresase al salón y poder despedirse.

—¡Mamá, mamá! —exclamó de seguido, llegando a la carrera y lanzándose a los brazos de su madre—. Te voy a echar mucho de menos, de verdad.

—No te va a dar ni tiempo, cariño. Mañana por la noche ya estaré de vuelta. Te quedas con tu padre, pasadlo muy bien. —Se besaron y abrazaron fuerte.

Ricardo se emocionó viendo la escena entre madre e hijo unidos en un abrazo del cual no eran capaces de separarse. Su corazón se encogió al ver cuánto amor emanaba de ellos, con cuánto cariño acababan de cargar el ambiente. Ricardo fue consciente, aunque nunca le había cabido la menor duda, del férreo amor que se tenían, del firme cariño que se profesaban, de lo fundidos que sus corazones y almas estaban. Precisaban tanto el uno del otro como el pez del agua o la Tierra del Sol. Estaban tan unidos como la uña a la carne, y eran tan inseparables como el trueno de la tormenta.

Sonia salió deprisa para hacer menos tortuosa esa despedida que tan solo les iba a alejar apenas día y medio. No quiso ni volver la vista antes de cerrar la puerta. Y cuando por fin la cerró, inhaló fuerte una bocanada de aire, por momentos hasta se sintió mareada, casi con vértigo. Era la primera vez que ella se separaba de Daniel desde que lo acogió, desde que se lo llevó con ella para ser su madre. La primera vez que ella era la que se marchaba a otra casa, dejándolo a él, aunque sabía que no estaba solo y estaría muy bien cuidado. Por un segundo dudó de si marcharse o volver a entrar por la puerta, pero luego creyó que sería lo mejor para todos darse ese corto margen de tiempo. Tenía mucho en lo que pensar.

Tras consolar a Daniel, que estaba muy afectado por la corta marcha de su madre, Ricardo le sugirió ir los dos a la playa. El día era maravilloso y verdaderamente sería una lástima desperdiciarlo, algo que ya había pensado Daniel y que lo llevó precisamente a proponer a sus padres bajar al mar junto a él, solo los tres, sin ningún añadido más en su singular familia. El niño meditó un breve lapso de tiempo, menos de un minuto, y se preguntó a sí mismo ¿por qué no? Tras una rapidísima contestación positiva a su padre, que despidió no de su boca, sino de su corazón, no perdieron un segundo más y se pusieron los bañadores. A continuación cogieron todo lo necesario para pasar ese medio día en la playa y se marcharon veloces.

Padre e hijo lo pasaron genial. Por primera vez compartían un momento así. Un momento de ocio en un enclave distinto del hogar, el parque de debajo de su casa o el más que sabido de memoria recorrido hacia el colegio. Al igual que era la primera vez que Ricardo disfrutaba tantas horas de su hijo él solo, la vez primera que gozaba de muchos momentos al mismo tiempo y sin interrupción de nadie. Ricardo se había perdido demasiados momentos durante esos siete años apartado de la vida de Daniel por culpa de su amnesia, demasiadas situaciones que quería recuperar rápidamente. Aunque algunas serían imposibles de recobrar, tan solo pasaban una vez en la vida y nunca más regresaban. Si bien él ya lo tenía más que asumido, y por eso mismo decidió nunca echar la vista atrás. Lo perdido, perdido estaba, no era necesario regocijarse en ese dolor. Tan solo debía mirar adelante y vivir todo lo que en ese momento le ofrecía la vida, sin más. Hacia atrás no iba a echar su vista ni tan siquiera para coger carrerilla, jamás.

Ricardo disfrutó muchísimo de ese día con su hijo, con cuanto tenía y le quedaba en el mundo. Daniel también lo hizo, se divirtió con su padre de una manera bestial. Aunque, a pesar de su extrema diversión, a su cabeza no paraba de asaltarle el recuerdo de su madre y las ganas que tenía de que regresara a casa al día siguiente. Daniel lo que realmente quería, lo que le ilusionaba, era estar juntos los tres, disfrutar de la compañía de ambos padres a la vez sin que ninguno se sintiese molesto. Cada vez que lo imaginaba en su mente la sonrisa le brotaba. Era tan fascinante verse como una familia en la que sus componentes se querían y necesitaban, que le hacía suspirar irremediadamente.

El domingo por la mañana Ricardo preparó un desayuno especial para los dos, lo que sabía que más le gustaba a Daniel: huevos revueltos con beicon, tostadas y zumo

de naranja. Daniel dio palmas de alegría al ver la mesa de la cocina llena de todo aquello y se lanzó a abrazar a su padre, regalándole a la vez un gran beso. Ricardo llegó a emocionarse al ver lo feliz que le había hecho a su hijo un simple desayuno. Pero lo que él ignoraba era que esa felicidad que Daniel emanaba también se debía a la certeza de que en solo unas horas, por la noche, volvería a ver a su madre, que estaría de vuelta en casa.

Mientras sus brazos no se habían despegado de sus cuerpos con ese descomunal abrazo, el timbre de la puerta sonó.

—¿Será mamá? —preguntó ilusionado Daniel. Pero al momento comprendió que su madre no llamaría, abriría con su llave—. Bueno, no, claro, ella abriría la puerta, no llamaría —contestó un poco apagado.

Ricardo se apartó de él y le dijo que iba a ver quién llamaba. Daniel lo siguió sigiloso y expectante por saber quién se escondía detrás de la puerta. Ricardo se quedó sorprendido al abrirla. Tanto, que sin decir ni una palabra se abrazó conmovido a la persona que estaba delante de él. Daniel no podía verlo bien, aunque le escuchó de sobra, hablaba con un tono muy fuerte.

—¡Pero bueno! ¿Te vas a echar a llorar como una nena? ¡No me jodas, Bosco, qué somos tíos!

—Tú y tu delicadeza, no cambiarás nunca —respondió Ricardo, separándose—. ¿Qué haces aquí?

—¡Coño, qué pregunta! ¿Tú que crees? Venir a verte, ¿o no?

—Sí, claro, por supuesto. Anda, pasa de una vez. —Cobo entró y Ricardo cerró la puerta. Daniel continuaba mirando perplejo a aquel hombre que, según él, soltaba muchos tacos por la boca.

—¿Tú eres Daniel? —le preguntó. Daniel asintió con la cabeza, sin separar los labios—. ¿Sabes hablar?

—¡Eh, con mi hijo no te metas! Lo primero que tienes que hacer, si quieres que te hable, es presentarte.

—Llevas razón, papi. —Sonrió con ironía—. Hola, soy Cobo, un amigo y compañero de tu padre. —Le ofreció la mano.

—Yo soy Daniel —contestó, acercando la suya despacio para estrecharla—. ¿Tú también eres espía? —le preguntó con curiosidad mientras las estrechaban.

—¡Hay que joderse, no se le escapa ni una! —Miró a Ricardo—. Tu padre no te ha dicho que eso no se cuenta por ahí.

—No lo estoy contando por ahí, te lo he preguntado a ti solo.

—¡Y encima tiene respuestas para todo! Vas a resultar ser igual de listo que tu padre. Y a propósito de la profesión —volvió a mirar a Ricardo— ya sé que Solís vino a verte. Bueno, sé todo. —Se echó a reír.

—¿Solís? ¿Quién es Solís? —preguntó Daniel.

—Es Irina, mi amiga, la que estuvo hace un par de meses en casa. ¿La recuerdas?

—¡Ah, sí! —Daniel se sonrojó levemente al recordar lo guapa que era—. Por Solís

no sabía quién era.

—Es que entre nosotros, por nuestro trabajo, nos solemos llamar por los apellidos —explicó Cobo.

—Pues mi padre la llamaba Irina.

—Porque su nombre me gusta más que su apellido, simplemente por eso —aclaró Ricardo.

—Claro, ¿y a tu madre cómo la llama, por el nombre o por el apellido? —preguntó con sorna, pensando que con la mala leche que gastaba mejor sería llamarla sargento.

—A mi madre la llama Sonia, por su nombre. ¿Por qué iba a llamarla por su apellido? —preguntó con incompreensión—. Ella no es una de los vuestros, una espía.

—Cierto, aunque con su carácter podría serlo, no te quepa la menor duda. —Sonrió, imaginándose a su fuerte y rígido temperamento arrinconando al mayor de los valientes hasta ponerlo contra las cuerdas—. Y hablando de ella, ¿dónde está?

—Se ha marchado, vuelve esta noche —contestó Daniel sin darle tiempo a Ricardo para hablar.

Cobo miró de inmediato a Ricardo, y este le hizo un gesto para que no preguntase más sobre el tema. Pero como Daniel no era tonto y no se le escapaba ni una, también se percató de la maniobra de su padre para callar a Cobo.

—No pasa nada, papá, se lo puedo contar yo si quieres.

—A ver, pues cuenta. —Cobo lo miró expectante.

—Mi padre y mi madre discutieron ayer porque yo quería ir a la playa. Yo me enfadé con mi madre porque no quería que fuésemos solo los tres. Ella también se enfadó conmigo y nos peleamos. Y como no está acostumbrada a que nosotros nos peleemos, se ha marchado a casa de su amigo Rafael para pensar en todo esto. Bueno, es un resumen de lo que ocurrió, pero ya te haces una idea.

—Tú tienes que ser el más listo de tu clase, ¿verdad? Vaya piquito de oro tiene el muchacho —dijo sorprendido, mirando a Ricardo.

—Bueno, no siempre. Roberto a veces me supera en muchas cosas —contestó ingenuamente.

—¡Pues joder, cómo será el Roberto ese! No me lo puedo ni imaginar. —Silbó—. ¿Y se ha ido a casa de su amigo Rafael? ¡Vaya, vaya!

—Es su amigo —respondió Daniel, encogiéndose de hombros—. Yo a veces me voy a dormir a casa de mi amigo Manu.

—Claro, claro... Es lo mismo. —Sonrió pícaramente, mirando de nuevo a Ricardo.

—¡Anda, calla ya! Que tú también tienes un piquito de oro. —Ricardo negó con la cabeza—. ¿Has desayunado?

—Sí, pero hace más de dos horas, ya tengo hambre de nuevo.

—Nosotros íbamos a hacerlo ahora mismo. He preparado huevos revueltos con beicon, tostadas y zumo de naranja. Es el desayuno favorito de Daniel.

—¡Hostia, y el mío! ¡Qué casualidad!

—Venga, pues vamos a desayunar los tres.

Los tres entraron en la cocina, Cobo silbó al ver la mesa repleta de comida y se sentó de inmediato.

—¿Cuántos ibais a desayunar? Joder, aquí hay comida para cuatro.

—¿Oye? —Daniel miró serio a Cobo.

—Me llamo Cobo, dime.

—¿Siempre dices tantas palabrotas?

—¡Coño con el niño!

—¿Lo ves? Ya has dicho otra más. Casi siempre dices una palabrota en tus frases.

—¿No te gustan?

—¡Cobo, lleva razón! —exclamó Ricardo mientras se sentaba y empezaba a repartir los huevos revueltos con beicon en los platos.

—Ustedes perdonen, los dos. Intentaré corregir mi burdo lenguaje delante de los señores. —Cobo empleó una voz muy fina para hablar y Daniel empezó a reír—. ¿Te hace gracia?

—Sí. —Rio de nuevo—. La verdad es que eres gracioso.

—¡Mira! A tu hijo le parezco gracioso. —Sonrió.

—Ya lo he oído, no estoy sordo. Y ahora calla un poco y comamos, ya está todo frío.

—¡Umm, esto está de muerte! —exclamó Cobo, comiendo una y otra vez de seguido. Daniel no podía parar de reír al ver las caras que ponía saboreando la comida.

Cobo no dejaba de hacer tonterías durante el desayuno para que Daniel se divirtiera, le encantaba oír el cascabel de su risa. En verdad era un niño muy alegre y tremendamente simpático que se había ganado en unos pocos minutos a aquel tipo duro al que no conmovía nada, o al menos eso decía él y trataba de aparentar. Pero Cobo en su interior llevaba un sentimental y los que lo conocían lo sabían, aunque nunca le pusieron en el aprieto de hacérselo confesar. Por eso mismo, porque en realidad tenía un corazoncito y un lado tierno, continuaba haciendo monadas para que Daniel no dejase de reír. Entretanto, lo miraba y pensaba cuánto se parecía a su padre, tenían algunos gestos totalmente idénticos, ademanes prácticamente calcados, e incluso, por parecerse, hasta la forma de su carcajada a la hora de reír era muy similar, tan solo variaba un poco el timbre más agudo de Daniel, al ser todavía un niño. La piel se le encrespó observando al clon de Ricardo, el parecido tan extremo.

Daniel, por su parte, también observaba a Cobo sin parar, a la vez que este proseguía con las payasadas en busca de su carcajada como regalo. Y mientras reía, no dejaba de repetirse que aquel hombre no tenía aspecto de espía para nada. Más bien le recordaba a José María, el director de su colegio. Ambos llevaban el pelo igual, una melenita peinada hacia atrás con unas cuantas canas y que les tapaba la nuca. Su cuerpo estaba un poco descuidado, como el de José María que siempre

bromeaba llamando a su turgente barriguita «la curva de la felicidad». Incluso en el vestir se parecían, los dos iban de manera formal, con traje. En lo único que se diferenciaban era en el color de ojos, Cobo los tenía azul cielo en lugar de marrones, como José María.

Cobo se dio cuenta de cuánto le observaba el niño y sintió curiosidad por saber qué era lo que llamaba tanto su atención.

—¿Qué co... —Se contuvo de decir la palabrota que ya iba a salir por su boca—. ¿Qué me miras, hijo?

—Que no tienes pinta de espía. —Daniel lo soltó sin rodeos.

—¡Vaya!, ¿es que los espías tienen que tener un aspecto determinado? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Claro, deben estar en forma. Como mi padre.

—¡Joder, qué crío! Me deja alucinado, no sé ni qué contestar. —Miró a Ricardo—. Bueno, en mi defensa diré que soy todo un lustro mayor que él.

—Eso solo son cinco años, tampoco eres tan mayor. Tienes —pensó un momento— cuarenta y nueve años.

—¡La madre que me parió!, ¿a ti no hay quién te engañe? ¡Vaya un mocoso! —exclamó, deslumbrado al ver lo despierto que era Daniel, y este empezó de nuevo a reír al escuchar su forma de hablar.

—Es que Cobo lleva años retirado del servicio activo de las misiones. Él las dirige desde la central, no está dentro de la acción de la misma forma que lo hacía yo. Por eso está echado un poco a perder. —Ricardo empezó a reír. Daniel enlazó la risa de antes con lo dicho ahora por su padre, y Cobo terminó riendo con ellos.

Realmente, Daniel no había dicho ninguna mentira respecto a Cobo, este había perdido la silueta de años atrás. La rutina había acampado por su cuerpo, se había esparcido por él hasta hacerle abandonar su esbelta figura de antaño.

Sonia pasó todo el fin de semana desahogándose con Rafael y llorando mucho. Estaba desbordada, no podía parar de castigarse por el bofetón que había dado a su hijo sin merecerlo. Él solo le había dicho la verdad, la verdad de su comportamiento hacia Ricardo, un comportamiento que dejaba mucho que desear la mayoría de veces. Siempre estaba a la defensiva con él, no podía evitarlo.

Rafael le pidió a Sonia, prácticamente le suplicó, que parase de una vez con su actitud. Lo había intentado, lo había conseguido a trompicones, pero aquello no era suficiente. Había trascurrido más de la mitad del tiempo de convivencia y solo había servido para que acumulase rencor, parecía ser su único objetivo. Rafael no lo entendía, no lograba comprender por qué actuaba así, por qué no veía que ese hombre era parte de la vida de Daniel, era su padre. Sonia, por primera vez en voz alta, reconoció que sí lo comprendía, que sabía lo importante de la presencia de Ricardo en la vida de su hijo, que Daniel lo necesitaba. Y precisamente eso era lo que tanto la asustaba, porque de un tiempo a esa parte su cabeza ya no se debatía continuamente con sus argumentos y exposiciones dadas sobre quién era mejor para su hijo, ahora tenía la absoluta certeza de que Ricardo era tan imprescindible para Daniel como ella. Y lo que más miedo le daba, lo que heló su piel dejando su vello de punta y afilado fue llegar a sentir pena de que Ricardo se marchase, de no verlo más. Cómo podía llegar a pensar aquello, echarlo de menos. Cómo podía pensar semejante ridiculez, eso la volvía loca.

Sonia se echó a llorar una vez más. Rafael, por quincuagésima vez, la abrazó para consolarla, realmente estaba muy perdida y desorientada. Aunque él presentía que ese miedo transformado en odio que desde el primer segundo Sonia sintió hacia Ricardo, incluso sin conocerlo, en ese momento se estaba peleando con la atracción que, sin darse ni cuenta, ese hombre despertaba en ella. Por eso toda esa dura lucha en su interior, por eso el terrible miedo que la asaltaba. A Sonia se le empezaban a despertar unos sentimientos totalmente encontrados, inmotivados, arbitrarios y ante todo desconocidos. Unos sentimientos chocantes e insostenibles que hacían reinar en su cuerpo una anarquía absoluta donde no existía control ninguno. Rafael, viendo cómo Sonia se deshacía entre su pecho, solo sabía darle mucho cariño en forma de abrazos y besos. Todo cuanto ella demandaba, todo el aplacamiento y amparo, todo el afecto y amistad, todo el amor honesto y desinteresado de su amigo y puntal..., él se lo entregó con la única y firme idea de consolarla. Se lo otorgó sin escatimar lo más mínimo ni regatear un poco. De la misma manera que la marea ascendía vertiginosamente subiendo el nivel del mar, así se elevó su caudal de protección. Rafael se lo proporcionó al cien por cien y al mil por mil, como era su costumbre desde los últimos tiempos para esta parte. Ya no solo era su amigo y confidente,

Rafael, irremediablemente, se había convertido en el bienhechor de Sonia.

El domingo a las nueve de la noche Rafael acercó a Sonia hasta su casa. Durante el trayecto, esta no paró de darle las gracias por todo su apoyo y consejos durante el largo y duro fin de semana. Le anunció que, tras pensar mucho en las opiniones y recomendaciones que le había dado, le prometía pedirle a Ricardo firmar un armisticio hasta el final de la convivencia. Y no solo lo haría por Daniel, sino por el bien de todos, la situación a minutos se hacía insoportable. Rafael se puso muy contento al escuchar esas palabras de Sonia, su meditación que la llevó a reflexionar en la dirección correcta. Tanta fue su alegría, que en cuanto llegaron a casa de Sonia y se bajaron del coche la abrazó con todas sus ganas, como si fuese la última vez que fuera a hacerlo, y le dio un enorme beso, apretando con fuerza sus labios en su mejilla. Sonia llegó a quejarse y le llamó bruto por el ímpetu puesto en ese beso. Luego ambos se echaron a reír y se encaminaron al portal despacio.

Cuando Sonia entró en su casa escuchó voces y risas, y comprobó rápidamente que Ricardo y Daniel no estaban solos. Por un momento, su mente recordó a Irina y sus curvas marcadas en exceso gracias a usar una talla menos de la que le correspondía. Eso hizo sulfurarse a su temperamento y se adentró con velocidad hasta el lugar de donde procedían las voces, el salón. Al ver sentado en este a Cobo, junto con hijo y padre, respiró aliviada. No entendía por qué le molestaba tanto volver a ver a Irina, pero solo pensarlo la enojó.

—¡Mamá, mamá! —Daniel corrió a los brazos de su madre y se lanzó a ella como se lanza un sediento ante un oasis, con desesperación.

—¡Hijo, mi amor! ¡Cuánto te he echado de menos! —Lo besó por la cabeza cientos de veces.

Mientras Sonia y Daniel se comían a besos, Rafael saludó a Cobo y Ricardo.

—¡Le va a desgastar como continúe así! —Cobo se dirigió a Sonia.

—¡Cobo! —le recriminó Ricardo.

—¿Qué? Solo he dicho algo obvio, joder.

—Le agradecería que evitase las palabrotas en esta casa, no nos gustan —dijo Sonia de forma seca.

—Disculpe señora, las evitaré en la medida de lo posible. No sé si se acordará de mí, soy Cobo. —Alargó la mano para estrechar la suya.

—Sí, me acuerdo de usted perfectamente. —Mirándolo fijamente, Sonia rehusó dársela. Cobo terminó bajando su mano despacio, un poco intimidado por su gélida y despreciativa forma de mirar.

—¡Mamá, tengo que contarte algo! —exclamó con alegría. Daniel estaba muy feliz al tener allí a su madre y por el plan que hacía escasos minutos había ideado Cobo y esperaba que ella no fuese a rechazar.

—Dime, ¿qué es eso tan maravilloso?

—Hoy es la Noche de San Juan y en la playa encienden hogueras a las doce de la noche. Yo nunca las he visto, me gustaría mucho ir. Cobo ha dicho que vayamos con él, pero yo quiero que vengas tú también, por favor —le suplicó.

Sonia miró a Cobo, luego a Ricardo y de nuevo a Daniel. A los ojos color coñac tan bonitos que su niño tenía. A esos ojos que la miraban de una forma tan irresistible que nunca le podía negar nada.

—¿Nunca has visto las hogueras? —preguntó Rafael asombrado.

—No, nunca. —Meneó su cabeza sin parar.

—¿Nunca has llevado a tu hijo a ver ese espectáculo? —volvió a preguntar incrédulo.

—Pues no, nunca lo he hecho —contestó sin más importancia Sonia—. Yo llevo sin verlas casi quince años. Tampoco es algo tan impresionante.

—¿Y tú eres valenciana? —interpeló perplejo.

—Sí, lo soy, nací aquí. Aunque mi descendencia viene de Galicia.

—Mejor me lo pones. En Galicia esta noche es muy celebrada. Es su famosa Noche de Meigas, o lo que es lo mismo: «Noche de Brujas».

—¡Anda, mamá, vamos! —volvió a suplicar con sus ojitos.

—De acuerdo, iremos.

—¡¡¡Yupi!!! —gritó Daniel saltando.

—Anda que ya te vale, guapa. Has privado a tu hijo de ver algo mágico durante años. Menos mal que te he echado un capote con esto, socio, vaya madre más sosa que tienes. —Le guiñó el ojo al niño y sonrió.

—Rafael, ven tú también, por favor —le rogó la voz de Daniel.

—No, gracias, tengo que ir a ver qué tal están mis padres y además ayudo a la chica que los cuida a meterlos en la cama. Pero te lo agradezco mucho, Daniel.

—Pero si no es hasta las doce de la noche. Te da tiempo de sobra para volver —añadió Sonia.

—No, de verdad, estoy muy cansado y luego allí me enrolló y ya hago pereza. La que debes ir eres tú con tu hijo.

—Vale, como quieras, no te insisto más.

—Caballeros, me despido. —Estrechó de nuevo su mano con la de Cobo y Ricardo, con Daniel la chocó en el aire—. Pásalo bien, colega. Verás como te va a gustar mucho.

—Gracias, Rafael. —Daniel le regaló una gran sonrisa.

—Te acompaño hasta la salida. —Sonia se marchó con él para despedirse allí.

Sonia abrió la puerta y Rafael la miró circunspecto antes de salir.

—¿Qué?

—Has dado un primer paso, eso está muy bien, pero no olvides lo que me has dicho, que vas a firmar la paz durante el tiempo restante, cúmplelo.

—Lo haré. Ya te he dicho que no podemos continuar así, nos hacemos daño

todos.

—Mañana te veo y me cuentas. Disfruta de la velada. —Le dio un beso.

A punto de cerrar la puerta, Rafael volvió a llamarla.

—¡Sonia!

—¿Qué?

—Recuerda, no lo estropees.

—¡Que no, pesado! —Cerró la puerta y regresó al salón.

A las doce menos cuarto Cobo, Ricardo, Sonia y Daniel estaban pisando la arena de la playa. Daniel estaba embelesado con la acumulación de gente allí congregada, nunca había visto la playa así de llena, realmente no cabía un alma. Después de andar un poco buscaron un lugar donde poder quedarse y disfrutar de la función de fuego que estaba a punto de comenzar. Frente a ellos, a pocos metros, había preparadas un par de hogueras de amplias dimensiones. Daniel estaba impaciente porque aquella exhibición de llamas empezase de una vez, y continuamente se quejaba de que nadie se acercaba para encenderlas. Sonia y Ricardo le decían que se tranquilizase, todavía no era hora de hacerlo. Pero Cobo, al cual le encantaba pinchar, no paraba de chincharlo, diciéndole que igual lo retrasaban una hora más porque la persona responsable de encenderla aún no había llegado de cenar. Daniel y su ingenuidad lo creían y con ello más protestaba. Ricardo le decía incesantemente que no le hiciese caso, aunque Cobo y su gusto excesivo por incordiar continuaban haciendo de rabiar al niño. A Sonia se le empezaba a levantar el malhumor con sus idioteces y pidió a Dios paciencia para no mandarlo a freír espárragos en cualquier momento.

En unos minutos, unas cuantas personas, cada una por un extremo diferente, se acercaron a prender las hogueras. Daniel empezó a aplaudir al ver que por fin la exhibición de fuego daba comienzo. Con rapidez, pues su entusiasmo lo llevaba a hablar con celeridad, le dijo a Cobo que estaba equivocado, que no se retrasaban.

—Ya te estaba diciendo tu padre que no le hicieses caso —añadió Sonia, sin pararse a pensar ni un segundo.

Entre los cuatro hubo un momento de silencio al escuchar la frase. Unos instantes en el que todos se miraron callados y luego volvieron a mirar al frente, hacia las hogueras. Sonia todavía no se creía haber dicho tales palabras que, por unos brevísimos segundos, les hizo parecer una familia al uso, de verdad.

Daniel, con una enorme sonrisa en la boca, miraba cómo las hogueras empezaban a arder. Sus ojos se quedaron atrapados con la hermosura de aquellas pequeñas llamas que, poco a poco, crecieron y pasaron a ser gigantes. El espectáculo que ofrecían las hogueras se le metió por debajo de la piel. Estaba fascinado, cautivado, boquiabierto y con los ojos a punto de salirse de las cuencas. Pensó que nunca jamás había visto una belleza semejante a la de aquellos fuegos junto al mar. Una hermosura tan

arreatadora que le hipnotizaba con su particular danza cada vez más alta, más elevada. Daniel se enamoró en ese justo momento de aquella noche, la noche más corta del año, el 24 de junio, la Noche de San Juan.

—Ven conmigo, Daniel, vamos a acercarnos a ver aquella otra hoguera —dijo Cobo, cogiendo a Daniel de la mano, y ambos se alejaron un poco.

Sonia y Ricardo se quedaron solos. Solos y callados. Aunque Ricardo tenía la necesidad de hablar con ella para proponerle algo. Igualmente le ocurría a Sonia, y creyó que ese era un buen momento para hablar con él sobre lo que había pensado. Primero porque estaban solos, y segundo porque no quería dejar correr mucho más el tema. Las cosas tenían su momento para ser contadas, si lo dejabas pasar se escapaba y lo perdías.

—Ricardo.

—Sonia.

Los dos giraron sus cabezas a la vez y hablaron al tiempo, pisoteándose con sus voces sus respectivos nombres. No pudieron evitar sonreír un poco.

—¡Vaya!, o no hablamos o lo hacemos a la vez —explicó Ricardo.

—Sí, qué casualidad.

—Bueno, pues dime. Que hablen primero las damas.

—¡Oh, no, da igual! Habla tú primero, de verdad.

—Como quieras, Sonia. Primero quería saber si te encuentras mejor. Si te ha venido bien el fin de semana para pensar.

—Sí, me ha venido muy bien. He pensado mucho —aseguró.

—Yo también lo he hecho, ¿sabes? Le he dado muchas vueltas a la cabeza y por eso quería hablar contigo.

—Tú dirás.

—Sonia, no quiero seguir así, viviendo de esta forma que vivimos. Ya sé que no es fácil, pero se lo debemos a Daniel; él no tiene culpa de que tú y yo no nos soportemos. Aunque opino que también debemos hacerlo por nosotros, aún nos quedan unos tres meses, no lo resistiremos de continuar por el mismo camino. Intentemos llevarnos bien, por favor.

—Yo iba a decirte algo parecido. —Sonia lo miró fijamente a sus grisáceos ojos—. Quería firmar la paz contigo, aparcar las desavenencias. Y no solo por Daniel, sino por nosotros, por nuestra convivencia, porque esto está afectando mucho a nuestras vidas. Veo que ambos nos hemos dado cuenta de que no podemos seguir así, es muy difícil vivir continuamente en un campo de batalla.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. ¿Sellamos la paz? —Le ofreció su mano.

—Sellamos la paz. —Le estrechó la suya.

—Gracias, Sonia. ¿Sabes una cosa? Mi abuela siempre decía que después de la tormenta llegaba la calma, y en ocasiones traía con ella un bonito arcoíris.

—Es una frase preciosa.

—Lo es. Y nuestro arcoíris no es otro que Daniel. Dejemos que el arcoíris siempre esté con nosotros, no dividiéndonos.

Sonia asintió con la cabeza, sin decir ni una palabra, pero observándolo fijamente y segura. Y cuando el ángulo de visión de Ricardo varió para dejar de mirar sus ojos, Sonia habló para que volviesen a mirarla.

—Ricardo, gracias a ti también.

—¡Mamá, papá! —Daniel se acercó hasta ellos corriendo—. Cobo y yo nos vamos a meter los pies en el agua, es otra tradición de esta noche. ¿Os queréis venir?

—¿Vamos, Sonia? —le preguntó Ricardo, marcando una leve curvatura en sus labios.

—Vamos, por qué no. Ya que hemos salido habrá que cumplir con todas las costumbres. —Estiró las comisuras de su boca también. Y ambos se marcharon caminando lentamente detrás de Daniel, el cual estaba tan contento que no cabía en sí.

Habían pasado dos meses desde que Ricardo y Sonia acudieran al doctor Noriega, su psicólogo. El juez les había ordenado visitarlo cada dos meses, y ese martes les tocaba de nuevo sesión. Pero esta vez el doctor Noriega alteró el orden, primero citó a Sonia y después a Ricardo, aunque entre ellos no sabían cuándo tenía que ir cada uno, no lo habían hablado, igual que les ocurrió la vez anterior.

Ricardo esperaba con calma en la diminuta sala de espera que tenía el doctor. Había llegado a su cita casi veinte minutos antes, así que hojeó las revistas que se encontraban encima de la mesa de centro antes de decantarse por una para leer y hacer tiempo.

A la una en punto se abrió la puerta de la consulta y el paciente que estaba dentro comenzaba a salir, despidiéndose del doctor Noriega. A Ricardo le sonó familiar esa voz a la primera milésima de segundo de escucharla. Su vista se levantó con celeridad de la revista, casi en un acto reflejo, y comprobó que no estaba equivocado, era Sonia.

—Bueno, hasta el próximo día, Sonia. Y sigue así —dijo el doctor, estrechando su mano con ella.

—Hola, Sonia. —Ricardo se levantó tan rápido que parecía haber sido disparado por un resorte—. No sabía que venías hoy.

—No me di cuenta de decírtelo, se me ha pasado. ¿Y Daniel?

—Se ha quedado en casa de Manu.

—¡Ah, vale! Ahora lo recogeré, ya no voy a volver al trabajo.

—Perfecto, nos vemos en casa.

—Sí, ahora nos vemos. Adiós —concluyó, saliendo de allí.

—Ricardo, pasa, por favor. —El doctor Noriega lo invitó a pasar con la mano.

Ricardo pasó, se sentó y esperó a que el doctor le empezase a preguntar. Pero este primero miró algo en el ordenador, luego hojeó unas hojas, apuntó algo en una libreta y, por fin, su vista se dirigió a Ricardo.

—Veo que las cosas entre Sonia y tú han mejorado en estos dos meses. —Esbozó una leve sonrisa—. Vuestra forma de hablaros dista mucho de la de entonces.

—Sí, nos hemos dado una tregua por el bien de todos. Estos meses han sido duros y difíciles. No podíamos aguantar mucho más así.

—¿Qué ha ocurrido en estos dos meses?, cuéntamelo.

—Pues hemos estado con las lanzas en alto y atacándonos cuando podíamos. Aunque debo reconocer que ella siempre me ataca más a mí. Le molesta en extremo mi presencia.

—Tiene miedo, solo eso. Te ve como un adversario a batir, tú quieres lo que ella considera suyo.

—¡Es que es mío también! ¡Es mi hijo! —exclamó, extrañado ante esa aclaración.

—Lo sé. Yo lo sé, tú lo sabes y ella también. Aunque el miedo le impide pensar con raciocinio y la lleva a actuar de esa forma, atacando. Necesita tiempo, solo eso.

—¿Sabes? Me tiene muy confuso. Dentro de esa mujer conviven dos personas, por increíble que parezca. Una es la madre de Daniel, cariñosa, simpática, afectiva, agradable... Incluso con su amigo Rafael es así. Bueno, y más, no solo comparten amistad, ya me entiendes. Es su jefe en el despacho y su amante en casa. Con él es otra mujer distinta, una total desconocida.

—¿Cómo de desconocida?

—Un giro de ciento ochenta grados. Pasa de ser fría, como me demuestra a mí continuamente, a ser fogosa. De seca, amargada y arisca a simpática, alegre y afable. Cambia su vestimenta, su peinado, se convierte en una mujer muy atrayente. Un cambio absoluto. —Ricardo pasó su mano por la cara, se notó sofocado al recordar de nuevo a Sonia encima de la mesa de la cocina, apenas sin ropa y besándose con Rafael.

—¿Te sientes atraído por esa otra Sonia?

—¿Cómo? ¿Por qué me preguntas eso? Yo vengo aquí para hablar sobre mi hijo y sobre las relaciones entre los tres. Ya te he dicho que estos dos meses han sido muy duros, pero hemos firmado la paz hasta final de convivencia.

—Sonia es una mujer guapa, no hay nada de malo si te sientes atraído por ella. Eres un hombre, vivís bajo el mismo techo..., sería algo normal.

—Y vuelvo a repetirte que eso a ti no te importa.

—Sí puede importarme si eso va a afectar de alguna manera a vuestra convivencia. Si tú te sientes atraído por ella pero sabes que ella se ve con otro hombre, igual tu subconsciente te lleva a buscar un enfrentamiento para molestarla escudándote en otra causa.

—¡Oh, paparruchas! Yo no busco un enfrentamiento con ella, solo me defiendo de sus ataques. He tenido que soportar sus desaires, su frialdad, su resentimiento y no sé cuántas cosas más durante este tiempo. Vino una amiga a verme y dejó que mi hijo se marchase a cenar y a dormir a casa de su amigo. Lo hizo solo por fastidiarme, estoy seguro. Invité a su tía a cenar y sé que le molestó, y cómo no tengo armas con qué atacarla, la volví a invitar en dos ocasiones más que vino a ver a mi hijo. Daniel la quiere mucho y ella también a él. Y lo último fue no querer ir a la playa los tres juntos, como Daniel quería, tenía que traerse a su amiguito Rafael. Su boca me escupió de todo, y te puedo asegurar que nada bonito. A partir de ahí decidimos cambiar esto, no es justo que Daniel pague las consecuencias.

—Pues no, no es nada justo que el pobre niño se encuentre en medio de vuestras desavenencias. —Sopló.

—Por eso ambos estamos de acuerdo en poner de nuestra parte hasta que esto finalice.

—Me parece muy razonable. ¿Te molesta que Sonia salga con ese hombre?

—Me es indiferente. —Se encogió de brazos.

—Lo digo porque quizás en un futuro pase a ser algo más serio y también forme parte de la vida de Daniel.

—Bueno, siempre ha formado parte de su vida. Sonia y él son amigos desde hace muchos años, se ha criado con él.

—Sí, pero una cosa es ser amigo y otra la pareja de su madre, o sea, quien puede que comparta también la vida de Daniel.

—Me parece una buena persona, no tengo nada en contra de él. Si mi hijo es feliz, yo seré feliz.

—Muy buena filosofía. Espero que llegado el caso lo veas igual.

—Te lo acabo de decir, no sé qué parte no has entendido.

—Pues no entiendo la parte que omites, la verdad, Ricardo —habló serio.

—¿Y qué parte omito? —preguntó asombrado.

—La de que te sientes atraído por Sonia. La de que esa mujer fría y seca contigo tiene otra faz que no te muestra a ti pero que existe, y te gusta. La de tu reacción al verla, tu cara ha cambiado y tus ojos han brillado. Y por último, tu rostro ha vuelto a variar al hablar de esa otra mujer simpática y agradable.

—Si tú lo dices no voy a contradecirte. Puedes pensar lo que quieras, yo sé lo que siento. Y si mi cara ha cambiado al verla es porque no me lo esperaba y me alegra que su reacción al verme no haya sido desagradable, tan solo eso. No te voy a negar que es una mujer guapa, pero lo único que me une a ella es mi hijo. En cuanto el juez decida volveré a mi vida, una vida que debo construir porque no me queda nada de la anterior. Una vida que levantar con mi hijo y buscando un hogar para los dos porque en el anterior no soy capaz de vivir, me ahogan los recuerdos. Una vida desde cero, con unos cimientos nuevos, porque los anteriores están llenos de dolor y debo desecharlos si quiero ser feliz. Una vida que fundar con Daniel, compartiéndolo con su madre aún no sé de qué forma, pero sé que con él. —Con las últimas palabras la voz se le ahogó.

—Tu hijo es todo por cuanto luchas, eso lo tengo muy claro, no deja lugar a dudas.

—Es todo cuanto tengo. —Una lágrima terminó saltando a su mejilla, y Ricardo la limpió con suma urgencia.

—Unos padres que se olvidan por completo de sus hijos y otros que son capaces de entregar su vida por ellos. ¡El mal reparto de la vida! Daniel es muy afortunado de teneros a ambos. En fin, Ricardo, hemos llegado al final de la cita. Dentro de dos meses, a finales de septiembre, nos volveremos a ver. A menos que el juez os cite antes para el juicio.

—Deseo con ansia que llegue ese día y todo esto acabe, de verdad. —Se levantó.

El doctor Noriega, como era su costumbre, lo acompañó hasta la puerta, y allí estrechó su mano con él y se despidieron.

Ricardo se marchó andando lentamente, sin parar de dar vueltas en su cabeza a

toda la sesión y en la insistencia del doctor Noriega por su atracción hacia Sonia. Recordó el día que se vio con Rafael en su casa, lo guapa que estaba con aquella ropa y la melena suelta. Su dulzura en el rostro, su calidez en la mirada, su actitud totalmente agradable, simpática y hasta un poco bromista. Precisamente eso lo llevó a rememorar sus pensamientos lascivos de aquel momento, sus ansias por amarla, por poseerla. En su mente no paraba de girar y girar lo mismo una y otra vez mientras caminaba, y sin apenas darse cuenta, había llegado a casa de Sonia y estaba abriendo la puerta del piso. Cuando entró fue derecho a la cocina. Daniel no estaba, solo se encontraba Sonia, que en ese preciso instante mostraba su espalda. Cuando se dio la vuelta y le saludó con un lacónico «hola» y un más que escueto estiramiento de comisuras, Ricardo fue consciente. En ese conciso momento, al ver sus bonitos labios saludándolo con esa fugaz sonrisa, se dio cuenta de que una parte de él sí se sentía atraído por Sonia. El balanceo de su corazón ante ese mínimo gesto agradable que destensaba su carácter, se lo anunció. El hormigueo que le recorrió sus entrañas como si un enjambre de abejas le revoloteara, se lo chilló. Y el nudo que sintió ante su mirada, ahogándolo hasta faltarle el aire, se lo dejó nítido. Esa mujer, por increíble que pareciera, le estaba despertando los sentimientos de nuevo.

El 5 de julio se presentó casi de inmediato. Ese día era especial para Ricardo, porque era su cuarenta y cinco cumpleaños. Y por primera vez después de siete años lo pasaba con su hijo, y su hijo era consciente de vivirlo con él. El primer cumpleaños que Daniel vivió junto a su padre tan solo tenía cinco meses, demasiado pequeño como para poder acordarse de algo.

Ricardo había planeado dar una pequeña fiesta en su casa; mejor dicho, en casa de Sonia. Por lo tanto, unos días antes, prefirió comentarlo con ella por si le parecía mal o le molestaba, habían firmado una tregua y hasta el momento ambos la estaban cumpliendo y la convivencia había mejorado bastante. Ricardo pensó en invitar a Cobo, Irina, Rafael, Encarna e incluso a Estrella. A Sonia no le había parecido mal hasta escuchar los nombres de Irina y Estrella, entonces su cara cambió. Ricardo, consciente plenamente de la transformación de su rostro, le preguntó qué problema había.

—No quiero que mi tía esté aquí, se quejará por todo y me amargará. Por favor, no la invites.

—Bueno, qué te parece que la invite a comer el sábado y lo celebremos solo con ella.

—Si no queda más remedio, vale —contestó, con una resignación teñida de malhumor.

—No os lleváis muy bien, ¿a que no?

—Quizá las dos primeras horas sí, aunque a veces ni eso. Pero luego me exaspera por completo y no soporto estar a su lado. Normalmente siempre quiere que haga las cosas como ella dice y piensa, me cuestiona todo y sus reproches son continuos. No ha sido fácil para mí vivir con ella, pero tampoco quiero romper nuestro vínculo, al fin y al cabo es mi única familia. Por eso, viéndonos poco, nos soportamos.

—Entiendo tus motivos perfectamente, pero me parece feo, sabiendo como sabe que es mi cumpleaños porque Daniel no ha parado de decírselo, no invitarla.

—Tú también llevas tu razón. —Asintió—. Así que de acuerdo, la soportaré el sábado a comer.

Pero la cara de Sonia continuaba distinta a la que tenía cuando empezó a hablar con Ricardo. Este, rápidamente, supuso que había alguien más de esa corta lista de invitados que le molestaba que acudiera. Y no hacía falta ser un lumbreras para deducir quién era.

—También te molesta que venga Irina, ¿verdad?

—Pues mira, no te lo voy a negar, sí, me molesta. Me molesta y mucho —afirmó tajante—. No conservo un grato recuerdo de su visita, sus jadeos todavía están grabados en mi cabeza y no consigo borrarlos. Espero que delante de Daniel no se os

ocurra ni daros un beso. —Se puso a la defensiva por completo, su voz hasta se alzó.

—Paz, por favor, Sonia. No quiero discutir ni tener malos rollos, acuérdate de nuestro armisticio hasta finalizar la convivencia —aclaró serio.

—Siento haber elevado el tono, pero es que no quiero que Daniel se sienta mal si te ve con ella como si fuera tu pareja, entiéndeme.

—Sonia, no te preocupes, lo que ocurrió entre Irina y yo no volverá a repetirse. Tan solo fue una noche, nada más. Y aunque hubiese algo más, que no es el caso, jamás daría indicios de ello delante de Daniel hasta estar seguro de querer algo en serio.

—Espero que cumplas tu palabra. —Su mente no paraba de disparar dardos envenenados a la desvergonzada y despechugada de Irina. La odiaba.

—Ya te lo he dicho, tan solo somos amigos.

Sonia no quiso hablar más, quería confiar en sus palabras aunque no dejaba de pensar que ella no se acostaba con sus amigos, jamás se la hubiese ocurrido algo así. Para ella la amistad no podía entrañar sexo, eso era un total despropósito; el sexo solo iba ligado a la pareja, a unos sentimientos de amor, tan solo a eso. Nunca se mezclaba con los amigos a menos que se estuviese enamorado y se buscase con ello cambiar esa relación, algo que había visto ocurrir en alguna que otra compañera de trabajo.

El día del cumpleaños de Ricardo, Daniel se levantó temprano para ir a despertar a su padre y felicitarlo. Incluso tenía dos regalos para él. Uno era un dibujo que había pintado a escondidas, ni tan siquiera Sonia lo había visto. En él se encontraban los tres en la playa, Daniel estaba en el medio y en cada extremo y cogidos a sus manos sus padres, Sonia y Ricardo. Hasta le había puesto un título en la parte superior: «Mi familia». Y debajo había escrito «Felicidades, papá, te quiero». El otro regalo era una camiseta que había comprado con su madre. Sonia también quiso tener un pequeño detalle con Ricardo, al fin y al cabo era el padre de Daniel, y este estaba muy ilusionado con su cumpleaños.

Daniel se lanzó a la cama de Ricardo, sobresaltándolo.

—¡¡¡Felicidades!!! —gritó a pleno pulmón. Tan alto lo chilló, que despertó hasta a Sonia, que dormía en la habitación de enfrente, sobresaltándola también.

Padre e hijo se fundieron en un abrazo, y Daniel, después de besarle, cogió el lóbulo de su oreja y empezó a tirar despacio de él contando hasta llegar a los cuarenta y cinco. Entonces paró y volvió a darle un beso y un abrazo. Ricardo estaba completamente emocionado y ni siquiera conseguía articular palabra. Era tan bonito recibir la felicitación de su hijo, tenerlo junto a él, sentir sus abrazos y besos, que lo ahogaba el sentimiento. Con los ojos velados por el enternecimiento del momento, Daniel le puso los dos regalos sobre sus manos, explicándole que el envuelto en papel de regalo era de su madre y de él. El otro, el que había enrollado y atado con un lazo,

era solo suyo.

—¿Cuál quieres que abra primero? —le preguntó Ricardo con un hilo de voz.

—El de mamá y mío —contestó sin vacilar. Ricardo abrió con cuidado el paquete y sacó una camiseta blanca con una impresión difusa de un hombre haciendo surf sobre una ola.

—¿Te gusta? —preguntó con impaciencia—. La he elegido yo.

—Mucho, hijo, me encanta.

—Espero que te valga. Mamá me dijo que sí, que era tu talla.

—Pues si lo ha dicho tu madre me valdrá. —Sonrió, y con su mano le revolvió el pelo.

—Ahora abre el otro —habló con más impaciencia.

—Vale, ahora mismo. —Ricardo tiró del lazo y desenrolló el dibujo.

Los ojos de Ricardo no pudieron aguantar más y tuvieron que vaciar su emoción. Dos cargadas lágrimas saltaron a su cara al ver el dibujo y al leer «Felicidades, papá, te quiero». El pecho llegó a dolerle con esas palabras que su hijo le había escrito. Las entrañas le quemaron por dentro al verse allí dibujados los tres como una familia, tal y como él había titulado a esa pintura. Por un momento deseó que aquel dibujo fuese cierto, que ellos tres formasen una familia, que aquella mujer, su madre adoptiva, compartiera de verdad la vida junto a él y Daniel. Su corazón bombeó más rápido tan solo con imaginar besar los labios de Sonia en aquel ambiente que su hijo había pintado. En la playa, bajo el sol, con la brisa soplando de cara, su pelo alborotado y la piel totalmente dorada. Un profundo suspiro lo sorprendió, sacándolo de su bonito sueño.

—Este te ha gustado más, ¿eh? —Daniel estaba totalmente ilusionado.

—Seguramente sea el mejor regalo que nadie me haga jamás. —Lo besó con fuerza—. Gracias, hijo, yo también te quiero.

—¿Se puede? —preguntó Sonia, golpeando la puerta, aunque estaba abierta.

—Sí, sí, pasa. —Ricardo se limpió las lágrimas velozmente.

—Solo quería felicitarte, nada más —dijo, un poco cohibida por entrar en su habitación.

—¡Mamá, le he dado nuestro regalo y le ha gustado mucho! —Daniel se lanzó a darle un beso.

—Pues me alegro. —Estiró sus labios tenuemente.

Ricardo salió de la cama y se acercó a Sonia para darle las gracias. Luego ambos se quedaron parados sin saber qué hacer o qué decir, hasta que Daniel se lo dijo.

—Pero daros dos besos, ¿no? Las personas cuando se felicitan se besan en las mejillas. —Daniel se rio con voz de pillo.

—¡Claro, qué tonta! —exclamó Sonia, acercándose al rostro de Ricardo.

La caricia de sus mejillas no fue como esperaba Sonia, Ricardo tenía una barba muy cerrada que debía afeitarse a diario y al no haberlo hecho aún pinchaba. Sin embargo, para Ricardo oler su dulce aroma femenino fue maravilloso, le exaltó, su

corazón volvió a bombear más bruscamente. Al apartarse, se miraron fijamente y sintieron un fuerte pinchazo en el interior de sus almas que los llevó a apartar rápidamente sus ojos, conduciendo a la vez sus miradas a Daniel.

—¡Papá, pruébete la camiseta! —exclamó, acercándosela al momento.

—Bueno, luego me la pruebo, cuando me duche.

—No, hazlo ahora, por favor. Quiero ver cómo te queda —insistió, dejándosela en la mano.

Ricardo se quitó la camiseta del pijama mostrando su torso desnudo. Sonia apartó la vista; sin embargo, su curiosidad quería mirar. Quería volver a ver ese pecho que descubrió cuando la descarada de Irina estuvo en su casa, así que el rabillo de su ojo se aguzó para observar. Sonia sintió un poco de calor al verlo con el pecho al aire y los pantalones cortos del pijama tan bajos que a duras penas cubrían su pubis. Un pubis que, aun mirando de reojo, era más que obvio no estar tapado con unos calzoncillos. El calor subió de grados en su cuerpo sin poder evitarlo.

—¡Me queda perfecta!, ¿a que sí? —preguntó Ricardo a los dos.

—¡Genial! —Daniel se lanzó a sus brazos—. Mi madre tiene buen ojo con las tallas.

—Sí, tiene muy buen ojo. —Asintió, cogiéndolo en brazos y mirando a Sonia, que estaba sonrojada por el calor repentino que había sufrido.

—Bueno, tampoco hace falta estudiar para acertar con una talla. —Sonrió levemente, sin levantar la vista para ver a Ricardo—. Me voy a la cocina, voy a desayunar algo antes de macharme al trabajo.

—¿Cuándo te dan las vacaciones, mamá?

—En agosto, como todos los años.

—¿Y este año vamos a hacer alguna excursión a los pueblos de alrededor, como hacemos siempre?

—No lo sé, no lo he pensado. —Se encogió de hombros.

—¡Anda, *porfa*, sí! —Daniel bajó de los brazos de su padre y se acercó a ella poniendo esos ojitos tan irresistibles para Sonia.

—Está bien, lo veremos.

—A mí me gustaría llevarte a un pueblo. Un pueblo de Castellón. —El tono de voz de Ricardo cambió.

—¿Adónde, papá?

—A Morella —susurró, encharcando a las escuetas palabras en pena—. Allí nos casamos tu madre y yo. —Ricardo miró a Sonia, que en ese momento levantó la mirada encontrándose con la suya. Luego ambos las apartaron con celeridad y miraron de nuevo a Daniel—. Me gustaría llevarte al lugar donde contrajimos matrimonio.

—¡Sí, quiero ir! —Daniel miró a Sonia al momento, suplicándole con su expresión.

—Pues ya tienes una excursión por realizar. Tu padre va a llevarte a un pueblo

muy bonito del interior de Castellón.

—Tú también puedes venir. De hecho, me gustaría que vinieses.

—¡Sí, mamá, vayamos los tres, *porfa, porfa!* —exclamó saltando.

Sonia pensó unos segundos sin parar de contemplar los saltos de Daniel cada vez más altos, con más ganas, deseando escuchar un sí de boca de su madre.

—De acuerdo, iremos los tres.

—¡Bien, yupi! —Daniel empezó a aplaudir.

—Ya podéis ir organizando la excursión. —Regaló una sonrisa a su hijo—. Y ahora me marchó o me darán las vacaciones antes de tiempo al despedirme. Adiós.

—Hasta luego, mamá. —Daniel la besó con entusiasmo.

—Hasta luego, Sonia. —Ricardo suspiró por dentro con esa despedida.

Cobo fue el primero en llegar a casa de Sonia por el cumpleaños de Ricardo. Había cogido un vuelo desde Madrid a las seis de la tarde y aún no eran las ocho cuando Ricardo le abrió la puerta. Después de darle un fuerte abrazo y de felicitarlo, Cobo depositó en sus manos una bolsa que contenía una botella de *whisky* de reserva y dos de Ruinart, un caro champán francés, Cobo tenía un paladar sibarita para la bebida.

—El *whisky* es mi regalo, el champán es para bebérselo todos luego. Mételo un rato en el congelador, tiene que estar muy frío. —Le dio una palmada a Ricardo en la espalda.

Daniel salió corriendo a recibirlo y se lanzó en sus brazos, le caía muy bien el amigo de su padre, le resultaba tremendamente gracioso.

—¡Pero bueno, quién tenemos aquí! ¿Qué tal, Daniel? ¿Preparado para coger tu primera cogorza?

—¿Qué es una cogorza? —interpeló extrañado.

—Nada, hijo, no le hagas ni caso —dijo Sonia, apareciendo en el salón.

—Hola, Sonia. —Cobo se acercó a ella y dudó un segundo en ofrecerle la mano por miedo a que le ocurriese lo de la última vez y ella eludiese dársela, pero al final se la ofreció.

—Hola, Cobo. —Sonia se la estrechó. Cobo sopló aliviado por dentro.

—¿Me vais a explicar qué es una cogorza?

—¿Y tú para qué quieres saberlo? —preguntó Ricardo, que llegaba en ese momento al salón de nuevo.

—Pregúntaselo a tu amigo —respondió Sonia.

—Solo bromeaba, nada más. Ya sabes cómo soy —le contestó a Ricardo.

—¿Pero me lo vais a decir o qué? —protestó Daniel.

—Una cogorza es una borrachera, ¿sabes lo que es eso o tampoco? —Cobo le miró fijamente.

—Sí, uno se emborracha si bebe alcohol.

—Pues es un sinónimo de *borrachera*. Igual que *castaña*, *melo*, *tajada*, *tranca*, *pedal*... y muchas otras.

—Los médicos lo llaman intoxicación ética —explicó Daniel—. Lo sé porque el hermano mayor de mi amigo Roberto se puso un día malo y lo tuvieron que llevar al hospital. El médico le dijo a su padre que se había emborrachado, pero técnicamente ellos pusieron en el informe «intoxicación ética».

—Yo es que con este crío me quedo sin palabras, ¡es una enciclopedia con patas! —Cobo miró sorprendido a Ricardo y a Sonia, y Daniel empezó a reír—. No te rías tanto, sabelotodo. Y ahora que sabes lo que es, contéstame, ¿nos vas a acompañar en nuestra intoxicación ética o qué?

—Tú no estás bien de la cabeza —respondió entre risas Daniel—. No ves que soy un niño, ¿cómo quieres que beba?

—Me parece a mí o este niño tienes salidas y respuestas para todo. ¡Joder! —Silbó.

—¡Hala! Ya has dicho un taco. —Rio de nuevo.

—Por favor, Cobo, cuida tu lenguaje —le recriminó Ricardo sin darle tiempo a Sonia para hacerlo.

—Está bien, lo intentaré, lo juro. A partir de ahora solo diré jolines, córcholis y mecachis en la mar.

Daniel no podía parar de reír con él, le parecía extremadamente cómico, tanto como un payaso. Y exactamente era como Cobo se comportaba cuando veía que Daniel se divertía con él, como un completo bufón.

Una media hora después llegaba Rafael, que también traía un regalo a Ricardo, otra botella de *whisky* y también de reserva. Ricardo se lo agradeció, le dio un abrazo y no hizo ningún comentario al respecto de su duplicado regalo, habría sido desconsiderado por su parte. Rafael entró en el salón, saludó a Sonia, a Daniel y a Cobo y se puso a charlar con este último.

Ricardo y Sonia estaban terminando de preparar unos emparedados y aperitivos para picar algo. Daniel los ayudaba a llevar todo a la mesa, estaba encantado con aquella situación festiva. No eran todavía las nueve cuando la invitada que Sonia menos ganas tenía de ver hacía su aparición estelar. Con un vestido rojo fuego entubado, o más bien incrustado en su piel, Irina entraba en casa. Se abrazó a Ricardo con una efusividad excesiva, o al menos eso pensó Sonia mientras le recorrían por el cuerpo las ganas de cogerla por su rubia melena y ponerla de patitas en la calle a ella y su escarapate de canalillo. Era tan espectacular y provocador aquel asfixiante vestido, que Sonia comprobó cómo hasta a Rafael los ojos se le abrieron como platos al verla. Si un homosexual se quedaba perplejo ante su demostración de curvas, cómo no iban a sucumbir el resto de hombres; era imposible.

Tras saludarse con Cobo, de una manera muy afectiva también; presentarse a Rafael, que continuaba un poco pasmado mirándola; besar y abrazar a Daniel, que

volvió a ruborizarse ante esa bella mujer; Irina se acercó a saludar a Sonia, dándole dos besos. Sonia tuvo que contener sus manos para no apartarla de ella, no la soportaba, le tenía una ojeriza inexplicable aunque cierta, pero era consciente de que debía fingir por el bien de todos. Intentó sonreír, y peleando duramente con sus labios, que no estaban por la labor de estirarse, lo consiguió a duras penas, sutilmente. Lo de la falsedad no iba con ella, no sabía interpretar un papel, Sonia siempre se había mostrado tal cual era y si a alguien no le gustaba qué se le iba a hacer. Nunca se preocupó por agrandar y menos aún por disimular lo que sentía, pero en ese momento debía hacerlo, tenía que disfrazar su alma para que no fuese tan evidente su desagrado hacia Irina.

Mientras Irina intentaba iniciar una conversación con Sonia, sonó el timbre, y esta, con mucha educación y una alegría enorme por tener una excusa con la que alejarse de ella, se marchó a abrir. Ante sus ojos apareció la única invitada que faltaba, Encarna. Sonia se lanzó a sus brazos, dándole las gracias en silencio con ese saludo. Encarna se quedó un poco pasmada ante tanta felicidad por su presencia, ignorante completamente del porqué del entusiasmo de Sonia.

—¡Vaya, cuánto te alegras de verme! —Gesticuló con los labios—. No lo entiendo, nos vemos todos los días en el trabajo y parece no hacerte muy feliz mi imagen —ironizó.

—Pues ya ves, me encanta verte aquí, en mi casa —bromeó también—. Además, eres la única que faltaba por venir, te echaba de menos.

Encarna pasó y saludó a todos los presentes en el salón. Cobo no estaba en ese momento allí, se había ausentado al aseo. Irina rápidamente se acercó a darle dos besos y se presentó. El sexto sentido de Encarna supo velozmente por qué Sonia se alegraba tanto de verla. También le había contado a ella lo de Irina y Ricardo meses atrás, y sabía que esta no le caía nada bien. Encarna, con un brevísimo repaso visual, la catalogó al momento de fresca. Solo con ver de qué manera iba vestida, lo apretada que aquella tela roja ceñía su cuerpo, le hacía sentir mareada por falta de oxígeno. Y lo peor no era eso, lo peor no era su escandalosa figura, lo peor era que la condenada fuese guapa a rabiar. Lo tenía todo, era imposible no odiarla. Encarna no paraba de pensarlo mientras se acercaba a Ricardo para felicitarlo. Tras darle dos besos se disculpó por no haberle traído un pequeño detalle, un regalo, pero se le había pasado por completo. Ricardo sonrió y le dijo que no tenía por qué regalarle nada, era suficiente con su presencia. Y en ese preciso instante Irina y su desvergüenza volvieron a ser las protagonistas.

—Yo sí te he traído un regalo, Bosco. Es pequeño pero muy importante —dijo, sacando del bolso una reducida cajita, plana y rectangular.

—No tenías por qué, Irina, lo sabes. No hacía falta que ninguno me regalaseis nada. El único regalo que quería lo estoy viviendo en este momento al estar junto a mi hijo.

—Pues también tienes mi regalo. —Esbozó una sonrisa al dárselo—. ¡Ábrelo! —

exclamó impaciente.

Ricardo abrió la cajita y sacó de ella un llavero cromado, muy sencillo, sin adornos y alargado. Lo importante de ese llavero no estaba en la forma o el color, sino en lo que contenía, estaba grabado con su nombre: Ricardo Bosco Montalbán. Ricardo miró a Irina, marcando una media sonrisa cargada de sentimientos.

—Así nunca olvidarás quién eres. —Acompañó sus palabras con otra sonrisa.

Ricardo se fundió en un abrazo con Irina; estaba emocionado, muy emocionado. Esta acariciaba suavemente su espalda sin parar. Al principio lo hacía a modo de consuelo, aunque después esa caricia parecía más llena de amor que de aliento. Sonia sintió tanta rabia en ese momento que quería chillar, lo necesitaba, se la llevaban los demonios viendo esa imagen de ellos dos abrazados y con las manos de Irina recorriendo la espalda de Ricardo. No podía permanecer más allí, observando el manual de seducción de aquella lagarta, y salió a la terraza un instante para coger aire. Encarna, intuyendo rápidamente que algo sucedía, la siguió de inmediato.

—¡Oye!, ¿qué te ocurre? —preguntó nada más llegar a la terraza.

—No la soporto, no puedo, lo intento pero no puedo, es imposible. Es tan... tan...

—Tan jodidamente perfecta —la interrumpió Encarna.

—Tan jodidamente imbécil y descarada. ¿No la has escuchado a la cretina? «Así nunca olvidarás quién eres» —repitió las palabras de Irina haciéndole burla—. ¿Y si pierde el llavero, estúpida? —habló llena de rabia—. Me repatea las tripas, de verdad.

—¡¡¡Oh, Señor!!! Estás poseída por el monstruo verde de los celos. —Encarna la miró atónita.

—¿Pero qué dices? ¿Te falta un tornillo o estás delirando?

—Sonia, te gusta Ricardo, no me lo niegues porque sabes que es cierto. Y no te culpo, está muy bueno y vivís juntos. Yo en tu lugar me lo hubiera cepillado hace tiempo.

—¡No me gusta Ricardo! ¿De dónde has sacado eso? —preguntó casi cabreada.

—¡Eh, Sonia! —Chasqueó los dedos delante de su cara—. Que soy yo, Encarna. La que no se le escapa nada, la que con solo observar un poco sé de qué va un tío o una tía, la que supo que Rafael era gay sin que nadie me lo contase, la misma que ve con tu actuación que te molesta Irina porque ha tenido un rollo con Ricardo. No la soportas porque tienes miedo de que lo vuelvan a repetir. Y no quieres que lo repitan porque a ti te gusta Ricardo.

—¡Te equivocas! —exclamó con rabia.

—No. No me equivoco, y lo sabes.

—¡Te digo que no, joder!

—¡Admítelo, Sonia, coño! ¡Qué dura eres!

—Mira, no sé, ya no sé nada, me estás volviendo loca —dijo, entrando de nuevo un poco sulfurada, tanto por la presencia de Irina como por las palabras acosadoras, pero ciertas, de Encarna.

Encarna volvió a seguirla y pasó de nuevo al salón detrás de ella. De pronto, vio a

alguien en ese lugar que no estaba cuando ella llegó, era Cobo, que había regresado del baño mientras ellas habían estado en la terraza hablando. Los ojos de cada uno se cruzaron y casi se les salen de las cuencas mirándose. Al momento, Encarna cogió de la mano a Sonia para pararla y preguntarle quién era ese atractivo hombre. Cobo se acercó en menos de un segundo a Ricardo, que continuaba hablando con Irina, para preguntar sobre esa bella mujer.

—¿Quién es esa pelirroja con ese exuberante y provocador escote? —interpeló casi babeando.

—A ti todas te parecen provocadoras, no tienes remedio. —Ricardo miró hacia dónde Cobo señalaba con la cabeza.

—¡Oh, cielos! Se acaba de poner en posición de ataque —explicó Irina casi riendo.

—¿Qué? —preguntó Ricardo extrañado.

—Sí, cuando se le hincha la yugular es porque está pensando en atacar a su presa, necesita satisfacer sus instintos animales. —Terminó riendo.

—¡Joder, Solís, me asusta lo bien que me conoces! —Cobo rio con ella—. Y ahora me vas a decir quién es, Bosco.

—Es una compañera de Sonia, tiene amistad con ella. Ya ha venido más veces a casa, es muy divertida, con Daniel se lleva fenomenal.

—Pues yo voy a ver si puedo llevarme fenomenal con ella y acabamos bajo las sábanas. —Volvió a sonreír con sagacidad y se encaminó en dirección a Encarna.

Por su parte, Encarna, mientras Cobo preguntaba a Ricardo por ella, hacía lo propio con Sonia.

—¿Quién es ese tío que está al lado de Ricardo y la fresca y que está como un queso?

—Es Cobo, el jefe de Ricardo en el CESID.

—¡¿Coño, los elijen a todos con el mismo color de ojos y casi iguales?! No me digas que no se tiran bastante aire Ricardo y él. Incluso la mata de pelo es parecida y con casi el mismo corte, salvo que su jefe tiene más canas.

—También es su amigo, su inseparable compañero de fatigas. —Sopló.

—Pues voy a acercarme por allí a ver si nos presentamos y termina fatigándose conmigo. ¡Menudo revolcón tiene!

—Veo que tu apetito continúa muy hambriento. —Sonia la observó, emitiendo una tenue sonrisa.

—Mucho, demasiado. —Sonrió llena de perspicacia.

—Quiero advertirte de que es bastante mujeriego. La noche de San Juan, cuando fuimos a ver las hogueras Daniel, Ricardo y él, no paraba de tirar los tejos a toda la que podía. Al final terminó ligando con una y se marchó rápido a su hotel con ella.

—Es justo lo que necesito, Sonia, un hombre guapo con el que echar un polvo. No busco nada más, solo quiero sexo. Después de aguantar al impresentable de mi marido casi diez años no quiero lavar más calzoncillos ni cocinar para nadie. Tan solo

quiero la parte buena de la relación, sin más.

—¿Y la parte buena es solo tener sexo? ¿Dónde queda el romanticismo entonces?
—preguntó asombrada, llena de incompreensión.

—El romanticismo no es más que un cuento de hadas, te lo aseguro. ¡Mira, viene hacia aquí!

—Pues os dejo solos, me iré a charlar un rato con Rafael y Daniel. Que te vaya bien. —Comenzó a andar y se cruzó con Cobo, que ni tan siquiera la vio; había dejado de tener ojos para nadie, solo los tenía para su presa.

Sonia fue a hablar con su amigo y su hijo que estaban riendo en ese momento. Rafael se dio cuenta por su cara que, aunque trataba de disimular, no lo estaba pasando bien. Daniel se abrazó a ella y le dio un beso. El niño estaba feliz e ilusionado con la fiesta de su padre y con todos los allí reunidos. Sonia se sentó en el sofá, entre medias de los dos. Rafael echó su brazo por encima de sus hombros, acercándola hacia él, y terminó dándole un beso en la mejilla. Lo hizo para darle apoyo y consuelo, él sabía que Sonia no se encontraba a gusto por culpa de esa mujer que no paraba de hablar y coquetear con Ricardo. Rafael, al igual que Encarna, pensaba que Sonia se sentía atraída por el padre de Daniel y por eso precisamente le molestaba en extremo la presencia de Irina. No era por ninguna otra causa por mucho que ella las buscase.

Irina, con su dulce y empalagosa voz, llamó un momento a Daniel, y el niño se marchó dejando solos a Sonia y Rafael. Simplemente escuchar su timbre de voz sacaba de sus casillas a Sonia, la exasperaba. Un fuerte soplando expulsado por su boca casi con furia fue contundente para ratificar a Rafael lo que de sobra pensaba.

—Aguanta, en unas horas se habrá marchado —dijo, mirándola con firmeza.

—¿Tanto se me nota? —preguntó sorprendida.

—Tu bufido lo ha dejado más que claro. Aunque yo ya te lo había notado.

—Realmente tolero mal su presencia.

—Y tú y yo sabemos por qué ocurre eso. No te engañes más, Sonia.

—¿Qué no me engañe de qué? —interpeló molesta.

—Te gusta Ricardo y ves en Irina una amenaza directa. Se han acostado, pueden volver a hacerlo cuando quieran y eso es lo que no soportas. Verdaderamente es una mujer que quita el hipo.

—¡Fíjate, lo dice hasta uno al que no le gustan las mujeres!

—Y ves, no me lo has negado. —Retiró el pelo de su cara, observándola con cariño.

—Porque me da igual lo que digas, yo sé lo que siento y no voy a discutir contigo. No tengo ganas y, además, me quedaría sin nadie para hablar, los demás están «emparejaditos» —dijo, mirando alrededor, a Ricardo e Irina y a Cobo y Encarna, ambas parejas no paraban de hablar y reír.

—Bueno, aquí el único desemparejado soy yo, tú tienes a Daniel. Pero yo me siento como la rueda de repuesto de un coche, que solo está ahí por si hace falta, si no

nadie se acuerda de ella.

—¡Oh, no seas tonto, Rafael! Yo no me olvido nunca de ti. —Lo besó en la mejilla.

—Perdonad, por favor —interrumpió Ricardo—. Podrías ayudarme con el champán, Sonia, yo saco las botellas y tú la copas. Además, quiero hacer un brindis y me gustaría que tú y Daniel estuvieseis a mi lado.

—Sí, claro, ahora mismo. —Sonia se levantó—. Te dejo un momento, Rafael, luego vuelvo.

—No te preocupes, tranquila.

Sonia se marchó detrás de Ricardo a la cocina. Allí ella sacó las copas y Ricardo las botellas de champán francés que Cobo había traído para la ocasión. Ricardo se acercó a ella y la miró a los ojos.

—¿Qué?

—Sonia, por favor, no estés tensa. Irina y yo solo hablamos de trabajo, entre nosotros no hay nada y nunca volverá a pasar nada.

—A mí no tienes que darme explicaciones sobre tu vida íntima —respondió desconcertada—. Que yo sepa no te las he pedido.

—Simplemente te lo digo para que estés tranquila por Daniel, solo por eso. Y espero que tú y Rafael tampoco traspaséis esa línea delante de él por su bien, al menos mientras nosotros dos vivamos juntos.

—Eso no hace falta que tú me lo digas. Sé cómo actuar, soy mayorcita.

—Pues me ha parecido ver un sutil flirteo por vuestra parte. Te ha echado el brazo por encima, te ha apoyado en su pecho, te ha besado en la cara, te ha retirado el pelo comiéndote con los ojos, lo has vuelto a besar tú en la mejilla... No sé, me ha parecido ver ganas por parte de los dos.

Sonia tuvo que apretar los labios para no reír. Le acababa de decir que había visto ganas entre ellos, entre Rafael y ella, entre dos buenos amigos que no sentían ni la más mínima atracción el uno por el otro. Entre otras cosas porque a Rafael le gustaba más Ricardo que la propia Sonia. Desde luego, Ricardo se había tragado su farsa hasta el fondo, creía firmemente que entre ellos existía una relación. Antes de contestarle Sonia tuvo que calmarse un poco para no soltar una carcajada, que no sabía si estaba más producida por lo descabellado de una relación entre ellos o por la satisfacción de saber que Ricardo había estado pendiente de lo que hacían.

—No te preocupes, nunca daré muestras de mi amor por Rafael delante de mi hijo.

—Bueno, pues aclarado todo, vayamos a brindar con los invitados.

—Vale —contestó y, con las copas en la mano, se dirigió al salón.

Sonia las dejó en la mesa y observó que Irina estaba sentada hablando con Rafael y Daniel, pero Cobo y Encarna habían desaparecido.

—¿Y tu amiguito? —preguntó con tono peyorativo—. ¿Dónde se ha metido?

Ricardo miró alrededor y vislumbró tras las cortinas que daban paso al balcón los

cuerpos de Cobo y Encarna.

—Creo que está con tu amiguita —contestó, señalando con su cabeza hacia ellos.

Sonia llevó su mirada hacia el balcón y los vio allí, apoyados en la barandilla metálica, de espaldas a todos los demás. Sin pensárselo dos veces, se dirigió con contundencia a llamarlos para que pasasen a brindar. A punto de apartar las cortinas que los separaban del salón, los labios de Encarna y Cobo se unieron en un apasionado beso que encogió el estómago de Sonia hasta envasarlo al vacío. Había tantas ganas, tanto deseo con solo ese mero acercamiento, que su boca se quedó muda y sus piernas dieron la vuelta con celeridad. No pensaba interrumpirlos, entre otras cosas porque le daba hasta vergüenza. Sonia volvió de nuevo a la mesa y cogió una copa, estaba acalorada en ese momento y no sabía ni por qué, pero su agitado corazón le producía un enorme calor. Ricardo empezaba a abrir el champán cuando percibió el sofoco de Sonia, su rostro estaba azarado.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, solo tengo un poco de calor —contestó con calma.

—¿Vienen estos o qué?

—Sí, vendrán ahora, digo yo.

Ricardo miró de nuevo hacia el balcón para ver si entraban y vio lo mismo que Sonia acababa de ver, dos personas besándose con mucha pasión. Se quedó parado y volvió la vista a Sonia, ahora entendía su acaloramiento.

—¡Joder, con Cobo! ¡No ha perdido el tiempo, no!

—¡Coño, ni Encarna! —Su tono estaba aquejado de protesta—. Acaban de conocerse y ya están ahí, comiéndose desesperadamente.

—Bueno, Cobo estaba un poco desesperado últimamente —afirmó.

—¡Pues anda que Encarna ni te cuento! —Resopló con vigor—. Vaya dos.

—Creo que son tal para cual. —Ricardo empezó a reír.

—Sí, creo que sí. —El malestar de Sonia terminó sonriendo—. Abre el champan y que pasen cuando quieran. Brinda con tu hijo que lo lleva esperando días, pero a él échale agua.

—¡Oye, qué yo no soy Cobo! Yo no quiero emborrachar a mi hijo —explicó sin dejar de sonreír—. Por supuesto que le echaré agua.

El sonido de la botella al descorcharse levantó a Rafael, Irina y Daniel del sofá. Incluso hizo pasar al salón a Cobo y Encarna, alertados de que el brindis comenzaba. Sonia los miró de frente mientras les acercaba las copas que Ricardo iba llenando, tenían los ojos centelleantes y llenos de pretensión.

Daniel se subió en una silla para ponerse a la misma altura que su padre y poder brindar con él. Ricardo lo abrazó por la cintura y levantó su copa, Daniel hizo lo mismo y esperó expectante las palabras de su padre.

—Este es un cumpleaños muy especial para mí. Por primera vez después de siete años lo celebro con mi hijo, lo más importante de mi vida. Solo deseo que sea el primero de muchos, que siempre lo podamos celebrar juntos, que nada ni nadie nunca

más nos separe. Te quiero, Daniel. —Chocó su copa con la de él.

—Y yo, papá.

—Pues bebamos. Y hazlo despacio, a ver si el agua se te va a subir a la cabeza.

Todos rieron y brindaron con Ricardo y Daniel, después bebieron el contenido de las copas. Luego Ricardo, con un gesto de su mano, volvió a pedir silencio, quería añadir algo más al brindis.

—También quería agradecer a Sonia todo lo que ha hecho por mi hijo durante estos años en los que ha sido su madre. Sé que esta situación que estamos viviendo no es fácil para ninguno, sé que convivir con una persona desconocida nos ha descolocado a todos, pero solo debemos pensar en el beneficio para quien más queremos, nuestro hijo, Daniel. Gracias, Sonia. Brindemos de nuevo, señores y señoras. —Volvieron a chocar las copas, pero esta vez las dirigieron a Sonia.

—¡Mamá, di algo! —exclamó Daniel casi saltando.

Sonia tenía un fuerte nudo en la garganta. Todo lo que Ricardo había dicho, además de ser la pura verdad, la había conmovido. Era un detalle muy bonito hacia su persona del que se sintió no merecedora. Ella, la gran mayoría de veces, se había comportado de forma muy grosera y desconsiderada con él.

—No sé qué decir —habló con voz entrecortada e hizo una pausa—. Solo puedo añadir que Daniel ha sido toda mi vida y lo seguiré siendo. Que todo cuanto he hecho en mi vida ha sido por él y así continuará. Todo por mi hijo, todo por Daniel. —Levantó de nuevo la copa y todos volvieron a beber.

Daniel se abrazó a su madre y empezó a besar su cara sin parar, con el mismo ímpetu con que las olas rompían contra las rocas una vez tras otra, así chocaban sus labios en la mejilla de su madre. Sonia no podía dejar de reír al sentir el inmenso amor que su hijo le ofrecía en ese momento. Daniel, cuando sintió dolor en la mandíbula de tanto apretar su boca contra el rostro de su madre, se apartó de ella. Sonia se enjugó las incipientes lágrimas de felicidad que empezaban a mojar su rostro. Entonces fue Ricardo quien, mirándola con los ojos cargados por la sensibilidad de la situación, le preguntó si podía darle dos besos. Sonia asintió despacio con la cabeza, un poco desconcertada, aunque una pequeña parte de su ser estaba aplaudiendo de felicidad. Ricardo acercó sus labios a sus mejillas y la besó, volviendo a inhalar su fragancia a la vez que lo hacía. Una esencia emanada por la piel de Sonia que le nublaban los sentidos, le acariciaba el corazón, le envolvía las entrañas. Esos dos besos, a diferencia de los de la mañana, sí gustaron a Sonia. Le encantó el roce aterciopelado de sus mejillas afeitadas contra las suyas, y eso le hizo disfrutar más de la sedosidad de sus labios al posarse en su rostro. Al separarse evitaron mirarse a los ojos, así que giraron con rapidez sus cabezas y continuaron como si nada hubiese ocurrido, como si aquellos dos besos no les hubiesen hecho cimbrar sus almas y detenido el tiempo por unos segundos.

Sonia se encontraba en ese instante tan desorientada a la par que ufana por el sentimiento novedoso que corría por sus venas, que no sabía ni qué hacer. Su mirada

buscó a Rafael instantáneamente, tras reaccionar y salir del aturdimiento que los labios de Ricardo habían ocasionado en ella. Cuando su primera pisada puso dirección a su amigo, una mano la sujetó, parándola; era Encarna.

—Sonia, me voy.

—¿Ya, tan pronto?

—Es que me voy con Cobo..., a su hotel, ya sabes —aclaró, con una gran sonrisa y saliendo destellos de sus ojos.

—¿Te vas a la cama con él? —El aturdimiento de Sonia pidió explicaciones.

—A la cama o adonde quiera, no le voy a poner pegas —volvió a desplegar sus labios.

—¡Pero si os acabáis de conocer! No sabes nada de él, no os ha dado tiempo de contaros nada.

—Mira, Sonia, tengo cuarenta y tres años, no quiero que me cuenten nada, sé todo lo que tengo que saber, solo quiero que me hagan. Que me hagan todo cuanto se pueda hacer para hacerme disfrutar. Me da igual que a Cobo le gusten los macarrones o que odie el color verde, tan solo me interesa que sea bueno en la cama, nada más. Tú tienes una forma de pensar más chapada a la antigua, yo no. Y menos después de haber pasado por un matrimonio en el que he sido una criada en lugar de una esposa. ¿De qué me sirvió saber tanto de mi marido? Dime, ¿de qué? —Calló, esperando su respuesta.

—Llevas razón, perdona. —Asintió—. Es tu vida, y tú mejor que nadie sabrá cómo quiere vivirla.

—Exacto. Así que me marchó, espero pasar una noche tan loca que mañana no sea capaz ni de andar. —Rio.

—¡Qué bestia eres!

—Espero que él también lo sea. —Le guiñó el ojo y se marchó a por Cobo, que estaba despidiéndose de Ricardo.

Sonia salió un momento al balcón a respirar un poco de aire fresco. Corría un agradable viento que llegaba desde la playa trayendo consigo el suave olor del mar. Allí, con los brazos apoyados en la barandilla de forja negra, colmó sus pulmones absorbiendo el aire a pequeñas pero profundas bocanadas mientras pensaba en lo que su cuerpo por primera vez había empezado a sentir. Por mucho que le disgustase que fuese Ricardo el originador de aquellas sensaciones, había sido él y ningún otro; y no las podía evitar, ocultar ni eludir. Ya no podía más. Eran claras, cristalinas, transparentes. Era un sentimiento puro que se iba llenando de amor día a día y atesoraba una naciente pasión aflorando entre mirada y mirada.

Sonia, siendo consciente de todo cuanto sentía y había intentado reprimir, observó la tristeza y desdicha manar como un torrente por su organismo. Por primera vez en su vida se enamoraba e iba a hacerlo de un hombre que jamás se fijaría en ella. ¿Quién querría un chocolate con aditivo de leche antes que el más puro cacao? Habría que ser un absoluto memo para preferir un caviar hecho a base de huevas de

lumpo o mújol antes que el puro, con la hueva del pez esturión. De esa forma, Sonia se comparaba con Irina, la clase normal y la gama alta. Ricardo había estado con ella, una mujer despampanante, una mujer diez, de quitar el hipo, de bandera, que encima no paraba de ponerle ojitos y era con él tan dulce como la miel. ¿En qué cabeza podría caber que fuese a fijarse en alguien más corriente, más común, menos bella y atractiva, más arisca, impertinente, antipática y áspera? En ninguna en sus cabales, era obvio. Quizá ni en una con tendencias masoquistas.

Sin embargo, en los sentimientos nunca se mandaba, y los de Sonia habían tomado un rumbo e iba a ser muy difícil virarlos hacia otra dirección. Tendría que aprender a vivir teniendo a Ricardo a su lado, aunque sin aspirar a más. Y cuando al fin el juez decidiera y sus vidas se separasen, tendría que conformarse con verlo de vez en cuando cada vez que tuviesen que intercambiarse a Daniel. Sonia tendría que resignarse a vivir así hasta que por fin, con el paso del tiempo, pudiese arrancar a Ricardo de su corazón. Ahora mismo eso era una misión irrealizable, más que imposible, pues lo tenía grabado a fuego en él. Por primera vez, Sonia había tatuado su alma con el nombre de un hombre, y este no era un hombre cualquiera, era su adversario, su mayor enemigo, Ricardo Bosco Montalbán, el primer amor de su vida y el único inalcanzable.

El sábado, el día que Estrella estaba invitada por Ricardo para comer, Sonia no se encontraba nada bien de ánimos. No había sido capaz de pegar el ojo durante toda la noche, no podía parar de pensar en Irina y Ricardo y en sus sentimientos hacia él. Por eso, debido al bajón emocional que sentía, lo que menos le apetecía era tener que soportar a su tía y alguna de sus irreverencias. Pero debía armarse de coraje y aguantar el tipo mientras durase la visita, no podía ser más dura ni peor que la del día anterior tolerando a Irina.

Aunque no estaba muy entusiasmada con la visita, Sonia se puso a preparar unos aperitivos. Ricardo acababa de echar el arroz a la paella cuando sonó el timbre de la puerta. Daniel salió corriendo a abrir, estaba seguro de que era Estrella y no se equivocó. La tía de Sonia era extremadamente puntual, así que antes de las dos, hora en que habían quedado, ya estaba allí.

Estrella y Daniel se adentraron en la cocina. Ricardo se acercó a saludarla y se sorprendió cuando esta lo felicitó cariñosamente y le dio hasta dos besos. Pero más se asombró Sonia cuando vio a su tía entregarle un paquete de regalo, algo nada habitual en ella con nadie, Estrella tenía detalles única y exclusivamente con Daniel. Ricardo le dio las gracias, lo abrió y descubrió un estuche de madera con dos botellas de un buen vino de Rioja. Agradeciéndoselo una vez más, sacó una botella para beberla con la comida y le sugirió que se sentase. Sonia acercó el aperitivo a la mesa y, mientras se lo comían, la paella terminó de hacerse. Dejándola reposar el tiempo apropiado, Ricardo sirvió un plato a cada uno en medio de una ambiente tranquilo, distendido, algo que en su interior no paraba de agradecer a Sonia, siendo sabedor que la visita no era muy agradable para ella.

Estrella, para mayor perplejidad de su sobrina, felicitó a Ricardo por su buena mano en la cocina sin parar de relamerse degustando la paella. Decía una y otra vez que le había salido exquisita, como pocas veces la había comido en su vida. Daniel estaba completamente de acuerdo, a él también le encantó el maravilloso sabor a marisco y verdura con que se habían impregnado los granos; le gustó tanto, que repitió. E incluso Estrella, poco comedora, mandó a Ricardo echarle un poco más en el plato, algo que este hizo sin dudar y con una gran sonrisa al ver el triunfo tan grande obtenido con su cocina. Al final no quedó ni un solo grano de arroz en aquella paellera, ni tan solo uno minúsculo que indicase lo que en ella se había cocinado.

La sobremesa se alargó charlando de todo un poco. Sonia estaba asombrada con su tía que, además de estar de buen humor y contenta, no se había metido en ningún momento con ella. Hasta le había preguntado cómo se encontraba y habían charlado sobre su trabajo, algo muy infrecuente en Estrella, que poco se preocupaba de lo que hiciera o sintiese su sobrina. Y ese cambio de actitud de sobra sabía Sonia que tenía

nombre y apellidos: Ricardo Bosco Montalbán, el mismo que se había adueñado de su alma y corazón. Realmente, Sonia no sabía cómo ni de qué manera, pero Ricardo había conseguido lo que ella nunca llegó ni a acercarse, endulzar el agrio carácter de su tía. Lo hizo de la misma forma que Daniel en su momento, aunque con una clara diferencia, con Daniel había sido distinta, pero con ella continuaba siendo igual de áspera. Sin embargo, ahora su cambio de conducta también podía ser disfrutado por Sonia. Ricardo había exiliado el mal temperamento de Estrella sin habérselo ni propuesto.

Después de recoger toda la cocina, Daniel se empeñó en salir a tomar un helado los cuatro. Sonia no tenía muchas ganas, la verdad, pero la insistencia de Daniel, e incluso de Ricardo, la terminaron convenciendo. Se acercaron andando hasta la zona del paseo marítimo, donde había una heladería que le encantaba a Daniel. Cada uno se pidió una tarrina de helado excepto el niño, que prefirió un cucurucho porque le encantaba el crujiente barquillo. Estrella y Daniel pidieron el mismo sabor, chocolate; Sonia pidió su preferido, dulce de leche; y Ricardo se inclinó por algo más refrescante, menta. A Daniel le encantaba probar los helados de los demás y, cogiendo un par de cucharitas, se preparó a quitar helado a sus padres. El de su tía no le interesaba, su helado resultaba ser del mismo sabor del que él estaba degustando.

—¡Umm, qué bueno está el de menta! —exclamó, relamiéndose. Todos sonrieron mientras Daniel se acercaba al de su madre—. ¡Umm, y este también! ¡Pruébalo, papá! Verás qué bueno está el de mi madre.

—¿Puedo? —preguntó Ricardo a Sonia.

—Sí, claro.

Ricardo cogió una cucharadita y se la llevó a la boca, saboreándola despacio. Daniel lo miraba impaciente, atento por saber si le gustaba tanto como a él.

—¿A que está buenísimo, papá?

—Sí, muy bueno. —Asintió—. Nunca había probado el dulce de leche. Otro día me pediré uno de esos. —Sonrió a Daniel.

—Prueba el de mi padre, mamá, verás qué rico está.

Ricardo cogió una cucharada de su tarrina y se la ofreció a Sonia, que se quedó parada mirando la cuchara y a él.

—Bueno, si eres escrupulosa cógelo con la tuya.

—Se va a comer el helado, papá, no tus babas —aclaró Daniel.

—Eso digo yo —recalcó Estrella, que hasta ahora había permanecido muy callada.

Sonia sintió sonrojarse un poco y cogió la cuchara de la mano de Ricardo para comerse el helado.

—¿Te gusta? —preguntó Daniel sin darle ni tiempo de saborearlo.

—Sí, está muy bueno. —Le devolvió la cuchara a Ricardo.

Todos continuaron degustando los helados, y Daniel comiendo del de todos. El suyo comenzó a chorrear por el cucurucho. Estrella, con una leve sonrisa, le dijo que

parase ya de quitarles helado a sus padres y se comiese el suyo antes de que se licuase. Daniel obedeció y empezó a chupar su helado sin dejar de sonreír, mirando a Ricardo y Sonia. Estaba muy feliz viendo a sus padres así, como amigos, como su madre se comportaba con Rafael. Aunque, en honor a la verdad, con Rafael bromeaba y reía más que con su padre, pero a Ricardo Sonia lo miraba de manera distinta que a Rafael. Y esa mirada que Daniel veía en su madre le gustaba, le sacaba una sonrisa constantemente.

—¿Por qué nos miras con esa risita de granuja? —le preguntó Ricardo.

—Me río porque me gusta que seáis amigos. —Daniel dio el cucurucho a Estrella y se acercó a sus padres, abrazándose a los dos—. Os quiero —dijo, mirándolos con una amplia sonrisa que abarrotaba todo su rostro.

—Y nosotros —contestaron a la vez y sonrieron.

Daniel se marchó de nuevo a su sitio y recuperó su helado de las manos de Estrella, que también sonreía sin parar de mirar a Sonia.

—Y tú, caradura, no nos has dado a probar tu helado. —Ricardo alargó su brazo para coger una cucharada de la desgastada bola de chocolate del helado de su hijo.

Daniel no podía dejar de estirar sus labios viendo cómo su padre llenaba la cuchara cuanto podía. Pero en lugar de comérsela, él la llevó a los labios de Sonia. El estómago de Sonia se encogió al instante de ver la cuchara pegada a su boca, esperando a que la abriese para ser engullido su contenido. Daniel la observaba con los ojos más abiertos que nunca, estaba entusiasmado con aquel juego que él había iniciado y su padre estaba continuando. Sonia abrió la boca y se comió aquella cucharada de chocolate un poco derretido pero conservando un sabor intenso. Al momento, Ricardo volvió a quitar otra cucharada del helado de Daniel y se la comió. Acto seguido hizo lo mismo con la tarrina de dulce de leche de Sonia, que se quedó boquiabierta, literalmente, pues no esperaba que él fuese a robarle helado a ella. Ricardo, sin pararse a meditar un segundo, introdujo en la abierta boca de Sonia una cucharada de helado de menta. Pero con la rapidez y las prisas para pillarla desprevenida, también le manchó la cara. Inmediatamente, Ricardo cogió una servilleta y comenzó a limpiarla. Sonia, aturdida y un poco nerviosa, le quitó la servilleta de la mano para continuar limpiándose ella.

—Lo siento, no quería mancharte. Y espero que no te haya molestado, solo era por jugar un poco, nada más.

—No, tranquilo, no pasa nada. Ha sido divertido.

—Sí, ha sido divertidísimo. Por unos segundos yo he sido la única adulta de la mesa —añadió Estrella.

Ricardo ignoró el comentario de Estrella y miró fijamente a Sonia. Tanto, que por unos instantes esta sintió clavarse el azul grisáceo de su iris en su pupila.

—Está muy bueno tu helado, de verdad —dijo, bajando un poco la vista—. Y el de Daniel también. El próximo día que vengamos me lo voy a pedir de esos dos sabores, dulce de leche y chocolate.

—¿Queréis más del mío? —preguntó Daniel a sus padres, ofreciéndoles una cucharada.

—Por supuesto —contestaron a la vez, y rieron.

Daniel le dio la cuchara a su padre y este la llevó de nuevo hasta la boca de Sonia para que se lo comiese. Sonia no podía con los nervios que llenaban su estómago más que el propio helado, aquel jueguecito tan insignificante con las cucharas le hacía sentirse más atraída hacia Ricardo, no podía evitarlo. Y entre cucharada y cucharada intercambiada, los helados se acabaron y los cuatro abandonaron la heladería paseando despacio hasta regresar a su casa.

Estrella se despidió de ellos en la calle, en el portal de la casa de su sobrina, cogería un taxi para regresar a su domicilio. Estrechó la mano de Ricardo, se comió a besos a Daniel y, al acercarse a Sonia, dijo que quería hablar un momento con ella. Ricardo, siendo consciente de que quería hablar con su sobrina a solas, cogió de la mano a Daniel y se adentraron en el portal.

—¿Qué quieres decirme? —interpeló Sonia a la defensiva.

—Mira, te lo diré del tirón, así que no me interrumpas. Ese hombre es una buena persona, es un buen padre y sería un buen marido. A ti te gusta, me da igual que me digas que no es cierto, yo lo sé, y a él tampoco le desagradas, más bien todo lo contrario. Haríais una buena pareja, y para Daniel sería lo mejor, podría tener a sus padres junto a él. Ahora dime, ¿a qué esperas?

Sonia se sintió ofendida por las palabras de su tía. No porque le hubiese dicho que le gustaba Ricardo, de sobra sabía ella que estaba enamorada de él, sino por pretender que ambos se uniesen solo por el bienestar de Daniel y no por sus sentimientos.

—Escúchame bien porque no voy a repetírtelo nunca más —contestó furiosa—. Jamás tendría una relación con él solo por ese interés, porque Daniel pudiese disfrutar de ambos bajo el mismo techo. Yo solo me entregaré a un hombre por amor, tan solo únicamente por eso. Y eso aún no ha llegado.

—Y tú te lo crees mientras lo dices o ni tan siquiera eso. Sonia, hija, estás enamorada de ese hombre y las dos lo sabemos. Ahora, si te lo quieres negar, niégatelo. Yo no puedo hacer más. Solo puedo decirte que ojalá yo hubiese tenido la suerte de que un hombre así se hubiera cruzado en mi vida, te puedo asegurar que no lo habría dejado escapar. La soledad es la peor compañera que existe, no te lo puedes ni imaginar. —Suspiró—. Me voy, nos vemos otro día. —Se dieron dos besos—. Piénsalo, por favor. Adiós —concluyó, alejándose.

Sonia se quedó allí callada, observándola, meditando sus palabras, viendo cómo Estrella entraba en un taxi y se marchaba al momento.

El lunes, cuando Sonia entró en su despacho, Encarna estaba esperándola en él, sentada en una silla con una sonrisa vencedora e imborrable. Nada más ver aquella

cara de absoluta felicidad, Sonia entendió para qué había ido a su despacho. Mejor decir que supo lo que iba a contarle: su noche con Cobo.

—¡A ver, desembucha, lo estás deseando! Creo que hasta has madrugado más para hacérmelo saber cuanto antes.

—Buenos días lo primero, guapa. Y a partir de ahí te cuento lo que quieras. — Esbozó de nuevo la misma sonrisa de triunfo.

—Perdona, buenos días. Y ahora, ¿qué quieres contarme?

—¡Madre mía, Sonia, qué hombre! ¡Qué vitalidad! ¡Qué ímpetu! ¡Qué dominio! ¡Qué experiencia! —habló aceleradamente.

—¡Vaya nohecita! De las buenas por lo que veo —dijo mientras se sentaba.

—¡¿Nohecita?!

—Bueno... ¿día? —preguntó extrañada.

—¿Día? Fin de semana, Sonia. Todo el fin de semana sin salir de su habitación. —Encarna se echó las manos a la cara mientras reía rebosante de felicidad.

—¿No habéis salido ni a comer? —Su perplejidad formuló la pregunta.

—Para comer existe el servicio de habitaciones, criatura. Y no nos hacía falta nada más, todo lo que queríamos se encontraba dentro de esas cuatro paredes.

—Claro, una cama. —Resopló.

—Una cama, el suelo, la mesa, la ducha, la pared..., todo vale en esos momentos. —Suspiró con todas sus fuerzas.

—¡Joder!, ¿habéis dejado algún lugar en dónde no hayáis estampado vuestros cuerpos?

—Lo dudo. —Se carcajeó—. Sonia, qué hombre, de verdad. No había disfrutado tanto del sexo en mi vida, lo juro. Sabe hacer unas cosas que me volvían loca.

—¡Para, eh! No me interesa lo más mínimo lo que Cobo sepa hacer ni lo que hayáis hecho los dos. Me alegro mucho por ti si lo has pasado bien y si has conseguido con ello saciar tu apetito, pero no quiero ningún detalle al respecto.

—Mi apetito se ha vuelto voraz estando con él. —Volvió a suspirar—. Además, es tan atento y cariñoso, tan delicado y a la vez fogoso, pasional... Es increíble. — Otro suspiro surgió de su boca.

—¡Para ya de suspirar! —protestó Sonia.

—Es que no puedo. —Suspiró de nuevo—. Lo ves, me salen solos. Ha sido tan espectacular... Y lo mejor es que hemos quedado para volver a vernos el fin de semana.

—¿Viene a Valencia otra vez?

—No, yo me acercaré a Madrid, a su casa.

—¡Vaya! Sí os ha dado fuerte.

—No buscamos nada, Sonia. Tan solo continuar hasta lo que dure, sin presiones, sin ataduras y sin ninguna complicación.

—Vale, si a vosotros os parece bien no seré yo la que ponga pegas. De veras que me alegro por ti, Encarna.

—Gracias, cariño. —Se levantó y se abrazó a ella—. Y tú y Ricardo ¿qué?

—¡Ay, qué pesada eres! Tú preocúpate de tu rollo con Cobo y déjame a mí en paz, ¿vale?

—Ok, no te enfades. —Le dio un beso—. Y ahora me voy a enfrentar al mundo laboral. Contaré las horas que faltan para que llegue el viernes y reviviré en mi mente el fin de semana tan magnífico que he pasado, a ver si así se me hace menos dura la semana.

—Céntrate en tu trabajo, Encarna, es una orden directa de tu jefa —dijo muy seria, extremadamente seria. Para Sonia el trabajo era algo con lo que no se jugaba.

—De acuerdo, me centraré. ¡Hija, vaya humos! Hacía mucho tiempo que no veía a la dama de acero asomar por ti, pero la acabas de sacar para que no me olvide de que sigue contigo.

—En el trabajo se está con los cinco sentidos activados. Fuera de él, si quieres perderlos a mí no me importa, pero aquí te quiero con la mente despejada y a pleno rendimiento.

—Por supuesto, jefa. Me marcho para no perder más tiempo. Nos vemos a la hora del café y hablamos, me das esa tregua, ¿no?

Sonia la miró negando con la cabeza y sin poder evitar que las comisuras de sus labios se estirasen un poco.

—Anda, vete ya. Luego nos vemos.

El mes de julio avanzó ligero debido a los frutos de la tregua entre Ricardo y Sonia. Los días corrieron como el agua en una balsa, sosegados y tranquilos, y entre ellos empezaba a haber una pequeña confianza que daba paso a una leve amistad. Aunque, verdaderamente, ambos sentían algo más que amistad el uno por el otro, pero eso quedaba guardado a cal y canto en el interior de sus entrañas.

El mes de agosto llegó raudo, y con él las esperadas vacaciones de Sonia. Ese primer día de estreno vacacional, Daniel les había pedido a sus padres pasar la jornada completa en la playa. Desde que su madre y él habían discutido por su capricho de bajar al mar solo los tres, no se había atrevido a sacar el tema, y Ricardo y Sonia lo habían dejado correr. Pero ahora Daniel también era consciente del cambio de actitud entre ellos y, aunque un poco temeroso, se arriesgó a proponerlo de nuevo. Ricardo y Sonia no pusieron ninguna objeción al respecto, para alegría de Daniel, y ese día prepararon todo lo necesario y se marcharon a bañar y dorar sus cuerpos al sol.

Ricardo se quedó sin respiración al ver a Sonia en biquini. Su cuerpo le pareció espectacular, digno de una diosa. Fue tan evidente su deslumbramiento ante las divinas curvas de Sonia que hasta su hijo le preguntó qué le ocurría para estar con la boca abierta. Ricardo puso una absurda excusa e intentó calmarse, por momentos creyó que su corazón escapaba del pecho para lanzarse a los brazos de aquella deidad de mujer.

Ricardo, cogiendo rápidamente a Daniel de la mano, se adentró en el agua, debía poner freno a sus impulsos. Una tentación llena de empuje que le gritaba, le chillaba a pleno pulmón y con vehemencia que le hiciese saber a Sonia de una vez lo enamorado que estaba de ella. Por eso cabalmente debía callar y arrancarla de su cabeza y corazón, porque Sonia jamás se fijaría en él, lo veía como un rival y no como una posible pareja. Y si ahora las aguas estaban calmadas era solo por un pacto que ellos habían hecho por el bienestar de Daniel, por el amor hacia su hijo. Además, ella tenía una relación con Rafael, no estaba libre ni disponible. Ricardo estaba convencido de no tener ninguna posibilidad con Sonia por ambas causas, así que mejor ocultar aquel sentimiento hasta lo más recóndito de su ser, donde fuese inalcanzable.

Daniel pasó el mejor día de su corta vida en la playa. Por primera vez disfrutaba de sus padres en un lugar así y como él deseaba, como una verdadera familia. Ricardo y Sonia, y su continuo cruce de miradas, lo pasaron a suspiros, debatiéndose entre la felicidad que su hijo les proporcionaba y el dolor de los sentimientos que cada uno llevaba guardados para sí. Unos sentimientos que, cada uno por su lado, estaban seguros que nunca serían correspondidos por la otra parte.

Pasar el día en la playa era maravilloso, pero, indudablemente, también agotador. La continua lucha con las olas, saltándolas de una en una para avanzar, entrar y salir del mar cincuenta mil veces peleando con su corriente, tumbarse en la dura arena batallando la espalda con los pequeños montículos de esta clavándose en la columna, combatir con el sol durante una partida de palas en la orilla o mientras se construía un castillo... Verdaderamente era extenuante. Por este motivo, por el agotamiento que acumulaba el cuerpo de Daniel, después de llegar a casa y darse una ducha, decidió meterse en la cama. Y como todas las noches, Ricardo y su costumbre de hablar a su hijo de Paula, su madre, lo acompañaron a su habitación para contarle otra historia. Aunque esta vez Daniel había demandado una experiencia de espías, le apasionaba que su padre le hablase de su trabajo, le parecía de lo más emocionante. Apenas había empezado a hablar Ricardo cuando Sonia iba para el baño a darse una ducha. Esta vez estaba tan cansada que ni se paró a pensar en escuchar escondida, como siempre, tan solo continuó andando. Al verla pasar, Daniel la llamó y le dijo que escuchase ella también.

—Oh, no gracias —contestó, pensando que quizás a Ricardo no le gustase la idea de que ella estuviese allí.

—Sí, por favor, pasa y siéntate. —Ricardo le ofreció con la mano que entrase.

Sonia pasó sin más y se sentó en la cama de Daniel, Ricardo siempre lo hacía en una silla, poniéndose frente a su hijo. Daniel empezó a explicar a su madre, para ponerla en contexto de la historia, que su padre le estaba contando una misión muy difícil en la que se vio envuelto antes de que él naciera. Después calló y miró a su padre, expectante, esperando que prosiguiera. Ricardo comenzó explicando que no podía decir el lugar porque era un secreto y no debía violar las normas, pero que estaba a miles de kilómetros de nuestro país. Buscaba una información primordial para salvaguardar la seguridad de nuestra nación, y aquella información estaba guardada en unas cajas que espías enemigos habían ocultado bajo tierra. Le llevó semanas encontrarlas, y el tiempo corría en su contra, pues cada día que pasaba era un día más que la seguridad se veía amenazada. Justo cuando por fin dio con ellas y se puso a desenterrarlas, se vio sorprendido por el enemigo y comenzaron a luchar. Pero aquel hombre era distinto a todos cuanto antes se había enfrentado, su mirada era extraña, no era humana, y de pronto empezó a quemarle con un rayo láser que salía de su pupila.

—¡Anda ya! ¡No me tomes el pelo, eso no es verdad! —protestó Daniel en alto.

Sonia intentó aguantar la risa, estaba más que claro que Ricardo le estaba gastando una broma a su hijo.

—¡Vaya que no! ¿Por qué tengo esta cicatriz de su quemadura aquí si no? — Señaló una marca en el lateral de su cuello, recuerdo del brutal atentado del que fue víctima.

—¡Eso no es verdad! ¡Qué no soy un niño pequeño! —se quejó—. ¿A que no es cierto, mamá?

—Yo tampoco me lo trago, sinceramente —Sonia rio con sutileza.

—Vale, me habéis pillado, solo os estaba vacilando un poco —aclaró entre risas—. Es que la verdadera historia, contada tal y como sucedió, era más aburrida.

—Hombre, tampoco pensaba que iba a ser como en las películas de James Bond —explicó Sonia.

—¿Has visto sus películas? —preguntó Ricardo con interés.

—Alguna que otra.

—¿Y qué te parecen?

—Realmente creo que ese agente es excesivo lo mires por donde lo mires —aseguró Sonia.

—¿En dónde es excesivo? ¿En su parte de espía o en la de seductor?

—En ambas. Aunque gana con creces la de seductor —contestó sin titubear un segundo.

—Es que eso de que tengas tantas amantes no se lo cree nadie —añadió Daniel para asombro de Sonia y Ricardo que lo miraron perplejos.

—¿Y tú qué sabes de amantes ni de esas películas? Si nunca has visto una. —Sonia estaba desconcertada.

—Sí he visto una, en casa del abuelo de Manu, se titulaba *GoldenEye*. La abuela de Manu no paraba de decir que Pierce Brosnan, que es el actor que hace de James Bond, era el más guapo de todos los agentes 007 de la historia. Me tuve que morder la lengua para no gritar que mi padre era un espía de verdad, no como ese, que era un actor, y además era más guapo que él.

—¡Vaya! Gracias por el piropo. —Ricardo sonrió—. E hiciste bien en no hablar sobre mi trabajo, ya sabes que no es bueno contarlo por ahí.

—Lo sé, por eso no lo hice. Aunque sí que podía haberle dicho que mi padre era más guapo, pero también me callé. —Daniel varió su mirada y la dirigió a Sonia—. ¿A que llevo razón, mamá?, ¿a que mi padre es más guapo que el Pierce Brosnan ese?

Sonia sintió un súbito rubor correr por su cuerpo. Estaba convencida que ese calor se reflejaría en su rostro con un evidente color rojizo, y eso la ponía más nerviosa todavía. Daniel la acababa de poner en un aprieto con esa pregunta, porque para ella, sin lugar a dudas, Ricardo era mil veces más guapo que cualquier hombre.

—Bueno, Pierce Brosnan es muy guapo, muy atractivo...

—¡Toma, y mi padre más! —se quejó de nuevo.

—Anda, calla y a dormir, señor 007. —Ricardo negó con la cabeza, esbozando una leve sonrisa.

—Sí, a dormir, listillo. —Sonia parecía que había sido capaz de controlar la situación y ninguno se había percatado de su sonrojo—. Yo me voy a dar una ducha y a la cama, estoy muy cansada. Buenas noches, hijo. —Le dio un beso a Daniel.

—Yo también me marchó, estoy muerto, de verdad. La playa cansa mucho —manifestó—. Buenas noches, campeón. —Besó su frente.

Al ir a salir de la habitación, Ricardo y Sonia se encaminaron en la misma

dirección, obstruyéndose a sí mismos la salida.

—Lo siento —dijo Sonia, yéndose para el lado contrario.

—¡Vaya! —exclamó Ricardo, al irse justo para el mismo lado por el que Sonia pretendía salir.

—¡Para! Tú por la derecha y yo por la izquierda, ¿ok?

—Vale —contestó Ricardo, moviéndose para su lado correspondiente y dejando libre la salida a Sonia.

—¡Menos mal!, creí que os iba a tener que sacar yo de uno en uno —dijo Daniel, que se había incorporado de la cama para ver tan singular escena.

—Sí, yo creí que íbamos a tener que salir juntos, a la vez, espachurrándonos para hacerlo. —Ricardo sonrió.

—Para eso están las palabras, para comunicarse y aclarar las cosas —matizó Sonia.

—Sí, es bueno comunicarse. —La miró fijamente.

—Muy bueno —respondió ella sin pestañear, para no perder de vista el gris azulado de los ojos de Ricardo.

—Me voy a la cama..., a dormir. —Ricardo no podía dejar de observar sus ojos.

—Claro..., y yo, yo también me voy. —Sonia tampoco era capaz de bajar su mirada.

—¡Vamos! Queréis apagarme la luz para que pueda dormir —protestó Daniel.

—Sí, por supuesto —contestó su madre.

Las manos de Sonia y Ricardo se juntaron a la vez en el interruptor. Ricardo la dejó posada encima de la de ella unos segundos y luego la apartó despacio, rozando con una leve caricia la piel sedosa de la mano de Sonia.

—Buenas noches —dijo ella, marchándose deprisa, casi aceleradamente hacia el baño, con el corazón agitado y trémulo por sentir aquella sutil caricia de Ricardo que le había erizado completamente la piel.

Aquel día de playa fue el primero de muchos otros que disfrutaron durante ese mes. Un mes en el que Ricardo y Sonia estuvieron prácticamente juntos las veinticuatro horas del día gracias a las vacaciones de ella. Aparte de acudir a la playa también realizaron otras actividades muy divertidas y entretenidas, pero lo más importante fue que las hicieron los tres juntos como una piña. Todas y cada una de ellas sin excepción.

El primer acontecimiento, días después de la jornada playera, era llevar a Daniel al cine, a ver el estreno de *El jorobado de Notre Dame*. Como mandaba la tradición del cinéfilo, compraron un gran cubo de palomitas para los tres, y Daniel, sentado en medio de sus padres, lo sostenía en su regazo para que todos las alcanzaran. Mientras esperaban el comienzo de la película, Daniel empezó a tirar palomitas a Sonia y

Ricardo. Su madre le regañó de inmediato, pero inesperadamente se encontró con un par de estas lanzadas por Ricardo.

—Lo siento, no he podido resistirme a la tentación —explicó.

Daniel, aprovechando la ocasión, volvió a lanzar más palomitas, y Sonia, a modo de revancha, tiró también unas cuantas a padre e hijo, con la consecuente sorpresa para ambos. Ricardo, lejos de contenerse, lanzó unas cuantas más. Y palomita va, palomita viene, cada vez con más insistencia y rapidez, Sonia y Ricardo, igual que dos críos, se declararon oficialmente la guerra. Daniel, en mitad de un fuego cruzado blanco y salado, también arremetía de vez en cuando a ambos bandos con la artillería ligera en medio de una larga risotada. Aunque no solo se escuchaba de fondo su risa, la de sus padres no paraba de retumbar en la sala de cine.

De pronto, las luces se apagaron y las voces de los de alrededor a través de una onomatopeya alta y larga ordenaron silencio. Los tres callaron, apretando sus labios para contener las risas. Sonia miró el cubo de palomitas, que prácticamente estaba vacío, y, sin vacilar ni un segundo, se lo colocó a Ricardo cual sombrero, cogiéndole desprevenido. No pudieron evitar soltar una carcajada al ver a Ricardo con la cabeza entera dentro del recipiente, y de nuevo se escuchó el mandato de silencio de los de alrededor, y esta vez con mayor fuerza. Sin decir más, la batalla alcanzó su fin por parte de todos y comenzaron a visionar la película.

Las risas del comienzo fueron cambiando poco a poco, pincelándose despacio por un aspecto más dramático según avanzaba la película, hasta desdibujarse por completo. Pero el que más sufrió esa transformación fue Daniel y su sensibilidad, para él *El jorobado de Notre Dame* resultó ser un film muy emotivo. Al final, el niño terminó llorando emocionado, y sus padres, abrazados a él, se empaparon de sentimientos sin dejar de pensar en querer ser en verdad la familia que aparentaban en ese momento, mientras consolaban a su hijo.

Días después de la sesión cinematográfica, y entre medias de otras jornadas de playa y sol, decidieron pasar un día en el Saler y la Albufera, la cual terminaron cruzando en barca. Era un capricho de Daniel, le había encantado recorrer aquel lago con Manu y su abuelo y quería que sus padres disfrutasen de lo maravilloso que era transitar por sus aguas. Así que Sonia y Ricardo alquilaron una barca y se adentraron en ella sin titubear un segundo. O al menos Ricardo no vaciló, Sonia tan solo fingió, tenía más reservas, aunque guardadas en sus adentros para que nadie descubriera sus miedos.

Al cabo de un rato, Daniel mandó a su padre que dejase de remar, quería echar de comer a los peces unas migas de pan. Ricardo obedeció, y Daniel se marchó a la punta de la pequeña barca sin parar de escuchar la voz de su madre diciéndole que fuera despacio para no mover el bote. Ricardo aprovechó para sentarse al lado de Sonia y observar cómo los peces venían a comer aquellos pedacitos de pan. Sin ni pensarlo un segundo, echó su brazo por encima del hombro de esta y le regaló una breve sonrisa que Sonia le devolvió de inmediato. Cuando Daniel acabó con todo el

pan que había llevado, les pidió que continuasen. Al levantarse Ricardo de golpe, la barca se movió bruscamente.

—¡¡¡Cuidado!!! —gritó Sonia, con la cara desencajada.

—¡Mamá, no pasa nada! —explicó Daniel con calma—. Se mueve pero no se va a volcar, no te asustes.

—Lo siento, es que no me gustaría caer en este agua.

—¿Te da miedo? —Ricardo la miró extrañado.

—Un poco, la verdad. Me crea incertidumbre no saber que hay bajo ella porque no se ve con claridad.

—¿Crees que estará el monstruo de la Albufera? —La sorna afloró por la boca de Ricardo.

—Sí, y una hidra con sus siete cabezas, no te fastidia —añadió Daniel.

—No creo que haya nada de eso, graciosillos, pero prefiero no tener que comprobarlo. El miedo es libre, ¿sabéis? —Miró al agua y, pensando en la posibilidad de caer en semejante sitito, un inesperado escalofrío recorrió su cuerpo.

—Oh, Daniel, hijo, creo que tu madre precisa de nuestro cariño para mitigar ese miedo que le ha encrespado hasta la piel. Demostremosle que nos tiene a nosotros para salvarla de cualquier monstruo.

Ricardo y Daniel se sentaron al lado de Sonia y empezaron a abrazarla fuerte, al mismo tiempo que besaban sus mejillas apretando con ganas. Sonia no podía parar de reír por lo cómico que resultaba aquello, ser espachurrada por los dos mientras le incrustaban sus labios en su rostro. De repente, Daniel paró al divisar a lo lejos el salto de un pez, y se apartó de ellos para ver si se repetía aquel espectáculo de nuevo. Los brazos de Ricardo se separaron despacio del cuerpo de Sonia, aunque sus miradas se quedaron petrificadas en el iris de cada uno. En ese instante, Sonia pensaba que deseaba besar los suaves labios de Ricardo, algo que sabía sería imposible de conseguir, él nunca se fijaría en ella como mujer. Era cierto que ahora se llevaban mejor, que entre ellos se habían terminado las hostilidades y se fraguaba una amistad más fuerte y bonita según pasaban los días. Pero una cosa era ser amigos y otra bien distinta ser amantes, sentir atracción. Sonia estaba convencida de que su amor hacia Ricardo nunca sería correspondido por esa falta de deseo por parte contraria, por lo tanto mejor callarlo y nunca exponerlo. Ricardo jamás debía descubrirlo.

Los dos terminaron desviando sus miradas ante los continuos gritos de Daniel al ver saltar a los peces. Ricardo, calmadamente, mandó sentar a su hijo, se levantó despacio y retomó los remos para terminar el paseo y llegar a la orilla. Y mientras navegaban de nuevo por la Albufera, mientras Ricardo daba una y otra palada al agua haciendo trabajar continuamente a sus bíceps y tríceps, no paraba de pensar en lo enamorado que estaba de Sonia, en cuánto le había seducido aquella mujer de apariencia huraña, encubierta en antipatía para no dejar ver la gran cantidad de cariño que encerraba su alma. Una mujer que jamás lo querría como pareja ni lo amaría

como hombre, nunca sería capaz de seducirla, estaba seguro de ello. Sonia estaba hecha de otra pasta, no era una persona fácil de persuadir, y menos de enamorar. Mejor ni intentarlo. Mejor dejar las cosas tal cual estaban y no estropear la bonita relación que mantenían ahora. Mejor amordazar sus sentimientos y disfrazarlos de amistad.

Antes de hacer la excursión a Morella, Ricardo y Sonia decidieron llevar a Daniel a Pego, un pueblo de Alicante, para visitar el Safari Park, un paraíso zoológico con más de ochocientos animales viviendo al aire libre pertenecientes a unas ochenta especies distintas venidas de todas las partes del planeta. Daniel estaba alucinado mientras lo recorrían, su boca permanecía más tiempo abierta que cerrada debido al entusiasmo que aquel lugar y su fauna le provocaban.

Después de recorrerlo entero, Sonia y Ricardo decidieron comer allí mismo, en un restaurante al aire libre muy bonito y acogedor. Al terminar, Daniel se puso a jugar con otros niños que estaban justo en la mesa de al lado. La mujer, madre de las tres criaturas que disfrutaban junto a Daniel, preguntó a Sonia y Ricardo si solo tenían ese hijo. Ambos asintieron con la cabeza sin mediar palabra, aun a riesgo de pecar de desconsiderados con su mutismo. Al momento, la simpática y curiosa señora, como si tuviese la suficiente confianza, les preguntó si no pensaban aumentar la familia.

—No —contestó rotundamente Sonia.

—Estamos en ello —respondió a la par Ricardo.

Sus miradas se buscaron asombradas, con un gesto de desconcierto ante la contradicción ofrecida.

—Quiero decir que no vienen —aclaró Sonia para salir del atolladero.

—Lo que yo decía, estamos en ello. —Ricardo sonrió a la señora, que los miraba con cara de circunstancia por las versiones en inicio tan discordantes.

Ricardo fue consciente de que no solo él se veía como una familia, todos los de alrededor, los que no los conocían, les percibían así: un matrimonio con un hijo. Ricardo sintió una añoranza extrema por lo que no tenía pero quería tener: a Sonia como esposa, confidente y amante, y a su hijo siempre con él. Ricardo sintió anudarse su garganta, y en un acto llevado por sus sentimientos posó su mano encima de la de Sonia, que, inmediatamente, percibiendo el ansiado calor del roce en su piel, reflejó en su mente a Ricardo como si de verdad fuese su compañero, cómplice y amigo; tal y como aquella desconocida mujer había supuesto. Eso pintó en la cara de Sonia una sonrisa, y sus dedos se entrelazaron en la mano de Ricardo. Sus miradas se encontraron en medio de aquella pequeña muestra de afecto por parte de ambos. Sonia meditó, durante los pocos segundos en que sus ojos se quedaron prendados en la mirada de Ricardo, cómo aquel hombre había cambiado su vida entera. Había sabido despertar sentimientos que ella jamás habría creído ser capaz de tener, nunca

creyó que existieran en su alma, que recorrieran su ser, que habitasen en su corazón. Ricardo la había enamorado, así de simple, así de complejo para una mujer que en general rechazaba a los hombres y en un principio y muy en particular lo detestaba a él. Sonia solo se preguntaba cómo podría vivir con ese amor fluyendo por sus venas y no morir de pena al ser ignorada. Porque ella sabía que Ricardo solo quería a Daniel y que a ella nunca la querría como le gustaba imaginar y se visionaba en sueños: compartiendo la vida, amándose.

Mientras jugaba, Daniel observó desde la distancia las manos de sus padres entrelazadas. Nunca había visto semejante señal de cariño entre ellos y no pudo evitar esbozar una sonrisa de las suyas, de esas tan grandes que casi le tapaban el rostro. Daniel se sintió feliz con ese sencillo gesto que para él suponía un gran paso en la relación de sus padres. La actitud de estos cambiaba para mejor día tras día, y él era espectador y protagonista de su incipiente aunque silencioso amor.

De esa forma, pasando tanto tiempo juntos y realizando tantas salidas, Sonia y Ricardo cada día hablaban más, bromeaban más, reían más, compartían más... Y todo eso también los llevaba a unirse más de manera afectiva, si bien ellos lo ignoraban por completo. Ambos se habían convertido en incrédulos ciegos dentro de un mundo de clarividentes a su alrededor. Todos los próximos a ellos, incluido Daniel, percibían lo que tan evidente resultaba, todos excepto ellos. Pero aunque ninguno fuese conocedor del sentir del otro ni ninguno lo pudiese ni imaginar, los sentimientos de Sonia y Ricardo eran verdaderos y estaban en su interior, creciendo y creciendo sin poder evitarlo. Lo hacían cada día con el mismo ímpetu y rapidez con que crecía la maleza en el bosque, y con la fuerza y espesura con que la hiedra trepaba y cubría las paredes. Con ese vigor sus sentimientos encharcaban sus corazones y envolvían sus almas, llenándolos de amor hasta casi hacerles rebosar.

Antes de finalizar el mes de agosto Ricardo, Sonia y Daniel realizaron la esperada excursión a Morella, un pueblo en el interior de Castellón famoso por su castillo árabe, su riqueza en monumentos, iglesias y conventos y la belleza de todo su entramado urbano, un conjunto de fortificaciones y amurallamientos en anillo de varios kilómetros de longitud, con unas importantes y bien conservadas puertas centenarias de acceso a él. Pero esa visita no la realizaban por ver las maravillas del pueblo ni lo bien conservado que tenía su patrimonio histórico, ni por los ruidos del silencio que en esa villa se podían escuchar por sus inmediaciones, con esa visita Ricardo quería que Daniel conociese el lugar donde su madre y él se dieron el «sí quiero», una ermita pequeña a las afueras de Morella, en dirección al bosque de Pereroles, en medio del campo. Fue Paula, la madre de Daniel, quien decidió casarse allí. Se enamoró del lugar nada más verlo, sin ni siquiera saber cómo era aquella ermita por dentro.

Como visitar aquella ermita les cogía a unos cuantos kilómetros de Morella, los tres decidieron disfrutar primero del bonito pueblo y después acercarse a buscarla. Para esa ocasión, Ricardo había alquilado un automóvil por todo el fin de semana. Morella se encontraba a unos ciento setenta kilómetros de Valencia, unas dos horas de trayecto, y lo que querían ver ni siquiera estaba dentro de la villa, sino en las afueras. No era cuestión de ir en autobús y luego buscar un taxi, debían ir en vehículo propio para poder moverse con libertad.

Después de pasar el día recorriendo sus calles y disfrutando de todo cuanto esas murallas contaban sobre la cultura íbera, romana, mora y cristiana; se dispusieron a buscar un restaurante para comer. Ricardo quería llegar a uno en particular, aun a riesgo de que no estuviera abierto después de tantos años, y los condujo hasta el centro del pueblo para comprobarlo. Morella era famosa por su diamante u oro negro en la cocina: la trufa. Y casi toda su gastronomía giraba alrededor de este aromático y sabroso fruto de la tierra. También predominaban los embutidos, y en particular la cecina; los quesos, elaborados con leche de cabra y oveja; las carnes, en especial las de caza; las aves, destacando la codorniz y la perdiz, y las setas, de gran variedad, que se encontraban sin problemas en los bosques del pueblo.

—¡Yuhu! —exclamó Ricardo con felicidad al ver el restaurante que iba buscando abierto y con gran afluencia de clientes.

Daniel, que iba cogido de su mano, saltó también de alegría al ver así de feliz a su padre. Hasta Sonia sonrió al ver el júbilo en los grisáceos ojos de Ricardo mientras la miraban.

El camarero los acomodó rápidamente en una mesa, era una de las pocas que quedaban por llenar. Daniel cogió la carta, empezó a leer y, sin darles tiempo a sus

padres ni de abrirla, les sugirió que pidiesen el menú degustación para poder probar distintos platos. Sonia y Ricardo se miraron y se echaron a reír, les hacía gracia la forma de hablar y comportarse de Daniel en ese momento, como todo un adulto. Daniel, sin saber exactamente de qué se reían sus padres, los acompañó igualmente. Le era indiferente el motivo de sus risas, tan solo quería verlos siempre así: felices.

Cuando el camarero se acercó a tomar nota, Sonia y Ricardo dejaron que fuese Daniel el que pidiese. El camarero, un morellano muy agradable y educado, habló con él y le reseñó la acertada decisión que había tomado al elegir tal menú. Daniel, marcando una comedida sonrisa, le dio las gracias y le entregó las cartas.

Más de dos horas después salían los tres del restaurante con la tripa tan llena que les costaba andar. Ricardo les propuso ir hasta donde el coche se encontraba aparcado y acercarse a la ermita. Luego podrían dar una vuelta por el bosque que la rodeaba y así bajar la copiosa comida que circulaba por sus intestinos. A Sonia y a Daniel les pareció perfecto, y los tres comenzaron a caminar para llegar al aparcamiento.

Ricardo se quedó parado unos metros antes de llegar a la ermita. Su cara cambió, se entristeció, los ojos se le velaron y su alma se inundó de pena. Durante unos segundos bajó la cabeza al suelo, parecía no poder ni mirar de frente aquel sagrado edificio. Daniel se acercó a él y se cogió a su mano, consciente en ese instante, por su semblante, del dolor que sentía su padre. Ricardo lo miró e *ipso facto* lo subió a sus brazos, envolviéndolo en ellos con fuerza, necesitaba sentir el calor de su hijo en ese duro trance. Así, con el niño agazapado a su tronco, se acercaron andando lentamente. Sonia los seguía despacio, casi con timidez, no sabía si era acertado o no encontrarse ella allí en ese momento. Un momento en el que Ricardo quería hacer partícipe a su hijo de lo que había vivido con su madre. Un momento de intimidad familiar entre ellos. Un momento tan solo suyo.

La ermita estaba cerrada, y padre e hijo dieron una vuelta a su alrededor en silencio. Sonia no los acompañó, sino que esperó frente a la puerta a que regresaran. Tras unos minutos, Ricardo y Daniel volvieron a aparecer. Este bajó a Daniel de sus brazos y, alzando la mirada a la ermita, comenzó a hablar, con voz entrecortada, del día de su boda. Le contó a su hijo lo guapa que estaba ese día su madre, lo felices que fueron los dos, los pocos invitados que había en aquella ceremonia y lo mucho que disfrutaron con toda su dicha. Volvió a relatarle lo que ya le había dicho en otras ocasiones, y Sonia, sin ser vista por ninguno, también había escuchado. Le decía que su madre había vivido en Castellón, que no tenía familia, creció en una casa de acogida, que estudió secretariado y al salir encontró trabajo en una oficina de una empresa de conservas. Volvió a resumirle lo magnífica persona que era y de qué forma más casual se conocieron. Ricardo acercó a Irina a su casa en Castellón y, al regresar, y por culpa de un descuido por parte de él, chocó contra el coche de Paula en un semáforo. Ricardo hablaba y hablaba, la voz se le rompía en más de un momento por los recuerdos, pero continuaba al ver la cara de Daniel rogándole que no parase. Después de mucho hablar y relatar, a Ricardo le brotó una sonrisa.

—¿De qué te ríes, papá? —preguntó con curiosidad.

—Me estoy acordando de lo cabezota que era a veces tu madre. Si decía que hacía algo no paraba hasta conseguirlo, aunque el mundo le gritase que nunca lo lograría. Al final su perseverancia y tenacidad nos callaba la boca a todos. —Volvió a quedarse serio.

Sonia sintió un fuerte nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de emoción al ver y escuchar a Ricardo. Sus palabras estaban cargadas de unas sensaciones tan dulces como amargas, de notas de felicidad truncadas por la desgracia. Ricardo no pudo aguantar más su sentir y dejó afluir sus contenidas lágrimas, lo necesitaba. Daniel abrazó a su padre y este, desesperadamente, lo abrazó a él. Sonia se derritió ante esa imagen, y sus lágrimas también empezaron a acariciar lentamente sus mejillas. Su corazón se partía al ver tan roto a Ricardo, y sus brazos, sin pensárselo dos veces, arrojaron a ambos, padre e hijo. Ricardo la miró, vio cómo corrían las lágrimas por su cara y una de sus manos comenzó a enjugárselas con delicadeza, mientras sus ojos le suplicaban que no llorase. Las manos de Sonia se sintieron envidiosas e hicieron lo propio con Ricardo, enjugar las lágrimas que manaban por sus bellos ojos. Los dos se limpiaban su pena llenos de amor al hacerlo, sin parar de pensar que no podían soportar ver sufrir a la persona que amaban. Tras un rato, los apesadumbrados ánimos se calmaron y los tres se quedaron sentados en silencio en las escaleras de entrada a la ermita, observando el paraje, mirando a la nada.

—¿Por qué no nos quedamos a hacer noche aquí? —preguntó Ricardo, rompiendo el mutismo que se había apoderado de los tres—. No me apetece conducir, no tengo ganas ni fuerzas para hacer nada.

—¡Sí, quedémonos, por favor! —Daniel se levantó de un brinco y miró a su madre.

—Vale, nos quedamos. Pero tendremos que regresar a Morella ya mismo para buscar alojamiento.

—Buscaremos un hotel y reservaremos dos habitaciones. Una para ti y Daniel y la otra para mí —dijo Ricardo.

—No —contestó Sonia—. Tú y Daniel en una y yo sola en la otra. Los hombres con los hombres. —Sonrió a su hijo.

—¡Sí, vale! —contestó Daniel, saltando. Sonia y Ricardo terminaron riendo al verlo tan feliz.

—Pues en marcha, a ver si tenemos suerte y encontramos habitación en el primero que veamos. —Ricardo se levantó y se encaminó hacia el coche. Sonia y Daniel lo siguieron, este último sin parar de saltar de alegría por el camino.

Morella estaba de fiestas, y eso, sumado a que agosto era el mes de vacaciones estivales por excelencia, complicó la búsqueda de alojamiento. Después de patear casi todos los hoteles de la villa, al final consiguieron habitación en el penúltimo que visitaron. Eso sí, tan solo una. Podían arriesgarse a ir al último que les quedaba por visitar y comprobar si tenían habitaciones disponibles o, por el contrario, estaba lleno,

como todos los demás, o coger esa habitación y no dar más vueltas. La recepcionista, al verlos meditar durante tanto rato y pensando que eran matrimonio, les dijo que había una cama supletoria libre que subirían a la habitación sin problemas. Ricardo y Sonia se miraron.

—Ya está, arreglado. Yo dormiré en la cama supletoria y Daniel y tú en la otra cama.

—Perdone, señor, pero la cama supletoria es pequeña, dudo que pueda dormir usted en ella, está pensada para niños —aclaró la recepcionista.

—Pues yo dormiré en la cama supletoria —dijo Daniel, sonriendo.

—Bueno..., pues nosotros dormiremos en la cama grande. Cada uno en una punta, no tenemos por qué rozarnos. Pero siempre y cuando te parezca bien, Sonia.

—Vale, de acuerdo. Somos adultos, sabemos comportarnos —contestó ella.

La recepcionista los miraba con cara de sorpresa y sin entender nada. Daniel y su sagacidad se dieron cuenta de que aquella mujer no comprendía la situación, y sin pensarlo dos veces, su inocencia comenzó a dar explicaciones a esa desconocida.

—Son mi padre y mi madre, pero no están casados —dijo, mirándola fijamente—. Es más, ni se conocían hasta hace seis meses. Por eso no quieren dormir juntos.

Ricardo y Sonia se quedaron estupefactos mirando a Daniel. Aunque su asombro no era ni la mitad del que sentía la recepcionista del hotel en ese momento. Ahora, lejos de entender la situación, estaba hecha un verdadero lío.

—¡Pero Daniel! —le increpó Sonia cuando recuperó el habla.

—Hijo, a la señorita no le importan esas cosas —añadió Ricardo, aún perplejo.

—Solo he dicho la verdad. Aunque parece que tampoco lo ha entendido. —Volvió a mirarla—. Es que es una historia muy larga y hay cosas en ella de las que no se puede hablar, son secreto.

—¡Ya, caballero! Parece que está usted muy parlanchín hoy, más de lo habitual. —Sonia le cogió de la mano para marcharse de allí—. Reserva la habitación, Ricardo, te esperamos fuera.

La recepcionista no sabía si reír, soplar o sentarse por el aturdimiento que sentía. Aquel niño de corta edad le había dejado sin palabras con su forma de expresarse y su espontaneidad. Por no mencionar el caos que había despertado en su mente con la relación entre sus padres.

Al salir, Sonia le reprendió. Le dijo que no debía ir contando esas cosas a desconocidos, a nadie le importaba ni interesaba su historia. Ahora que parecía que la prensa se había olvidado de ellos no le apetecía nada en absoluto que alguien se viese con el derecho de poder opinar sobre sus vidas. Daniel le pidió perdón, no era su intención molestarla. Simplemente había querido hacer comprender a aquella mujer por qué ellos no dormían juntos, ella parecía extrañada al escucharles hablar. Sonia terminó riendo. Si bien no sabía si lo hacía por su malestar o por los nervios de saber que iba a compartir cama con Ricardo. Daniel comenzó a reír con ella, y en ese momento Ricardo salió del hotel y se quedó extrañado al ver reír a los dos.

—¿Os hace gracia? —preguntó.

—No sé ni lo que me hace —contestó Sonia.

—Claro, vosotros os habéis marchado y yo me he quedado con doña Desconcierto mirándome sin parar y preguntándose cómo éramos sus padres si no nos conocíamos.

Sonia rio más fuerte. La situación le parecía tan cómica que su risa no paraba de fluir. Daniel subía su volumen a la par que su madre, parecía tener una conexión con el tono de esta, un acoplamiento que servía para hacerle los coros. Al final Ricardo se unió a ellos con sus carcajadas, la risotada del momento parecía no tener fin en ninguno de los tres. Lágrimas terminaron brotando de sus ojos. Lágrimas que surcaban sus rostros, deslizándose por los pliegues de sus bocas al reír. Lágrimas, puras lágrimas, aunque esta vez tan solo de alegría.

Después de pasear de nuevo por las calles de Morella y cenar en un mesón cercano al hotel, decidieron que era hora de dormir. El día había sido largo y duro, tanto físicamente, por caminar más de lo habitual, como psicológicamente, por el aluvión de sentimientos expresados, sentidos y expulsados. Al entrar en el hotel y pasar otra vez por la recepción, Sonia tuvo que apretar sus labios fuertemente para no ponerse de nuevo a reír, la expresión de la recepcionista al verlos continuaba siendo de absoluta confusión. Seguramente la mujer se había pasado la tarde haciendo cábalas sobre aquella extraña relación que el pequeño le había contado.

La cama supletoria ya estaba preparada en la habitación, justo a los pies de la cama grande. Daniel, nada más entrar, se empezó a desvestir, quedándose en calzoncillos y camiseta, ninguno llevaban pijamas, nadie había pensado en hacer noche allí. Ricardo, ni corto ni perezoso, comenzó a hacer lo mismo que su hijo, se quitó sus cortos pantalones pero, a diferencia de Daniel, también se despojó de la camiseta, se quedó solo con su *slip* negro y se metió en la cama. A Sonia le temblaron las piernas pensando meterse así en la cama con él, prácticamente desnudo. Y, a pesar de la incomodidad que le iba a suponer dormir vestida, su vergüenza le impedía quitarse la ropa.

—Mamá, ¿vas a dormir vestida? —le preguntó Daniel, que como siempre estaba atento a todo.

—Claro, no tengo pijama.

—¡Toma, ni yo ni mi padre! Pero con la ropa se duerme incómodo.

—Sonia, Daniel lleva razón, no vas a descansar a gusto. Quítate al menos el pantalón.

—Tú me parece que eres un listo —contestó a la defensiva.

—Tranquila, no voy a mirar. Te lo quitas, te metes en la cama y te tapas hasta la cintura con la sábana. No te voy a ver nada, lo juro.

Sonia pensó que estaba comportándose de manera infantil. En aquella habitación no estaban solos, Daniel los acompañaba, Ricardo nunca se propararía con ella en ese entorno. Y realmente dormiría más a gusto sin llevar la bermuda de lino puesta.

—Lleváis razón, me quitaré los pantalones. Pero mira al lado contrario hasta que me haya metido en la cama.

—Por supuesto. —Ricardo se giró.

Sonia se quitó los pantalones y también aprovechó para despojarse del sujetador, nunca había sabido dormir con él puesto, le molestaba. Entró en la cama con rapidez y se tapó con la sábana hasta la cintura. Antes de decirle a Ricardo que ya podía darse la vuelta si quería, observó atenta su cuerpo. Su espalda también conservaba alguna que otra pequeña cicatriz de aquel atentado sufrido en Islamabad. Sus manos sintieron la necesidad de acariciarlas suavemente y su boca el deseo de besarlas con delicadeza, pero, ahogando un suspiro, tuvo que contenerse.

—Ya puedes darte la vuelta cuando quieras —le dijo, con un tono de voz bajo, en un susurro apagado.

Ricardo, ansioso por escuchar esas palabras, se la dio de inmediato, encontrándose con la mirada avellana de Sonia de frente. Estaba deseoso de verla a su lado, cerca de él, tumbados los dos sobre la misma cama. Su cuerpo se estremecía sintiendo tan cerca el de esa mujer que hacía palpar a su corazón como ya no recordaba. Sus brazos le gritaban que querían estrecharla, su nariz clamaba por oler su maravillosa esencia, su boca se desgañitaba por saborear sus rosados labios. Y todo ello Ricardo se lo intentaba decir a Sonia con sus ojos, chillándose con ellos, puesto que su boca no tenía el valor suficiente para poder contarlo.

—Papá, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Daniel, asomándose a la cama de sus padres, rompiendo el mágico momento en que Ricardo y Sonia empezaban a comunicarse con sus ojos.

—Sí, claro, dime. —Se incorporó un poco.

—Me has hablado mucho de mi madre, pero... —hizo una breve pausa— nunca me has dicho dónde está enterrada.

Ricardo miró hacia Sonia con un fuerte nudo, el mismo que se le hizo a ella al ver a la tristeza caminar por el azul de los ojos de Ricardo en ese instante. Fue inevitable para él que una lágrima cayese a su rostro al tener que hablarle a su hijo de algo tan duro. Limpiándose con urgencia, volvió a mirarlo.

—En Valencia. —La voz se le quebró y calló unos segundos—. Cobo se encargó del entierro de mamá. Ya te he dicho que ella no tenía más familia que a nosotros. Y tú eras un bebé y yo no estaba allí.

Sonia posó su mano en la desnuda espalda de Ricardo y la movió suavemente, a modo de reconfortante caricia. Sus labios permanecían apretados para intentar calmar sus ganas de llorar por la triste situación. No podía hacerlo, Ricardo necesitaba consuelo, no a nadie más que consolar aparte de a su hijo.

—Cobo parece ser buena persona aunque lo intenta ocultar —dijo Sonia, sin parar de acariciar su espalda y tragando su penar para no hacerlo público.

—Es el mejor amigo que he tenido nunca. Tiene un gran corazón. Es cierto que habla muy mal, es mujeriego y un poco alocado, aunque en el trabajo es serio y

responsable como pocos. Pero no te dejes engañar por esa apariencia que muestra, dentro de él se esconde un hombre noble con un corazón tremendo.

—A mí me cae muy bien, es muy divertido. —Daniel sonrió.

—Ya lo sé, veo las migas que haces con él, granujilla. —Ricardo le devolvió la sonrisa—. Y ahora duérmete ya. —Daniel les dio las buenas noches y se tumbó de nuevo en su cama.

Ricardo también volvió a tumbarse, quedándose boca arriba, mirando al techo, al vacío, a la nada. Sonia no dejaba de observarlo mientras pensaba en cuánto había sufrido aquel hombre, lo dura que había sido su vida durante los últimos siete años, el dolor que tuvo que sentir al regresar a su país y descubrir que no le quedaba nada de la vida que dejó en su momento. No lo quería ni pensar, ni imaginar por una milésima de segundo, era demasiado lacerante. De pronto, Ricardo se giró hacia ella y se quedó mirándola fijamente.

—Gracias —dijo a medio tono.

—¿Por qué? —preguntó extrañada.

—Por haberme ofrecido hoy tu apoyo y aliento, Sonia.

—Bueno, no tienes que dárme las, solo he hecho lo que me ha salido del corazón. Era un momento duro para ti.

—Mira, sé que nos hemos conocido en las peores circunstancias, sé que estos meses no han sido fáciles para ninguno, en algunos momentos han llegado a ser un infierno, pero también sé que ha merecido la pena. Durante este tiempo he aprendido muchas cosas, he conocido a mi hijo, le he entregado todo mi amor y he recuperado el suyo. Pero no solo eso, también me ha servido para conocerte a ti. —Suspiró con languidez—. Quiero agradecerte que acogieras a Daniel y hayas sido su madre durante estos años. Nadie, salvo Paula, su propia madre, habría podido ser mejor para mi hijo, te lo aseguro. Sonia, eres una gran persona, te escondes bajo una coraza para que nadie pueda conocerte y no sé por qué, aunque a mí al final me has dejado que lo haga, te he conocido a través de Daniel. Gracias de nuevo.

—No tienes que dárme las, no me las merezco, me porté contigo de forma muy desconsiderada los primeros meses.

—Sí, no te negaré que fuiste bastante borde —aseguró.

—Lo sé.

—Y grosera, estirada, impertinente, hiriente...

—¡Vale, vale! —exclamó cortándole—. *Mea culpa*, lo sé. —Ambos sonrieron levemente, pero al segundo Sonia se quedó muy seria—. Lo sé, Ricardo, pero no podía evitarlo. Te veía como a un enemigo, solo pensaba que iba a perder a Daniel, y eso me daba pánico. Y el pánico se transformaba en un arma de ataque contra ti, sacaba lo peor de mí.

—Nunca lo perderás, solo lo compartiremos, ambos somos sus padres. Ahora Daniel tendrá que querer a dos en lugar de a uno solo.

—Lo sé, ahora ya lo sé. El tiempo me ha hecho comprender ese camino. Ahora sé

que los dos somos necesarios en su vida. —Hizo una pausa—. Quiero disculparme por mi trato tan molesto y a veces humillante, Ricardo. Y sobre todo quiero pedirte disculpas por las discusiones que hemos tenido, por haberte dicho que yo no era la responsable de tu desgracia y que tú buscabas dar pena con ella. Bastante has tenido que sufrir tú ya con todo lo ocurrido. De repente has pasado siete años sin saber quién eras y cuando recuperas la memoria y vuelves no tienes mujer ni hijo. No quiero ponerme ni un solo segundo en tu piel, tuvo que ser horrible.

—Lo fue. Mucho. —Tragó saliva—. Pero tener a Daniel cerca de mí durante estos meses me ha devuelto la vida.

—Yo sí he aprendido mucho durante este tiempo, te lo aseguro. Tú me has hecho que vea las cosas de otra forma a como estaba acostumbrada. Ahora sé que pase lo que pase Daniel nos tendrá a ambos y nosotros disfrutaremos de él siempre.

—No, si al final vamos a tener que darle las gracias al juez Guzmán por su decisión. —Perfiló una sonrisa.

—Pues seguro. —Sonia sonrió también.

Ricardo se incorporó y se asomó a ver a Daniel. Estaba boca arriba, con todo el cuerpo estirado sobre aquella estrecha cama y soplando a más no poder.

—Está dormido como un tronco —susurró, y volvió a tumbarse.

—Nosotros también debemos dormir, tenemos que descansar. El día de hoy ha sido agotador por el cúmulo de emociones.

—Cierto. —Ricardo hizo intención de apagar la luz, pero se detuvo—. Sonia, ¿puedo darte un beso de buenas noches y en agradecimiento por lo de hoy?

—Vale —contestó titubeante. Pero su vacilar eran puros nervios producidos por saber que iba a sentir los sedosos labios de Ricardo de nuevo en su mejilla.

Ricardo se acercó lentamente a su cara y la besó con delicadeza, aguantando sus ganas de abrazarla y cambiar ese beso por uno más apasionado. Se separaron despacio, cada uno giró a un lado, dejando sus espaldas la una frente a la otra. Apagaron la luz y buscaron postura para intentar dormir, pero Ricardo no paraba de suspirar en silencio, pensando en lo enamorado que estaba de Sonia y la necesidad de compartir su vida con ella y Daniel. Aquella mujer le había llenado de nuevo el corazón de ilusión, y él quería agradecerse haciéndola feliz eternamente. No podía pensar en otra cosa, y con ello era incapaz de cerrar los ojos para descansar.

Por su parte, a Sonia le ocurría algo parecido. Se imaginaba continuamente una vida con él, amando a aquel hombre que compartía cama con ella ahora mismo y que le había robado, sin saber ni cómo ni cuándo, el corazón. Le daban ganas de volverse y decirle que estaba locamente enamorada de él, pero le daba tanto miedo hacerlo por si la rechazaba, que prefirió llorar su sentimiento en silencio, a su lado, de espaldas a su amor.

El mes de septiembre irrumpió en el calendario de Daniel sin apenas darse cuenta. Un anuario en el cual ya no cabían más cruces rojas, casi estaba repleto. Con su llegada se acabaron las vacaciones de Sonia al igual que las de su hijo, el nuevo curso escolar se iniciaba en menos de una semana. Y lo más importante para todos, lo que a ninguno se le escapaba, en ese mes el juez Guzmán decidiría cómo quedaría la custodia de Daniel. A Sonia y a Ricardo ya no les preocupaba tanto ese tema como al principio, habían aclarado que nadie lo perdería, tan solo sería compartido. Ahora les angustiaba más otra cuestión, la de dejar de convivir, la de no verse a diario, la de no saber si podrían soportar vivir el uno lejos del otro. Eso sí, continuaban haciéndolo en el más absoluto de los silencios. Ninguno era capaz de dar un paso en la dirección que sus corazones les pedían, les chillaban, el miedo al rechazo les atenazaba de pies y manos y paralizaba sus cuerdas vocales.

Las vidas de Ricardo y Sonia en esos casi siete meses habían experimentado un giro de ciento ochenta grados. Habían pasado de odiarse a amarse, de repelerse a atraerse, de la enemistad a la casi camaradería. Ninguno de los dos podría haberlo ni imaginado. Ninguno habría sospechado ese cambio de actitud cuando aquel veinte de febrero Ricardo y su maleta se presentaron en el piso de Sonia, dándole estas claras muestras de su hostilidad desde el principio. Mucho menos aún si nos remontáramos a su primer encuentro en el despacho de Rafael. Un encuentro tenso y gélido, donde Sonia hizo su primer desplante a Ricardo privándole de su saludo y lanzándole una mirada ofensiva. Ricardo tampoco anduvo fino, y decidió tutearla en un tono un poco despectivo al sentirse molesto tras escucharla denominarse madre de su hijo. Ambos mostraron sus uñas desde el primer momento para ver quién las tenía más largas y afiladas y quién, por consiguiente, sería capaz de dañar más.

De aquel primer encuentro a su relación actual distaban años luz, realmente era otra nueva y bien distinta. Una en la que los verdugos habían pasado a ser víctimas de su amor, en la que la antipatía y aversión se habían cerrado de un portazo dejando solo fluir afecto y cariño. Tan solo una que hacía unos meses era impensable y descabellada. Pero ahora, sin embargo, era la única que existía y podía existir.

El primer día de colegio para Daniel era muy especial, significaba el reencuentro con sus compañeros, algo que deseaba con ansia. Sonia y Ricardo le llevaron juntos, los dos, como una pareja, o mejor decir, como una verdadera familia. Al menos esa era la sensación que sentían los tres mientras andaban cogidos de sus manos, con

Daniel siendo el nexo de los brazos de Sonia y Ricardo.

Nada más llegar a la puerta del colegio, Daniel comenzó a saludar a sus compañeros con emoción, entusiasmado, se alegraba de ver a todos y cada uno de ellos. Besó con celeridad a sus padres y entró corriendo para acudir a su encuentro. Lo hizo tan rápido, que las piernas parecían ni vérselo gracias a la velocidad alcanzada. Seguramente sus prisas se debían a su impaciencia, al deseo incontrollable por contarles a sus compañeros las vacaciones tan estupendas que había vivido junto a sus padres. Sonia y Ricardo esperaron detrás de la verja que rodeaba el colegio hasta verlo entrar por la puerta y desaparecer detrás de esta.

—¿Tienes tiempo para tomarnos un café? —le preguntó Ricardo, mirándola con una media sonrisa.

Sonia miró su reloj, viendo que iba muy pillada de hora y empezó a negar con la cabeza.

—No, lo siento. Tengo el tiempo más que justo para llegar.

—¿Y la jefa no puede llegar tarde un día?

—Bueno, es que la jefa también tiene un jefe. —Hizo un mohín.

—Sí, Rafael, lo sé. Pero no creo que él te vaya a poner ninguna objeción. No solo es tu jefe, es tu amante. —Ricardo sintió su corazón retorcerse al decirlo, deseó que la boca de Sonia le dijese que ya no estaban juntos, que lo habían dejado.

—No mezclamos las cosas, Ricardo, nunca. En el trabajo es mi jefe; fuera, mi amigo.

—¿Nada más que amigo? —preguntó, sintiendo su corazón latir a doble de velocidad al creer que todavía podía cumplirse su deseo.

—Bueno..., amigos y amantes —contestó, sintiéndose arrepentida de haber hecho creer aquella mentira a Ricardo.

Ricardo suspiró en silencio, se había acostumbrado a hacerlo así para que Sonia no notase las evidencias de su sentimiento hacia ella. Y siendo consciente de que su deseo no iba a cumplirse, volvió a mirarla fijamente a los ojos.

—¿Nunca has llegado tarde al trabajo?

—Jamás —contestó con rotundidad.

—Pues hazlo por primera vez, por favor. Tómate un café conmigo y luego te acompaño hasta tu trabajo. ¿Qué puede ser, media hora? ¿Se va a detener todo si no estás allí durante ese tiempo?

Sonia calló, pensando qué hacer. No le gustaba eso de llegar tarde al trabajo, siempre le había parecido algo de impresentables salvo causa justificadísima. Pero también la seducía la idea de tomar un café con Ricardo y charlar un rato, aunque para ese retraso no existía ninguna excusa justificable.

—Vale, me has convencido. No creo que nadie se muera si llego media hora tarde. —Curvó con sutileza sus labios.

—Ni tampoco si es una hora en lugar de media.

—¡Oye, no te pases! Un café y al trabajo, sin más. —Sonrió un poco más.

—Lo que tú digas, jefa. —Chasqueó los labios.

Sonia y Ricardo se tomaron un café y estuvieron hablando de lo contento y entusiasmado que había acudido Daniel al colegio. Pero no toda la conversación se centró en su hijo, también hablaron un poco de ellos, de sus gustos, de sus pensamientos e ideas, de sus aficiones... En definitiva, ambos parecían querer conocerse más de manera personal.

Igual que en una regla de tres inversa en donde a mayor aumento en una constante obtendremos una disminución en la otra, cuando se estaba en buena compañía y pasándolo agradablemente, el tiempo trascurría veloz, recortándose a la mitad o menos. Una hora podía durar como diez minutos a lo sumo, no más, mermaba increíblemente. Así que con esa presurosa proporcionalidad espacial, cuando Ricardo y Sonia quisieron darse cuenta la media hora ya estaba pasada de sobra y abandonaron con prisa la cafetería. Ricardo la acompañó hasta el edificio de Servicios Sociales, las agujas del reloj en ese momento marcaban las diez menos cuarto. El retraso de Sonia al final había sido de tres cuartos de hora, algo más de lo que ella en un principio previó. Se despidieron con un simple adiós, aunque ambos hubieran deseado un tierno beso en los labios, unir con dulzura el roce de sus pieles y saborear la sabrosura de su jugosidad. Pero tan solo quedó en eso, un deseo por las dos partes.

Tras esa brevísima despedida, y con la agilidad de una gacela, Sonia entró en su lugar de trabajo. Según acudía con urgencia hacia su despacho, Rafael, que andaba ya preocupado, la llamó. Llevaba observando a través del ventanal de su despacho desde las nueve y diez para ver si aparecía de una vez. Empezaba a estar preocupado, llegar tarde no era costumbre en Sonia, y había pensado en llamar a su casa si no llegaba antes de las diez de la mañana. Sonia se dio la vuelta y se dirigió al despacho de su jefe pensando que iba a regañarla por su retraso. Rafael era extremadamente meticuloso con el horario de la jornada laboral. Aunque por otra parte también le parecía de lo más normal que la llamase la atención, su incumplimiento profesional no había sido avisado y, por supuesto, no estaba nada justificado.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Le ha pasado algo a Daniel? —preguntó preocupado.

—No, Daniel está bien. Ricardo y yo lo hemos dejado en el colegio y estaba estupendo, más feliz que nunca.

—Entonces, ¿por qué te has retrasado? ¿Te ha entretenido Ricardo? —interpeló casi molesto.

—Pues mira sí. Se ha empeñado en que nos tomásemos un café, hemos comenzado a hablar de Daniel y se me ha ido el santo al cielo.

—¡Ay Dios, Sonia! ¿Tan coladita estás por Ricardo que hasta llegas tarde a tu trabajo? Ni estando enferma has faltado ni te has retrasado nunca. —La miró asombrado.

—Bueno, pues porque lo haya hecho un día no creo que vaya a hundirse el mundo ¿no?

—Estás muy distinta desde que has regresado de vacaciones, de verdad. No quiero decir con ello que no me guste esta otra Sonia, todo lo contrario. Sonríes más, bromeas más, te relacionas más, pero el trabajo es el trabajo, ya lo sabes. No voy a llamarte la atención porque es la primera vez en todos tus años que llegas tarde, pero no lo tomes por costumbre o tendré que reprenderte.

—Rafael, soy la misma, pero ver a Daniel tan feliz me llena el alma de alegría. Ahora, además, ya sé que dictamine lo que dictamine el juez nada va a separarme de mi hijo.

—¿Estás totalmente convencida de ello o el amor te ciega hasta límites insospechados?

—¡Ni amor ni leches, joder, qué pesadito! Ambos somos sus padres y ambos compartiremos el amor de nuestro hijo. Tan solo eso. He comprendido lo que tantas veces tú me has dicho que debía entender. ¿O tampoco te parece bien?

—Y si el juez decidiese darle la custodia completa a Ricardo y a ti solo un régimen de visitas, ¿qué pasaría? ¿Lo aceptarías de buen grado como me estás diciendo ahora? Eso también conllevaría no ver casi a Ricardo, ¿lo has pensado?

—Mira, Rafael, si te ha molestado que llegue tarde dímelo claramente y punto, pero no me toques las narices diciendo algo que aún tiene que determinar un juez.

—No te estoy tocando las narices, Sonia, me alegro de verdad si crees lo que dices. Pero quiero saber si lo dices convencida, siendo consciente de lo que hablas. O sencillamente el hecho de veros como una familia, con un hijo al que amas y un hombre del que te has enamorado a más no poder, digas lo que digas, te impide ver la realidad de lo que puede ocurrir en breve. De cómo todo ese mundo puede desmoronarse a tu alrededor y desaparecer tal y como le tienes concebido ahora en tu mente.

—Si querías joderme el día lo has conseguido, date una palmadita en la espalda por lo bien que lo has hecho. Has alcanzado tu objetivo, majo —soltó, empezando a andar con furia para salir del despacho de Rafael.

—¡Oye, Sonia!

—¡Qué te den! —Salió, dando un brusco portazo.

Apenas Sonia había entrado en su despacho cuando su teléfono empezó a sonar. Estaba tan molesta y cabreada en ese momento por las palabras de Rafael que no sabía si cogerlo o estamparlo contra el suelo. La rabia afluía por ella como un pantano desbordado, con tanta fuerza que terminaba rompiendo su presa y arrasando todo cuanto podía con su vigor descontrolado. Al final, su ira se abalanzó sobre él y descolgó casi arrancando el auricular.

—¡¡¡Dígame!!! —gritó.

—¡Uf! Si te cojo en un mal día mejor te llamo mañana —contestó una voz masculina que encogió el estómago de Sonia al momento; era Cisneros, su letrado.

—Lo siento, perdone, de verdad. —Su furia tornó al instante en vergüenza por su brusco tono al hablarle.

—De tú, Sonia, por favor, ¿o ya lo has olvidado?

—Pues llevo tanto tiempo sin hablar contigo que ya lo había olvidado. ¿Para qué llamas?, ¿para la fecha del juicio? —Su voz se calmó, aplacó su rabia, pero los nervios comenzaron a apoderarse de sus entrañas.

—Exacto. El juez os ha citado el día veintiuno de septiembre a las diez de la mañana. Es decir, en menos de diez días. ¿Qué tal han ido las cosas durante este tiempo?

—Bien. Las cosas han ido bien —contestó un poco apagada—. Cisneros, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, dime.

—¿Tú qué crees que decidirá el juez? —El corazón le dio un brusco vuelco al hacerle esa pregunta. Temía su contestación tanto como a una torrencial lluvia de verano, tan corta como dañina.

—Sonia, la verdad, no tengo ni idea. Este juez me desorientó por completo con su forma de actuar. Así que ahora no sé cómo va a proceder. Pero, de cualquier forma, no vas a perder a Daniel, aun poniéndonos en lo peor tendrás un régimen de visitas.

—Y tengo muchas papeletas para ponerme en lo peor, ¿verdad?

—No sé qué decirte. Ricardo es su padre biológico y las causas de no haber estado al lado de su hijo no fueron por propio gusto. Pero si llegamos a ese caso intentaremos que el régimen de visitas sea lo más amplio posible. O a lo mejor el juez fija una custodia compartida a partes iguales, últimamente se están dando algunos casos, así podríais disfrutar de Daniel durante seis meses cada uno.

—No, eso no me gusta nada, lo volveremos loco al pobre. Cada seis meses cambiando de hogar, de rutinas y costumbres. No quiero eso. No. —La voz se le ahogó en un susurro desesperado.

—Tienes que tener en cuenta que también es una posibilidad que el juez puede contemplar.

—Pues la rechazaré de plano, me opongo a ella rotundamente —contestó, un poco alterada, pensando en la vida tan difícil que le supondría a Daniel vivir así.

—Bueno, cálmate y no presupongas nada todavía. Nos vemos el día veintiuno en el juzgado. Hasta entonces estate tranquila, por favor.

—Lo intentaré, gracias. —Colgó.

Las lágrimas comenzaron a correr sin piedad por su rostro. Lo hacían con tanta fuerza que se atropellaban unas a otras sin dar ni una pequeña tregua a los ojos de Sonia. Su alma se partía por dentro pensando que en menos de diez días un juez decidiría cómo sería su vida a partir de ese momento. A Daniel lo compartiría en mayor o menor medida, pero ¿en qué lugar quedaría Ricardo en su vida?, ¿se seguirían viendo?, ¿compartirían momentos con su hijo?, ¿se olvidaría de ella para siempre? Las continuas preguntas sin respuesta ametrallaban la cabeza de Sonia constantemente e impedían sosegar a su llanto. Un llanto que la acompañó prácticamente durante toda la mañana, haciendo con ese seguimiento que sus ojos

ardiesen de escozor. Aunque realmente el dolor que sentía en ellos no era ni la cuarta parte de intenso que el derramado por su corazón.

Ricardo y Daniel acudieron al trabajo de Sonia a recogerla. Durante todo el mes de septiembre, Daniel salía una hora antes del colegio, y Ricardo le sugirió darle esa sorpresa a su madre. El niño no puso ninguna objeción, todo lo contrario, saltó de alegría una y otra vez tan solo de pensarlo.

Sonia estaba saliendo de la puerta del edificio cuando sintió una mano sujetarla por el brazo, era Rafael con cara de pena.

—Sonia, perdóname, he sido un cretino integral. Me ha molestado tu tardanza y más saber que te habías estado tomando tranquilamente un café mientras yo estaba preocupado. Yo también tengo un lado impertinente, no te creas que lo tienes tú sola patentando y en exclusividad. —Estiró fugazmente las comisuras de sus labios.

—Me ha llamado Cisneros, ya tenemos la fecha para el juicio, el veintiuno de septiembre. —Suspiró fuerte.

—¡Eh, tranquila! Todo saldrá bien, nunca vas a perder a Daniel, como bien has dicho antes. Ahora os tendréis que amoldar a una nueva etapa, nada más.

—Espero que no sea una etapa muy dura. —La voz le tembló. Rafael, de inmediato, la estrechó contra sus brazos y la besó en la mejilla.

Ricardo contempló ese abrazo y beso desde unos cuantos metros de distancia. Ajeno a la pesadumbre de Sonia y a lo que ocurría realmente, su mente solo vio a dos amantes dándose sutiles muestras de su amor a las puertas de su trabajo, despidiéndose hasta el día siguiente. En ese momento, contemplando aquella imagen, sintió una mano entrar en su pecho y apretar su corazón con fuerza hasta hacerle estremecer de dolor.

Rafael vio a lo lejos a Ricardo y Daniel, y se lo comunicó a Sonia al instante. Ambos se acercaron hasta ellos con rapidez. Sonia se sintió muy feliz viéndolos allí sin esperarlos, y la sonrisa brotó en su cara irradiando felicidad. Sin embargo, la cara de Ricardo, por el contrario, no lucía una de sus mejores sonrisas.

—¡Hola, mamá! —Daniel se lanzó a sus brazos.

—¡Hola, qué sorpresa! —exclamó Sonia y empezó a besarlo.

—Hola, Ricardo, ¿qué tal? —le preguntó Rafael mientras acercaba su mano para saludarlo.

—Bien, estoy bien —contestó de forma fría, masticando las palabras, y estrechó su mano de mala gana.

Rafael se percató al momento de que Ricardo estaba molesto. O más que molesto, lo que Rafael intuyó que rezumaba en ese preciso instante su cuerpo eran celos. Ricardo estaba celoso. Y estaba celoso porque le gustaba Sonia y creía que entre ellos había una relación. Rafael pasó de inmediato a ser un enemigo. Ricardo le lanzó una

mirada tan intimidatoria que le hizo sentir incómodo en exceso. Sintió con ella cómo quería apartarlo de Sonia, cómo sus ojos le exigieron que se alejase de esa mujer que se había convertido en parte importante de su vida. Las entrañas de Rafael se anudaron con ese destello fiero, casi animal, que brotaba de las pupilas de Ricardo. Un resplandor amenazante que sin dilación llevó a Rafael a comparar con el de un lobo protegiendo lo que era suyo, sus cachorros. Rafael se despidió de inmediato, no pensaba pisar ese terreno que tanto irritaba a Ricardo ni un segundo más. Nunca lo había hecho, aunque Ricardo, gracias al teatrillo que Sonia montó, creyera que sí. Pero ahora, más que nunca, no iba a jugar con los sentimientos de nadie por mucho que se lo suplicasen, era consciente de la gran cantidad que había depositada, aunque ambos los callasen.

Durante el trayecto de vuelta a casa, Ricardo permaneció muy callado, su boca apenas expulsó una docena de palabras. A Sonia le parecía extraño ese comportamiento en él, siempre tenía conversaciones para Daniel, últimamente también para ella, y siempre bromeaba con su hijo; pero ahora todo eso se había evaporado. Pensó que igual esa circunspección que mostraba su rostro y que exhibía su escueto lenguaje se debía a haber sido informado de la fecha del juicio, y eso lo llevaba a estar más serio que nunca. A ella, irremediablemente, también le había afectado saber que se iniciaba una inevitable cuenta atrás. No sabía qué más pensar, qué otra cosa le podría ocurrir, pero era innegable que a Ricardo le sucedía algo.

Sonia aprovechó que Daniel fuese al baño a lavarse las manos antes de comer para preguntarle qué le ocurría. Realmente estaba preocupada y desorientada con la más que apagada actitud de Ricardo.

—Nada, solo me duele un poco la cabeza, nada más —contestó secamente.

En cuanto regresó Daniel, se sentaron los tres a comer. El niño estaba hambriento, devoraba el plato de pasta con salsa boloñesa apenas sin respirar. Sonia le tuvo que regañar ante sus ansias por la comida, pensó que, de seguir comiendo así, acabaría atragantándose. Ricardo, por el contrario, apenas comió, se dedicó a mover con el tenedor aquellos macarrones y a cambiarlos de sitio una y otra vez, escarbando en ellos. Seguramente no se llevó ni diez a la boca, su apetito se había esfumado por completo. La visión de Rafael y Sonia abrazados pasaba una y otra vez por su mente, se sucedía continuamente, impidiéndole comer y hasta casi respirar. Disculpándose, se levantó de la mesa y se marchó a su habitación, necesitaba estar solo, sentía un nudo tan grande en ese momento que le daba miedo llegar a llorar delante de ellos dos sin poder impedirlo. Sonia se quedó muy confusa con aquel comportamiento de tristeza y la pena que veía en su semblante. Hasta a Daniel le extrañó ver a su padre de esa forma, totalmente taciturno.

—Mamá, ¿qué le ocurre a mi padre? —le preguntó nada más ausentarse Ricardo.

—Que le duele la cabeza y no se encuentra muy bien. Pero tranquilo, se le pasará —respondió, con una media sonrisa con la que intentó calmar a Daniel.

Cuando terminó de recoger la cocina, Sonia y su preocupación se dirigieron a la habitación de Ricardo para ver cómo se encontraba.

—Ricardo —dijo, golpeando la puerta sutilmente—, ¿te encuentras bien?

El aludido salió de la cama arrastrando su aflicción por el camino hasta llegar a la puerta. Se sentía tan abatido por el dolor que le corría por dentro, que aquel brevísimo e insignificante trayecto casi lo dejó exhausto.

—Sí, estoy mejor. Me he tumbado un rato a ver si se me pasa —contestó nada más abrir.

—¿Te has tomado alguna pastilla?

—Sí, antes de ir a tu trabajo me tomé un analgésico. No te preocupes, se me pasará.

—Vale, te dejo descansar. Pero si necesitas algo, pídenoslo.

—Gracias, Sonia. —Cerró de nuevo la puerta y regresó a la cama con el mismo esfuerzo que le había costado antes.

Nada más tocar su cabeza la almohada, sus ojos comenzaron a vaciar su tristeza, resbalando por su cara lágrimas cargadas de dolor. Ricardo estaba tocado en ese momento, muy tocado, casi hundido.

—¿Qué cómo me encuentro? ¿Quieres saber cómo me encuentro, Sonia? —se preguntó en un susurro—. Bien, muy bien..., bien jodido, muy jodido.

Ricardo no paraba de pensar en lo cobarde que era, en su falta de arrestos para decirle a la cara a Sonia todo lo que sentía por ella y ella ni imaginaba. Simplemente esa era la razón de su malestar, de todo su dolor. Pero su amilanamiento ante tal causa estaba avalado por la firme idea de haberse enamorado de alguien que nunca sentiría nada por él. Y para convencerse de ello, se lo repetía una y otra vez, causándose más daño y provocando más amedrentamiento en su ser. Si bien su cabeza no solo le hablaba de haber escogido a la persona equivocada, no cesaba en repetirle su acobardamiento ante tal empresa. Y por este mismo motivo, también le decía otras cosas que a Ricardo no le interesaba oír y que pretendía acallar continuamente para no sentirse más pusilánime. Su conciencia no paraba de gritarle que le dijese a Sonia de una vez por todas lo que tantas veces se repetía a sí mismo, las palabras mágicas, las que podrían cambiar todo, las que posiblemente les conducirían a un antes y un después en sus vidas. Tan solo esas tres palabras: «Te quiero, Sonia». Sus lágrimas brotaron con más fuerza, casi con desespero, nunca sería capaz de hacerlo. Había recorrido más de medio mundo, se había enfrentado a situaciones muy difíciles y peligrosas por su trabajo, en sus misiones, pero con esa situación no podía. Le temblaba el cuerpo entero de pensar en el rechazo de Sonia y en perder la pequeña amistad de la que disfrutaban en el momento actual. Era imposible, no se permitiría nunca hacerlo, le faltaba valor por cada uno de los poros de su piel. Definitivamente, era un cobarde. Y como todos los cobardes, lo que mejor dominaba era llorar. Llorar

con insistencia. Y aquella reiteración de lamento dio paso a un sollozo que se desbordó. Ricardo tapó su cara con la almohada para amortiguar el sonido desalentado de sus quejidos, no quería que nadie escuchase su alicaída resonancia, que oyese su lánguido rumor. Y así, completamente desasosegado, dejó fluir todo su llanto durante largas horas. Ricardo terminó secando sus ojos tanto como su alma.

Los días trascurrieron, y Ricardo y su actitud poco variaron durante esas jornadas. Pasó el tiempo muy callado, serio, apenado y contando con angustia los días que pasaban y lo pronto que con ello se acercaba la fecha del juicio. Una fecha que volvería a cambiar sus vidas y lo separaría definitivamente de Sonia. Cuando se paraba a pensarlo y analizaba la situación minuciosamente, sentía asfixiarse, el aire dejaba de circular por sus pulmones y su corazón se negaba a oxigenar su sangre.

Sonia tampoco lo estaba pasando bien. Su mente había iniciado una cuenta atrás que iba agrietando poco a poco su corazón hasta resquebrajarlo por completo. El pecho le dolía cada vez que pensaba en ese día, el día del juicio, el veintiuno de septiembre, y en qué decidiría el juez Guzmán. Una decisión que, independientemente de a quién otorgase más beneficio sobre la custodia de Daniel, la iba a separar de Ricardo igualmente y para siempre. La desesperaba pensar no ver a Ricardo por su casa, no levantarse y encontrárselo en la cocina, preparando el desayuno; no tener que esperar para poder entrar en el baño porque estaba ocupado por él; regresar del trabajo y no encontrarlo jugando con Daniel, bromeando; no ver su sonrisa tan bonita, sus bellos ojos azules, su rostro tremendamente atrayente... Su razón se volvía loca al pensarlo.

Cinco días antes del juicio sucedió algo inesperado que creó gran angustia en Sonia y Ricardo. Aquel viernes diecisiete de septiembre, sobre las once de la mañana, Sonia recibió en su despacho una llamada de Ricardo. Apenas le entendía por la rapidez con que hablaba. Las palabras se atropellaban tanto que se atascaban en su salida, llegando a parecer que hablaba en otro idioma.

—¡Cálmate, Ricardo, no te entiendo nada! —Alzó un poco la voz, poniéndose nerviosa al escucharlo así. Se percató de inmediato de que algo bueno no ocurría.

—¡Es Daniel, Sonia, es nuestro hijo! —La voz le temblaba.

—¿Qué le ocurre a Daniel? —gritó.

—Ha sufrido un golpe en el colegio y se ha quedado inconsciente durante un rato. Una ambulancia lo lleva al Hospital de la Fe. Yo voy a coger un taxi y me desplazó para allí ya mismo.

—Yo voy para allá de inmediato también —contestó con prisa, con la misma con que Ricardo había empezado a hablar con ella hacía unos segundos. Y colgó.

Cuando Sonia entró como una exhalación a las urgencias del hospital, Ricardo ya estaba allí, aguardando noticias. Cuando él le dijo que Daniel estaba dentro con los médicos, observándolo, pero que no lo había visto ni le dejaban pasar aún, una bestia que vivía en su interior y que Sonia jamás habría creído llevar con ella se abalanzó al mostrador de información gritando, quería estar dentro con su hijo. Se comportaba como un animal herido, a la defensiva y en continua posición de ataque. Y como todo animal en esas condiciones era completamente imprevisible. Ricardo intentó calmarla, pero fue una labor imposible, utópica e inalcanzable, Sonia había dejado de razonar por entero. Su boca solo sabía echar pestes chilladas con tal violencia que hasta un médico, alertado por las fuertes voces, se acercó hasta allí para ver qué ocurría con semejante alboroto.

—¡Señora, haga el favor, esto es un hospital! —le increpó el doctor. Un hombre de mediana edad, alto y un poco calvo.

—¡No me diga que me calme, joder! —gritó una vez más—. Déjeme pasar a ver a mi pequeño, no sé cómo está, quiero verlo, lo necesito, soy su madre —chilló más todavía.

—¿Quién es su hijo?

—Daniel Argüelles Langa —contestó desesperada.

—Creo que Daniel está en el *box* número dos, lo atendía mi compañera. Me parece que le habían hecho un escáner y unas radiografías.

—¿Está todo bien, se ha roto algo? —preguntó Ricardo velozmente.

—El niño estaba bien, pero no sé si tenía algo fracturado. Cálmese, señora, por favor, si la ve así su hijo lo va a asustar.

—¿Eso quiere decir que podemos pasar? —preguntó Sonia.

—Sí. Pasen conmigo a ver si ya pueden verlo. Pero tranquilícese.

—Sí, lo haré. Gracias, gracias —respondió Sonia, y se adelantó al propio doctor para entrar.

El médico les dijo que esperasen enfrente de la puerta del *box*, y pasó él a hablar con su colega. Unos minutos después salía y les mandaba esperar un momento. Estaban terminando de vendarle la mano. El niño había sufrido un esguince de muñeca.

Sonia y Ricardo resoplaron aliviados y empezaron a destensarse un poco. Aunque era obvio que no respirarían con total tranquilidad hasta ver a Daniel y hablar con la doctora que lo llevaba.

Aquellos breves minutos a Sonia se le hicieron eternos y agobiantes, el tiempo pareció anquilosarse hasta prácticamente detenerse. La desesperaba la angustia de aquella lentitud con que trascurrían los minutos, que le llegaron a parecer horas. Se sentía abrumada y asfixiada por la pasividad del momento.

A Ricardo le ocurría algo muy parecido pero con una gran añadidura, el recelo que aquel lugar lleno de batas blancas le transmitía. Había pasado un tiempo excesivo encerrado en un hospital, había visto demasiadas cosas dentro de aquellas paredes de

azulejo de Islamabad, aún continuaba dándole grima permanecer en ese tipo de lugares que, como todos los hospitales, aparentaba una engañosa, extraña y muda calma atrapada entre sus paredes y las desgastadas baldosas que cubrían el suelo. Por todo eso, a Ricardo no le gustaban nada aquellos recintos sanitarios, y ahora menos que nunca, teniendo a su hijo allí, en una habitación.

Por fin la enfermera salió y les comunicó que podían entrar. Ambos pasaron de inmediato, y al ver a Daniel tumbado en aquella cama hospitalaria, con la muñeca vendada pero con una gran curvatura en sus labios que llenaba todo su rostro, sonrieron felices. Se acercaron a él y, tras preguntarle cómo se encontraba y este contestarles que muy bien, Sonia y Ricardo se fundieron en un abrazo. Era un abrazo de necesidad, de querer compartir aquella angustia vivida, de pretender apoyar, precisados de aliento por parte contraria, buscando la comprensión. Un toma y daca continuo de sentimientos entregados y recibidos, albergando el favor recíproco, haciendo correr al aval del amparo por la mirada de cada uno, examinando la manera de consolar bilateralmente. Ese abrazo hizo tremendamente feliz a Daniel, por primera vez veía en sus padres algo que alegró su corazón al momento. Sus padres se querían, era innegable, vio amor en ellos. Amor en sus gestos, en sus miradas y en su silencio. Amor, puro amor.

—Bueno, señores, me imagino que son los padres de Daniel, este muchacho tan gracioso y valiente —dijo la doctora, perfilando una sonrisa mientras lo miraba.

—Sí, lo somos —contestaron al unísono.

—Pues este chico con tanto desparpajo solo tiene un esguince de muñeca. El escáner está correcto, pero como ha permanecido unos minutos inconsciente nos vamos a asegurar bien dejándolo en observación entre veinticuatro y treinta y seis horas. Ustedes pueden permanecer todo el tiempo con él. Y háblenle mucho, no debe dormirse al menos en quince horas. Aunque eso no les será difícil, conversación no le falta a este jovencito tan bien educado. Para cualquier cosa que precise llamen a la enfermera, ¿de acuerdo?

—Gracias, doctora, muchas gracias —contestó Sonia.

—Hasta luego, Mari Cruz —dijo Daniel.

—¡Hijo, esas confianzas! —le reprochó su madre.

—Tranquila, se las he dado yo —respondió la doctora—. Se las ha ganado a pulso por lo buen paciente que ha sido. Más tarde nos vemos, Daniel. —Le guiñó el ojo—. Hasta luego —dijo a Ricardo y Sonia, y abandonó la habitación.

—Me parece a mí que tienes mucha labia, jovencito. —Ricardo hizo suya la misma palabra que la doctora había usado para referirse a su hijo.

—¡Oh, Daniel, hijo, qué susto nos has dado! —Sonia se acercó para besarle de nuevo y se quedó sentada en la orilla de su cama.

—Pero ya estoy bien. —Sonrió, estirando de tal forma la comisura de sus labios que llegó a dolerle un poco.

—Sí, ya lo vemos —contestó Ricardo—. Tu sonrisa es más amplia que nunca.

—Porque me he alegrado mucho de veros. Y ahora habladme, ya habéis oído a Mari Cruz, no puedo dormirme.

—Mejor cuéntanos tú primero —demandó Sonia—. Explícanos cómo ha ocurrido el accidente.

—Vale, empezaré yo —respondió—. Estábamos jugando en el patio del recreo cuando Ramiro, el bruto del colegio que va a tercero, igual que yo, me ha dado un fuerte empujón y me he golpeado contra uno de los árboles. He visto estrellitas de todos los colores, por muy increíble que parezca, y ya no recuerdo nada más. Luego he abierto los ojos y he visto a todos mis compañeros, en corillo, alrededor de la ambulancia, me llevaban en camilla a ella, y todos se han puesto a gritar y a aplaudir cuando me han visto mirarlos. Todos menos Ramiro; él estaba más apartado del resto y llorando. Pero yo sé que él no lo ha hecho adrede, lo que ocurre es que no sabe medir sus fuerzas.

—Me imagino que no querría lastimarte, cariño, se habrá llevado un buen susto. —Sonia no paraba de acariciar delicadamente el pelo de Daniel mientras él hablaba.

—Y cuando me traían al hospital me sentía mareado, me dolía la cabeza y la mano.

—Seguramente el esguince de la muñeca te lo habrás hecho al parar contra el árbol —explicó Ricardo.

—También veía raro y me costaba a veces hablar bien, pero ya se me ha pasado.

—Eso es lo único que importa, que ya ha pasado y te encuentras bien. —Sonia cogió la mano de Daniel y la apretó con suavidad.

—Es cierto, tu madre lleva razón. —Ricardo dejó caer la mano en el hombro de Sonia, que posó la que le quedaba libre a ella sobre la de Ricardo y la acarició con sutileza. Daniel se quedó atrapado en aquel ceremonial de manos entregadas que con aquel pequeño gesto expresaban tanto, dejaban todos los sentimientos al aire.

—Os quiero mucho, mamá y papá —dijo Daniel, sin conseguir desconectarse de la escena de sus manos.

—Y nosotros a ti —volvieron a contestar a la vez.

—Bueno, y ahora contarme algo vosotros, que no puedo dormirme.

—¿Te cuento una de mis historias, campeón?

—Sí, por favor, papá, me gustan mucho. —Los ojos de Daniel brillaron arrebatados de felicidad—. ¿Sabes? Un día escribiré una novela de espías.

—Me parece fantástico. Además, con lo que te gusta escribir y lo bien que lo haces más la buena fuente que tendrás conmigo para documentarte, te saldrá una novela redonda. Seguro que será todo un superventas.

—Seguro. —Sonrió a los dos; no podía dejar de hacerlo al sentir la fuerte unión de sus padres palpable en el ambiente—. Pero empieza ya. —La impaciencia de Daniel volvió a asomar por él. Y Ricardo, sin despegar la mano del hombro de Sonia y sintiendo la aterciopelada piel de la caricia de esta, comenzó a relatar otra de sus interesantes historias, que tanto gustaban a su hijo.

Después de unas largas treinta y seis horas en el hospital, durante las cuales Sonia y Ricardo no se movieron ni un solo segundo del lado de Daniel, los tres regresaron a casa. Estaban agotados, igual que si viniesen de una dura batalla en la que habían recibido palos por todas las partes de su cuerpo y a mansalva. Se sentían rotos, destrozados. Por doler, les dolían hasta las pestañas. Era paradójico que un lugar como un hospital, donde no se hacía nada salvo estar sentado y conversar, pudiera cansar tanto. La palabra exacta para definirlo sería *agotador*. Estar en ese singular lugar de tirante quietud era agotador, total y absolutamente agotador.

Daniel, de inmediato, nada más entrar en su hogar, quiso marcharse a dormir. A pesar de saber que le hacía falta una ducha antes, Sonia se la perdonó y lo acompañó hasta la habitación para darle las buenas noches. Ricardo fue tras ellos para dar un beso a su hijo antes de que se durmiese, por hoy iba a saltarse su habitual historia, la lasitud ganaba por goleada a las ganas de relatar. Daniel casi lo agradeció, pues no tardó ni cinco segundos en quedarse dormido mientras sus padres lo miraban sin pestañear. Observaban felices a su hijo sano y salvo, en su casa de nuevo, durmiendo en su cama, como siempre.

Ricardo y Sonia se fueron un momento al salón a sentarse un rato, estaban muy cansados, pero solo eran poco más de las nueve de la noche, demasiado pronto para meterse en la cama. Hablaron un rato de su hijo, se rieron con sus gracias, con su forma de hablar con las enfermeras y la doctora. Daniel se había metido en el bolsillo a todo el equipo médico del hospital. En ese momento tan distendido para ambos en el que las risas dieron paso a relajar la tensión de sus músculos, el teléfono sonó. Sonia se levantó a cogerlo, era Rafael preguntando por Daniel. En cuanto Ricardo escuchó su nombre le cambió la cara, fue inevitable. Tras un rato de grata conversación, Sonia y él se despidieron, y esta le pidió que llamase a Encarna y le contase que ya estaban en casa y Daniel se encontraba estupendamente. Cuando colgó volvió al sofá, tirando su cuerpo a plomo, las piernas no le sujetaban el tronco. Ricardo rio al ver cómo se había estampado, la brusquedad con que cayó en ese sofá. Luego, mirándola, le propuso tomar una copa de vino para brindar por su hijo. Sonia, que no acostumbraba a beber, no puso objeciones, le pareció bien realizar ese brindis y dedicárselo a Daniel. Hizo intención de levantarse para buscar unas copas, pero Ricardo le dijo que no se moviese, en menos de cinco segundos regresaba él con todo. En un abrir y cerrar de ojos estaba de vuelta y abriendo la botella de rioja que quedaba en el estuche que Estrella le regaló. Estrella ni siquiera sabía lo ocurrido con Daniel, Sonia no había querido preocuparla. Mejor contárselo cuando ya estuviesen en casa y que fuese el propio Daniel quien le relatase su aventura.

Ricardo sirvió un poco de vino en cada copa y acercó una a Sonia.

—¡Por nuestro hijo! —exclamó, dispuesto al brindis.

—¡Por nuestro pequeño! —Sonia chocó la copa con la de él, y ambos bebieron un trago.

De pronto, entre ellos se hizo el silencio. Sonia trajo a su mente las pocas horas que les quedaban para estar así, juntos bajo el mismo techo. El juicio se celebraba en algo más de sesenta horas. Con solo pensarlo, su angustia empezó a trepar por sus entrañas, desesperándola.

Ricardo pensaba en lo mismo, en el dichoso juicio que pondría fin a su convivencia, pero también estudiaba su cobardía. Un temor que era incapaz de hacerle entender a Sonia que no quería apartarse de su lado, que el alma entera se le desgarraba cada vez que pensaba en el poco tiempo que les quedaba por compartir, por estar como una familia, pareciendo una pareja.

Con esa pena recorriendo los sentimientos de ambos, cada uno por su lado y en total silencio, decidieron ahogar la aflicción en alcohol, regarla con una copa tras otra hasta asfixiarla por completo al acabar con la botella entera. Eso les soltó la lengua, sobre todo a Sonia que era prácticamente abstemia, y comenzaron a hablar del mal pie con el que habían empezado a convivir. No paraban de bromear y reír contando cuánto se habían molestado el uno al otro, aunque, verdaderamente, Sonia se llevaba la palma en el tema de fastidiar. Ricardo había sufrido más impertinencias y humillaciones que ella. Él, la mayoría de veces con su grosera actitud, solo se defendía. Y recordando y recordando, también salió a comentario la noche con Irina.

—¡Ni me recuerdes aquella noche! —exclamó Sonia—. Aún tengo grabados vuestros gemidos, sobre todos los de ella, vaya timbre más agudo y desvergonzado.

Ricardo comenzó a reír mientras Sonia lo miraba con un aire muy desenfadado, consecuencia del vino ingerido. En otro momento aquello la habría sulfurado, no aguantaba a esa mujer y su perfección como fémina; sin embargo, ahora, un poco achispada, le parecía hasta gracioso. Ricardo paró de reír y la observó serio. Por un instante hasta agachó su vista, como si de repente le diese vergüenza mirar de frente a Sonia.

—Sonia, aquello... —Levantó la vista y vaciló antes de hablar, sin dejar de mirarla a los ojos—. Aquello no ocurrió. Tan solo fue una patraña para tocarte un poco las narices —admitió con miedo. Sentía temor de que Sonia se cabrease con él, pero algo en su interior le suplicó que le contase la verdad de esa noche.

—¿Tú e Irina no os acostasteis? —preguntó sorprendida.

—No. No lo hicimos. Hicimos que tú lo creyeses, nada más.

—Pero por la mañana, en la cocina, os besasteis como una pareja, con pasión. —No salía de su asombro. Aunque por dentro su alegría se iba expandiendo a todas sus células sin excepción.

—Bueno, eso fue algo que me pilló desprevenido y seguí la corriente a Irina en ese momento.

—Claro, porque le gustas. Por eso quería besarte de verdad, no es esa lista ni

nada. —Sopló.

—¡No le gusto! ¿De dónde has sacado eso? Solo somos amigos. Y como amiga quiso ayudarme a irritarte un poco por tu comportamiento tan desconsiderado conmigo.

—¡Ja!, no me lo trago. A esa tía le gustas, le gustas mucho, te lo digo yo.

—Como tú a Rafael —respondió, cambiando la conversación, dándole la vuelta por completo—. También le gustas mucho.

La carcajada de Sonia no se hizo esperar ni un segundo; además, el alcohol la acrecentaba. Ricardo se quedó perplejo, sin comprender nada. No entendía qué tenía de gracioso lo que acababa de decir.

—¿Te hace gracia gustarle a Rafael?

—Mucho, muchísimo —afirmó, sin parar de reír.

—Pues no lo entiendo, de verdad. No veo dónde está el chiste.

—Porque Rafael no se siente atraído por mí, te lo puedo asegurar. Seguramente lo excitas tú más que yo. —Continuaba riendo.

Ricardo se quedó pensativo un momento, analizando las palabras que la jocosa boca de Sonia había expulsado.

—¿Rafael es gay? ¿Eso me estás diciendo? —interpeló pasmado.

—Muy perspicaz, señor Bosco, muy perspicaz. —Las lágrimas, debido a tanta risa, empezaban a escapar de sus ojos.

—Entonces... ¿tú y él no estáis juntos? ¿Nunca lo habéis estado?

—Eres sagaz a más no poder. Ahora entiendo por qué eras espía. —Sonia no podía reír más, le empezaba a doler hasta la tripa.

—¿Y por qué me has mentado?

—¡Anda qué gracioso! Por lo mismo que tú con Irina, por tocarte las narices.

Ricardo comenzó a reír con ella. No sabía si lo hacía por lo absurdo de sus comportamientos o por la alegría que le producía saber que Sonia estaba libre y sin compromiso, pero reía sin parar.

—¡Vaya dos! ¡Seremos críos! —espetó Ricardo, sin dejar de reír.

—Estábamos en plena batalla y ya sabes lo que dicen: «En el amor y en la guerra todo vale». Buscábamos putearnos como fuese. —La risa de Sonia empezó a suavizarse.

—Pues para ser gay te dio un morreo en la cocina que hizo temblar a mis piernas.

—Sí, se nos fue un poco de las manos, se extralimitó, la verdad. Pero tranquilo, era pura farsa, como ya te he dicho. Por ese motivo no quería que nadie lo supiese, era falso.

—Menos mal que nuestra tregua cambió nuestra relación. No sé si habría aguantado mucho más la tensión con que vivíamos. —La contempló con firmeza.

—Sí, menos mal. —Asintió con la cabeza—. Seguramente esta casa te parecería mil veces peor que cualquiera de tus misiones por muy peligrosas que fuesen.

La cara de Ricardo cambió de inmediato, la tristeza acampó a sus anchas en ella.

Sus ojos, al momento, se inundaron de agua. Un agua salada que encontró salida por su lagrimal pero que manaba del interior de su corazón.

—¡Eh!, ¿qué te pasa?, ¿qué he dicho? —inquirió, desconcertada al ver ese brutal cambio en unos segundos.

—Sonia, yo... ¡yo hice una inconsciencia, joder! Y por ese error, por mi culpa y únicamente por eso, mi hijo se vio solo y desamparado. —Empezó a enjugarse las lágrimas, callando un momento—. Menos mal que te encontré a ti, que si no..., sino me habría matado. Si mi hijo se hubiera criado en una casa de acogida, como su madre, por mi irresponsabilidad, te juro me habría quitado la vida —habló con rabia.

—¿De qué hablas, Ricardo? —preguntó, totalmente perdida.

Ricardo la miró a sus ojos, perdiéndose en el marrón almendrado de su iris mientras notaba su corazón cabalgar cual caballo desbocado por lo que estaba a punto de confesarle. Pero necesitaba decírselo, no sabía por qué, sin embargo lo precisaba. Necesitaba que esa mujer, la mujer que amaba, supiese la verdad de su presencia en aquel lugar que cambió su vida para siempre.

—Esto que voy a contarte no lo sabe nadie a excepción de Cobo. Yo... yo... —La voz se le quebró.

—Tranquilo, Ricardo. —Sonia puso la mano encima de su hombro a modo de apoyo, de consuelo. Al hacerlo sintió la estremecedora vibración de su cuerpo, los exaltados latidos de su corazón golpeando tan fuerte que retumbaban por todo su ser —. Estás temblando, ¿qué ocurre? —La preocupación la asaltó.

—Yo no tenía que estar en Islamabad ese día, Sonia. —Negó una y otra vez con la cabeza—. Yo tan solo me acerqué hasta allí para comprar un regalo a mi mujer y a mi hijo. Era la capital del país, donde más y mejores tiendas había. Hice algo totalmente impropio de mí y prohibido para cualquier agente. Yo iba allí a realizar una misión, no como viaje de ocio. Hacer aquello me colocó en el momento y lugar equivocado, fui víctima de un atentado terrorista que me llevó a perder la memoria y a estar casi siete años separado de Daniel. A Paula la habría perdido igualmente, murió a los pocos días de llegar yo a Pakistán, pero mi hijo... —Comenzó a llorar más fuerte.

—¡Chss! Ya, ya, Ricardo.

Sonia lo abrazó de inmediato, no podía verlo llorar así ni sufrir de aquella manera por algo que él jamás podría haber previsto que ocurriera. No debía torturarse de esa forma, él lo había hecho pensando con el corazón, por el amor tan sólido que sentía por ellos. Ella, lejos de parecerle algo descabellado, lo encontró todo un acto de lo más romántico y pasional. Ricardo había roto todas las normas y reglas establecidas por ir en busca de un regalo para las dos personas más importantes de su vida. Era la mayor locura de amor que había escuchado hacer nunca y no provenía de una película o una novela, sino de la vida real. Aquel hombre no se paró a pensar en las consecuencias de su acto, en lo que podía jugarse con él, actuó únicamente llevado por sus sentimientos de amor.

Ricardo se abrazó a Sonia con todas sus fuerzas. Lo hizo igual que un náufrago se agarraba a un salvavidas en medio del mar, con auténtico desespero. Necesitaba sentir su calor pegado a su pecho, sus brazos arropándolo, sus manos rozando su espalda... Tras unos minutos de agónico abrazo en el que Sonia no pudo reprimir su llanto, sus cuerpos se fueron distanciando poco a poco hasta encontrarse sus ojos en un punto que frenó a sus cuerpos al momento. Fijos en esas miradas llorosas y encharcadas, sus bocas se fueron aproximando despacio, hasta terminar uniendo sus labios. Escalofríos, estremecimiento, una fuerte sacudida de agitación ante lo deseado, casi ansiado, eso fue lo que sintieron con el roce de sus labios apretados en un dulce beso. Permanecieron pegados unos segundos, saboreando sus almas, absorbiendo las saladas lágrimas que se unían a ese beso aliñando su deseo. Hasta que de repente Sonia se apartó de inmediato, dejando a Ricardo sorprendido.

—Lo siento, de veras, perdona, perdona —habló aceleradamente—. No sé qué me ha ocurrido. Bueno, sí lo sé, el vino me ha hecho perder la cabeza.

—No, perdóname tú a mí, Sonia, de verdad. Hablar de este tema me ha descontrolado emocionalmente y me he dejado llevar por los sentimientos del momento. —Ricardo no paraba de chillarse lo cobarde que era al no decirle la verdad, que él deseaba ese beso y a ella con todas sus fuerzas.

—Pues nada, olvidémoslo, vale. —El corazón de Sonia bombeaba a un ritmo desmedido; el beso de Ricardo había sido fantástico, pero la había turbado por completo.

—Por supuesto, por mí queda echado en el olvido —mintió. Ricardo sabía que jamás podría olvidar su sabor.

—Me voy a la cama, creo que será lo mejor.

—Sí, yo también. —Suspiró una vez más por dentro, sin parar de escuchar a su mente gritarle: «Eres un maldito achantado de mierda. Mucho agente secreto y te tiemblan las piernas ante esa mujer. No eres un tío, eres un payaso, un seductor de pacotilla».

Sonia sintió las piernas débiles al ir a levantarse. Su cuerpo no estaba acostumbrado a beber, y la ingesta de vino, aparte de habersele subido a la cabeza, le había creado una gran debilidad haciendo que le costara sujetarse. De pronto, sintió que se desequilibraba, se balanceó bruscamente, y Ricardo, con urgencia, la cogió del brazo para sujetarla y que no cayese al suelo.

—No sé si voy a poder llegar a la cama de pie, lo voy a tener que hacer a gatas. —Sonrió.

—Déjame que te ayude —dijo, cogiéndola en brazos al instante.

—¡Eh! —protestó un segundo, luego calló al ver los grisáceos ojos de Ricardo mirándola de frente.

—Te llevo a tu habitación y te dejo en la cama, ¿vale?

—Vale —contestó, hipnotizada en su mirada.

Mientras Ricardo comenzaba a andar hacia la habitación, en la mente de Sonia

irrumpió con fuerza la película *Oficial y caballero*. Una película muy romántica con toques dramáticos que había visto al menos cuatro veces. Aquella imagen de ella en los brazos de Ricardo le traía el recuerdo de esa última escena donde Richard Gere llegaba por sorpresa a la fábrica donde trabajaba Debra Winger y la sacaba de allí en brazos en medio de los aplausos de todos sus compañeros. Había ido a buscarla porque la amaba y se había dado cuenta de que no quería vivir sin ella. Y eso exactamente deseaba Sonia en ese momento, que Ricardo le dijese que estaba enamorado de ella, que quería que viviesen juntos para siempre, por el resto de sus días.

Entraron en la habitación y Ricardo la depositó en la cama con sumo cuidado. Sonia se paró a inhalar su magnífico olor masculino, una mezcla fresca y potente, totalmente embriagadora. Ricardo le dio las buenas noches y se apartó despacio de su cuerpo, sintiendo al hacerlo un atroz dolor que le quemaba por dentro del pecho. En silencio y cabizbajo, se dispuso a salir, planteándose con cada paso si hablar o no, contarle sus sentimientos, gritarle que la amaba. Su mano ya rozaba el picaporte cuando sus tímpanos fueron acariciados por el melódico timbre de Sonia.

—Ricardo. —Se dio la vuelta de inmediato al escuchar su nombre.

—¿Dime? —preguntó ilusionado, pensando que Sonia le dijese que no se marchase de su habitación y eso le diese el valor necesario para confesarle su amor.

—Para ser franca yo debo agradecerte que tú fueses a Islamabad. Gracias a tu inconsciencia, como tú la llamas, yo llegué a la vida de Daniel. Él lo ha sido todo para mí estos años. Así que, egoístamente, gracias.

—De nada. —Sopló desilusionado—. Y, por favor, Sonia, no le cuentes a nadie lo que te he dicho sobre estar en Islamabad cuando no debía.

—Tranquilo, no se lo diré a nadie, lo juro. Será nuestro secreto.

—Cierto. Ahora compartiremos algo más que solo a nuestro hijo. —Estiró sutilmente sus labios, intentado con esa falsa sonrisa disfrazar su total decepción ante lo que él deseaba haber escuchado.

—Sí, ahora compartimos más. —Ella sonrió también, sin parar de chillarle con los ojos que quería compartir absolutamente todo con él.

—Me alegro de compartir contigo, Sonia —contestó.

Ricardo salió de aquella habitación con el corazón abollado por el golpe que su falta de atrevimiento, una vez más, le había ocasionado. Al llegar a la suya, se dejó caer en la cama, resoplando y cabreado al mismo tiempo por su pusilanimidad ante Sonia. Una mujer a la que amaba, a la que sus labios por primera vez habían besado. Sus dedos acariciaron su boca, recordando la suavidad y dulzura de ese beso, la sedosidad de los perfectos labios de Sonia posados en su boca, su sabor a caramelo con matiz afrutado. Su coraje golpeó una y otra vez la almohada con furia, de repente se había convertido en el saco de boxeo donde descargar toda su frustración, toda su ira. Una rabia que venía dada, para no variar, por su excesiva cobardía. Una cobardía que, aun teniendo la piedra sobre su tejado con aquel beso, le había impedido

reaccionar y contar a Sonia sus verdaderos sentimientos.

El día del juicio llegó sin más remedio. Aquella mañana la contención en el estado de ánimo de Sonia y Ricardo era grande, casi extraordinaria. La noche anterior habían decidido llevar juntos a Daniel al colegio y después acudir al juzgado, a aquel edificio de justicia que siete meses atrás les había condenado a convivir y que en unas horas los castigaría separándolos.

Daniel no sabía nada, sus padres no le habían contado que ese día era el día clave, el día que el juez tomaría una decisión, no querían angustiarse ante la espera. Mejor contarle el dictamen final sin crearle una ansiedad innecesaria antes, ya era suficiente con la que estaban soportando ellos dos, nadie más tenía por qué sufrir, y mucho menos Daniel. Él, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo, estaba feliz de volver al colegio con sus padres cogidos a sus manos. Era tanta su alegría que, pese a lo despierto que era y a fijarse hasta en el más mínimo detalle, no les preguntó por qué ese día se habían vestido de aquella manera tan formal. Ricardo llevaba su traje; ese traje oscuro y sobrio que Cobo le había comprado para estrenar en su primer vis a vis con Sonia y que luego tan solo había utilizado para acudir al juzgado. Y Sonia, acostumbrada a llevar trajes chaqueta pero con pantalón, hoy lucía uno diferente, con falda. Quizá Daniel sí se había dado cuenta de que algo distinto ocurría ese día. Quizá tan solo no quiso preguntar para no saber. Quizá prefería ignorar la realidad y disfrutar de la compañía de ambos hasta el colegio. Quizás intuía, pero su astucia le hizo optar por callar.

Haciendo de tripas corazón, Ricardo y Sonia intentaron aparcarse todas sus preocupaciones y disfrutar del trayecto con su hijo, porque seguramente fuese el último que realizaran los tres juntos. A partir de ese día las cosas cambiarían radicalmente al igual que lo hicieron meses atrás, salvo con una gran diferencia, el odio inicial se había transformado en amor y la tortura de vivir juntos había sufrido una total metamorfosis, dando paso a la desesperación por separarse. Jamás nadie lo habría ni imaginado por aquel entonces. Cualquiera que lo hubiese llegado a insinuar habría sido tachado, cuando menos, de loco. Pero en ese momento, trascurrido todo ese tiempo, era más que evidente para todos, y los únicos locos eran ellos por tratar de esconder su deseo, sus sentimientos, su amor.

La entrada a los juzgados estaba otra vez colmada de periodistas. Ricardo, maldiciéndolos a todos una y otra vez y de carrerilla, cogió de la mano a Sonia y tiró de ella para entrar con rapidez. Nada más entrar en el lugar vieron a Rafael y Estrella sentados en el primer banco. Cobo, mucho más alejado de la puerta, estaba apoyado en la pared de enfrente. Todos los esperaban con impaciencia, casi con ansia. Ricardo y Sonia soltaron sus manos despacio, parecía que les diese miedo dejar de estar cogidos. Se miraron un segundo a los ojos, un leve instante en el que sus retinas

temblaron llenas de pánico. Luego sus pies comenzaron a andar para acercarse cada uno a sus respectivos acompañantes.

—Hola —dijo Sonia a su tía y a Rafael.

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó Estrella, dándole a la vez una ligera friega por el brazo a modo de ánimo.

—Venía un poco nerviosa, pero ver toda esa cantidad de periodistas me ha encogido el estómago al completo.

—Tranquila, Sonia, olvídalos. —Rafael la abrazó para darle aliento e intentar calmarla.

Ricardo, que estaba pendiente de Sonia y no era capaz de apartar su vista mientras se alejaba, vio ese abrazo con Rafael con unos ojos totalmente distintos a los de días antes. Ahora sabía que ellos no tenían una relación ni nunca la tendrían porque sería imposible. Su corazón dio un salto mortal hacia atrás por la alegría que le produjo repetirse en su cabeza una vez tras otra «Rafael no es ningún enemigo, es gay».

—Hola, Bosco, ¿qué tal? —Ricardo, sin contestar, saludó a Cobo con un abrazo.

—Mira que eres cabezón —le reprendió Ricardo—. Dijiste que venías y has volado para estar aquí. ¿No te dije que no era necesario, que no te preocupases?

—¿Así que ya no me necesitas?

—No quiero decir eso y lo sabes, no quiero causarte ninguna molestia. Tú vives en Madrid y yo en Valencia, no estás a la vuelta de la esquina.

—No, solo a una hora de avión. Ya ves, qué molestia tan grande —contestó con ironía—. Además, alguien tenía que hacer compañía a Trujillo durante el vuelo.

—¿Has venido con él?

—No, pero a que he quedado divinamente. —Estiró los labios tenuemente.

—Nunca pierdes el sentido del humor, ni en los peores momentos. Admiro eso de ti. —Ricardo se abrazó a él de nuevo—. Gracias, Cobo, de verdad, muchas gracias.

—¡Vale ya con tanto abrazo que vamos a parecer lo que no somos! —Cobo se separó de él y Ricardo lo miró negando con la cabeza.

—¿Y qué vamos a parecer? ¿Homosexuales? —preguntó, pensando en Rafael. No podía apartarlo de su mente por la felicidad que le producía saber su condición sexual.

—¡¿Nooo, qué coño dices?! Pareceremos nenazas, tíos sensibles y debiluchos. Mira, yo no sé tú, pero yo tengo una reputación que cuidar y mantener.

—Y hablando de reputaciones, ¿has visto la cantidad de periodistas que hay en la puerta? No sé cómo cojones se han enterado del día del juicio, son buitres carroñeros, me dan asco.

—Cálmate, Bosco. Me imagino que no debe de ser agradable, pero ellos tan solo cumplen con su trabajo: informar. Este ha sido un caso que ha despertado mucho interés desde el principio, estaban ansiosos por que llegase este día para ver qué ocurrirá al final, tan solo eso.

—Me saca de mis casillas que cualquier extraño se vea con derecho a opinar

sobre nosotros, no lo puedo remediar.

—Pasa de ellos y céntrate en lo que toca ahora, la decisión del juez.

—Llevas razón, Cobo. —Le dio una palmadita en la espalda—. Ahora, si no te importa, voy a saludar a la otra parte. —Comenzó a andar.

Rafael se separó de inmediato de Sonia en cuanto vio acercarse a Ricardo hacia ellos. La mirada de este, fiera y animal, igual que un lobo herido y amenazado que buscaba defenderse, aún circulaba por su mente sin poder evaporarse.

—Hola, Rafael, buenos días. —Ricardo estrechó la mano con él de manera totalmente cordial. Rafael volvió a quedar confundido con esa actitud tan contradictoria a la última.

—Estrella, me alegro de verte. Aunque el lugar no sea el más apropiado.

—Sí, odio este sitio con todas mis fuerzas —contestó a Ricardo mientras estrechaban sus manos.

—Pues ya somos dos —añadió él.

—No, somos tres, a mí apuntarme en esa lista de odio a este edificio —matizó Sonia—. Y Cisneros, ¿aún no ha venido? —le preguntó a Rafael.

—Sí, los dos letrados están aquí ya. Han pasado a la secretaria judicial y todavía no han salido.

—¿Tú amigo no quiere acercarse? —preguntó Sonia a Ricardo—. Le puedes decir que todavía no nos comemos a nadie.

—Díselo tú misma, no voy a hacer yo de recadero.

—¡Cobo! Hola, ¿qué tal estás? —Sonia levantó la voz para dirigirse a él. De inmediato, Cobo echó a andar hacia ellos.

—Bien, estoy bien. Perdonad si me he quedado allí, estoy algo nervioso y no me paro ni a pensar. —Estrechó la mano con Sonia, a continuación con Rafael y por último con Estrella, que dudó un instante en dársela o no pero al final lo hizo—. Bueno, bueno..., a ver si no se demoran mucho en llamaros —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos, realmente parecía nervioso.

Las palabras de Cobo se hicieron de inmediato hechos. Cisneros y Trujillo, hablando los dos muy amigablemente, se acercaron para comunicarles que ya podían pasar. Cisneros saludó a Sonia y, acto seguido, le echó su mano por encima del hombro y empezó a caminar con ella hacia la sala, la misma pequeña sala en la que estuvieron en el mes de febrero. El letrado le pedía calma mientras andaban, y también le explicó que dictaminase el juez lo que dictaminase, si no estaban conformes, recurrirían. Él iba a luchar porque ambos pudiesen disfrutar de Daniel lo máximo posible, prácticamente a partes iguales.

Cual una réplica, todo se sucedió de la misma manera que la última vez que pisaron aquella sala. El secretario judicial pidió a Sonia y a Ricardo sus documentos de identidad, los cotejó con sus papeles y les mandó sentar. A ellos y a sus acompañantes, evidentemente. Apenas sus cuerpos habían tomado asiento cuando los ojos de Ricardo y Sonia, a la vez, con sincronía absoluta, se buscaron de inmediato. Y

en ese justo momento de mirarse con angustia, un golpe de una puerta les hizo desviar la vista y mirar al frente; el juez acababa de entrar en la sala.

Igual, de idéntica forma a la vez anterior, el juez Guzmán tomó asiento sin mirar al frente. Dejó dos grandes carpetas encima de la mesa y cogió una, dejando la otra aparte, a un lado. La abrió, se puso las gafas que llevaba colgadas al cuello por una dorada cadena y empezó a sacar una descomunal cantidad de papeles que no paraba de hojear rápidamente. Sonia y Ricardo se sentían muy nerviosos ante el silencio que se creó en ese momento. Un silencio tan espeso, tan denso, que se habría podido cortar sin mayor problema. Mientras ese silencio la ensordecía los oídos, Sonia pensaba que de un instante a otro el corazón iba a escapársele del pecho. Le latía tan fuerte, tan acelerado, bombeando con tal vigor, que creyó acabaría saliendo por su boca y posándose encima de la mesa de su señoría.

Ricardo, una vez más, notó cómo su nerviosismo era el preludio que daba paso a un abundante sudor que casi encharcaba sus manos, no podía evitarlo. Y siendo previsor y adelantándose a que eso le podría llegar a suceder, sacó de inmediato un pañuelo de su bolsillo y empezó a secárselas.

El juez Guzmán, como si de una tradición o un ritual en su carrera judicial se tratase, volvió a empezar a hablar sin levantar la vista.

—Bueno, antes de comenzar a exponer mi decisión quería hablar un poco con ustedes. —Al fin levantó la mirada, turnándola entre Ricardo y Sonia—. Quiero que me cuenten cómo han pasado estos meses de convivencia junto a Daniel y cómo los ha vivido el niño. Sé que estarán pensando que aquí, en todos estos folios escritos, tengo los informes del psicólogo, el doctor Vicente Noriega, que me hablan de todo ello. Pero yo quiero que ustedes me lo expresen, y si creo oportuno preguntarles algo, lo preguntaré. De hecho, esa es mi idea. Así que sin más demora vamos a empezar por la señorita Argüelles, madre adoptiva de Daniel. Quiero que me haga un balance de estos meses. Levántese, por favor, y dígame qué valor les daría.

—¿En una escala? —preguntó confusa.

—No, no hace falta esa precisión. Me basta con que me diga si han sido positivos o negativos.

—¿En referencia a quién?

El juez la miró muy serio y un poco sorprendido.

—A todos, por supuesto. Para su hijo, para usted, para los tres. Al conjunto en general, señorita Argüelles, no creo que sea tan difícil de entender.

—No es tan fácil de valorar en suma total, habría que ir por etapas.

—Por etapas con quién, ¿con su hijo, con usted o con los tres? Explíquese. —Apoyó sus brazos cruzados en la mesa, esperando a que Sonia empezase de una vez a hablar.

—Para Daniel no, para él siempre ha sido algo muy positivo.

—¡Menos mal que empieza a contarme algo! Por un momento creí que usted iba a dedicarse a preguntarme a mí y no al revés. Continúe, por favor.

Sonia se sintió sofocada por las palabras del juez que le sonaron a reprimenda.

—Entre nosotros, entre Ricardo y yo, la convivencia no fue muy buena al principio; bueno, hasta más de la mitad.

—¿Quiere decir que luego cambió?

—Sí, luego nos dimos una tregua por el bien de Daniel y el nuestro propio.

—De acuerdo. Ahora yo le pido que sopesese todos los meses en una balanza y me diga si ha sido algo positivo o no para todos, sin excepción de nadie.

Sonia se paró a pensar un instante y miró a Ricardo. En ese momento quería decirle a ese juez que la convivencia había empezado siendo la situación más espantosa a la que se había enfrentado nunca, pero había terminado de la forma más maravillosa, porque se había enamorado de Ricardo, lo quería, amaba al padre de Daniel.

—¿Tiene que mirar al señor Bosco para poder responder? —preguntó con tono de regañina—. Señorita Argüelles, no dispongo de toda la mañana para usted. Apremie, por favor.

—Disculpe, su señoría. —El rubor volvió a tomar su rostro ante la segunda recriminación—. El balance global ha sido positivo, pesa más todo lo bueno acontecido que lo malo ya olvidado.

—¡Por fin! Menos mal que ha contestado a mi primera pregunta. Ahora le voy a hacer otra y, por favor le pido, no dé tantos rodeos y sea concisa. ¿Cree usted ahora mismo que a Daniel no le hacía falta la figura paterna? Brevidad y precisión, señorita Argüelles.

—No, estaba equivocada. Daniel no la echaba en falta porque no la conocía, pero ahora todo es distinto.

—Gracias por concretar y ser sincera en su contestación. Me gustaría que siguiese en esa línea.

—Por supuesto, señoría.

—¿A día de hoy cree que usted es lo mejor para su hijo o piensa que su padre también es fundamental en su vida?

—Ahora las cosas han cambiado y Ricardo es parte importante en la vida de Daniel. Se ha unido mucho a su padre durante estos meses. Eso no quiere decir que se haya separado de mí, tan solo que ahora reparte su cariño entre los dos. Ricardo es un padre maravilloso y tardó muy poco en conseguir que nuestro hijo le cogiera afecto y empezase a quererlo.

—Qué bonitas palabras acaban de salir por su boca: «nuestro hijo». Eso era precisamente lo que yo buscaba, que se diera cuenta de que no solo usted estaba en la vida de ese niño, su padre había aparecido y tenía el mismo derecho a quererlo.

—Lo sé, ahora soy consciente de ello.

—Me alegra mucho oírlo decir eso, de verdad. Yo sé que usted ama a su hijo, que ha hecho de él un niño con unos firmes valores que muchos quisieran, que su labor como madre soltera es encomiable, nadie puede poner en duda ni uno solo de esos

aspectos. Pero llegó muy cegada con ser lo único y mejor para Daniel. Yo tan solo quería que se diese cuenta de que su padre también sería importante para él, como lo resulta ser para todos los niños. Son precisas y necesarias ambas figuras: materna y paterna —aseguró tajante—. Ya se puede sentar, he terminado con usted. Ahora, por favor, póngase en pie, señor Bosco. —Cerró la carpeta y la echó a un lado. A continuación cogió la otra, la abrió y sacó unas cuantas hojas—. Voy a realizarle algunas preguntas. Empezaré por la misma que le he hecho a la señorita Argüelles, exprésemme qué valor le da usted a estos meses de convivencia, hágame un balance. Y no se vaya por las ramas como ella —dijo, señalando con la cabeza a Sonia.

—No se preocupe, señoría, seré breve. El balance para mí ha sido positivo, muy positivo —contestó, mirando un segundo hacia Sonia—. Es cierto que Sonia y yo no empezamos con buen pie y que las desavenencias fueron creciendo día a día por parte de ambos, pero supimos poner freno a tiempo a esa situación para que nadie saliese lastimado de verdad. Entienda que no eran unas circunstancias fáciles, los dos nos veíamos como rivales por el amor de Daniel. El hogar de Sonia casi se convirtió en un campo de batalla, aunque nunca delante de nuestro hijo, eso quiero aclararlo.

—Muy bien, una respuesta clara y no extensa, se lo agradezco. Ahora voy a preguntarle algo más, ¿se da cuenta de la magnífica labor que ha llevado a cabo la señorita Argüelles con su hijo?

—Por supuesto, eso nadie puede cuestionarlo nunca.

—Por lo tanto, ahora también verá que ella es fundamental en la vida de su hijo, no solo usted, aunque sea su padre biológico.

—No me cabe la menor duda, señoría.

—Me satisface muchísimo oír esas palabras. Me satisface ver que ambos, tras pasar unos meses juntos, han reflexionado dándose cuenta de que los dos son importantes para Daniel. Cuando vinieron hace meses estaban convencidos de que cada uno de ustedes, y solo uno, era lo mejor para el niño. Daniel no necesitaba eso, sino esto, lo que estamos viendo, a los dos queriéndolo, no enfrentándose. Puede sentarse, señor Bosco, he acabado con usted. Ahora, sin más dilación, voy a exponer mi decisión. Una decisión que no me ha resultado nada fácil tomar. Además de leer sus informes psicológicos, he leído y releído los informes que el doctor Noriega me ha enviado sobre Daniel, para ser sinceros eran los que más me importaban. En ellos, en todos, el niño muestra un factor común, quiere a sus padres y se siente muy feliz de convivir con ellos. A la señorita Argüelles, su madre adoptiva, ya la tenía en un pedestal; pero ahora ese pedestal ha sido ocupado también por el señor Bosco, su padre biológico, compartiéndolo así ambos. No sé si mi decisión será acertada o no, pero no me parece justo que...

—¡Señoría, disculpe! —gritó Ricardo, poniéndose de pie para el asombro de todos—. Sé que esto es algo improcedente pero déjeme hablar antes, por favor, se lo ruego. Necesito decir algo, o mejor dicho, hacerle una petición.

El juez, totalmente sorprendido, al igual que todos los presentes, se quedó

pensativo un instante. Luego bajó la vista al papel que tenía entre sus manos en ese momento, aquel papel que llevaba escrita la sentencia que fijaba la custodia de Daniel. Subió de nuevo la mirada hacia Ricardo y asintió con la cabeza, despacio.

—Como bien ha dicho esto es algo totalmente improcedente, pero me ha creado curiosidad. Hable, diga lo que quiera decir —contestó serio.

—Señoría, no sé a quién otorgará la custodia de Daniel ni cómo la ha asignado, pero me da igual. Yo le suplico que deje a mi hijo con su madre.

Un rumor se propagó por la pequeña sala a la velocidad de la luz. Cobo se alteró por completo; Trujillo, el letrado de Bosco, no daba crédito; Estrella empezó a agradecer a Dios una y mil veces; Rafael aplaudía sin parar; y Sonia..., Sonia no salía de su perplejidad. Se levantó despacio, mirándolo boquiabierto, mientras Cisneros no paraba de celebrar la victoria.

—¡¡¡Orden a todos!!! —chilló el juez—. Esto no es el patio del colegio, es un juzgado y aquí prevalece el orden además de la ley —dijo muy serio.

Todos callaron de inmediato, con la misma velocidad con la que se extendió aquel ruido confuso de voces segundos antes. Sonia permaneció de pie, mirando fijamente a Ricardo, sus ojos empezaron a encharcarse mientras lo contemplaba. Él no podía parar de mirarla y chillarle con su pupila que la amaba, pero Sonia no entendía ese lenguaje visual.

—A ver, señor Bosco, que yo me entere bien. Usted no sabe cómo he repartido la custodia pero quiere que se la dé a su madre, ¿me equivoco?

—Bueno, no exactamente. Yo quiero poder ver a mi hijo, tenerlo algún fin de semana, algún día entre diario, pero no quiero que cambie su vida tal y como la tiene construida. Quiero que Sonia, que es su madre adoptiva, siga con ese beneficio. Es una madre estupenda, y Daniel la quiere con locura. Si ella no hubiese acogido a mi hijo desde el primer momento, qué habría sido de él, señoría. —Inevitablemente, la voz le tembló e hizo una pausa—. No dejo de hacerme esa pregunta, lo hago muy asiduamente, a diario, y estoy completamente convencido de que no sería el increíble muchacho que es ahora. Sonia ha sido el espejo donde se ha visto reflejado Daniel, por eso es un niño tan maravilloso. Aunque pueda parecer una mujer seria y fría, debajo de ese caparazón esconde un corazón enorme lleno de amor por entregar. Le aseguro, señoría, que yo no habría sido capaz de hacerlo mejor con mi hijo. No quiero separar a Daniel de su madre, prefiero adaptarme yo a él con un régimen de visitas que sea amplio. Me amoldaré a los dos. Buscaré un piso lo más cercano al de ellos para que todo sea más fácil para todos.

—Es una demostración de amor verdaderamente elogiable, señor Bosco. Porque yo pensaba darle la custodia a usted y dejar un amplio régimen de visitas a la señorita Argüelles. Y había llegado a esa conclusión porque me parecía injusto que usted se hubiese perdido todos esos años de la vida de su hijo por ser víctima de aquel fortuito atentado. Pero acepto su propuesta, creo que será lo mejor para Daniel y para ustedes. Siempre una decisión tomada voluntariamente es mejor que una impuesta, no lo

dude.

—¡No, señoría, no lo haga! —exclamó Sonia, con las lágrimas recorriendo su mejilla—. Usted había tomado una decisión, no la cambie, por favor. Por muy dolorosa que me sea a mí, por mucho que el alma se me retuerza con ello, estoy de acuerdo con usted sobre todo lo que se ha perdido Ricardo sin tener ninguna culpa. Ya sufrió bastante, no es justo que no tenga a su hijo, a nuestro hijo. Porque siempre será de los dos, no de uno solo. Ambos lo amamos y él nos quiere a los dos. Somos sus padres. —El tono de su voz se ahogó en llanto mientras miraba a Ricardo.

—Señoría, no la escuche y hágame caso a mí. Usted dijo que solo miraría por el bienestar de Daniel. Entonces, si en verdad eso es lo que usted más valora, no cambie la situación. Lo mejor para mi hijo es estar con su madre, viviendo en la casa que conoce desde siempre, con sus amigos al lado... —Calló y respiró profundo—. Déjelo así, se lo suplico.

—Miren, mi decisión ya es firme y se acatará la decisión del señor Bosco —dijo, rompiendo el papel que tenía en la mano—. Daniel se quedará con la señorita Argüelles, su madre adoptiva. El señor Bosco buscará un piso, tal y como ha dicho, lo más cerca del domicilio donde vive Daniel, y podrá tenerlo con él dos días entre semana, por ejemplo martes y jueves, y dos fines de semana al mes. Disfrutará de su hijo un mes entero en vacaciones estivales y una semana en navidades. Deberá abandonar el piso de la señorita Argüelles, su eventual hogar durante estos meses, hoy mismo, señor Bosco, y el régimen de visitas empezará a ser efectivo desde este fin de semana. Y por último, y muy importante, debemos aclarar la cuestión de los apellidos. Aunque Daniel esté adoptado por la señorita Argüelles, al estar usted vivo, su padre, yo ordeno que el niño lleve los apellidos de cada uno, padre y madre. Actualmente Daniel lleva «Argüelles Langa», los de su madre; pero ahora deberán ser cambiados por los de «Bosco Argüelles». ¿Les ha quedado todo claro? ¿Quiere preguntar algo, señorita Argüelles?

—No nada, señoría. He comprendido todo.

—¿Y usted, señor Bosco?

—Nada, señoría, salvo agradecerse.

—Realmente este caso ha sido inusual desde el principio y ha terminado siendo igual de insólito. Jamás en todos los años que llevo en la judicatura una de las partes demandantes me ha hecho cambiar una sentencia, casi me la ha escrito. Ahora, me quedo muy tranquilo y feliz porque sé que Daniel tiene unos padres excelentes. —Una de las comisuras de sus labios intentó estirarse a modo de sonrisa, pero muy levemente—. Pueden abandonar todos la sala excepto los letrados, como es costumbre. Y háganlo en silencio, por favor, los cuchicheos fuera de este lugar de ley. Que pasen un buen día —concluyó, sonriendo sutilmente a Ricardo y a Sonia.

Según salieron de allí, Sonia corrió a hablar con Ricardo. Estaba confundida, emocionada y alterada íntegramente.

—Ricardo, ¿por qué? No sé qué decirte —susurró con voz entrecortada—. Tu

gesto ha sido tan noble y generoso que me siento abrumada y a la vez acongojada. Es una extraña mezcla difícil de digerir.

—No lo he hecho por ti, Sonia, sino por Daniel. Esto es y será lo mejor para él —contestó, conteniendo las lágrimas.

—Gracias de todos modos. —Lo miró llena de amor. Por un momento le dieron ganas de lanzarse a sus labios y besarlo. Y no solo por lo que acababa de regalarle al cambiar aquella sentencia, sino porque lo quería con toda su alma.

—De nada. Luego me acercaré a recoger mis cosas antes de que llegue Daniel. Prefiero que se lo expliques tú sola, ya lo hablaré con él cuando vaya a recogerlo el viernes. Hoy no puedo. —La garganta se le anudó.

—De acuerdo, nos vemos en casa.

Rafael y Estrella se abrazaron a Sonia totalmente emocionados mientras esta veía cómo Ricardo y Cobo se encaminaban despacio por el largo pasillo del juzgado hacia la puerta de salida.

Ricardo y Cobo caminaban en silencio, no había palabras que pronunciar en ese momento, o al menos Ricardo pretendía y quería evitarlas. Pero Cobo no estaba por la labor, tan solo buscaba con ese mutismo distancia suficiente para hablar con él sin que Sonia ni los demás pudiesen escucharle.

—¡Joder, Bosco!, ¿a quién pretendes engañar? —preguntó molesto antes de llegar a la puerta.

—No sé de qué coño hablas —respondió secamente.

—De «no lo he hecho por ti, sino por Daniel» —repitió sus palabras, dándoles un tono de burla—. ¡Venga ya, tío! Estás enamorado de Sonia a más no poder y no quieres perderla. Inconscientemente o conscientemente, no sé, has pensado que si ella perdiese a Daniel eso la alejaría de ti definitivamente. Y tú no quieres eso, tú quieres a esa mujer.

—Vale ya. Vamos a tomarnos unas cuantas copas antes de recoger mis cosas, lo necesito —intentó hablar con calma, de forma sosegada, a pesar de que por dentro un volcán estaba a punto de entrar en erupción sabiendo que en un momento dejaría de compartir su vida con Sonia.

—¡Ni «vale ya» ni hostias! Reconócelo de una puta vez. —Alzó un poco la voz.

—¡Pues sí, coño, estoy enamorado de ella! —exclamó en alto también, y vaciló unos segundos antes de proseguir hablando—. Sí, muy enamorado, Cobo. Apenas tengo apetito, no concilio bien el sueño, no puedo apartarla de mi mente, me duele el pecho, me asfixia el solo hecho de abandonar en unas horas su casa. —Los ojos se le empañaron de emoción—. ¿Qué más quieres que te confiese?

—Joder, ¿y a qué esperas para decírselo? ¿A que rompa con Rafael? Yo creo que a esa mujer le gustas. Igual si le dices que estás enamorado de ella lo deja.

Ricardo empezó a reír al recordar a Rafael y las palabras de Cobo sobre que sabía que Sonia y él estaban liados.

—¿Y ahora de qué cojones te ríes? Voy a tener que pensar que estás loco. —Le

miró sorprendido.

—Me río de ti y tu ojo clínico acerca de las relaciones entre personas.

—No te sigo, me he perdido. —Cobo pasó a la estupefacción.

—Anda, salgamos de aquí y te cuento todo mientras bebemos un rato.

—¿Preparado para correr? Los periodistas estarán esperando ansiosos, como tigres a la captura de su presa.

—Preparado. Soy una presa con gran ligereza a pesar de mi cojera. Abre la puerta y salgamos pitando. —Cobo abrió la puerta y ambos sortearon como pudieron el aluvión de periodistas hasta deshacerse de todos ellos.

A la una y cuarto Ricardo y Cobo llegaban al portal de Sonia para recoger este sus pertenencias, aquella pequeña maleta donde hacía siete meses dio cobijo a una reducida cantidad de ropa. Era lo único que debía coger de esa casa, no le llevaría más de cinco minutos, más o menos el tiempo que tardó cuando la hizo, pues debía guardar lo mismo. Entonces se percató de que, ironías de la vida, ese último día iba vestido de la misma manera que se presentó por primera vez en aquel piso, con traje. Con un traje sobrio y oscuro, igual que se encontraba su alma en ese instante: apagada, triste y henchida de dolor.

Según sacaba las llaves de su bolsillo para abrir el portal, Cobo le dio una palmadita en la espalda con la que pretendía darle ánimo y valor a Ricardo.

—¡Vamos, échale coraje y díselo de una vez! Dile a esa mujer que la amas, que estás loquito por ella. No vale acobardarse ni un minuto más, Bosco. —La palmada cambió por un leve empujón para hacerle entrar en el portal ya abierto—. Sube y no se te ocurra bajar hasta que hayas hablado con ella.

—¡Esta bien, voy a hacerlo! Voy a decirle que la quiero, sea lo que Dios quiera, no puedo seguir así. —Se lanzó a las escaleras y subió deprisa.

Sonia esperaba impaciente la llegada de Ricardo sentada en el sofá del salón. Su pie no podía parar de moverse por los nervios que acumulaba su cuerpo. Ese nerviosismo producía un constante toc toc debido al golpeteo de su tacón sobre la baldosa del pavimento, pero le era imposible dejar de hacerlo. Su mente y la dichosa espera la llevaban a un estado de angustia que la desquiciaban, y con ello, su pie se movía a mayor velocidad. Había entrado en un bucle del cual su cabeza no sabía salir, sus nervios se lo impedían.

Los pensamientos de Sonia no dejaban de sucederse y la llevaron a debatirse en hablar con Ricardo, contarle sus verdaderos sentimientos hacia él, decirle que lo amaba y que no quería que abandonase su casa. Aquella casa se había convertido en un auténtico hogar para ella, a excepción de no compartir cama con Ricardo, lo único que le faltaba para ser igual que cualquier otra pareja y familia, amarse. Los suspiros desasosegados de Sonia no dejaban de continuarse con sus pensamientos. Suspiraba por amor, por miedo a perder la continua compañía de Ricardo, por no poder verlo tanto como hasta el momento, por no volver a escuchar sus historias..., por tantas y tantas cosas.

De repente escuchó abrir la puerta, y su pie paró de inmediato. Los suspiros también cesaron, pero se transformaron en unos nervios agresivos que se enredaron por su interior, anudando completamente todas sus vísceras. Apresaron a sus pulmones de tal forma que se sintió mareada por la escasez de aire que recibía. Presionaron tanto su corazón que notó borbotear la sangre por sus aurículas y

ventrículos sin ningún control, anegando a su cuerpo. Atenazaron tan impetuosamente su estómago que creyó doblarse de dolor al levantarse del sofá para recibir a Ricardo.

Ricardo se acercó despacio hasta Sonia, sintiendo los mismos síntomas que ella estaba sufriendo por su cuerpo. Todos esos nervios, la misma falta de aire, unas fuertes punzadas por el corazón y un dolor agudo en sus entrañas. Pero además él escuchaba una voz interior que no paraba de chillarle: «hazlo, cobarde, díselo de una vez». Sus ojos se detuvieron en sus miradas durante mucho tiempo, casi fueron minutos lo que estuvieron navegando cada una en la del otro. El ambiente se cargó de ganas de abrazar, de acariciarse, de lanzarse a boca ajena y perderse en un largo y apasionado beso. Había entre ellos una tensión sexual tan compacta, no resuelta e ignorada completamente por el contrario, que hasta podía masticarse cual chicle debido a su densidad. Y allí parados, de pie, el uno frente al otro sin dejar de observar sus retinas, tampoco podían dejar de pensar en lanzarse a hablar y expresar sus sentimientos. Pero sus bocas no opinaban lo mismo, no querían hacerlo, sentían tanto miedo que enmudecieron e incluso olvidaron cómo hablar, de qué forma unir las palabras y articularlas para poder pronunciar. Al final, Ricardo rompió la mudez de ese momento sin fin.

—Bueno, será mejor que recoja mis cosas y me marche ya —dijo con voz temblorosa.

—Sí, claro. ¿Quieres que te ayude? —preguntó Sonia con resignación, era consciente de que no tenía valor para más.

—No te preocupes, tengo poco que recoger, en dos minutos está hecha la maleta. Voy para la habitación.

—Vale, como quieras —contestó, volviéndose a sentar; tenía dudas de poder seguir de pie, su cuerpo temblaba como un flan.

Tal y como había dicho Ricardo, en menos de dos minutos estaba de vuelta con la maleta en su mano. Sonia volvió a ponerse en pie para despedirse de él. El momento que más la asustaba, la despedida y marcha de Ricardo de su casa, había llegado.

—¿Llevas todo? ¿No olvidas nada?

—Creo que sí. Pero si me dejo algo ya me lo darás, vamos a continuar viéndonos. No tanto como hasta ahora, pero nos veremos.

—Cierto, nos veremos cada vez que vengas a por Daniel y lo traigas de vuelta.

—Me voy ya, no quiero que me vea marchándome, no quiero verlo triste, ni mucho menos llorar. Toma, las llaves de tu casa —dijo, depositándolas en la mano de Sonia, y se dirigió a la puerta. Sonia lo siguió callada.

—Entonces vienes el viernes, ¿verdad? —le preguntó, mientras Ricardo abría la puerta para salir.

—Evidentemente. —Asintió con la cabeza—. ¿Te viene bien a las cinco?

—Claro, por supuesto. —Asintió ella también.

—Bueno, pues adiós. Hasta el viernes.

—Hasta el viernes, Ricardo.

Ricardo se giró y echó a andar hacia las escaleras. Sonia cerró la puerta, creyendo morir en el mismo instante que escuchó su golpe. Y apenas dos segundos después la abrió y salió corriendo hacia la escalera.

—¡Ricardo! —gritó.

—¿Qué? —Se giró con celeridad, su corazón bailó en el interior de su pecho al oír la voz de Sonia.

—He pensado que no es necesario llevar un horario ni ser tan estrictos con el régimen de visitas. Puedes ver a Daniel siempre que quieras; es tu hijo, y esta, tu casa también.

—Muchas gracias, Sonia. Lo tendré en cuenta. —Tragó saliva, emocionado y desilusionado al mismo tiempo.

—Adiós. —Suspiró.

—Hasta el viernes —contestó, y Ricardo continuó bajando la escalera con un ahogo muy grande en la garganta.

Sonia entró de nuevo en su casa, maldiciéndose a sí misma por no ser capaz de decirle que estaba enamorada de él. Lo intentaba, pero las palabras no querían salir, quedaban atrapadas en las cuerdas vocales, encerradas entre ellas como en una prisión. Se encaminó hacia el salón para sentarse con un gran nudo en la garganta que necesitaba expulsar, no sabía si llorando o gritando, pero tenía que deshacerse de él. Antes de llegar al sofá, el timbre de la puerta sonó. Preguntándose quién demonios sería, acudió a abrir. Al mirar por la mirilla y ver que Ricardo era la persona que estaba tras la puerta, las piernas le fallaron.

—¿Has olvidado algo? —preguntó nada más abrir. Ambos se quedaron atrapados en sus miradas unos segundos.

—No, solo he pensado que algún fin de semana, siempre que tú quieras, claro, podrías acompañarnos a mí y a Daniel. Podríamos planear hacer algo y que disfrute de los dos. Que estemos juntos los tres, eso sería maravilloso para él, lo sabes.

—Me encantaría, de verdad —contestó, emitiendo una fugaz sonrisa.

—Pues ya está, era solo eso. Ahora sí que me voy. —Sonrió tenuemente él también, sin dejar de mirarla—. ¿Nos damos dos besos de despedida?

—Claro, ¿por qué no?

Esos dos besos fueron de lo más doloroso para ambos. Sentir el roce de sus mejillas, el contacto de sus labios en sus rostros, inhalar sus aromas y callar ante lo que sentían y querían gritar. Traumático, esa sería la correcta definición del momento.

—Nos vemos el viernes —dijo Ricardo, tragando saliva una vez más e imprecando en su mente a su inacabable cobardía.

—Nos vemos —contestó Sonia, y cerró la puerta en cuanto Ricardo comenzó a alejarse.

Sonia se apoyó en ella para sujetarse, para no caer desfallecida en aquel instante en que dio por sentado que nunca tendría algo con Ricardo. Un quejido desgarrador

salió por su boca y a continuación su cara comenzó a bañarse en lágrimas. Lágrimas de pura aflicción y desconsuelo ante la pérdida del único hombre del que se había enamorado.

Cobo esperaba ansioso en la calle a Ricardo sin parar de dar vueltas desde una esquina del ancho portal hasta la otra. Cuando vislumbró la silueta de Ricardo detrás de los cristales del portal, se acercó de inmediato. No le hizo falta preguntar nada, solo con observar la cara de tribulación que traía su compañero y amigo, lo adivinó.

—¡Joder, no le has dicho nada! ¡Me parece increíble! Estás enamorado hasta las trancas, ¡qué digo!, hasta los tuétanos de esa mujer y no eres capaz de decírselo. ¿Por qué? No entiendo qué te frena, por qué esa cobardía —gritó.

—Mira, cállate y déjame en paz. Tú no lo entenderías.

—¡Coño, ni tú creo que lo entiendas, Bosco! Después de lo que pasaste en la misión de Rusia creí que nada te podría asustar ni achantar en esta vida. Cuanto menos decirle a una mujer que te gusta y la quieres.

—¡Quieres callarte! —chilló—. Si te consideras mi amigo, cállate y no me presiones más. Me basto y me sobro para hacerlo yo solito, ¿sabes? —Hizo una pausa y cogió aire—. Te lo pido por favor, Cobo. —Suavizó el tono.

—Está bien, perdona, lo siento. —Lo miró confuso.

—Vamos al hotel donde sueles alojarte tú cuando vienes, reservaré una habitación mientras busco un piso por esta zona.

—Pues vamos, señor malas pulgas.

—Ni una palabra más al respecto —habló muy serio.

—Ni una. Lo juro, amigo —dijo, dándole una palmadita en la espalda, y empezaron a andar.

Ricardo no fue capaz de dormir aquella noche. Alternó las vueltas en la cama sin cesar y desesperadamente con cruzar andando la habitación del hotel de punta a punta. Mientras, tenía una lucha interior importante consigo mismo. Su valentía había declarado oficialmente la guerra a su pusilanimidad y se encontraban en plena batalla campal. La ansiedad lo empezó a corroer por dentro, haciéndole sentir totalmente estúpido por haberse marchado de casa de Sonia sin decirle que la quería. ¿Por qué? ¿Por qué sentía ese miedo inexplicable? No paraba de preguntárselo, y al no encontrar respuesta alguna, su malestar se acrecentaba. Jamás había sentido esa desazón que lo exaltaba de tal forma que sentía ganas de botar, gritar e incluso fumar, algo que había dejado hacía unos meses. Rápidamente, cogió dinero y bajó a

recepción a pesar de ser aún de madrugada. Pero las máquinas expendedoras de tabaco no entendían de horarios, permanecían enchufadas a la red eléctrica las veinticuatro horas. A punto de insertar la primera moneda en la ranura, la voz de Daniel pidiéndole que no fumase y su promesa de no hacerlo nunca más irrumpieron con fuerza en su cabeza, y paró. Miró al lado, allí había otra máquina, de chicles, y cambió los cigarrillos por goma de mascar. Sacó un paquete sabor pipermín y se metió dos en la boca. Con ese sabor de menta fuerte y refrescante en el paladar y su conflicto circulando por su ser, regresó de nuevo a su habitación.

A media mañana, mientras Ricardo tomaba el cuarto café de ese día, se proclamó en su mente el final de la guerra. Por fin iba a hacerlo, y de ese día no pasaba, solo necesitaba tener a Sonia a solas para poder decírselo. Ideó la manera de hacerlo, algo que no le resultaría difícil, pues hoy tenía que hablar con Daniel para ver qué tal se encontraba después de la decisión judicial; o mejor decir después de la decisión tomada por él mismo. Sería entonces cuando le pediría a su hijo el favor de marcharse a casa de Manu, su amigo, con la excusa de tener que hablar cosas importantes con Sonia que solo incumbían a adultos. Sabía que Daniel no le pondría pegas, era un muchacho muy obediente. Y en ese preciso momento, cuando llegase y Sonia estuviese sola, le contaría sus sentimientos sin pensárselo ni un segundo. No podía ocultarlos más, aquello lo estaba matando.

En cuanto las agujas del reloj marcaron las tres de la tarde, Ricardo llamó a casa de Sonia para hablar con Daniel, que descolgó el teléfono con el tercer tono de llamada y se puso muy feliz al escuchar la voz de su padre. Hablaron un rato, Daniel parecía haber encajado bien la forma en que iba a vivir a partir de entonces, aunque realmente no era la que deseaba. Para sorpresa de Ricardo, Daniel le adelantó que se marchaba a casa de Manu, debía hacer un trabajo escolar en equipo, así que no tenía que excusarse en ninguna mentira para poder quedarse a solas con Sonia. Ricardo le dijo a su hijo que no lo entretenía más y, con una despedida hasta el viernes, colgó. Nada más hacerlo se marchó del hotel hacia casa de Sonia. Parecía que incluso el destino le despejaba el camino para que no se echase atrás y hablase de una vez con ella.

En solo diez minutos estaba frente a su portal, el mismo portal que le había acogido durante los últimos meses. En ese preciso instante, una vecina salía, y Ricardo no tuvo que molestarse ni en llamar al portero automático. Entró con celeridad, subió los escalones de forma veloz y se plantó en la puerta del piso de Sonia en un abrir y cerrar de ojos. Mientras subía no paró de repetirse la misma frase una y otra vez: «Sonia, te quiero». Parecía querer aprendérsela de carrerilla para poder soltarla sin problemas, sin ningún atasco, sin que la lengua se le trabase por los nervios. Sin pensar más llamó a la puerta. Ya tenía todo muy decidido en su mente, no había vuelta de hoja posible, no iba a permitírselo de nuevo.

Sonia escuchó el timbre de la puerta y, creyendo que sería Daniel, que se había marchado hacía no más de cinco minutos y al cual se le habría olvidado llevarse algo,

abrió sin preguntar ni mirar por la mirilla. Al ver a Ricardo frente a ella su sorpresa fue mayúscula, y su corazón hizo un mortal hacia atrás con doble tirabuzón.

—¡Ricardo! —exclamó, desconcertada por su visita—. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar un momento?

—Claro, claro, pasa —contestó Sonia, dejándole entrar al instante.

En cuanto Sonia cerró la puerta, Ricardo se abalanzó sobre ella, la apoyó en la pared, metió sus manos por entre su cuello y nuca y posó sus labios en su boca. Y todo lo hizo tan rápido que a Sonia no le dio tiempo ni de reaccionar. La besó con pasión, saboreando su interior con un largo beso, inacabable. Ambos notaron a sus corazones saltar del pecho y dejarse caer al vacío sin paracaídas ni red. El subidón de adrenalina fue tan vertiginoso como si hubiesen montado en la montaña rusa, marcha atrás y sin anclaje de seguridad puesto. Sintieron el mismo temblor y los mismos escalofríos recorriéndoles por su interior, sus cuerpos los trasmitían del uno al otro.

—Te quiero, Sonia, estoy enamorado de ti, te amo —dijo, apartando un par de milímetros sus labios de la boca de Sonia.

—Y yo. —Volvieron a unir sus bocas en un beso más fuerte y con más ganas aún, degustando sus sabores, acariciando sus cálidas sedosidades, deleitándose con el gusto de sus ánimas. El regusto del puro amor.

—Quiero vivir contigo, aquí, en tu piso, juntos para siempre —habló pegado a su boca, inhalando su deseo.

—Yo también quiero vivir contigo. —Sus labios se pegaron de nuevo, eran como hierro e imán, no podían dejar de atraerse. Pero a los pocos segundos, Ricardo se apartó.

—¿Qué has dicho? —preguntó sorprendido. Ni siquiera se había parado en reparar las palabras de Sonia.

—Que te quiero, que me he enamorado de ti, que quiero compartir mi vida contigo y vivir juntos como hasta ahora. Pero esta vez de verdad, como pareja y familia.

—¡Oh, Sonia! —Se lanzó otra vez a su boca y se besaron fundiendo sus almas con absoluta pasión.

Ricardo cogió a Sonia en brazos y esta, fascinada, comenzó a sonreír.

—¿Sabes? Es la segunda vez que me coges así, en brazos, y es la segunda vez que no puedo evitar traer al recuerdo la película *Oficial y caballero*, la última escena, cuando Richard Gere saca en brazos a su chica de la fábrica donde trabaja.

—Pues yo no soy Richard Gere ni pretendo sacarte de ninguna parte, más bien pensaba lo contrario, meterte en un sitio, en tu habitación. Si tú quieres, claro. —La miró fijo a los ojos.

—¿Y a qué esperas? Ya estás tardando. —Sonrió, mientras se perdía en el gris azulado de su mirar.

Ricardo se apresuró por el pasillo hasta llegar a la habitación. Allí dejó a Sonia de pie y volvieron a besarse. Con una sutil patadita, entretanto sus labios no se

separaban, Ricardo cerró la puerta de aquella habitación. Una habitación que fue testigo de su incipiente pero gran amor. Un amor que a día de hoy Sonia y Ricardo aún disfrutan y comparten con su hijo Daniel.

FIN de *Todo por Daniel...*

Casi cuatro meses. Ese era el tiempo que me había llevado escribir mi novela, compaginándola, claro está, con mi trabajo. Un trabajo que hacía desde casa, y gracias a eso no dependía de un horario cerrado, tan solo debía entregarlo en el tiempo establecido por el periódico. Y como me encontraba solo, alejado de mi familia, novia y amigos, había invertido muchísimas horas en escribir sin parar. Y al fin hoy mi obra había llegado a su fin, valga la redundancia.

Antes de abandonar mi cautiverio y con mi manuscrito impreso en papel para dárselo a los involucrados en busca de su aprobación, decidí llamar a casa de mis padres. Mañana iba a ser un día grande para mi padre, mi madre le tenía preparada una fiesta por su cumpleaños e inminente jubilación. Y lo mejor era el regalo que lo aguardaba, una sorpresa que él ni imaginaria y que le haría inmensamente feliz. Se trataba del reencuentro con alguien muy especial con el que había perdido el contacto hacía muchísimos años. Mi madre había sido la cabeza pensante de tal plan y la que había puesto en movimiento a los compañeros de mi padre para llevarlo a cabo. Y también había sido el artífice de hacerle creer a mi padre que yo no acudiría a su fiesta con la excusa de sorprenderlo con mi presencia inesperada. El pretexto que había dado a mi padre para que yo no pudiese estar allí en un día tan especial era un viaje por trabajo, para la realización de un artículo. Ante eso, no pudo protestar. Por eso iba a acercarme hoy mismo a su casa, para hablar con él y decirle cuánto sentía no poder estar allí mañana, cuánto me molestaba perderme esa fiesta, debía seguir todas las instrucciones dadas por mi madre para el cumplimiento de sus propósitos. Cogí el teléfono y marqué, rápidamente mi madre descolgó.

—Hola, mamá, ¿qué tal estás?

—Hola, cariño. Bien, estoy muy bien. ¿Y tú?

—Bien. Ya he terminado mi libro.

—¡Vaya, por fin terminado! Me alegro mucho. Y tengo muchísimas ganas de verte, hijo.

—Y yo a vosotros también. De hecho, abandono ya mismo mi exilio voluntario, en menos de una hora estaré en vuestra casa. Cumpliendo tus órdenes veré a papá y le desearé que pase un buen día mañana.

—No son órdenes, son sugerencias para que se trague el anzuelo.

—Lo sé, solo bromeaba, mamá.

—Te esperaremos sentados en el porche. Y recuerda que mañana preciso de tu ayuda.

—Lo sé, tranquila.

—Estoy tranquila, cariño. Hasta ahora. —Percibí su sonrisa a través del auricular.

—Hasta dentro de un rato, mamá.

Cuando colgué sentí un bullir nervioso por mi cuerpo. Estaba lleno de emoción, de incertidumbre, de alegría, de inquietud... una mezcla de sentimientos muy contradictorios que me aturdían. Aunque de lo que más estaba repleto era de ansiedad por regresar a mi casa, por volver a la normalidad, por reencontrarme con mi gente. La añoranza era una muy mala compañera, tan mala como la soledad.

Cogí la maleta, mi portátil y mi manuscrito y me marché de aquella preciosa casa a los pies de un acantilado que había resultado ser mi cobijo durante mi proceso literario. Mandé un *whatsapp* a Olivia, mi novia, diciéndole que en un par de horas aproximadamente ya estaría en mi casa. Estaba deseoso de verla, de besarla, de comérmela. Según me montaba en el coche me entró su respuesta, decía que sobre las nueve y media estaría en mi casa, que llevaría algo para cenar y me esperaría con la mesa puesta y muchas ganas de amarme. Respondí con un «ok», arranqué el coche y abandoné el lugar, mi anhelo por estar cerca de ella se acrecentó en segundos.

Dejé el coche aparcado en la calle, frente a la casa de mis padres, no iba a alargar la visita tanto como para meterlo en el garaje. Tenía muchas ganas de verlos y charlar con ellos, cuatro meses sin ver sus rostros era mucho tiempo, al menos para mí, pero aún tenía más deseos por ver a Olivia; también llevaba el mismo tiempo no solo sin verla, sino sin probar sus dulces y embriagadores labios. Así que la visita sería breve, a lo sumo de una hora, mañana mis padres me tendrían todo el día a su entera disposición, pero hoy necesitaba estar a disposición de mi novia, o ella de mí. Era indiferente la forma, la alteración de factores no variaba mi sentir. Y mi sentir no era otro que estar con Olivia, lo precisaba casi tanto como respirar.

Abrí la puerta y me encaminé directamente al porche, donde sabía que mis padres me estarían esperando.

—¡Cariño, por fin! ¡Cuánto te he echado de menos! —Mi madre saltó de la silla y se abalanzó contra mí. Besó mis mejillas repetidas veces, como si fuese un niño pequeño.

—¡Mamá, que me vas a degastar la cara! —Me quejé entre risas.

—¿Qué quieres? Nunca he estado tanto tiempo sin verte, tengo acumulación de besos por repartirte. —Me miró fijamente, con una contenida emoción recorriendo sus ojos—. Te quiero mucho, hijo, mucho.

—Y yo, ya lo sabes. Pero cualquiera diría que vengo de la guerra con este recibimiento tan efusivo.

—¡Exagerado! —Volvió a abrazarse a mí. En ese momento llevé mi vista hacia mi padre, aguardaba a que mi madre terminase su ración de besos y abrazos para saludarme él.

—Hola, papá —dije, sin dejar de observar la emoción paseando por sus pupilas, haciendo que su tránsito le dejase la mirada vidriosa. En ese momento mi madre se separó de mí y mi padre me abrazó con fuerza, con la misma que mis brazos se pegaron a su espalda.

—¡Daniel, hijo, qué ganas teníamos de verte de nuevo! —exclamó, y se separó de mí sin parar de contemplarme el rostro con sus velados ojos—. Parece que hubieran pasado años en lugar de meses, si hasta me pareces más hombre.

—¿Ahora quién es aquí el exagerado? —pregunté, mirando a mi madre.

—Sin lugar a dudas, tu padre, es un poco melodramático —contestó, marcando su boca una leve sonrisa.

—Muchas gracias, Sonia —repuso mi padre con una actitud tintada de ironía.

—De nada, cariño —añadió en tono jocosos—. Voy a por algo para beber y picar, disculpadme un momento —dijo mi madre, y antes de dejarnos solos volvió a darme otro beso con el que me dejó sorprendido al no esperarlo.

—Menos mal que yo soy el exagerado y el melodramático. Vas a volver en cinco minutos, no hace falta que vuelvas a darle otro beso a nuestro hijo, Sonia.

—Perdona, estoy muy feliz de tener a mi hijo aquí y surge mi lado cariñoso, nada más. Ni es exagerado ni mucho menos roza el drama.

—Entonces será que siento envidia porque no repartes tu lado cariñoso. —Bromeó.

—Probablemente, Ricardo —dijo, marchándose con aire bromista, no sin antes darme otro beso más. Mi padre y yo nos miramos y terminamos sonriendo.

—En fin, Daniel, sentémonos un rato y hablemos. —Nos acomodamos los dos—. ¿Qué tal estás, hijo? —me preguntó.

—Bueno, bien. Salvo por el pequeño detalle de no poder estar aquí mañana, lo siento mucho, sé que es un día importante para ti, pero la vida es así de caprichosa. —Intenté fingir pesar en mi rostro y voz para hacer más creíble mi mentira.

—Yo también lo siento mucho y te voy a echar de menos, pero lo entiendo, o no me queda más remedio que entenderlo, el trabajo manda. ¿Y cuándo regresas?

—En un par de días, es un viaje corto. Lo justo para fastidiarme tu fiesta, la verdad. —Mentí una vez más.

—Pues sí, también ha sido coincidencia, pero qué le vamos a hacer. La vida es así de caprichosa, como bien has dicho tú. Y, cambiando de tema, ¿tu libro, cómo va? ¿Te queda mucho para acabarlo?

—No, prácticamente lo he acabado. Lo poco que me queda lo terminaré en mi casa. —Otro engaño más que añadir a la lista.

—Menos mal, a partir de ahora te veremos más a menudo, todo volverá a la normalidad. Estaba deseando que regresaras de tu exilio voluntario, como tú lo has

denominado en más de una ocasión.

—Pues ya ha terminado y muy pronto tendréis en vuestras manos ese libro a la espera de vuestra aprobación. —Mi padre me miró fijamente, sin pestañear, y separó su espalda del respaldo de la silla adelantando su cuerpo hacia mí.

—Daniel, hijo, he pensado mucho durante este tiempo en todo lo que hablamos. —Calló unos segundos, yo esperaba expectante qué iba a decirme—. Ahora más que nunca comprendo que quizá para ti escribir nuestras vidas era necesario. No imaginaba todo lo que guardabas en tu interior, pensé que por tu corta edad no lo habrías vivido de la misma forma que nosotros.

—Y así fue, papá, yo no lo viví del mismo modo que vosotros, pero mi vida también cambió radicalmente. De pronto un día mi padre, al que yo creía muerto, aparece. Fue un brusco giro para mí a pesar de ser un renacuajo inmaduro emocionalmente. Viví en primera persona vuestros miedos, vuestros recelos y antipatías, por mucho que intentasteis esconderlo era demasiado obvio para ocultarlo. Hubo un antes y un después en mi vida a partir de ahí, aunque realmente he sido consciente de su repercusión con los años. Y ahora, al conocer por fin todos los detalles de vuestra historia para escribirla, me he dado cuenta de la carga tan grande de dolor que arrastrasteis. He podido comprender el porqué de vuestro silencio durante todos estos años y hasta que no quisierais que el resto del mundo se enterase, y por eso vuestra negativa inicial a que yo escribiera nuestra historia.

—La única causa por la que yo me opuse al principio era por no remover el pasado. Aquellos años para mí sin saber quién era, de dónde venía, si alguien me andaba buscando, si tenía familia o no, fueron tortuosos. Tú nos preguntaste por qué nunca habíamos hablado contigo de ello y vuelvo a repetirte lo mismo que entonces, simplemente no quería que supieses lo dolorosa que fue aquella época para mí, por eso no quise contarte muchas cosas, y cuando preguntabas eludía la respuesta de cualquier forma. Era muy duro para mí responderte porque ello suponía hacer frente a siete años de amargura, los que pasé sin ti, los que me perdí..., y a mi regreso descubro que no me quedaba nada... —La voz le tembló y se vio obligado a hacer una breve pausa, aunque antes de proseguir emitió un leve suspiro—. Han pasado dieciocho años de aquello y el tiempo olvida pero no borra, las huellas siempre persisten, aunque se aprende a vivir con ellas. Yo lo único que trataba con mi silencio era no volver a revivir ese tiempo, aquel dolor innombrable para mí.

—Vale, papá, ya lo hablamos y nos desahogamos todos. Déjalo, por favor.

—Pero tú llevabas razón, hijo, deberíamos haberlo hablado antes, haber respondido a tus preguntas, contarte todo cuanto demandabas saber, sacarlo de nosotros, porque eso..., eso nos hizo bien. Y después de esas charlas que tuvimos y que nos depuraron por dentro en la medida de lo posible, comprendí, y tu madre me ayudó a verlo, que tú necesitabas vaciarlo a través de tu medio de expresión, la escritura. Ahora también pienso que ese libro no solo será bueno para ti, sino para nosotros, para todos. Daniel, erré cerrando ese capítulo que tanto marcó mi vida, y en

consecuencia las nuestras, sin hablar antes de ello contigo, sin conocer tus sentimientos. Pero yo pensé que para ti el impacto no habría sido tan trascendente y convencí a tu madre de centrarnos solo en olvidar y hacerte feliz. En enterrar el pasado a base de verte reír y disfrutar.

—Papá, no me ha creado ningún trauma, no sufras. Tan solo me era necesario hablar, conocer detalles, encajar piezas, averiguar vuestro sentir, que supierais del mío... Y escribir nuestra historia, a pesar de ser algo duro, me ha resultado toda una terapia. He revivido esa época tan compleja como significativa y me he vaciado entero, he sacado de mí todos mis sentimientos y emociones, la carga psicológica que llevaba tiempo arrastrando. —Vacilé unos segundos, los justos para pincelar sutilmente una sonrisa en mi boca—. Y también he recordado lo feliz que fui viendo cómo os ibais enamorando mamá y tú. He recordado como la antipatía que yo percibí en un principio terminó transformándose en amor. Hasta he vuelto a vivir el día de vuestra boda minuto a minuto, fue un día muy especial para mí. Por recordar he recordado hasta cómo iba vestido el juez Guzmán ese día y su gran sonrisa digna de anuncio.

—Sí. —Sus labios se arquearon—. Estaba muy feliz de casarnos a tu madre y a mí. No paraba de decir a todo el mundo allí presente que él era el artífice de nuestra relación como pareja.

—Pues mira, de eso no me acuerdo. —Sacudí la cabeza.

—¿Cómo que no? —preguntó perplejo—. No me lo puedo creer. Hijo, si fue tan reiterativo que llegó a aburrir, al menos lo dijo mil veces. —Se echó a reír.

—Igual por eso mismo mi memoria lo ha desterrado y no lo recuerdo. —Reí con él.

—A lo mejor tienes memoria selectiva y tu cerebro haya querido borrar la pesadez de sus palabras, porque llegó a resultar cargante. Tu madre decía que era igual que un disco rayado, a veces le hacía hasta burla sin que la viera. —Se carcajeó.

—Mamá haciendo amigos, en su línea —hablé entre risas—. Pero tampoco recuerdo eso y es una lástima, seguro que me habría hecho reír.

—Seguramente, tu madre ponía unas caras extremadamente feas imitándolo. Aunque no se lo dije para que no se enfadase, ya conoces el carácter que tiene.

—Sí, hiciste bien en callar. —Reímos de nuevo los dos.

—¿Qué os produce tanta risa? —interpeló mi madre llegando al porche con una bandeja en la que portaba unas cervezas y un bol con patatas chips.

—No es nada, cariño —respondió mi padre—. Solo son cosas entre padre e hijo. ¿A que sí, campeón?

—Cierto, papá. —Sonreí.

—¡Vaya, vaya! Con que ahora padre e hijo tienen secretitos. Muy bien, muy bonito, lo tendré en cuenta —dijo sentándose.

—Siempre tienes todo en cuenta, cielo, por eso te quiero tanto, no se te escapa ni una. —Mi padre le guiñó el ojo y le dio un sutil pellizquito en la mejilla.

—¡Huy, parece que estás un poquito zalamero, Ricardo!

—Puede. Pero zalamero o no, bebámonos esta fría cerveza y brindemos por el regreso de nuestro hijo. Ya que mañana no voy a poder tenerlo a mi lado para brindar con él, lo haré ahora.

—De acuerdo, brindemos. Pero desde luego que vaya faena te ha hecho el periódico, hijo, con todos los días que hay en el año. —Sopló mi madre—. Es una faena de las buenas.

—No me lo recordéis más, por favor —solté un poco molesto, mi actuación estaba quedando de Oscar—. No es una faena, perderme la fiesta de papá es una putada de las gordas.

—¡Daniel, no hables así! Sabes que no me gusta —me regañó mi madre.

—Lo siento, pero es la verdad.

—Es cierto, es la verdad, pero exprésala sin decir tacos, hijo, por favor.

—Tu madre lleva razón. —Asintió—. Aunque lo digas como lo digas no va a cambiar el hecho de ser un putadón de órdago mayor, y ella lo sabe.

—¡Ricardo! —espetó en tono de queja—. Regaño a Daniel y vas tú y lo empeoras más.

—Está bien, perdón. Ahora dejémoslo todo a un lado y disfrutemos de este momento. —Chocó la botella de cerveza a las nuestras y bebimos un trago. Después charlamos un rato más y, continuando con mi mentira, les pedí que hiciesen muchas fotos con las que poder consolarme viéndolas. Mi madre entretejió su farsa tan a la perfección que había momentos en los que me pareció creérsela ella misma, ser víctima de su propio engaño. Terminé la cerveza, me despedí de ellos y, sin más florituras, me marché a mi casa, rumbo al lugar que más ansiaba, los brazos de Olivia.

Tal y como había dicho, Olivia estaba esperándome en mi pequeño y céntrico piso de Valencia, alejado de mi mar que tanto me gustaba, pero el alquiler en esa zona era más económico que cerca de la playa. Y tal y como había dicho, la mesa estaba preparada para cenar y nuestros cuerpos deseosos de amarse en cuanto se vieron. No hubo tiempo ni de una sola palabra, sobaban en ese instante los saludos, los «te he echado de menos», los «qué ganas de verte», todo. Nuestros labios tan solo fueron capaces de atraerse con vigor, imantarse, pegarse completamente gracias a la propiedad magnética que producía la pasión. Cogí a Olivia en brazos y entré con ella en mi habitación. Nuestras bocas continuaron con su rutina devoradora mientras nuestros cuerpos se tumbaban en la cama, desvistiéndose entre caricias y besos. Mis manos se adhirieron a su preciosa silueta y recorrieron su bella y aterciopelada espalda hasta llegar al valle de su cintura. Allí, mientras paladeaba su boca sin descanso, terminaron perdiéndose en la cumbre de sus perfectas nalgas. Nuestro amor

comenzó a rotar por las sábanas, extraviándonos por ellas, peleando por dominar, exudando deseo y vehemencia a raudales. Deslicé mis labios por su busto hasta ascender a sus espléndidas montañas y tocar cima con mi boca. Después resbalaron por la suave llanura de su torso hasta el ombligo, hasta la falda de su monte, hasta sentir su estremecimiento, su armónico respirar, sus eufónicos sonidos. Nos amamos desmedidamente, como si no hubiera un mañana, como si faltase tiempo. Pero nuestras almas no se saciaban y pedían más vigor, más énfasis, más ímpetu..., más de todo un poco. Nos entregamos nuestro amor en dosis mutuas pero inacabables, buscando el camino del placer y la complacencia, perdiendo la razón por el camino, vibrando de forma súbita al alcanzar el clímax. Caímos extasiados, rendidos, agotados, habíamos hecho el amor de una manera tan loca como tierna, totalmente llevada por los sentimientos, por las sensaciones, por nuestro lunático amor que nos transformaba. Aunque ni esa extenuación física lograba borrarlos la felicidad que emanábamos por estar juntos de nuevo.

—Te quiero, mi niña —le dije, mientras la tenía entre mis brazos y cuerpo, a la vez que me sentía el dueño de su alma.

—Yo también te amo, Daniel. Te amo mucho y te he echado tanto de menos. — Nos besamos con dulzura.

—Pues ya me tienes otra vez aquí y para ti solito.

Nuestros labios volvieron a unirse tiernamente. Al separarse, Olivia me observó fija.

—Te noto más feliz que cuando te fuiste, tus ojos centellean.

—Porque me siento mejor que cuando me marché. —Asentí, mientras retiraba un mechón de pelo de su cara—. Estar este tiempo en soledad, reflexionando sobre muchos aspectos de mi vida y meditando cuestiones del pasado, me ha hecho bien. Mucho bien. Y escribir una historia en la que el protagonista resulta ser yo de niño, que es mi historia, Olivia, la historia de mis padres, de nuestras vidas, me ha vaciado hasta el alivio, algo que precisaba desde hace bastante tiempo. No negaré que ha sido duro para mí narrar algunas partes, temas espinosos y cargados de dolor en los que mis padres sufrieron mucho, y ahora soy más consciente que nunca de ello y de todos los detalles que a mí se me escapaban. También he abordado asuntos delicados y de índole más íntima. Algunas cuestiones sentimentales en las que cada uno de ellos solo era su dueño y el otro desconocía la verdad en su totalidad. Todos nos reservamos cosas, tenemos secretos, no compartimos siempre al cien por cien. — Emití un tenue suspiro—. Pero al final hubo un denominador común para todos esos momentos, fuesen de la naturaleza que fuesen, el amor. Un amor que terminó uniéndolos. Al final todo se resume a una situación que empezó siendo un revés lleno de desgracia y tornó al completo, se convirtió en algo inesperado aunque sumamente satisfactorio para los tres. Eso sí, sin olvidar que dejó una herida en cada uno de nosotros, aunque de tamaños diferentes. A cada uno la vida nos marcó de una forma distinta. —Acaricié su mejilla lentamente, admirando su belleza—. Necesitaba

mucho hacer esto, mi niña, aunque no llegues a comprenderlo.

—¿Y por qué no iba a comprenderlo? Por supuesto que te entiendo, Daniel, quizá más de lo que tú piensas. Y me alegro mucho por ti, mi amor. Me alegra saber que sacar de ti todo eso te ha hecho bien —aseveró.

Mi mano se deslizó hasta sus labios y ella la besó repetidas veces. Después, mirándonos unos segundos a los ojos, las palabras dieron paso a las caricias reparadoras, y las caricias reconfortantes, a unos reconstituyentes besos. Permanecimos abrazados en un aire de silencio, tan solo escuchando nuestras respiraciones y el latir de los corazones. Solo queríamos arrojarnos con nuestra piel efervescente de amor y saciada de pasión. Únicamente deseábamos sentir nuestra compañía y la calma que emanaba después de un apasionado y febril encuentro.

A las nueve y media de la mañana mandé un *whatsapp* a mi madre, debía cerciorarme de que mi padre se hubiese marchado al trabajo antes de llegar yo para no estropear la sorpresa de mi visita. Con un «sin moros en la costa», mi madre ratificó que mi padre ya había abandonado la casa, y me puse en marcha.

Nada más entrar al hogar, el olor a café acarició mi nariz. Aunque no fue lo único que me dio la bienvenida, sin ni siquiera darme tiempo a cerrar la puerta, mi madre se abalanzó de nuevo sobre mí.

—¡Buenos días, cariño! —Me besó con ímpetu, abrazada a mí.

—¿No me besaste con suficientes ganas ayer? —casi le reproché.

—¿Y qué te dije? Que tenía acumulación de besos por repartirte, aún me quedaban más para hoy —bromeó. En ese momento sonó el timbre—. Seguro que es Olivia, acabo de hablar con ella por teléfono y me ha dicho que venía para aquí. —Abrió la puerta, y Olivia apareció ante nuestros ojos.

—Hola, buenos días, Sonia.

—Buenos días, Olivia. —Se dieron dos besos.

—Ven aquí, mi niña —le dije, abriéndole mis brazos. Nos besamos con sumas ganas, apasionadamente, a pesar de tener a mi madre delante, no pudimos evitarlo.

—Creo que mejor os espero en la cocina y voy preparando un café. —Mi madre se marchó, consciente de que en ese momento no le correspondía estar.

—Te quiero, Daniel —dijo Olivia al apartarse de mis labios.

—Yo también te quiero, te quiero mucho. Y ahora vamos adentro. —La cogí de la mano.

—Sí, mejor. Tenemos mucho que hacer, y tu madre quiere que todo salga a la perfección.

—Y así saldrá, ya lo verás. Ya se encargará ella. —Mis labios se estiraron.

Mi madre nos preparó un café a cada uno y comenzamos a hablar sobre cosas que había hecho durante los meses que yo no había estado por aquí, mientras había

permanecido escribiendo mi libro, contando nuestra historia. Después la conversación empezó a centrarse en el día de hoy, en la fiesta de mi padre y en su sorpresa.

—A ver, Daniel, a la una tienes que estar en el aeropuerto para recoger a Cobo con nuestro invitado estrella: Abdel Sabûr. Cada vez que pronuncio su nombre se me encrespa la piel. Le va a hacer tanta ilusión a tu padre verlo de nuevo. Lleva más de dieciséis años sin saber de él, y la de veces que lo habrá mencionado a lo largo de todo ese tiempo. De no ser por la caridad de Abdel en Islamabad, no sé qué habría sido de tu padre. —Suspiró e hizo una breve pausa—. Por eso es una persona tan especial en su vida. Y por eso le duele tanto haber perdido el contacto con él. A veces piensa que igual ha muerto, me lo ha comentado en más de una ocasión. —Calló de nuevo un segundo y esta vez las comisuras de sus labios comenzaron a estirarse con sutileza—. Pero en ocasiones la vida te sorprende y, de la forma más casual, te da una pista para encontrar la aguja en el pajar.

—Es cierto. Las casualidades a veces son muy poderosas. —Asentí, observando la felicidad que irradiaba su rostro en ese conciso instante.

—Gerardo tiene que estar al caer. —Su semblante volvió a su normalidad, y al mirar su reloj se tensó más de lo habitual—. Me dijo que como muy tarde vendría a las diez y media. Tiene que preparar el jardín y todo el servicio de *catering*. Como no espabile, le llamaré.

—¡Eh, calma, respira! Tan solo son y veinticinco, dale tiempo.

—Estoy calmada, hijo, pero no me gusta la impuntualidad en las personas, y Gerardo a veces tiene esa fea costumbre que tan mal soporto. Espero que no me haga sacar las uñas, hoy es un día especial y no me gustaría cabrearme.

—Dale unos minutos más, confía en su palabra, por favor, mamá.

—¡Ah! Y espero que no se le olvide que le pedí trajese algo para comer nosotros. No me apetece cocinar hoy, y menos para seis. Solo quiero concentrarme en lo que me importa.

—¿Seis? Si somos cinco. Nosotros tres, Abdel y Cobo.

—Y Encarna. —Hizo un mohín—. Se ha autoinvitado en cuanto escuchó que Cobo venía, no pudo evitarlo.

Me quedé callado, sin dejar de mirar a mi madre, emitiendo una leve sonrisa al pensar en la relación tan peculiar que mantenían Cobo y Encarna desde hacía muchos años. Era una relación sin comprometerse a nada, viéndose de vez en cuando, cuando les apetecía o les venía en gana. Todos sabíamos que se amaban, aquello saltaba a la vista, pero nunca quisieron dar un paso más allá. Encarna le había dicho a mi madre en alguna que otra ocasión que precisamente por eso funcionaba esa relación, por la libertad que tenían, aunque ninguno mantenía otra relación aparte o esporádica con otra persona. Lo suyo era un amorío libidinoso pero con absoluta exclusividad, sin terceros en los períodos de ausencia.

—¡Vaya dos! No van a cambiar nunca.

—Dalo por hecho, no tienen remedio. —Mi madre negó con la cabeza—. Y

volviendo a lo nuestro, ya sabes que comeremos aquí, pero antes de comer quiero que todo esté acabado y perfecto. Mesas vestidas y luciendo un centro de flores cada una, jardín adornado y el *catering* preparado para cuando llegue el momento. Sé que la comida y sobremesa se alargará más de lo habitual y nos entretendrá bastante, por eso mejor dejar acabado todo de antemano. Sería un caos estar finalizando los preparativos a la vez que empiecen a llegar los invitados, ¿no crees?

El timbre de la puerta sonó una vez más, y en ese justo momento, robando la respuesta de mi boca. Olivia se levantó acelerada, parecía ser la única nerviosa de los tres, y se asomó por la ventana de la cocina que daba a la calle.

—Es Gerardo con el servicio de *catering*. El camión está aparcando ahora mismo, y él en la puerta.

—Ves, mujer de poca fe, ha llegado antes de y media —comenté.

—Sí, un minuto antes, se ha librado de mi bronca por los pelos —respondió, saliendo a abrir.

Olivia y yo seguimos las pisadas de mi madre para dar la bienvenida a Gerardo y por si había que ayudar en algo antes de marcharnos para el aeropuerto. Gerardo era el dueño del restaurante y servicio de *catering* La Barca Azul, lugar muy frecuentado por mis padres; su cocina era espectacular. Gerardo era un casanova cincuentón al que no se le escapaba una mujer guapa sin antes haber sido piropeada por su boca. Como ahora mismo le estaba sucediendo al ver a mi madre y Olivia, se había enfundado en su traje de donjuán y estaba regalándoles el oído a pesar de estar yo delante. Él era así, incorregible.

—Hola, Gerardo, ¿qué tal? —Entré en la conversación para que cortase sus excesivas galanterías.

—Hola, chaval. —Estrechó su mano con la mía—. Aquí, a preparar la fiesta de tu padre, un hombre con mucha suerte, tiene a su lado a una bellísima dama con la que muchos soñamos. —Sonrió, mirando a mi madre.

—¡Calla ya, adulador! —espetó mi madre—. Menos cháchara y a ponerse manos a la obra.

—Por supuesto, Sonia, tus palabras son órdenes para mí. ¡Chicos, vamos, empezad a pasar todo para dentro! —se dirigió a sus empleados—. Mientras pasan los artilugios voy a contarte cómo he pensado llevar a cabo la distribución de mesas.

—Vale, a ver si coincide con lo que yo tengo en mente —añadió mi madre, y se adentraron en el jardín para visionarlo bien.

Según observaba los gestos de mi madre, supuse que no estaba de acuerdo con lo que Gerardo le estaba proponiendo. Olivia y yo nos acercamos despacio hasta ellos y empecé a escuchar las protestas de Gerardo y dos palabras con las que había chocado en hueso con mi madre, ya que no conocía su significado: «imposible y muy trabajoso». Y nunca querría saberlo sin antes haberse dejado la piel en el empeño, ella era así. Mi madre mandó callar a Gerardo y su retahíla de protestas y comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro. Cuánto le gustaba interpretar ese papel, el de mujer

segura mostrando su impavidez a todo aquel que diese indicios de volubilidad ante los planes marcados. Aunque si mi madre se ponía así de firme no era por simple capricho, sino porque sabía que sus planes eran viables, que resultasen más trabajosos era harina de otro costal, pero eran factibles. Todos empezaron a trabajar según sus órdenes, y Gerardo no volvió a abrir la boca, parecía que la inexpugnable Sonia le había dejado todo muy claro.

—¡Madre mía, qué carácter! Intentaré no llevarle la contraria nunca, tu madre es de armas tomar —me susurró Olivia.

—Sí, es una mujer con carácter, con garra y don de mando, no lo vamos a negar. Por algo se ganó el apodo de «la dama de acero».

—¿El qué? —Mi niña me miró extrañada.

—Nada, cosas mías que ya entenderás. —Le di un beso casto en los labios para evadirme del tema. No era momento de explicarle que mi madre, gracias a su temible seguridad y convicción capaces de tambalear los cimientos más firmes, se había ganado aquel duro pseudónimo a pulso. Si bien era cierto que su firmeza, entereza, talante y rigor también la trasformaban en un imán para las masas, la convertían en fascinación y atracción para la gente que la rodeaba, la trasfiguraban en carisma. Simple y casto carisma.

—Vale, ya me lo contarás. —Se abrazó a mi cintura.

—¿Nos vamos para el aeropuerto?

—Creo que será lo mejor. —Asintió.

—Mamá, nos marchamos, ¿ok?

—Ok, cariño. Luego nos vemos. Y ten cuidado, Daniel, por favor, a esta hora hay mucho tráfico.

—Siempre lo tengo, mamá. —Le lancé un beso, y Olivia y yo nos marchamos.

La emoción se apropió de mí cuando vi acercarse a Cobo con Abdel Sabûr. Un hombre alto y delgado, de piel oscura, con todos los rasgos de la raza árabe. Un hombre al que mi padre describía como su amigo, del que había escuchado hablar infinidad de veces, hasta la saciedad, aunque sin saber el porqué de su relevancia tanto como su aspecto físico. Sin embargo, ahora era conocedor de la importancia tan trascendental de su persona para mi padre durante su estancia en Islamabad, durante los años que no sabía quién era ni si tenía una vida en otro lugar. Gracias a Abdel encontró un trabajo y un techo para vivir. Gracias a él vivió el lado más honesto, puro y desinteresado de la amistad. Él fue la única persona en la que confió, el único amigo que mi padre tuvo a lo largo de aquellos siete años.

Extendí mi mano para estrecharla con Abdel Sabûr. El corazón, no sabía ni por qué, me palpitaba a doble velocidad. Abdel me miró y se abrazó a mí, emocionado también.

—Ser como padre tuyo —habló con un acento muy extraño.

—Sí, me lo dice todo el mundo. —Nos separamos y volvió a mirarme.

—Solo cambiar ojos.

—Cierto, los suyos son azules y los míos marrones. Pero por lo demás somos muy parecidos.

—Mucho, mucho —aseguró, a la par que asentía con su cabeza.

—Veo que hablas y entiendes español mejor de lo que mi madre me había contado.

—No todo —contestó—. Solo defender con lengua española. Entender más que hablar.

—Bueno, yo creo que te defiendes bastante bien. Pero no te preocupes, cuando no entiendas algo o no sepas decirlo, hazlo en inglés. *If you do not understand speaking in english.*

—Ok. *¿You speak frenchman?*

—No, solo hablo español e inglés, francés no. *Frenchman not.* Yo de francés poco por no decir nada. *I french nothing.*

—Tu padre y yo entender perfecto en francés. Nunca pensar ser español, hablar francés *very well, fantastic intonation.*

—Pues conmigo y con mi madre puedes hablar en español o en inglés, como tú prefieras, pero solo en esos dos idiomas.

—Ok.

—Bueno —nos interrumpió Cobo— dame un abrazo a mí también, Daniel —dijo, sacudiéndome la espalda con sus palmas—. Y dos besos para tu preciosa novia —añadió, dándoselos al instante—. Ahora vayámonos ya, continuaréis hablando cuando estemos en casa de tus padres, un lugar al que estoy deseando llegar. —Comenzó a andar con Abdel. No pude evitar que mis labios se desplegasen, sabía que esas prisas de Cobo solo eran por una causa, ver a Encarna.

Mi madre y Encarna nos estaban esperando sentadas en una de las mesas del jardín. Un jardín que había quedado precioso y al cual Gerardo no paraba de hacer fotos para ponerlas en su álbum muestrario de eventos de *catering*. Cobo silbó fuerte, mirando todo asombrado, aunque cuando descubrió a Encarna su entonación de silbido cambió de modulación para piropear a esta. Ambas se acercaron rápidamente a nosotros. Cobo y Encarna se perdieron en un beso con el que se aislaron del resto del mundo, dejamos de existir para ellos. Mi madre, algo emocionada, aunque conteniéndose en su habitual línea, acercó su mano para saludar a Abdel junto con un «*welcome*» surgido del interior de su alma, no de sus cuerdas vocales.

—*How are you, Abdel?* —le preguntó mientras estrechaban sus manos.

—Bien. Yo bien. —Asintió—. Poder hablar español, intentar hablar lengua

vuestra.

—¡Ah, genial! Perfecto.

—La verdad es que se defiende muy bien con nuestro idioma —aseveré.

—Yo intentar. —Sonrió tímidamente.

—Bueno, pero si precisas hablar en inglés, hazlo —añadió mi madre.

—Ok. —Asintió Abdel de nuevo.

—Y ahora pasemos adentro, tenemos que comer, y Abdel debe descansar un rato antes de que empiecen a llegar los invitados. Ha hecho un viaje largo.

—No cansado. —Zarandéó la cabeza—. Ser feliz mucho, solo nervios. ¿Decir bien?

—Sí, no te preocupes, te hemos entendido perfectamente. —Los labios de mi madre dibujaron una leve sonrisa—. Y yo también confesaré que estoy nerviosa como tú. Tengo tantas ganas de que Ricardo se reencuentre contigo, le va a hacer tan feliz.

—Yo querer dar gracias con corazón, Sonia. Si tú no haber buscado mí, nunca estar aquí.

—Ha sido maravilloso encontrarte, de verdad. Complicado pero estupendo.

—Muy, muy complicado —ratificó Cobo.

—¡Tú calla y sigue con Encarna, protestón! —espetó mi madre.

—A sus órdenes, jefa —respondió, y todos nos echamos a reír y entramos en la casa.

Los invitados comenzaron a llegar con precisión suiza, tal y como les había pedido mi madre encarecidamente, la puntualidad era una de sus tantas manías. El último en entrar por la puerta, a eso de las ocho menos cuarto, fue Jaime, mi gran amigo desde la niñez, desde que nos trasladamos a vivir a esta casa con solo once años. Aún recuerdo con total frescura, como si hubiese sido ayer, el día que nos conocimos. Yo estaba muy feliz por habernos mudado a un chalé cerca de la playa, y más en ese momento, que era verano. La urbanización era nueva, con calles espaciales, tranquilas, llenas de jardines y con el mar de fondo. Pensé que todos los días podría acercarme hasta la playa con mi bicicleta y darme un chapuzón. Y eso justamente hice al día siguiente, coger mi bici para acercarme hasta el mar. Entonces lo vi por primera vez, estaba montado en una bicicleta y hablando con mi padre. Me aproximé hasta ellos y, sin darme tiempo ni a mirar su cara llena de pecas ni sus pelirrojos rizos, se presentó. «Me llamo Jaime, tengo doce años y vivo tres chalés más abajo. ¿Y tú? Me refiero a cómo te llamas y cuántos años tienes, ya veo que vives aquí», dijo, estirando sus labios hasta mostrar toda su dentadura. Yo lo miré sorprendido por el ímpetu con el que hablaba, y toda la información que acababa de darme sin ni siquiera conocerme. Le contesté y, sin dejarme de nuevo tiempo para

reaccionar, me dijo que fuésemos a dar una vuelta con la bici. Miré a mi padre, y él asintió, animándome con su gesto de aprobación, y me marché con él. Desde ese momento, Jaime y yo nos hicimos amigos, inseparables amigos.

—¡Hola, tío! —Jaime chocó su mano conmigo, con nuestro particular saludo—. ¿Qué tal? ¿Todo bien?

—Sí, misión cumplida. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, aunque te he echado mucho de menos. Verdaderamente me he quedado más solo que la una. Entre que tú te marchaste a escribir tu libro, Carlos se fue a hacer un máster a Bruselas y Lucas está trabajando de camarero para ahorrar un poco de pasta y poder terminar el último año de universidad, he estado rodeado solo de mujeres, de las chicas. Y me caen muy bien, pero necesitaba compañía masculina, alguien que me entendiera y que hablase de cosas normales. Ya sabes, no entiendo mucho de tendencias de moda ni de maquillajes. —Terminó sonriendo.

—Lo pillo. —Asentí, mientras lo imaginaba rodeado por Sara, Lourdes y Gema, las amigas de Olivia y nuestras compis de salidas desde hacía tres años. Eran muy simpáticas y divertidas, pero la verdad, a mí también me habría sucedido lo que a Jaime, echaría en falta a un colega.

—Pero ya estás de vuelta, y en un par de semanas, Carlos también, podremos pasar el verano juntos, gracias a Dios.

—Sí, lo pasaremos. Tenemos que organizar unas vacaciones. ¿Qué te parece?

—Eso estaría muy bien. Pero que muy bien —afirmó, apoyándose en su habitual sonrisa que dejaba al aire todos sus dientes.

De repente vi venir a Olivia con paso ligero hacia nosotros.

—¡Ya está aquí tu padre! ¡Está aparcando el coche! —exclamó, haciendo rápidos aspavientos con sus manos por la emoción que sentía.

Corrí hacia mi madre que se encontraba un poco más adelante, junto con Abdel, para informarle de la inminente llegada de mi padre.

—Deprisa, hijo, meteos en casa, como hemos hablado antes, hasta que tu padre salude a todos los invitados, luego le quedará saludar a los dos más especiales.

Mi madre y Abdel se miraron llenos de ilusión e impaciencia. No sabría decir cuál de los tres estaba más nervioso en ese instante: él, mi madre o yo. Pero lo evidente era que nuestros corazones estaban completamente agitados por la exaltación que dominaba el momento. Los dos corrimos presurosos hacia el interior de la casa. Nos quedamos en la cocina, desde la ventana podíamos observar todo y no perdernos ni el más mínimo detalle. En cuanto mi padre hubiese saludado a todos los asistentes, Abdel y yo nos acercaríamos a él.

Al abrir mi padre la puerta y ver a toda la gente allí congregada, esperándolo y a la vez soltando un «¡sorpresa!» por sus bocas, se echó las manos a la cabeza totalmente sorprendido y boquiabierto. Él sabía que había una fiesta por su cumpleaños y jubilación a la que asistirían los amigos y algún vecino, algo íntimo, pero no contaba con la cantidad de gente allí reunida ni con aquella majestuosa

decoración.

Mi madre se adelantó para besarlo y felicitarlo de nuevo. En ese momento, una improvisada voz empezó a cantar *Cumpleaños feliz*, y todos los demás la siguieron a coro. Mi padre se abrazó con fuerza a mi madre y la besó con todas sus ganas, con un montón de sentimientos expandiéndose en ese instante por sus entrañas, aquello se apreciaba hasta a distancia. Nada más terminar de cantar y aplaudir, todos se acercaron a saludarlo, besarlo, estrechar su mano o darle un buen abrazo. Y llegó nuestro momento.

—Vamos, salgamos ya, Abdel.

—Sí, ya. *Thanks to Alá*. Mi corazón, bum, bum, fuerte.

—Sí, gracias a Dios. —Mis labios se curvaron—. La emoción nos va a reventar el corazón a todos.

Me acerqué hasta mi padre, que en ese instante se encontraba en medio del jardín hablando con los padres de Olivia, mi niña. Abdel venía detrás de mí, intentando que su imagen no se vislumbrase al primer segundo. La sonrisa de mi padre se extendió tanto como sus brazos lo hicieron para envolverme.

—¡Daniel, hijo, qué alegría! ¡Pero qué bien me has engañado! Jamás habría imaginado encontrarte aquí —dijo sin despegarse de mí.

—Quería sorprenderte, papá, y parece que lo he logrado. Felicidades. —Nos separamos.

—Por supuesto que lo has conseguido, y me has hecho muy feliz. Mucho. No paraba de pensar que iba a ser la primera vez que no estuvieras en mi cumpleaños desde que estamos juntos, desde que regresara de Islamabad. Y mira por donde estás aquí, a mi lado de nuevo. Gracias por... —Mi padre no terminó de decir su frase, se quedó con la boca entreabierta, parado, mirando al frente, perplejo, atónito. Acababa de descubrir a Abdel Sabûr.

—Esa es otra sorpresa, ¿lo conoces?

—Abdel Sabûr —habló en voz queda—. ¡Abdel Sabûr! ¡Abdel Sabûr! ¡Eres tú, amigo, eres tú! —exclamó, alzando el tono con vigor en cada frase, y se lanzó a sus brazos.

—Sí, ser yo, Marzûq, amigo. Mi grande amigo. —Sus brazos se estrecharon con fuerza.

La emoción del momento nos embargó a todos; a mi madre, la dura dama de acero, que irremediablemente vio encharcado su lagrimal; a Celia y Axel, los padres de Olivia, que cogidos a las manos de su hija también estaban a punto de llorar; a Cobo, un hombre firme con una reputación que mantener; a todos los presentes reunidos alrededor de mi padre y Abdel; y, evidentemente, a mí, por mucho que intenté contenerme. Un aplauso hizo que todos mis pelos se pusieran de punta, mis sentimientos emanaban a borbotones por los poros de mi piel.

—¡Oye, me has entendido! ¿Hablas mi idioma? —le preguntó, separándose de él.

—Entender algo y hablar poco. Colaborar con ONG, haber médicos españoles y

yo aprender, Marzûq.

—Bueno, mi verdadero nombre no es Marzûq, sino Ricardo, ¿recuerdas?

—Sí, pero a mí ser Marzûq, mi grande amigo. Un bendecido de Alá.

—Pero ¿cómo estás aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Y qué te ocurrió para perder el contacto? —preguntó de seguido mi padre—. Si en algún momento no me entiendes te hablo en francés. *Si vous ne me comprenez pas je parle en français.*

—Ok, pero intentar hablar lengua tuya. Repetir preguntas, no recordar qué decir tú. —Sacudió la cabeza.

—¿Cómo me has encontrado, amigo? —preguntó mi padre de nuevo.

—Gracias a mujer tuya. Mover... *Comment ciel et la terra est dit?*

—Cielo y tierra, así se dice en español. Así que mi mujer ha movido cielo y tierra para tenerte hoy aquí. —Miró hacia ella totalmente emocionado.

—Supe de él por casualidad —contestó mi madre, encogiéndose de hombros a la vez—. Por la misma ONG con la que yo colaboro y él también. Un día trajeron unas fotos para que viésemos a los niños y los hospitales que se han construido, y en una aparecía él. Estaba convencida de que ese hombre era Abdel Sabûr, pero ellos lo llamaban Khalîl. Decían que no conocían ningún Abdel Sabûr por allí, y que esa persona, desde luego, no se llamaba así. Pero yo tenía la certeza de que era él y cotejé la foto que tienes, en la que estáis los dos juntos, con esa otra; tan solo tenía más canas y arrugas, pero era su cara, sus mismas facciones. Llamé a Cobo y le puse al tanto. Le envié la foto y el CNI la comparó con otras de él sacadas del archivo del hospital donde trabajó y tú lo conociste. No había duda alguna, era la misma persona. Entonces empezamos una ardua búsqueda, nadie nos daba información ni querían darnosla. Pero sabes que soy muy testaruda, y he tenido la gran suerte de contar con todos los medios y gran parte del equipo que hay en tu trabajo, que gracias a Cobo se han volcado en ayudarme.

—¿Así que tú también estás metido en el ajo, Cobo?! Mi fiel amigo, ven a mis brazos. —Los dos se fundieron en un abrazo del cual mi padre no quería separarse, pero Cobo y su reputación lo acertaron.

—Ya, vale, que no quiero emocionarme —dijo en bajo.

—Es cierto, ¿qué pensarán si no de ti? —bromeó mi padre.

—Tengo a Encarna ansiosa de pillarme por banda de nuevo, no quiero que me considere un tipo blando, precisamente lo que le atrae de mí es todo lo contrario. Entiéndeme —susurró.

—Te entiendo. Anda, vete con ella.

—Gracias, amigo. —Cobo se apartó y regresó de nuevo al lado de Encarna.

—¿Qué ocurrió, Abdel? ¿Por qué perdiste el contacto conmigo y yo nunca pude volver a localizarte?

—Ser larga historia, intentar... —Se quedó pensando.

—¿Resumir? ¿*Résumer*?

—*Oui*. Sí, resumir. Política sufrir cambio en 1997, un año marchar tú.

—Un año después de marcharme yo de Islamabad. Sí, eso lo sé.

—Sí. Todo estar mucho revuelto y Nawaz Sharif gobernar, confiar en cambio. Pero ser peor en 1999, el general Musharraf dar golpe Estado y cambiar todo. Gente fiel a él querer tomar justicia propia y obligar a huir opuestos suyos. Preparar todo para marchar días después, pero asaltar casa mía y matar mujer y pequeña hija, dos años solo. Mi hijo y yo poder huir y salvar vida. Poner otro nombre y comprar papeles falsos para vivir. Vivir en Nueva Delhi, India, hasta cinco años. En 2010 regresar a país mío. Solo, hijo quedar allí casado y con dos pequeños. La ONG... *il m'a fallu retourner dans mon pays*.

—La ONG te llevó de nuevo a Pakistán.

—*Exact*. Exacto.

—Lo siento mucho, amigo. —Mi padre habló totalmente afligido—. Qué duro ha tenido que ser todo para ti, no quiero ni imaginarlo. —Volvieron a abrazarse una vez más. Al separarse, Abdel miró fijamente a mi padre.

—Vida tuya ser dura, mucho. No saber quién ser, ser mucho dolor.

—Sí, también lo fue, es cierto, pero gracias a ti logré sobrevivir esos duros años de mi vida, gracias a tu gran ayuda y generosidad. Me he acordado tanto de ti durante todo este tiempo, Abdel. No he parado de preguntarme qué habría sido de ti.

—Yo mucho pensar en ti. Todos necesitar amigo en nuestra vida para ayudar. Yo tener amigo en Nueva Delhi y ayudar. Siempre necesitar amigos para ayuda y para ayudar.

—Sigues igual de sabio que entonces. Me siento tan enormemente feliz de ver que estás bien.

—Pero ahora tener tú mucha felicidad, y yo por ver. Ver tu vida bonita... *Comment dites vous une vie remplie d'amour?*

—Repleta de amor. Una vida repleta de amor.

—Sí, repleta de amor y gente que ama a ti —dijo, señalando a todos los presentes.

—Es cierto que ahora mi vida es buena, pero no vayas a creer que todos los días son como este. —Sonrió—. Todo no es tan fantástico como presenta este día, la vida es dura, los recuerdos son duros y la conciencia es dura con uno mismo. Aunque no voy a quejarme porque, a pesar de todo, soy feliz y tengo a mi alrededor gente a la que quiero y me quiere. Y hoy, gracias a la testarudez de mi mujer, he recibido un regalo impensable, tenerte aquí conmigo, Abdel.

—Ser regalo para los dos, para mí y ti, amigo. —Los labios de Abdel se estiraron, y de nuevo se abrazaron con fuerza.

Otro fuerte aplauso envolvió el jardín y a todos nosotros, los sentimientos estaban a flor de piel entre los asistentes, aquello se percibía, flotaba en el aire. Me enjuagué un poco los sentimientos e intenté recobrar la entereza para solicitar un brindis, la ocasión lo merecía.

—Por favor, un momento de atención —dije, y todos callaron para escucharme—. Tan solo quiero decir una cosa muy breve, que este reencuentro merece un gran

brindis. Así que sin más dilación los camareros comiencen a pasar las copas llenas de cava para que el anfitrión de esta fiesta nos diga algo a todos.

Los camareros empezaron a descorchar las botellas, llenaron las copas y pasaron con las bandejas para que la gente las fuese cogiendo. Mi padre esperó a que todo el mundo tuviese la suya en la mano para acompañar con unas palabras ese brindis.

—Gracias, hijo, muchas gracias. —Se acercó a mí y me abrazó, luego besó a mi madre y volvió a mirar a los presentes—. Gracias a todos, de verdad, por estar aquí, acompañándome en mi cumpleaños, por mostrarme vuestra amistad y cariño, por haber encontrado a mi amigo Abdel Sabûr. Caballeros, damas y damiselas, es todo un honor tenerlos esta noche aquí, y aparte de agradecerles su presencia una vez más, quiero agradecer a la vida lo que me ha dado, un hijo estupendo del cual estoy muy orgulloso y una maravillosa compañera. No quiero que esta noche brindemos solo por mí, sería muy egoísta por mi parte, quiero varios brindis. En primer lugar uno por mi buen amigo Abdel Sabûr, mi ángel de la guarda en Islamabad; otro por Cobo, mi infatigable compañero y amigo; luego desearía otro por mi mujer e hijo, las personas más fundamentales en mi vida; y por último, si no les parece mal, por mí y mi sesenta y tres cumpleaños. ¡Chinchín, señores! —exclamó mi padre, llevando su copa hacia Abdel, mi madre y yo, los tres estábamos juntos. Todos los demás las fueron chocando con los de alrededor antes de ingerir su contenido.

La gente empezó a hablar y a relacionarse unos con otros mientras bebían y los camareros pasaban unas bandejas con aperitivos, la cena no se serviría hasta cerca de las diez. Pensé que ese era un buen momento para acercarme a hablar un poco con los implicados indirectamente en mi libro gracias a ser los amigos de mis padres, para agradecerles una vez más su ayuda y sinceridad a la hora de contarme los sucesos, de explicarme cómo los vivieron ellos. El primero en recibir mi visita iba a ser Rafael, amigo y jefe de mi madre en los Servicios Sociales. Rafael me aclaró muchas lagunas dentro de mi historia, ser el confidente de mi madre durante toda aquella etapa de lucha por mi custodia me ayudó mucho a la hora de encajar piezas. Me contó ciertas partes, íntimas y delicadas que, de no haber sido por él, estaría convencido de no haberlas descubierto por mi madre, por su propia voluntad. O quizá sí, aunque apostaría todo lo que poseo a que me las hubiese contado totalmente edulcoradas para suavizarlas por si me escandalizaba. Sabía que las ayudas externas me facilitarían ciertos aspectos más costosos de desvelar a un hijo, y no me equivoqué. La sinceridad de Rafael Escudero fue primordial para enlazar mi historia.

Rafael estaba sentado junto a Peter, su marido, un inglés al que conoció cinco años atrás en la playa de Calpe, en Alicante. Por aquel entonces Rafael se sentía muy solo, sus padres habían fallecido hacía unos años y no tenía apenas relación con el resto de su familia. Conocer a Peter cambió su vida e hizo que dejase de esconder de una vez su condición sexual. Comenzaron a vivir juntos y hacía algo más de un año que se habían casado. Peter pasó en poco tiempo a ser lo más importante en la vida de Rafael, su fundamento.

—Bueno, ¿qué os ha parecido la sorpresa? —les pregunté a ambos.

—Maravillosa, nos ha encantado ese reencuentro. Ha sido muy emotivo, ¿a que sí, Peter?

—Sí, se me ha puesto la carne de gallina, como decís los españoles —habló con su característico acento británico.

—Ha sido emocionante, sí —afirmé—. Rafael, quería darte una vez más las gracias por toda tu ayuda para poder escribir mi libro.

—No tienes que agradecerme nada, lo hice gustoso. ¿Sabes?, estoy ansioso por leerlo, no puedes hacerte una idea. Va a ser como viajar en el tiempo. —Se frotó las manos al mismo tiempo que sonreía.

—Para eso tendremos que esperar a la aprobación por parte de la plana mayor tras su lectura.

—Seguro que la tendrás, estoy convencido de ello.

—Eso espero. En fin, voy a saludar a más gente. Luego nos vemos.

—Hasta luego, Daniel —dijo Rafael. Peter, con una sonrisa, emitió una despedida con su cabeza.

La siguiente en saludar era una mujer guapísima a la que mi madre no tenía muy en aprecio por aquel entonces, cuando yo era un mocoso, aunque con el tiempo su relación había variado, y entre ellas se terminó forjando una pequeña amistad. La justa, a medio camino entre la simpatía y el leve afecto, sin más sentimientos que añadir. Irina estaba charlando junto a otros compañeros de trabajo de mi padre y también suyos cuando me acerqué a ella.

—Hola, Irina, ¿qué tal estás? —Nos dimos dos besos.

—La verdad es que un poco emocionada aún con ese reencuentro entre tu padre y Abdel. ¿Y tú? ¿Cómo te va a ti en tu trabajo?

—Bien, no puedo quejarme. Sería muy desagradecido si protestase por ganarme la vida con lo que me apasiona, escribir.

—Y a propósito de escribir, ¿cómo va tu libro?

—Ya está acabado.

—¡Eso es genial! —exclamó con alegría.

—Está a falta de pasar la prueba de fuego, deben leerlo mis padres.

—Daniel, no te pondrán pegas, lo sabes. Mantenme informada de todo su proceso, quiero un ejemplar firmado y con una dedicatoria muy especial.

—Será la más especial de todas, lo juro. Gracias por toda tu ayuda, Irina, y por tu sinceridad. Si tú no me hubieses contado aquella idea de mi padre, pasar la noche contigo solo para fastidiar a mi madre, no creo que él lo hubiese mencionado nunca. Pero cuando le dije que ya lo sabía, no le quedó otro remedio que hablar y contarme más cosas. Aunque en secreto te diré que se sonrojó un poco, le daba vergüenza hablar de ello, y eso que no tenía a mi madre delante. Si bien no solo le sucedió a él, a mi madre también le ocurrió algo similar con otros aspectos de su historia.

—Todos te hemos aportado cuanto hemos podido para hilar bien los sucesos, pero

quienes en verdad debían hablar de ellos contigo eran tus padres. Aunque debes tener en cuenta que tratar ciertas cuestiones a ellos les resulta más pudoroso que a nosotros. La perspectiva es totalmente distinta.

—Lo sé, soy consciente. Sé que les daba mucho apuro tratar algunos aspectos conmigo, y otros les causaban dolor, pero yo necesitaba conocer todos los detalles. Y no solo por escribir este libro, quizá su realización tan solo haya sido la excusa perfecta para que de una vez hablásemos de nuestras vidas y sentimientos al completo. Sabía que vuestros testimonios al ser testigos directos de su historia serían cruciales. Si manejaba información que ellos sabían era de buena tinta, no podrían ocultarme nada.

—Chico listo, como tu padre. —Sonrió, y me dio un beso en la mejilla. La dejé de nuevo con sus compañeros y proseguí con lo mío.

Me marché en busca de Encarna y Cobo, con ellos también debía hablar. A pesar de haber pasado toda la tarde juntos, me había resultado imposible hacerlo por dos causas. La primera por estar mi madre delante prácticamente siempre, y la segunda por su tonto imparables que hacía imposible mediar palabra alguna con ellos. Pero yo quería agradecerles su ayuda, su aportación a mi recopilación de datos, y este era el momento apropiado para mí, aunque los tuviera que separar de sus labios para que me hiciesen caso.

—A ver, tortolitos, ¿se puede hablar un momento con vosotros?

—Claro, muchacho, dinos —Cobo me miró con una sonrisa exultante.

—Solo quería agradecerlos una vez más toda vuestra ayuda, la cantidad de información que me aportasteis cada uno de vosotros.

—¿Te habrás ceñido a contar la realidad?

—¡Cobo! —le regañó Encarna—. Él mejor que nadie sabrá lo que debe contar, es la historia de sus padres y la suya propia.

—No, pichoncita mía, yo hablo de nosotros. También salimos en ese libro y le expliqué muy claramente que me describiese como soy, un lobo solitario, un tipo duro.

—Tranquilo, tu reputación está a salvo —le contesté.

—Entonces, a mí me habrás descrito tal cual te dije, una mujer libre e independiente que no necesita a un hombre en su vida salvo si precisa saciar su apetito, para nada más.

—Ah, ¿tú también le explicaste cómo debía describirte? —Cobo la observó con asombro.

—Claro, cielito mío, yo también tengo una reputación que mantener. —Le guiñó el ojo.

—Desde luego, Encarna, y así te he descrito. Te encantará leerlo, estoy convencido. —Asentí de seguido.

—Estoy deseosa de que tenerlo en mis manos, ¿tú no? —preguntó a Cobo.

—Por supuesto, Encarnita. Aunque estoy deseoso de otras cosas más aún. Eres la

mujer ideal para mí, independiente y con apetito. —Se dieron un pequeño beso y después comenzaron a reír, olvidándose del resto del mundo una vez más.

—Perdón por interrumpir, pero necesito hablar con mi hijo. —Escuché la voz de mi padre justo detrás de mí.

—Tranquilo, Bosco, ya habíamos terminado con Daniel —dijo Cobo rápidamente.

—Sí, ya hemos acabado, estando con Encarna no se puede ni hablar con él —hablé en bajo a mi padre.

—Ya lo sabes, no es algo por lo que extrañarse. —Sonrió sutilmente.

—¿Qué quieres, papá?

—¿Tienes un momento para charlar con tu viejo padre?

—Claro. —En ese momento un camarero pasó con una bandeja llena de copas de cava y mi padre y yo cogimos una cada uno.

—Pues vente conmigo —dijo, emprendiendo camino hacia la casa.

Al entrar en el salón de su casa mi madre nos aguardaba con la carpeta que contenía mi obra. Se la había dado a mediodía, después de comer, y la había guardado en un cajón para verla junto a mi padre cuando yo le hubiese informado de que estaba finalizada, algo que todavía no había hecho.

—Hijo, siento haberme adelantado a ti pero se me ha escapado —aclaró mi madre antes de que abriese la boca para protestar—. Y en cuanto tu padre ha sabido que habías terminado tu libro y que el manuscrito se encontraba aquí le ha picado la curiosidad de echarle un ojo tanto como a mí. No hemos leído más que el título, pero la emoción nos ha embargado a los dos con solo hacerlo. Es un título precioso que refleja con solo esas tres palabras toda nuestra historia.

—Por eso quería hablar contigo un momento, Daniel, para felicitarte por tu trabajo, por su grosor veo que hay muchas horas invertidas en él, hijo —aseguró mi padre.

—Es cierto, no voy a negarlo. Me ha llevado mucho trabajo, tanto físico como emocional. —Me bebí el cava de un trago y dejé la copa encima de la mesa.

—Nos lo imaginamos. —Mi padre también se lo bebió y dejó la copa al lado de la mía.

—Daniel, todo lo que hemos hecho tu padre y yo, acertado o no, ha sido por ti. Y seguiremos haciéndolo, aunque ya no vivas con nosotros y seas una persona adulta e independiente, eres todo cuanto tenemos. —Los ojos de mi madre se velaron.

—Desde luego, no podías haber escogido un título mejor. Dame un abrazo, campeón. —Mi padre y yo nos fundimos en un abrazo al que dos segundos después se unió mi madre. Luego nos separamos e intentamos recuperar la normalidad.

—Bueno, leedla y ya me diréis.

—Daniel, hijo, quería comentar algo, una última cosa con respecto a nuestra confesión por tu interés en querer saber y contar nuestra vida.

—Mamá, no es necesario añadir más, ya lo hablamos todo y nos sinceramos.

Ahora no creo que sea momento.

—No, Daniel, deja hablar a tu madre. Ya la silencié yo durante muchos años para no tratar el tema contigo, para esquivar tus preguntas o dar una corta respuesta que llevase rápidamente a cambiar de tema. Y eso nos llevó a discutir, a enfrentarnos en más de una ocasión, pero ahora nunca discutiremos por ese motivo, no más silencios. —Posó su mano en mi hombro—. Ya callamos durante mucho tiempo. Déjala, por favor. —Su voz sonó a ruego, y terminé asintiendo, dando con ese gesto mi conformidad a mi madre.

—Hijo, desde que te marchaste a escribir este libro que ahora tengo entre mis manos necesitaba explicarte algo, pero no podía ser por teléfono, debía ser en persona y para eso tenía que esperar tu vuelta. Daniel, yo no me opuse tan rotundamente como tu padre a que escribieras nuestra historia por una razón, algo dentro de mí llevaba mucho tiempo gritándome que debíamos expulsarlo de nosotros. Yo, quizá por lo que veo a diario en mi trabajo, sé mejor que nadie que no es bueno guardar las cosas y no exteriorizarlas. Y como bien ha dicho tu padre, eso nos llevó a enfrentarnos en alguna que otra ocasión. Pero, y aunque te suene contradictorio, también entendía su oposición, él era quién más dolor acumulaba, quién menos quería remover el pasado. Comprende que no es fácil hacer frente a un error que desembocó en un cambio radical para su vida. Estuvo en un lugar que no debía encontrarse y eso lo colocó en medio de un atentado que casi le cuesta la vida y que le dejó sin memoria durante siete años. Luego regresa y no le queda nada de la vida que él había dejado. —Miró a mi padre y le cogió de la mano—. Y después se topó conmigo y no se lo puse nada fácil, ya lo sabes. —Mi padre apartó su mano de mi hombro y la posó encima de la mano de mi madre, arrojando con sus dos manos la suya en señal de apoyo y cariño—. Todo lo que padecemos y soportamos a lo largo de nuestra vida deja secuelas que nunca se olvidan, siempre las cargas contigo, y lo único que hacemos es adaptarnos a ellas y resistirlas para poder vivir. A mí me cambió la vida, al igual que a ti al entrar tu padre en ellas, pero, indiscutiblemente, al que más había marcado la vida era a él. Solo quiero que entiendas eso, que le comprendas a él y el porqué de nuestras opiniones contradictorias en principio para que tú contases nuestra historia.

—Creo que Daniel ya ha asimilado todo eso, cariño. —La miró a los ojos—. Nuestro pequeño ya es todo un hombre, no hace falta que le expliquemos más, él ya ha comprendido todo.

—Por supuesto que lo he comprendido y asimilado. De hecho hace meses que lo hice. Y quiero que estés tranquila, mamá, como le dije a papá, no me ha creado ningún trauma, tan solo, como bien has dicho tú, es algo que vivirá conmigo, con nosotros. Mi vida hasta los ocho años fue de una manera, y a partir de ahí fue de otra, al entrar mi padre en ella, igual que te ocurrió a ti. Y la de mi padre fue aún más trágica. Todos hemos expulsado fuera de nosotros cuánto nos marcaron esos sucesos. Ya está todo claro, de verdad —afirmé, observando a los dos.

—Bueno, bueno, bueno... creo que debemos volver a la fiesta, no está bien que el anfitrión no se encuentre en ella —dijo mi padre, y besó a mi madre en los labios.

—Cierto, van a pensar que te aburrías y te has largado —le contestó.

—En fin, padres, por favor, no tardéis mucho en leeros nuestra historia, estoy expectante de vuestra opinión y espero me deis la aprobación para su publicación.

—La leeremos rápido, tranquilo, hijo —contestó mi madre.

—En cuanto a la aprobación, ya veremos —repuso mi padre. Yo lo miré sorprendido—. Eso dependerá de ciertas cuestiones, como por ejemplo de si me has descrito más alto y guapo —bromeó.

—¡Eh, no seas tramposo! —espetó mi madre—. Tendrá que describirnos tal y como somos.

—¿Qué hay de malo en que nos mejore? —Se encogió de hombros.

—Entonces, por esa regla de tres, que suavice mi carácter y me describa como alguien más dulce y tierna.

—De eso nada, precisamente lo que me enamoró de ti fue tu carácter, tu duro y fuerte carácter. —La besó de nuevo.

—Igual eres masoquista. —Los labios de mi madre se estiraron levemente.

—Seguramente, Sonia, a veces es cruel aguantarte, pero a mí se ve que me encanta tu insensibilidad. —Ambos sonrieron.

—Completamente masoquista, Ricardo, no tienes remedio —añadió mi madre, y volvieron a besarse.

—Si os vais a poner así de tiernos mejor os dejo solos. —Escuché cómo reían mientras yo salía del salón al jardín. Al momento salieron ellos.

Los tres ocupamos nuestro lugar en las mesas. Yo me senté junto a mi novia, sus amigas y mi amigo Jaime, y la cena comenzó de inmediato. Olivia me regañó ligeramente, estaba molesta porque apenas habíamos tenido un rato a solas. Le di un beso y le dije que se calmase, el fin de semana me tendría a su entera disposición. Eso le hizo cambiar la cara de inmediato, irradió felicidad.

La velada se pasó entre charlas, risas y compartiendo las sensaciones que había provocado la sorpresa de mi padre al reencontrarse con su amigo Abdel Sabûr. Las amigas de mi niña estaban alucinadas con ello. Al terminar con el postre, los camareros volvieron a repartir unas copas de cava para brindar. Esta vez Abdel Sabûr quería realizar un brindis como colofón de la noche. Al igual que hizo él, todos nos pusimos de pie con nuestra copa en la mano.

—Querer dar gracias por esta noche, por tener amigo conmigo, por buscar todos para estar aquí, por hijo tuyo y mujer y por feliz vida tuya. —Levantó la copa y la chocó con las de mis padres, cada uno a un lado de él, después bebió, y los demás también. El brindis se cerró con un fuerte aplauso y un abrazo de nuevo entre mi padre y Abdel.

—¡Ahora que hable Sonia! ¡Vamos, unas palabras! —pidieron las voces de Cobo y Encarna al mismo tiempo.

—Sonia, haznos el honor —dijo mi padre.

—Bueno..., no sé qué decir, la verdad. —Cogió aire e hizo una pausa, meditando—. Yo también quiero agradecer a todos vuestra presencia. Cada uno, de una forma u otra, habéis colaborado para que esta noche sea muy especial e inolvidable. Y de manera muy significativa quiero darle las gracias a mi hijo, al que vuelvo a tener a mi lado después de casi cuatro meses. Ese es el tiempo que ha estado ausente para poder escribir nuestra historia. No todos estáis al corriente de ello, pero ya os lo adelanto yo. Daniel, nuestro hijo, ha escrito un libro contando nuestra vida, algo que unos cuantos de los aquí presentes ya conocéis. Tengo que reconocer que cuando nos propuso escribirla tuve bastantes dudas, aunque me sorprendió que Ricardo se negase tan rotundamente, quizá yo debía tener más reservas al respecto que él. Soy una mujer con fama de dura y fría, mi carta de presentación no es muy atractiva, pero después de meditarlo unos días me pareció bien que se supiera cómo ambos luchamos por nuestro hijo, el promotor que unió nuestras vidas. Así que me pasé unas cuantas semanas intentado convencer a Ricardo para que permitiese a Daniel contar aquella etapa, tan dura como inesperada, que empezó de muy mala forma pero que terminó enamorándonos. —Miró a mi padre y esbozó una sutil sonrisa.

—Y al final me persuadió, para no variar. Mi mujer siempre se sale con la suya. —Desplegó sus labios.

—¡Igual que todas! —gritó una voz masculina al fondo, y las carcajadas bañaron el ambiente.

—Quizá sea porque sabemos utilizar mejor nuestras armas de convicción, caballeros —aclaró mi madre.

—¡Claro que sí, Sonia, no te quepa duda! —chilló Encarna, y todos volvieron a reír.

—Bueno, por favor, dejadme añadir lo último. —El silencio ocupó de nuevo el lugar, expectante por las palabras de mi madre—. Solo quiero decir que todo cuanto hemos hecho Ricardo y yo ha sido por y para el bien de Daniel, y creo que eso, además de habernos llevado a formar a una increíble persona, nos trasformó a nosotros para siempre. Amigos, levantemos nuestras copas y brindemos por él y por su libro, nuestra historia. Una historia que concentra muy bien en su título, si me deja adelantarle. —Me miró, esperando mi aprobación. Asentí, no me quedaba otra—. *Todo por Daniel*, así ha titulado la historia de nuestra vida. Brindemos por su obra, amigos.

Todos los allí presentes volvieron a chocar sus copas y bebieron. Acto seguido, Olivia me besó dulce y tiernamente, hipnotizándome con su maravillosa forma de paladear mis labios.

—Es un título precioso, mi amor.

—Gracias, mi niña.

—¡Ahora le toca decir algo a Daniel! ¡Vamos, muchacho, cierra la noche! —pidió Cobo, y todos los demás comenzaron a corear «que hable, que hable». No me quedó

más remedio que ponerme en pie y pensar qué decir.

—Amigos, yo, al igual que han hecho mis padres, quiero agradecerlos a todos vuestra presencia. Es un día muy especial para mi padre, y compartirlo con vosotros lo hace más especial todavía. Por no hablar de tener hoy aquí a Abdel, eso es un sueño cumplido para él, un maravilloso sueño, y el mejor de todos los regalos, estoy convencido. Y ya que mi madre ha sacado el tema de mi libro, tan solo quería mencionar unas cosas respecto a él, o mejor decir respecto a las personas de las que habla. En primer lugar me referiré a Rafael, Encarna, Cobo e Irina, aquí presentes todos. Quería daros las gracias por no tener ningún reparo en que se hable de vuestras vidas y se os muestre tal cual sois. En segundo, hablaré de alguien que ya no está entre nosotros, pero que formó parte de nuestras vidas, mi tía Estrella. Estoy convencido de que le haría una enorme ilusión leer un libro mío, más aun sabiendo que parte de su vida se encuentra entre esas páginas. Pero mi tía era un personaje controvertido que me haría gastar mucha saliva debatiendo por el carácter con el que la describo. No me cabe duda alguna de que se quejaría y repetiría hasta la saciedad que ella no era arisca, ni dura, ni antipática. Aunque lo fue. Si bien los años y ver lo feliz que era su sobrina junto a mi padre y a mí limaron esos atributos tan ásperos, los suavizaron hasta casi hacerlos desaparecer. Allá donde esté le mando un gran beso. Y por último, me gustaría hacer una mención especial, de hecho, es tan especial que también irá impresa en el libro, a Paula Expósito Expósito, mi madre biológica, la que me llevó en su vientre, la que me crio con todo su amor los primeros quince meses de mi vida. No recuerdo apenas nada de ella, yo era muy pequeño cuando falleció; pero sé de toda su vida gracias a Ricardo, mi padre, que se encargó de contármela en forma de cuento durante muchas noches. Sé lo feliz que fue junto a él y cuánto me quiso a mí desde el primer segundo que supo de mi existencia, de saber que crecía en su seno. Por eso le quiero rendir un pequeño homenaje con mi libro, con nuestra historia. A ella le debo la vida, a Sonia, mi madre adoptiva, todo lo demás. Gracias a los tres, mis dos madres y mi padre, por convertirme en la persona que soy. Os quiero. Y ya no me extiendo más o empezaré a aburrirlos. Gracias a todos y bebamos el cava, me he quedado seco. —Todos volvieron a reír y bebieron. Después me regalaron un gran aplauso.

Una música comenzó a sonar, y la gente empezó a abandonar las mesas. En un momento de dispersión de nuestros amigos, cogí una botella de cava, dos copas y tiré de la mano de Olivia en dirección a la casa.

—¿Dónde vamos? —me interpeló mientras andábamos.

—A beber una copita los dos solos, ¿quieres?

—Por supuesto. —Sonrió dulcemente.

Entramos al salón a oscuras, tan solo penetraba por él la luz exterior de las farolas del jardín. Dejé las copas y la botella encima de la mesa y me lancé a por sus labios. Sus sedosos y carnosos labios que tanto me gustaban.

—¿Solo vas a besarme o vamos a beber también? —preguntó, al separarme de su

boca.

—Yo solo quiero beberte a ti, estoy muy sediento de tu compañía, lo de anoche me supo a muy poco. Quiero embriagarme de tu aroma, de tus curvas, de tu piel y de tus besos. De toda tú entera.

—¡Uy, qué poético está hoy mi escritor!

—Sí, excesivamente poético. —Volvimos a besarnos llenos de pasión.

De repente, mientras nuestras bocas se consumían arrebatadas en vehemencia, una fuerte explosión daba paso a una luz cargada de colores irrumpiendo en el cielo. Nos separamos un momento y salimos al jardín para admirarla. Era pólvora venida de cualquier barriada de Valencia. Nos quedamos obnubilados observándola, y mientras mis ojos admiraban la explosión de color, mi mente empezó a pensar en lo caprichoso que resultaba ser el amor. Uno nunca elegía de quién se enamoraba. No salía a la calle y decía «hoy voy a enamorarme, y lo voy a hacer de ese o de aquel». No. Aquello no funcionaba así. El amor llegaba cuando quería y le venía en gana, sin más explicaciones; y normalmente elegía a quien menos se esperaba o se imaginaba. La muestra de ello la tenía en mis padres, sin ir más lejos, ellos eran un claro ejemplo de los antojos de Cupido. Ricardo y Sonia jamás habrían elegido enamorarse, y mucho menos con las circunstancias que los rodeaban. Sin embargo, lo hicieron, les fue inevitable y totalmente inapelable. Porque el amor una vez penetra en tu sangre y atrapa tu alma es imposible de borrar sin dejar rastro, imposible de eliminar totalmente sin dejar huella o cicatriz. Así es el amor y así le queremos todos: gozoso y desgarrador, dichoso y doloroso. Lleno de sentimientos, sensaciones y emociones; en su vertiente más pura y genuina. Porque el amor, verdaderamente, era, es y será el alimento de toda nuestra existencia. Y mi alimento y sustento tenía una denominación desde hacía un tiempo y cada vez se grababa más a fuego en mi interior. Mi amor tenía nombre propio, se escribía con mayúsculas, estaba tatuado en mi alma y era el nutriente de mi corazón. Mi amor se llamaba Olivia.

—Son preciosos, ¿a que sí? Me encantan los fuegos artificiales —me dijo, volteando su cabeza para mirarme a los ojos, con una sonrisa dibujada en su hermoso rostro.

—Ni la mitad de bellos que tú, mi niña. —La besé.

—Siempre dices las palabras que me gusta oír, por eso te quiero tanto. —Esbozó de nuevo una sonrisa.

—Siempre sé lo que debo decir para seducirte y llevarte a mi terreno. —Mis labios se estiraron de forma pícara.

—¿Y cuál es ese terreno? —interpeló con sagacidad.

—Uno en el que te hago mía, me apropio de tu cuerpo y no paro hasta saborearte entera.

—¡Um! Suena interesante ese terreno.

—Es más que interesante, es una maravilla. ¿Quieres que te lleve a ese terreno todo el fin de semana?

—¿El fin de semana entero, con su noche incluida?

—Exacto. Las próximas cuarenta y ocho horas sin salir de ese terreno que da la casualidad de encontrarse entre mis sábanas.

—Curiosa casualidad. —Aguzó la mirada.

—Muy, muy curiosa. —Asentí—. Una casualidad que nos llevará a amarnos hasta acabar agotados por completo, sin poder movernos el lunes.

—Me encanta esa casualidad. Odio los lunes. —Sonrió, con la felicidad impregnando sus pupilas.

—Entonces nos quedaremos todo el lunes en la cama para poder recuperarnos de tanta casualidad.

—Me has convencido, Daniel. —Estiró más sus labios.

—Bueno, tampoco ha sido necesario insistirte mucho —dije, con una media sonrisa brotando de mi boca y sin perder de vista sus azules ojos.

—Eso es porque tu cara de niño bueno tiene el don de la persuasión. —Su mano me acarició la mejilla con suavidad.

—Pues pasaré todo el fin de semana persuadiéndote en mi cama, mi niña —afirmé.

Los labios de Olivia se unieron a los míos con pasión, felices, ilusionados, más enamorados que nunca, sellando con ese beso nuestras ganas por estar juntos de nuevo, nuestras ganas por volver a amarnos. Y los fuegos artificiales continuaron decorando el cielo mientras uníamos nuestras almas, ensalzando a la luna llena que presidía la noche y ornamentando todo nuestro amor bajo el estallido de luz y color.



EVA ZAMORA (Madrid, España, 1972), se crio en Arganda del Rey, y ahora reside en la localidad de Campo Real. Es una mujer normal a quien le apasiona la literatura desde niña, aunque nunca se atrevió a dar el paso de escribir, sus novelas solo existían en su cabeza, y nunca llegaban a plasmarse en papel. Pero eso cambió hará unos años, animada por su hijo adolescente, otro amante del mundo de las letras y quien la animó a dar ese salto. Compagina su faceta de escritora con los quehaceres diarios y siempre con el apoyo y empuje de su familia.

Actualmente ha escrito varias novelas, *La esencia de mi vida* (2015) y *Todo por Daniel* (2015) son sus primeras obras en ver la luz. Ahora está escribiendo la que será su séptima novela, una historia intensa y cargada de intriga.